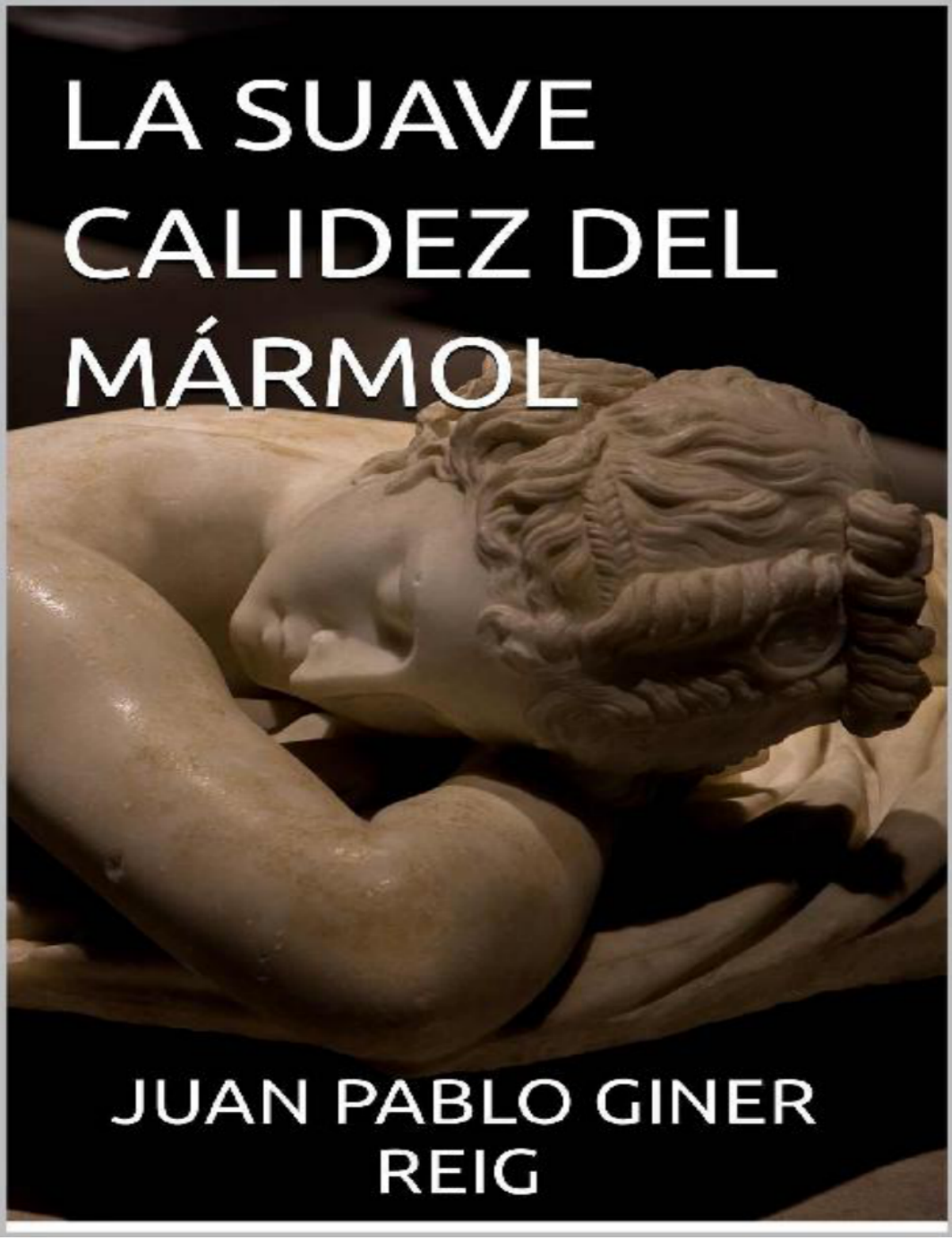
LA SUAVE CALIDEZ DEL MÁRMOL



JUAN PABLO GINER REIG

LA SUAVE CALIDEZ DEL MÁRMOL

JUAN PABLO GINER REIG

Derechos de autor © 2023 JUAN PABLO GINER REIG

Todos los derechos reservados.

Esta es una obra de ficción. Todo lo que en ella se cuenta es fruto de la imaginacion de su autor. Sin embargo, se cita a personajes históricos y se les hace protagonistas de determinados hechos. Por supuesto, estos hechos nunca sucedieron y la mención a dichos personajes nace, exclusivamente, de la profunda admiración que el autor siente hacia ellos.

Ninguna parte de este libro puede ser reproducida ni almacenada en un sistema de recuperación, ni transmitida de cualquier forma o por cualquier medio, electrónico, o de fotocopia, grabación o de cualquier otro modo, sin el permiso expreso del editor.

Esta novela está dedicada a todos mis lectores, por hacerme creer que lo que escribo tiene algún valor. Especialmente la brindo a los amantes del arte, que, afortunadamente, no son pocos.

Contenido

Página del título
Derechos de autor
Dedicatoria
LA SUAVE CALIDEZ DEL MÁRMOL
LA SUAVE CALIDEZ DEL MÁRMOL
EL TRABAJO DE FIN DE CARRERA
EL HALLAZGO
LA RONDALLA DE LAS PASTORCILLAS DE BARX
AINHOA
LA INVESTIGACIÓN
FURTIVOS
VILLA LOLITA, OCHO DE ENERO DE 1903
LA RONDALLA DE LA CURANDERA DE ALBALAT
ENAMORADO
LUCÍA
LA CASA DE LA PLAZA DE LOS MÁRTIRES
VILLA LOLITA, ENERO DE 1903
UN VIAJE AL PASADO
VILLA LOLITA, ENERO DE 1.903
RONDALLA DE LA DONCELLA DE COTES
LOS ABUELOS DE SAMUEL
CARTAS
EL DESAMOR EN VILLA LOLITA
A VECES LOS OJOS VIEJOS VEN MÁS
LA DESPEDIDA
OTRO DESAMOR
EL SANTO AL CIELO
LA HERIDA SE INFECTA
EL VERDADERO INTERÉS DE AINHOA
UNA PROPUESTA INTERESANTE
NUEVAS REVELACIONES
RENACE LA ILUSIÓN
ATANDO CABOS
LAS FIGURAS DE MÁRMOL
LAS RAZONES DEL AMOR
LA DELACIÓN
EL AMOR DE LUCÍA
LA ABUELA JULIETA
TRAGEDIA

AINHOA RESUELVE SUS DUDAS
UNA INVITACIÓN
RENDIDO
EL ASEDIO
DECLARACIÓN
MÁS REVELACIONES
PUNTA OSCURA
UNA OBSESIÓN ENFERMIZA
UN PLAN SINIESTRO
LA ANGUSTIA DE LUCÍA
CUANDO SE APAGAN LAS LUCES
DOS DÍAS DESPUÉS
EL ÚLTIMO SECRETO
PUNTA OSCURA, CULLERA
JUZGADO DE LO PENAL DE ALZIRA

LA SUAVE CALIDEZ DEL MÁRMOL

Juan Pablo Giner Reig

“Porque el amor cuando no muere mata.
Porque amores que matan nunca mueren…”
Joaquín Sabina
“Contigo” del álbum Yo, mí, me, contigo. 1996

LA SUAVE CALIDEZ DEL MÁRMOL

Le resultó curioso comprobar que, después de todo el trabajo que había hecho, lo que más le costaba era tener que hacer que aquellos troncos ardiesen. No se paraba a pensar que nunca antes había tenido que encender un fuego. Tampoco nunca antes había tenido que cortar un cuerpo para reducirlo a pedazos. Pero a fin de cuentas, el cuerpo, que llevaba horas sin vida, no le había presentado ninguna resistencia, apenas había sangrado y el desmembramiento metódico para dejarlo en trozos del tamaño adecuado para que cupiesen en el horno sólo le había producido una ligera molestia. Nada comparable con la desazón que le provocaba destruir algo tan hermoso.

Anochecía cuando consiguió que las llamas en el horno de pan alcanzasen la intensidad que, desde su nula experiencia, consideró conveniente para sus propósitos. Empezó por la cabeza. Suponía que era lo que más le iba a costar, así que tomó asiento en una silla junto al montón de leña que había apilado y se dispuso a pasar la noche en vela, porque suponía que no terminaría su tarea antes del amanecer.

La noche transcurrió entre viajes al salón de la planta baja, donde aguardaban los restos del cuerpo desmembrado que iba trasladando al horno para hacerlo desaparecer para siempre. Cuando le parecía que el calor de las llamas menguaba, reponía los troncos consumidos y seguía mirando como poco a poco desaparecía el cuerpo reducido a cenizas. En ningún momento llegó a molestarle el repugnante olor de la carne quemada. Su mente se recreaba en la sensación de calor que procedía del horno y que, sin quererlo, la asociaba con el concepto de la “calidez” del mármol de la que tiempo atrás había hablado con él.

En algún momento pudo recordar alguna de las historias que había escuchado en veladas que se le antojaban lejanísimas, cuando creía que había encontrado el amor.

Amanecía cuando terminó su trabajo. El cuerpo consumido por el fuego apenas había dejado un montón de cenizas granulosas que enterraría junto a algún naranjo, lejos de la casa. Volvió al salón donde había procedido a despiezar el cadáver. Hizo un breve repaso mental y cayó en la cuenta de que había un brazo, el que tenía un anillo en el dedo anular de la mano, que no había podido quitar, que no recordaba haber llevado al horno. Las huellas de barro de un

animal, probablemente un zorro, le dieron la explicación de lo que podía haber pasado. La alimaña, al olor de la carne quemada, habría acudido a donde estaba el cadáver descuartizado y había cobrado la única pieza que habría podido cargar para llevarla a su madriguera y devorarla tranquilamente.

La falta de aquel brazo no le preocupó al principio. Más adelante se convertiría en la obsesión que marcaría el resto de su vida.

EL TRABAJO DE FIN DE CARRERA

El calor de la tarde no llegaba a resultar molesto, pero Samuel estaba considerando quitarse la cazadora. Llevaba más de media hora caminando y el embriagador perfume de azahar ya no era suficiente para disimular la fatiga de unas piernas que no estaban acostumbradas a hacer ningún ejercicio. Había viajado en su coche por el barranco de la Casella hasta donde le había sido posible hacerlo, pero había llegado a un lugar donde el camino se convertía en senda. Allí había dejado estacionado el viejo Ibiza y había continuado el camino a pie.

Al principio, la luz de la tarde, potenciada por la limpia brisa de poniente, magnificaba los colores del entorno. Más acostumbrado a la paleta de colores de la pantalla de su ordenador, observaba con curiosidad lo que la Naturaleza le ofrecía en aquel valle. El verde intenso de los naranjos, adornado por la flor blanca que anunciaba el futuro fruto, contrastaba con el rojo de unos árboles, poco más grandes que un arbusto cuyo nombre Samuel desconocía.

Pero el impacto de aquella sobredosis de aromas y colores que había recibido se estaba difuminando al tiempo que crecía la fatiga de sus piernas. Y es que Samuel, que aún no había cumplido los veinticuatro años, no era, ni había sido nunca, aficionado a hacer deporte ni a ningún tipo de esfuerzo físico.

Estaba a punto de terminar la carrera de periodismo. Su expediente académico, bastante mediocre, como el resto de su vida, le había llevado a repetir un par de cursos. Pero al final de la carrera, el profesor nuevo les había obligado a hacer un trabajo de investigación original que había hecho que Samuel se cuestionase si había hecho lo correcto, estudiando una carrera que podía exigir una entrega que él dudaba estar dispuesto a dedicarle. Había escogido periodismo porque pensaba que no tenía que esforzarse demasiado. De hecho, no tenía demasiada consideración por los periodistas más conocidos, los que aparecían en los programas de televisión o dirigían programas de radio, así que pensaba que cualquiera podía hacer lo que hacían ellos. Un poco de cultura general (por lo que veía no se necesitaba demasiada), un cierto nivel de ortografía y de redacción, y suerte o contactos para estar en el lugar adecuado en el momento oportuno. Lo demás era cuestión de adaptarse a las líneas editoriales o afinidades políticas, cada vez más indisimuladas, de los medios de comunicación.

Samuel se veía haciendo su trabajo sentado cómodamente en un escritorio, redactando noticias que llegarían de agencias o de otros compañeros que harían la tarea que a él no le apetecía hacer en absoluto. Por eso le había fastidiado tanto aquella ocurrencia del profesor nuevo. Tener que hacer un trabajo de investigación, y además original, era lo que menos le apetecía, pero no le quedaba otra. Así que allí estaba, en el valle de la Casella, buscando la antigua mansión de Patricia Casterá en la que esperaba encontrar algo que le inspirase o al menos le sirviese para enmarcar la investigación que iba a comenzar.

La idea de ir allí había sido de su abuelo Bernardo con quien Samuel mantenía, quizás, la única relación de afecto sincero. A sus padres y a su hermana, también los quería, naturalmente, pero no era lo mismo. Su padre, Manuel, estaba más preocupado por mantener el negocio de telas del que había vivido toda la vida que por los problemas de sus hijos, que le parecían, en el peor de los casos, tonterías o cosas de la edad. La angustia de verse sin sustento cuando todavía le faltaban más de quince años para alcanzar la edad de la jubilación no le permitía profundizar en la relación con sus hijos. Su madre, Carmen, que trabajaba en la tienda con su padre, parecía no darse cuenta de la menguante situación económica de la familia y centraba su atención y sus preocupaciones en su hija, Alejandra, cuyos hábitos de ocio le hacían temerse lo peor. Samuel sabía que los recelos de su madre estaban plenamente justificados y, de hecho, había intentado que su hermana reflexionase sobre el camino que estaba tomando, pero ella, tres años más joven que su hermano, le había soltado un violento discurso sobre feminismo y heteropatriarcado que lo habían dejado bastante chafado. Así pues, él pensó que Alejandra, a fin de cuentas, no era ninguna niña y que tenía derecho a equivocarse y a corregir sus errores sola.

Con su abuelo era diferente. Él sabía escuchar, nunca le interrumpía cuando le contaba algo y ello hacía que Samuel acabase revelándole todas sus intimidades con la misma confianza que lo haría ante su mejor amigo. Por otra parte, el abuelo Bernardo era un hombre de mentalidad muy abierta y sabía hacer que cualquiera se sintiese cómodo con él. Todo confluía para que Samuel hubiese desarrollado aquella relación tan especial y por esa razón le había manifestado su inquietud por tener que hacer aquel maldito trabajo de investigación.

—Hace ya muchos años —le había dicho el abuelo—, cuando la televisión todavía era en blanco y negro, vi un programa de investigación muy interesante que había sido premiado. Trataba de buscar los antecedentes de una mujer con apariencia de mendigo que había aparecido muerta en una gran ciudad y que, careciendo de

identificación, había sido enterrada sin otra referencia que el número del nicho en el que la habían puesto. Partiendo del lugar en el que habían encontrado su cadáver, los jóvenes periodistas habían dedicado tiempo y paciencia para interrogar a otros mendigos que frecuentaban la zona y uno de ellos les había dado su nombre. A partir de ese dato, habían indagado sobre sus orígenes y habían viajado a Galicia entrevistándose con familiares y conocidos que les habían ayudado con datos, e incluso con fotografías, a reconstruir la historia de aquella mujer cuyos restos parecían destinados a perderse en el anonimato eterno. Supieron que ella había llevado una vida plena de experiencias, de aventuras, que incluso había trabajado como artista en un circo, y que la vida la había golpeado sin misericordia hasta convertirla en una paria sin familia y sin techo, que había naufragado en un mar de delirios de alcohol. El mérito del reportaje y, justo es reconocerlo, su fortuna, era que detrás de un ser olvidado había una vida que podría haber protagonizado una novela.

—Efectivamente, abuelo. La fortuna era que había algo interesante que contar. Yo no les quito mérito a aquellos periodistas, pero si hubiesen descubierto que la mendiga había tenido una vida vulgar, el reportaje habría sido mucho menos interesante.

—Yo puedo sugerirte un trabajo de investigación que nadie se ha molestado en llevar a cabo, y del que podrías sacar una historia mucho más interesante que la de la mendiga.

Y el abuelo Bernardo le había hablado de una mujer que había pasado la mayor parte de su vida en una casa de campo, prácticamente una mansión, que había al final de las tierras cultivadas del valle de la Casella. La mayor parte de su vida la había pasado sola, sin relacionarse con nadie, en la mansión que, a falta de cuidados y mantenimiento, estaba prácticamente en ruinas. Unos cazadores, siguiendo a sus perros que ladraban excitados, la encontraron muerta, en avanzado estado de descomposición en una de las dependencias de la mansión, a la que le faltaban ya muchas de sus puertas. El hallazgo había sido la noticia del año en la ciudad en los años cincuenta, cuando el abuelo Bernardo era un adolescente y, a falta de heridas o fracturas en el cadáver, se concluyó que la mujer había muerto de una parada cardíaca. Asistió mucha gente al entierro, la inmensa mayoría por curiosidad, ya que la muerta, doña Patricia, no tenía familiares ni conocidos en la ciudad. Presidieron el funeral unos tipos de edad avanzada acompañados de una hermosa joven que tendría la edad del abuelo. Ninguno de ellos, soltó ni una sola lágrima.

—Al parecer, los herederos de doña Patricia, no tuvieron interés alguno en hacerse cargo de la finca de la Casella y según dicen los cazadores o los senderistas que de vez en cuando pasan por el lugar, la mansión y su entorno se han convertido, con el paso de los

años, en un monumento a la desidia. Sería muy interesante tratar de averiguar por qué aquella mujer decidió seguir una vida de ermitaña. Según dicen, era muy rica y muy hermosa.

—La historia puede ser interesante, abuelo, pero por lo que me dices han pasado muchos años y no creo que sea posible investigar ahora sobre ello. Si la mujer no tenía relaciones personales ni familiares y sus herederos han pasado de la mansión, no sé cómo puedo averiguar cosas sobre ella.

—Yo empezaría por la mansión. Tal vez encuentres en ella algún hilo del que tirar. Si no es así, siempre podrás hacer un análisis de las causas de la decadencia de la burguesía agrícola de la comarca. Te aseguro que hay otras casas como esa, prácticamente abandonadas en el término municipal de Alzira.

—No sé si eso me serviría como trabajo de investigación, aunque te aseguro que sí que resultaría original. Sospecho que la mayoría de mis compañeros van a hacer un trabajo de investigación sobre el trapicheo de drogas, sobre las nuevas tendencias de prácticas sexuales o sobre corrupción de políticos locales, a pesar de que el profesor nos ha advertido que eso está ya muy visto. Así que tal vez te haga caso, abuelo.

Y así lo había hecho. Por esa razón Samuel se dirigía hacia la mansión de doña Patricia con la esperanza de encontrar algo que le pudiera servir en su trabajo de investigación, cualquiera que fuese el rumbo que finalmente habría de adoptar.

La caminata estaba convirtiéndose en algo desagradable y Samuel sospechaba que tal vez no estaba siguiendo la dirección adecuada, así que decidió sacar provecho de su teléfono inteligente y abrió la aplicación de los mapas que podía consultar vía satélite. Al ampliar la imagen que le mostraba su ubicación, pudo distinguir que a dos o trescientos metros de distancia se encontraban las formas regulares de lo que podría ser una edificación. Estaba en el camino correcto, muy cerca de su destino. Sin embargo, Samuel no pudo evitar torcer el gesto al darse cuenta de que sólo le quedaba el veinte por ciento de la batería.

EL HALLAZGO

Lo primero que vio, a pesar de que estaba prácticamente cubierto por la maleza, fue un edificio rectangular que debía haber estado dedicado a caballerizas o a cochera. Colgados en el techo había arreos y aparejos que sugerían tal fin al edificio. Un poco más adelante, como un templo engullido por la selva, se levantaba la mansión en la que destacaba una escalinata que conducía a una especie de mirador circular. El camino que comunicaba ambos edificios bordeaba el barranco del que le separaba una hilera de árboles, pinos enormes en su mayoría, muchos de los cuales yacían atravesados en el camino al haber sido derribados por un vendaval reciente.

Sorteando como pudo los gigantes abatidos, Samuel se dirigió hacia la escalinata para acceder al mirador. Desde su posición elevada pudo ver el resto del edificio cuya forma le sugería la proa de un barco que navegase desde el valle a la ciudad. Tras un patio estaba la fachada del edificio todavía libre de maleza. A la izquierda, un torreón de planta cuadrada terminaba en un puntiagudo tejado a cuatro aguas que sólo parecía tener una función estética. El resto del edificio era bastante vulgar, pues consistía en un cuerpo alargado en el que había dos plantas: la superior en la que se encontraba Samuel y la planta baja que tenía todo el aspecto de haber estado destinado a cocina, almacenes y dependencias de la servidumbre.

Avanzó el visitante por una terraza lateral que comunicaba todas las dependencias de la planta superior. Las puertas y ventanas que daban a ella estaban prácticamente desaparecidas, y Samuel podía comprobar que habían sido despojadas de contenido por el tiempo y el saqueo al que, con toda probabilidad, habrían sido sometidas. Las primeras dependencias eran salones que habrían sido el escenario de la vida social de los habitantes de aquella mansión. A continuación, venía lo que tenía toda la apariencia de haber sido habitaciones. Entró en una de ellas, la que le pareció más grande y curioseó en los dibujos que adivinaba en las baldosas del suelo apartando con sus pies la suciedad que los cubría. En el otro extremo de la habitación una puerta doble, que todavía conservaba una de sus ventallas, daba a un pasillo interior que comunicaba todas las dependencias, como hacía la terraza exterior, y que serviría para que los moradores se moviesen por toda la casa a salvo de las inclemencias del tiempo. Avanzó

Samuel por el corredor y, a medida que lo hacía, parecía que el estado de deterioro del edificio se agravase, lo cual no le impedía al estudiante de periodismo darse cuenta de lo feo de la construcción, que más bien parecía un vagón antiguo de tren, formado por una sucesión de compartimentos. La falta de adornos aumentaba la sensación de desagrado y de vulgaridad que le provocaba. Para colmo de males, casi al final del corredor, uno de los pinos derribados por el viento había cortado parcialmente el edificio, como un enorme cuchillo, y descansaba inclinado cortándole el paso. Prácticamente convencido de que allí no iba a encontrar nada que pudiese dar pie a trabajo de investigación alguno sobre la última moradora de la mansión, sintió Samuel no obstante la curiosidad de acercarse a ver mejor el daño que el pino había hecho. Una idea surgió en su desilusionada mente: aquella imagen bien podía ilustrar la idea que su abuelo le había apuntado como plan B y que era la de tratar sobre la decadencia y el abandono de los magníficos edificios rurales que abundaban en la comarca. Sacó su teléfono móvil y buscó la App que lo convertía en una cámara de fotos decente. Sólo le quedaba el diecisiete por ciento de la batería.

Fotografió el daño desde distintos ángulos y, estando cerca, vio que desde el cielo raso que separaba el tejado y las vigas del resto de la habitación, que había sido resquebrajado por el pino, y precariamente apoyada en él, asomaba una caja de madera. Activó Samuel el teléfono en modo linterna y, alumbrándola, pudo distinguir que la caja parecía, por su calidad y acabados, el estuche de algo valioso.

Apoyándose precariamente sobre el pino y sobre los escombros que había ocasionado al caer sobre la casa, alcanzó Samuel la caja y, con gran esfuerzo, tiró de ella hasta lograr sacarla de su escondite. El peso de la caja le sorprendió y, empujado por éste, cayó de espaldas con la caja encima, lo cual le hizo darse un golpe en la cabeza que le produjo una ligera conmoción. Aturdido durante unos instantes, no tuvo curiosidad de ver qué había en la caja hasta estar completamente seguro de que no se había roto ningún hueso.

La caja estaba en perfecto estado. Ningún daño había sufrido en la caída, pues el cuerpo del propio Samuel había absorbido por completo el impacto a costa de magulladuras que se harían evidentes en uno o dos días. Sólo la suciedad enmascaraba el hecho de que estaba construida de madera de calidad. El joven buscó algún resorte que permitiese la apertura de la caja y sólo encontró un simple pestillo que se descorrió con suma facilidad. En el interior de la caja, rodeado de virutas de madera que debían tener como objetivo protegerla, una figura blanca asomaba. La sacó con cuidado. Pesaba más de lo que esperaba. Cuando pudo verla en su totalidad, se quedó sorprendido

por su belleza. Sosteniéndola con ambas manos, fue dándole la vuelta para verla desde todos los ángulos. La figura representaba el torso de una mujer joven que recogía con las dos manos su cabellera con la que formaba una gruesa cola, como si estuviera escurriéndola después de haberla lavado. Su rostro, con los ojos cerrados y los labios entreabiertos, expresaba una sensación placentera que Samuel no sabía bien a qué atribuir, pero que eran un perturbador ejemplo de sensualidad. Con un realismo que llamaba la atención, incluso a un profano del arte, como era Samuel y la mayoría de los jóvenes de su generación, una camisa cubría parcialmente el torso de la mujer. La ropa húmeda formaba pliegues que respetaban la anatomía exquisita de un modelo de arte clásico. Unos senos perfectos emergían libres y enhiestos entre los bordes de la camisa abierta desafiando las leyes de la gravedad. Debajo de ellos, el vientre plano terminaba en un rústico pedestal. En uno de sus lados se leía una inscripción: M. Benlliure.

Lustros de aplicación de planes de enseñanza, presuntamente reformistas y progresistas, que habían dejado a España en la cola de la calidad de enseñanza en los países de Europa, impidieron que Samuel se diese cuenta de que tenía en sus manos una pieza desconocida del que había sido, probablemente, el mejor escultor de la historia de nuestro país.

A pesar de ello, el hallazgo tenía a Samuel tan excitado que ya no sentía el dolor de sus magulladuras. La bellísima escultura, escondida en el hueco que había entre el cielorraso y el tejado, sugería un misterio que bien podría dar satisfacción a su necesidad de encontrar un tema de investigación interesante y apropiado. Pero inmediatamente pensó que tal vez, en el mismo escondite pudiese encontrar algo más que le sirviese para su fin. Apoyándose nuevamente en el árbol caído trató de asomarse al hueco. Ayudado por la linterna de su teléfono móvil creyó distinguir una caja semejante, pero más pequeña. Estiró su cuerpo tratando de alcanzarla, pero no llegaba. Se encaramó un poco más al tronco y metió el cuerpo en la abertura. Un crujido de cañas secas fue lo último que oyó antes de perder la consciencia.

LA RONDALLA DE LAS PASTORCILLAS DE BARX

Hace ya muchos años vivía en el pequeño pueblo de Barx un pastor viudo que tenía dos hijas, Carmen y Amparo, de dieciséis y doce años. Después de muchos años de servir a varios señores, y de haberse dejado la salud en infinitas noches de vigilia, soportando las peores inclemencias del tiempo, para guardar rebaños ajenos, Ramón, que así se llamaba el hombre, había conseguido reunir un modesto rebaño de su propiedad y con él mantenía a su familia sin apenas comodidades, pero con dignidad.

La muerte de su querida esposa fue un golpe que vino a quebrantar todavía más su salud y su ánimo, y sólo el amor que tenía a sus dos hijas le hacía levantarse cada mañana para procurarles su sustento. Pero poco a poco, Ramón, que con apenas cuarenta y dos años parecía un anciano, fue perdiendo las fuerzas y tuvieron que ser sus hijas quienes llevaban diariamente al rebaño a pastar al paraje de La Drova, donde las innumerables fuentes hacían crecer los mejores pastos.

Carmen y Amparo, desde muy niñas, salían cada día de madrugada y, tras atravesar la aldea, se adentraban en el rico valle donde pasaban toda la mañana jugando y cogiendo flores o frutos silvestres con los que halagar a su padre enfermo. Les acompañaba un perro viejo, “Rabut”, cuya presencia era meramente testimonial pues en la zona apenas había alimañas que pudieran atacar al ganado, y el número de ovejas, poco más de una docena, tampoco hacía necesaria su intervención para que estas siguiesen dócilmente a “Negret”, el macho que sólo comía de la mano de Amparo, la menor de las hermanas.

La niña lo había visto nacer y lo había cuidado como si fuese un hermanito pequeño, y el animal, como si aceptase el papel que ella le había asignado, la seguía a todas partes sin separarse de ella más de dos metros.

—Negret está enamorado de ti —se burlaba su hermana un poco celosa—. Cuando seas mayor te casarás con él y tendréis muchos cabritillos.

—Eres una mentirosa. Las mujeres sólo se casan con hombres,

como padre y madre —respondía la niña indignada que sólo tenía siete años cuando Carmen la mortificaba con sus pullas.

Pero aparte de aquellas bromas, las dos hermanas se querían con locura y, especialmente desde que había muerto su madre, se habían unido con una intensidad especial porque intuían, aunque no se atreviesen a hablar de ello, que su padre las dejaría pronto y sólo se tendrían la una a la otra.

Con el tiempo habían crecido en bondad y hermosura. Carmen, la mayor, con dieciséis años era considerada por los mozos del lugar como una candidata muy deseable para desposar, y Amparo, a sus doce años, aun siendo todavía una niña, ya anunciaba que, en pocos años, iba a competir con su hermana mayor en gracia y belleza. Su padre enfermo no era ajeno a aquella situación y se consolaba pensando que, ante el final que cada vez intuía más próximo, sus hijas no quedarían desamparadas, pues seguramente podrían elegir al pretendiente que más les conviniera. Sólo lamentaba que quizás no estaría él presente para aconsejarlas.

Efectivamente, las pastorcillas de Barx, eran las dos doncellas más hermosas de la comarca y por eso tuvieron que vivir un episodio que nunca olvidarían.

Vivía en el lugar un hombre ruin que madrugaba cada día para ver pasar a las hermanas camino del valle, seguidas por su diminuto rebaño. Se llamaba Jordi y era el más rico del lugar, cosa que había conseguido por su extraordinaria mezquindad. Tenía cincuenta años y era viudo desde hacía diez. En la aldea se comentaba que su esposa había muerto porque no había querido gastar en médicos y en medicinas los cuidados y los remedios que su esposa necesitaba, cuyos males estaban motivados por las penurias y estrecheces a las que sometía a cuantos dependían de él. No se había vuelto a casar porque le horrorizaba la idea de tener que mantener a otra persona. Incapaz de gastar un solo céntimo en las rameras de Simat, satisfacía solo las necesidades de la carne que cada vez le resultaban menos perentorias.

Estaba ya en el ocaso de su lujuria cuando las vio pasar por delante de su casa una madrugada. La belleza de las muchachas, aureolada por su evidente inocencia, hizo despertar el ansia más salvaje en su mezquino vientre y desde ese momento sólo tuvo la idea obsesiva de saciarla. Lo primero que pensó fue en pedir a su padre, el muerto de hambre de Ramón, a Carmen en matrimonio. Lo conocía porque el pastor le había cuidado sus rebaños hasta que éste se había rebelado por el mezquino pago que recibía a cambio. Pero seguía siendo su avaricia mucho mayor que su lujuria y se reafirmó en la idea de no tener que mantener a nadie. Ofrecer dinero a cambio de sexo tampoco le atraía, por la misma razón. Así que resolvió que lo que tenía que hacer era tomar por la fuerza lo que tanto deseaba. Las

costumbres de las muchachas facilitarían sus ruines intenciones. Siguiéndolas discretamente, vio que solían acudir todos los días, por el mismo camino, a las mismas fuentes. Una de ellas, más apartada que las demás, a la que sólo acudían ellas con su minúsculo rebaño, serviría para su propósito.

El día elegido, temblando por la impaciencia, Jordi madrugó más de lo habitual y se dirigió a la fuente donde esperaba consumar su infamia. Las muchachas llegaron más o menos a la hora que él esperaba. Les precedían sus risas y el monótono sonido del esquilón que pendía del cuello del macho. Se sorprendieron al ver a alguien allí, pues a aquel paraje no acudía ningún pastor, ya que era un lugar donde no cabían rebaños grandes y, además, había una sima profunda en la que, si caía alguna cabra, se daba por perdida para siempre.

La sorpresa dio paso al desagrado cuando reconocieron al visitante. La fama de Jordi, como ser mezquino y despreciable, también había alcanzado los oídos de las muchachas, a pesar de que, por su edad, tenían sus pensamientos ocupados en asuntos más inocentes y agradables. Les saludó el avaro con una sonrisa sucia que convirtió el desagrado de las muchachas en temor. El viejo perro, Rabut, compartiendo el humor de las muchachas, empezó a ladrar desaforadamente y Jordi lo acalló con un terrible golpe de bastón que dejó al pobre animal descalabrado. No hacían falta palabras para anunciar lo que allí iba a suceder. Horrorizadas, las hermanas se abrazaban llorando de miedo y Jordi, doblemente excitado por el deseo y la violencia, se acercó a las muchachas babeando de lujuria. Separó a Amparo de su hermana mayor violentamente y de la misma forma trató de arrancar el modesto vestido de Carmen que se resistía con todas sus fuerzas, gritando y arañando a su agresor. Pero la batalla se inclinaba rápidamente a favor del avaro que, cada vez más excitado, golpeaba a la pobre muchacha para doblegar su voluntad. Cuando parecía que iba a lograr su propósito, la pequeña Amparo se abalanzó sobre Jordi tratando de golpear su cabeza con una piedra. Falló el golpe por poco, pero causó en su objetivo el suficiente daño para que éste se revolviese para hacer frente a una amenaza que no esperaba de una mocosa de doce años. La niña, transformada en una fiera aullante, se abalanzaba de nuevo sobre él. Su rostro era una máscara de furia y su voz el maullido profundo de un gato acorralado. La confusión de sensaciones que cabalgaban desbocadas por las venas del avaro rijoso, convirtieron aquella situación en algo mucho más excitante y se dispuso a someter a la niña al imperio de su lujuria, sin importarle que se tratase de una niña. Un par de bofetadas contundentes derribaron a la pobre Amparo que se dio cuenta, súbitamente, de que había perdido la batalla y aguardaba aterrada y resignada su destino. Al darse cuenta Carmen de lo que iba a pasar,

trató de evitarlo ofreciendo su cuerpo al tiempo que gritaba:

—No la toques, te lo suplico. Tómame a mí.

Y le mostraba sus pechos, ahora desnudos. El avaro ni siquiera la miraba

—Ella, no es mujer todavía —insistía la pobre Carmen—, no te dará placer como yo.

Pero Jordi estaba sordo y ciego por el deseo salvaje que aquella fierecilla le había inoculado con su comportamiento violento, y nada oía ni veía salvo aquella carita hermosa deformada por el miedo. Tal vez por eso no se dio cuenta de que un bulto negro se dirigía hacia él a toda velocidad. El primer impacto le rompió las costillas en su costado derecho. Lo supo de inmediato porque respirar le dolía como si le clavasen un cuchillo. Cuando recibió el siguiente golpe, esta vez en el estómago, supo que era el macho cabrío quien le atacaba. Aturdido por el dolor, trató de incorporarse y, trastabillando, intentó evitar la siguiente embestida. Sin darse cuenta se acercó peligrosamente a la sima que estaba medio oculta por unos matorrales. El macho cabrío retrocedió para tomar más impulso, lo cual dio tiempo a que Jordi recogiese su garrote y se preparase para repeler la siguiente agresión. Pero fue inútil. Negret le atacó con una velocidad y una fuerza que nunca hubiera imaginado y le hizo caer de espaldas en la sima. El grito de pánico del avaro mientras caía hacia su muerte resonaría en los oídos de las muchachas durante muchos años.

Las muchachas compusieron sus ropas como buenamente pudieron y regresaron a su casa. Nunca le contaron a nadie, ni siquiera a su padre, lo sucedido. Nadie lamentó la desaparición de Jordi, que atribuyeron a algún asalto de maleantes que, conocedores de su riqueza, habrían tratado de sacar buen provecho de ella.

A la muerte del padre de las pastorcillas, Carmen, la mayor, se casó con un labrador bueno y tuvo muchos hijos. Amparo no se casó nunca, a pesar de que no le faltaron pretendientes. Vivió sola el resto de sus días porque decía que no le interesaba el amor de los hombres. Prefería el amor desinteresado de los animales. La terrible experiencia vivida con el avaro Jordi la había marcado para siempre.

Un día la vieron alejarse hacia el monte próximo que los lugareños conocen como Aldaia. Llevaba en un hatillo sus escasas pertenencias y algo de comida y agua. La seguía su inseparable “Negret”. Nadie la volvió a ver jamás, pero contaron las leyendas de la época que alguien había visto correr entre los matorrales de los parajes menos accesibles del monte a unos seres extraños que parecían niños con patas de cabra en lugar de piernas, y que huían despavoridos ante la presencia de seres humanos.

AINHOA

Una semana después, cuando prácticamente se han apagado los ecos de la noticia del descubrimiento de Samuel, el joven, todavía convaleciente en su casa, cierra su ordenador portátil y se dedica a recordar todos los hechos que han acaecido en aquella semana de vértigo.

Al intentar acceder al interior del escondrijo en el que habían aparecido las cajas, se había derrumbado el cielorraso y parte del tejado, y Samuel había caído golpeándose en la cabeza. Inconsciente y parcialmente cubierto de escombros, había pasado varias horas, hasta que sus familiares se habían alarmado por su ausencia y por la imposibilidad de contactar con él, ya que su teléfono móvil se había quedado sin batería. El abuelo era el único que sabía a dónde había ido, y allí se había dirigido acompañado por un amigo jubilado que había sido policía municipal y conocía perfectamente el lugar. Una mezcla de alivio y temor sintieron cuando vieron el coche de Samuel estacionado en el lugar donde imaginaban que podía estar. Eso significaba que el joven debía estar allí, pero también daba a entender que podía haberle pasado algo, puesto que ya había anochecido y nada podía justificar su presencia en la zona a aquellas horas intempestivas. Llegaron a la mansión casi corriendo y empezaron a llamar a Samuel a voces. La falta de respuesta les llevó a recorrer las dependencias de la mansión abandonada, hasta que dieron con él.

El abuelo Bernardo casi se desmayó al descubrir el cuerpo de su nieto semienterrado en los escombros. Lloraba y se maldecía por haber sugerido a su nieto aquella especie de aventura que había resultado fatal. Fue su amigo, más sereno, quien se dio cuenta de que Samuel todavía estaba vivo. Llamaron a los servicios de urgencia, y poco después Samuel viajaba en una ambulancia hacia el hospital. Tras hacerle las pruebas necesarias, dictaminaron los médicos que no había sufrido heridas de importancia y, tras el preceptivo periodo de observación, fue enviado a casa.

Mientras tanto, la policía municipal había acudido al lugar de los hechos para extender el parte de intervención y se encontraron con el descubrimiento de Samuel. Perfectamente embaladas en cajas habían aparecido cuatro obras no catalogadas del famoso escultor valenciano Mariano Benlliure. La más grande era una figura de mujer

y las otras tres parecían representaciones de situaciones compuestas por varios personajes. En todas ellas se apreciaba la firma del escultor, lo que había guiado a los expertos en la dirección inequívoca para determinar su autoría. Los rasgos de genialidad en la concepción, así como la precisión de detalles y la calidad de la ejecución, las convertía, sin que ninguno de los expertos albergase la menor duda, en obras del genial artista, siendo, a pesar de su pequeño tamaño, obras comparables, sino superiores, a las mejores de su extensa producción.

La noticia ocupó un cierto espacio en los noticiarios aunque, lamentablemente, dieran más importancia a los problemas de propiedad de las obras que al valor artístico de las mismas. Al parecer la Generalitat Valenciana pretendía quedarse con las obras, como si de un hallazgo arqueológico se tratase, dado que los herederos de la difunta doña Patricia no las habían declarado al hacerse cargo de la herencia. Éstos argumentaban, con razón, que desconocían su existencia, pero que dado que las esculturas estaban en la propiedad, a ellos les correspondía recibirlas. En lo que todos estaban de acuerdo era que el valor de aquellas obras era elevadísimo.

Una cadena de televisión y varios periódicos trataron de entrevistar al involuntario descubridor del hallazgo, pero Samuel, bien aconsejado por el abogado de la familia, se negó a conceder ninguna entrevista. Ya podría darse por satisfecho si no le acusaban de intento de robo. A fin de cuentas había entrado en una propiedad privada sin autorización y había sido encontrado rodeado de obras de arte valiosísimas. Así pues, mientras se recuperaba completamente, mantenía un discreto anonimato. Ello no le impedía dedicar buena parte de su ocio a investigar sobre el escultor valenciano, del que hasta entonces sólo sabía que había una calle con su nombre en Alzira. En internet había encontrado infinidad de imágenes sobre sus obras, y verlas había despertado en Samuel una gran admiración por el escultor. La mayoría de sus obras, de gran realismo, transmitían fuerza y al mismo tiempo gran humanidad. Todas le parecían geniales, pero algunas le gustaban de manera especial, como la estatua del pintor José Ribera “El españoleto”, hecha en bronce, en la que se representaba al artista de Játiva en actitud de pintar. O la del Beato Juan de Ribera, esculpida en mármol de Carrara, de la que no se cansaba de admirar la minuciosidad en los detalles.

Por otra parte, Samuel no dejaba de pensar que lo que le había sucedido podía muy bien ser el tema del trabajo de investigación periodística que tenía que llevar a cabo, aunque temía que periodistas profesionales con más experiencia, conocimientos y medios lo hiciesen antes y mucho mejor que él. Averiguar cómo y cuándo habían llegado aquellas obras de Benlliure a la mansión abandonada le parecía

mucho más interesante que investigar la vida de su última habitante, aunque, si lo pensaba bien, tal vez ambas cosas estuviesen relacionadas.

Los retos nunca habían sido estimulantes para Samuel. Vago por naturaleza, procuraba evitar las dificultades en todos los órdenes de la vida. Él era de los que preferían dar un largo rodeo antes que escalar una rampa empinada, por corta que fuese, pero las ideas que bullían en su cabeza le invitaban de manera irresistible a enfrentarse a aquel misterio, así que ya estaba prácticamente decidido a hacerlo cuando llamaron a la puerta de su habitación.

— ¿Puedo pasar? —Preguntó su hermana Alejandra colándose en su cuarto sin esperar respuesta—. Me gustaría presentarte a una amiga. Tiene mucho interés en hablar contigo.

— ¿Cómo…?

—Pero ponte algo, hombre. Que no te vea en calzoncillos. Te doy cinco minutos.

Samuel, sorprendido y molesto por la desfachatez de su hermana, obedeció, no obstante, a lo que prácticamente le había ordenado. Le resultaba más fácil hacerlo que montarle un número o iniciar una pelea verbal delante de una desconocida. Así pues, no sólo se vistió decentemente, sino que también ordenó mínimamente su habitación para que no pareciese "un corral de vacas", como decía su madre cuando quería describir el máximo nivel de "cutrez" y suciedad en un lugar. Curiosamente, le sobró más de un minuto.

—Pasad —dijo Samuel asomándose por la puerta de su habitación mientras buscaba el rostro de la amiga de su hermana. Esperaba encontrarse con una feminista radical con el "uniforme" que a todas ellas identificaba, según Samuel, que consistía en ropas oscuras desprovistas de toda feminidad, preferentemente de aspecto sucio, pelo corto y grasiento y flequillo horizontal pegado a la frente. Aquella imagen, en realidad, sólo era fruto de su mente prejuiciosa, ya que su hermana no tenía ese aspecto, en absoluto. Pero también, justo era reconocerlo, era la imagen recurrente de conocidas "feminazis", especialmente en ambientes políticos radicales.

Pero Ainhoa, que así se llamaba la amiga de Alejandra, no tenía ese aspecto, en absoluto. Era una muchacha paliducha cuyo rostro estaba parcialmente oculto tras unas gafas enormes, como las de Harry Potter. Tenía una melena de color castaño claro tratada con aparente descuido, pero que le conferían cierta gracia. Era muy delgada, pero ello no impedía distinguir en su cuerpo sus formas de mujer, especialmente en el busto, que Samuel atribuyó al resultado de una operación de implante. Así pues, aquella muchacha resultaba evidente que no era una feminista radical. No sabía por qué, pero aquello hizo que de pronto le cayese bien.

Todas estas consideraciones, que pasaron por la mente de Samuel con la velocidad de un parpadeo, no impidieron que se preguntase con curiosidad qué podía querer aquella chica de él. Lo primero que se le ocurría era que tal vez era una periodista de algún medio de comunicación modesto, que pretendía obtener la entrevista que otros medios más importantes no habían logrado. Pero no podía ser eso. Su hermana era muy inteligente y sabía perfectamente que eso era algo que le podía poner en problemas serios. Así pues, tras haber hecho las presentaciones de rigor, fue Alejandra quien sacó el tema a la luz.

—Ainhoa es licenciada en historia del arte. Está preparando una tesis doctoral sobre lo que ella considera el siglo de oro de la cultura valenciana. Piensa que le vendría bien tu ayuda.

—No sé cómo podría ayudarte. Ni siquiera sé a qué siglo te refieres.

—Lo de "siglo" es una manera de hablar —intervino Ainhoa por primera vez—. Yo me refiero a un período, a una época. De hecho cuando se habla del siglo de oro español, en realidad se está hablando de dos siglos en los que el arte y la cultura brillaron extraordinariamente en nuestro país. Mi tesis trata de una época que abarca desde finales del siglo XIX hasta el primer tercio del siglo XX.

— ¿Por qué la llamas siglo de oro de la cultura valenciana?

—Porque en esa época destacaron artistas valencianos más allá de nuestras fronteras y alcanzaron fama mundial. Estoy hablando de Sorolla, de Blasco Ibáñez y, por supuesto, de Mariano Benlliure.

—Pero Blasco Ibáñez escribía en castellano.

— ¿Y eso qué importa? ¿Acaso no hay valencianos que emplean el castellano como primera opción para expresarse? No caigas en el error de muchos nacionalistas que piensan que el castellano es una lengua ajena que hay que extirpar de la enseñanza y de la vida cotidiana, incluso. La lengua que compartimos todos los españoles la hemos hecho grande entre todos y a todos nos pertenece. Renunciar a ella supone amputar una parte muy importante de nuestro patrimonio cultural, que es uno de los más ricos de la historia. Piensa en los grandes escritores de la historia de la literatura española. Valle Inclán era gallego, Unamuno, vasco. Blasco Ibáñez, valenciano, como Rafael Chirbes. Eduardo Mendoza es catalán y ha recibido merecidamente el premio Cervantes. También es catalán Carlos Ruiz Zafón y tantos y tantos escritores que han contribuido con su genio a engrandecer el idioma común. Además, Blasco Ibáñez trató temas valencianos en muchas de sus obras más conocidas, al igual que los otros dos artistas que, aun trabajando y triunfando fuera de Valencia, nunca olvidaron sus orígenes, manifestándolos en muchas de sus obras, y aquí pidieron que descansasen sus restos.

—Tal vez tengas razón. Eso es algo que nunca me he planteado. Imagino que esas ideas no estarán muy bien vistas por la "cultura oficial".

—La cultura oficial, como tú dices, está absolutamente politizada y sólo acepta y considera aquello que sirve a sus fines, que no son otros que crear un clima de opinión en el que ellos, y sólo ellos, puedan opinar y gobernar.

—Si piensas eso, me parece que vas a tener problemas en conseguir que aprueben tu tesis doctoral…

—Es que no pienso presentarla aquí. Me la está dirigiendo un catedrático de la universidad de Salamanca. Allí también aprecian y consideran a los artistas valencianos como propios.

—Bueno, y volviendo al principio. ¿Por qué piensas que te puedo ayudar? Es evidente que eres una experta en el tema y yo apenas sé algo de esos personajes.

—Verás, hay un apartado de mi tesis en el que pretendo hablar de la influencia de nuestra ciudad en estos tres genios. Sabrás que la novela "Entre naranjos", que fue incluso versionada en Hollywood, se desarrolla casi totalmente en Alzira.

—Sí, me suena, aunque tengo que confesar que no la he leído.

—Sorolla también estuvo en nuestra ciudad. Pintó algunos cuadros de naranjos. Sé que a los tres artistas les unía una gran amistad y en algunas de las cartas de la correspondencia que mantenían Sorolla y Benlliure, se hace una referencia al periodo en que estuvieron pasando unos días juntos en el campo, y aunque, curiosamente, no se habla del lugar, yo sospecho, por las fechas, que se trataba de la época en que Sorolla pasó unos días aquí pintando. El descubrimiento que tú has hecho accidentalmente me confirma en mi idea de que el escultor estuvo, efectivamente, en Alzira y, concretamente, en la mansión donde estaban sus esculturas, lo cual aclara el misterio de determinar el huerto exacto en el que Sorolla pintó sus cuadros.

—Es interesante…

—Bueno —interrumpe Alejandra—, veo que mi presencia aquí ya no es necesaria. Ya me diréis en qué quedáis o si me necesitáis para algo. Me voy a mi habitación.

—El caso es, y ahí viene tu ayuda, que me gustaría visitar la mansión por si acaso puedo encontrar algún indicio que confirme mi sospecha. Me gustaría que me acompañases y me mostrases el lugar donde aparecieron las esculturas.

—Puedes contar conmigo. ¿Cuándo quieres que vayamos?

— ¿Qué tal mañana?

—De acuerdo

—Iremos en mi coche. Te recojo después de comer. ¿Vale?

Un par de besos, seguidos de una sonrisa perturbadora sirvieron de despedida. Alejandra, que había oído la conversación, salió de su habitación para acompañar a su amiga hasta la salida.

— ¿Qué te ha parecido Ainhoa?

—Ptse… —respondió Samuel a falta de alguna idea coherente que expresar.

—Espero que la ayudes. Es muy importante para mí.

Samuel pasó el resto del día pensando en la conversación que había tenido aquella mañana con Ainhoa. Se le hacía raro haber estado tanto rato hablando de temas culturales por dos razones. La primera, porque no era la cultura una de sus prioridades y a lo más que llegaba su vida cultural era a hablar de la serie televisiva de moda. La segunda, porque si mantenía una conversación larga con una chica, no eran sus cualidades mentales, precisamente, lo que buscaba en ellas. Tal vez su hermana Alejandra tenía razón al llamarle "falocentrista" y otras lindezas semejantes cuando discutían por cualquier motivo, aunque nada tuviera que ver con el feminismo.

Pero con Ainhoa había sido diferente. Le gustaba hablar con ella. Le interesaba mucho todo lo que le decía y, sin darse cuenta, contaba las horas que faltaban para volverla a ver. Ni siquiera había tenido en consideración el hecho de que no era conveniente que se acercase otra vez al lugar donde había vivido su "aventura", al menos hasta que pasase un tiempo prudencial. Así pues, al día siguiente, cuando llegó la hora de volver a encontrarse con ella, Samuel sentía una alegría que no recordaba desde la época en que, siendo un niño, se despertaba en la mañana del día de Reyes.

LA INVESTIGACIÓN

—A partir de ahora tenemos que seguir a pie —anunció Samuel cuando llegaron al lugar en el que había dejado el Ibiza en la ocasión anterior. La diferencia era que allí había otro automóvil con los rótulos de una empresa de seguridad privada.

— ¿No había otro camino para llegar hasta la misma mansión en coche? —preguntó Ainhoa.

—Sí, es el que llega desde la carretera principal que conduce hasta el final del valle, pero está cerrado por una verja oxidada y las malas hierbas se han apoderado de él. Aunque estuviera abierto no podríamos pasar en coche.

Avanzaron siguiendo la senda conocida y cuando llegaron a la mansión se encontraron con que ésta estaba rodeada por un vallado provisional, semejante al que ponen en algunas obras, para impedir el acceso al edificio. Unos ladridos furiosos precedieron a un enorme perro que avanzaba hacia ellos lanzándoles una agresiva amenaza. Tras él, un grueso vigilante de seguridad trataba de aplacarlo sin éxito.

—No pueden estar aquí —dijo a los recién llegados—. Esto es una propiedad privada.

— ¿Por qué han vallado el edificio? —preguntó Ainhoa

—Es peligroso entrar en él —respondió una voz desde lo alto del mirador—. El edificio se encuentra en muy mal estado y podría haber un derrumbe.

Quien les hablaba era otro vigilante de seguridad, de edad próxima a la de la jubilación, que por sus ademanes parecía ser quien ostentaba el mando en aquella situación.

—Imagino que habréis venido a curiosear por lo de las esculturas. Pues lo siento, pero habéis hecho el viaje en vano. Desde que encontraron las dichosas esculturas de Benlliure, la dirección de Patrimonio de la Consellería se ha hecho cargo del edificio y por aquí han pasado sus técnicos en busca de más “tesoros”. Han prohibido el acceso incluso a los presuntos propietarios.

—Efectivamente, estamos interesados en el hallazgo. Somos investigadores de arte. Y dígame: ¿Ha pasado mucha gente por aquí?

—Al menos lo han intentado. Periodistas, cadenas de televisión, curiosos… Pero aquí no ha entrado nadie.

— ¿Hay alguien ahora?

—No. Los técnicos de la Generalitat han dado por terminada la búsqueda. Su impresión es que, aparte de lo que apareció en su día, aquí no hay nada más.

—Entonces ¿por qué mantienen las vallas y la vigilancia?

—Ya te he dicho que hay peligro de derrumbe. Pero en cualquier caso nos da igual. La empresa cobra por hacer esto, así que no tenemos que cuestionarnos los motivos.

—Y dado que la Consellería ha dado por terminada la búsqueda ¿no nos dejaría entrar para que echemos un vistazo? Mi amiga está preparando una tesis doctoral sobre Benlliure y le vendría muy bien explorar el lugar —intervino Samuel por primera vez.

—No. Lo siento. Nuestras órdenes son tajantes. Aquí no puede entrar nadie.

—Está bien, gracias de todos modos.

Emprendieron el regreso hacia el coche, cabizbajos y en silencio. Ainhoa lamentaba no haber podido entrar en la mansión. Aunque no tuviera claro qué podía encontrar en ella de utilidad para sus propósitos, le habría gustado recorrer el espacio que seguramente habrían compartido los dos genios y haber absorbido su aire y su luz, por no hablar del misterio por el que habían permanecido ocultas las figuras del escultor.

Samuel lamentaba que aquel intento frustrado significaba que ya no tenía pretextos válidos para disfrutar de la compañía de Ainhoa, así que no hacía más que buscar excusas para poder seguir viéndola. El pretexto, como suele ocurrir en estos casos, se lo dio ella.

—Mira esa montaña —dijo Ainhoa sacando el teléfono móvil para tomar unas fotos.

— ¿Qué pasa con ella? —Preguntó Samuel extrañado.

—Yo diría que es la montaña que aparece en uno de los cuadros de Sorolla pintados en Alzira. Si te apetece vamos a mi casa y te lo enseño.

—Guay —es lo único que acertó a decir Samuel. Un monosílabo que a duras penas podía contener toda la alegría que aquella propuesta le ofrecía.

—Mira. ¿Ves? La imagen está pintada desde las inmediaciones de la mansión. La montaña es prácticamente igual. Eso de ahí podría ser lo que llaman "El pas del pobre" —dice Ainhoa moviendo el cursor del ratón sobre la pantalla de su ordenador.

—Es muy posible, pero hay que echarle un poco de imaginación. ¿Y ese murete blanco? —pregunta Samuel.

—Debe ser alguna balsa de riego. ¿Has visto si hay alguna cerca de la mansión?

—No me he fijado, pero tampoco he tenido la ocasión de hacerlo. Lástima que los seguratas no nos hayan dejado inspeccionar el lugar tranquilamente. Pero dime: ¿Por qué piensas que estas imágenes corresponden a campos de Alzira?

—Según un trabajo del doctor Bernat Montagud, publicado en la revista del Archivo de Arte Valenciano en el año 2.015, Sorolla estuvo en la ciudad a finales de 1902. Debió ser por navidades o algo así. Piensa que la naranja es una fruta que se recolecta principalmente en invierno, y en los cuadros aparece la fruta madura con su color característico. Mira, aquí hay otros cuadros parecidos.

Ainhoa hace cambiar la imagen de la pantalla de su ordenador y aparece un naranjo cargado de fruto en el que contrastan magistralmente las luces y las sombras. Un escalón de tierra lo separa del naranjo siguiente.

—Mira —dice Samuel—. Ese escalón indica que el campo no tiene un nivel uniforme. Eso es típico de los naranjales cultivados en montañas, como los campos que rodean la mansión.

—Muy buena observación. Esto refuerza mi teoría de que el campo donde estuvo Sorolla es el mismo donde han aparecido las esculturas de Benlliure.

El siguiente cuadro de Sorolla muestra en primer plano tres columnas blancas que, apoyadas en un murete, sostienen el enramado de una parra. A su alrededor, un bosque de naranjos muestra sus frutos y a lo lejos, junto a la copa de un árbol sin hojas, se distingue difuso el tejado de una casa.

—Esta podría ser la mansión, aunque también hay que echarle mucha imaginación —dice Samuel señalando el tejado.

Ainhoa asiente en silencio y hace que aparezca en la pantalla la imagen del último cuadro de los que supuestamente pintó Sorolla en Alzira. En él una muchacha joven está sentada en un margen, recogiendo y amontonando naranjas. Curiosamente va vestida con

cierto lujo, lo que contrasta con la humilde labor que está realizando. El cuadro parece una instantánea, un apunte del natural, como los que el maestro de la luz hacía en las playas de la Malvarrosa. La muchacha está mirando a la cámara, es decir al pintor, como si reaccionase a su llamada de atención. Lo hace sin timidez. Se diría que sus labios dibujan una mueca de sarcasmo.

— ¿Puedes ampliar la imagen? —Pregunta Samuel y Ainhoa aplica el zoom hasta que el rostro de la joven domina por completo la pantalla—. ¿Te has dado cuenta? —Exclama excitado.

—No sé a qué te refieres.

—La chica. Esa chica. Es la misma que está representada en la escultura.

—Se parece un poco. Déjame ver.

Y a continuación Ainhoa abre un archivo que contiene las fotografías del involuntario hallazgo de Samuel. La prensa digital había documentado profusamente cada una de las esculturas encontradas y la joven había copiado todas las imágenes. La más reproducida era, sin duda el torso de la joven. Seleccionó la imagen que le pareció más apropiada y la amplió hasta donde le pareció conveniente.

—Son muy parecidas, podría decirse que son la misma persona, pero no hay seguridad absoluta. Sorolla no pintaba los rostros con excesivo detalle, a diferencia de Benlliure, que era capaz de reproducir los rasgos físicos con un realismo extraordinario.

—Yo estoy seguro. Es ella. Eso refuerza tu teoría de que los dos artistas estuvieron en la mansión.

—Sería muy interesante averiguar quién era esa mujer. ¿Te imaginas que fuese la mujer de la que te proponías hacer una investigación?

—Sería una pasada. Seguro que me saldría un trabajo interesantísimo que incluso tratarían de publicar los periódicos nacionales.

—Bueno, pues ponte manos a la obra. Si me aceptas, te puedo ayudar.

— ¿De veras? ¿Por qué? —pregunta Samuel, maldiciéndose inmediatamente por su torpeza.

—A mi tesis también le vendría bien aportar hechos y datos desconocidos hasta ahora. Los tribunales que las califican valoran muchísimo los aspectos novedosos. Yo incluiría el resultado de la investigación, siempre que tú me lo permitieses, claro.

—Por supuesto que sí que lo permitiría, y más si hacemos la investigación juntos.

—Muy bien, entonces empecemos a elaborar un plan de trabajo.

Samuel sentía que, por primera vez, la carrera de periodismo le podía ofrecer satisfacciones que iban mucho más allá de la vida cómoda que había concebido. Ante él se presentaba un reto ilusionante, pero su mente, todavía un poco confundida, no sabía si la ilusión se la ofrecía la investigación que iba a emprender o la compañía de la muchacha paliducha con la que tan bien se sentía. Así pues, lleno de energía y determinación dijo:

—Lo primero que hay que hacer es investigar en el entorno familiar. Tenemos que averiguar quiénes son los familiares y tratar de entrevistarnos con ellos. Seguramente tendrán alguna fotografía que nos hará salir de dudas. No será difícil localizarles dado que, según las noticias, están reclamando a la Generalitat la propiedad de las esculturas.

—Así es. Lo lógico es que quieran colaborar con nosotros. Si demostramos que la mujer del busto es su antepasada, tendrán más fuerza para reclamar su propiedad.

—Busquemos sus datos en internet, y cuanto antes, mañana mismo si puede ser, vamos a verlos.

—Perfecto, pero hay algo que se nos ha quedado en el tintero, al menos a mí.

— ¿Qué es?

—La visita a la mansión. Necesito estar en ella. Quiero recorrerla, imaginar cómo se vivía allí… Ya sé que no voy a escribir una novela, sino todo lo contrario, pero me gustaría introducir en mi tesis ese pequeño toque de fantasía.

—El problema es que los seguratas no nos van a dejar entrar.

—A no ser que vayamos de noche…

— ¿Piensas que por la noche no están?

—Tal vez los primeros días… Pero recuerda que han dicho que los de la Generalitat ya no van por allí, así que su presencia sólo debe servir en estos momentos para evitar que entren curiosos y no creo que por la noche vaya nadie a husmear. Como además tienen el perímetro de la mansión vallado, seguro que piensan que eso es suficiente.

— ¿Quieres que lo intentemos esta noche?

—Sí que me gustaría.

—Pues no se hable más. Esta noche, después de cenar, pasa a recogerme.

FURTIVOS

A las diez y media de la noche suena el timbre de la vivienda de Samuel.

— ¿Quién será? —pregunta la madre.

—Es para mí, mamá. Me voy.

— ¿Dónde vas a estas horas?

—He quedado con una amiga. Pero no es nada de lo que imaginas. Es por el trabajo que tengo que hacer para la carrera. Nos estamos ayudando mutuamente.

Y sin dar tiempo a que se formule ninguna pregunta más, Samuel sale de casa.

—Es Ainhoa, mamá. La chica que vino anteayer a casa —aclara Alejandra

— ¿La paliducha? ¿De qué la conoces tú? No parece ser de tu "cuerda".

—No lo es, mamá, te lo aseguro —responde Alejandra con una sonrisa enigmática.

En el portal del edificio, Ainhoa espera sentada al volante de su coche. Su sonrisa perturba por un instante a Samuel.

— ¿Preparado para la aventura? —pregunta ella con un guiño de complicidad.

—Siempre —miente Samuel, que si no fuera porque aquello le va a permitir estar con la chica que le ha pillado más de lo que imagina, jamás se le ocurriría meterse de noche en una mansión abandonada en la que ha tenido un accidente que casi le ha costado la vida.

A mitad del camino, Samuel, que escucha encantado el parloteo excitado de su acompañante, quiere decir algo que suene interesante y razonable.

— ¿Crees que de noche podremos encontrar algo que nos sea útil?

—Es que no nos queda más remedio que ir de noche. Por lo menos mientras la mansión esté vigilada. De todas formas, a mí, aparte de encontrar alguna prueba que vaya más allá de las esculturas que encontraste, lo que más me interesa es moverme entre las paredes que albergaron a Benlliure en Alzira, tratar de imaginar su relación con los demás habitantes de la casa, saber, si finalmente puedo

demostrar su presencia aquí, cuál fue la razón de su venida. Piensa que la presencia de Benlliure en esta ciudad es algo de lo que nunca se ha hablado. Imagínate que, además, pudieras relacionarla con la última habitante de la mansión. Quien sabe, a lo mejor hasta podrías hacer algo parecido a una novela romántica en tu trabajo de investigación —dice Ainhoa riendo.

—Bueno, bueno. Primero habrá que comprobar si la mujer del cuadro y del busto es doña Patricia Casterá. Pero, en cualquier caso, tengo que reconocer que el hallazgo de las esculturas le da un enfoque algo diferente a lo que quería hacer.

En ese momento llegan al lugar conocido donde tienen que dejar el coche. No hay ningún otro vehículo. Eso demuestra que los vigilantes de la empresa de seguridad, tal como pensaba Ainhoa, no prestan sus servicios de noche por considerarlos innecesarios. Animados porque las cosas se les presentan favorablemente, los dos jóvenes bajan del vehículo. Samuel saca su teléfono móvil y busca la aplicación que lo hace funcionar como linterna.

—Toma, ponte esto —le interrumpe Ainhoa ofreciéndole una linterna de frontal, como la que usan los espeleólogos.

—Caramba, sí que vienes preparada —dice Samuel—. Yo había traído una batería de refuerzo —añade para no quedar como un necio.

—Bien pensado, pero esto es mucho más práctico —dice ella poniéndose su linterna—. Se pone así —añade al ver que Samuel no lo está haciendo correctamente—. Tienes que ajustarte la goma con esta hebilla.

Al acercarse a él su pecho roza brevemente el de Samuel y éste siente un escalofrío de placer que todavía no logra entender, ya que la joven, a la que apenas está comenzando a conocer, es físicamente agradable, pero no es ninguna modelo escultural.

Poco después, en silencio, toman la senda que lleva a la mansión. Samuel sigue, hipnotizado, el haz de luz que le precede. Como va detrás de Ainhoa dirige inconscientemente su mirada y su luz a la figura de la joven y reflexiona sobre el efecto que le está produciendo y que todavía no sabe calificar. Su cuerpo es pequeño y delgado. Las formas de mujer a veces hay que adivinarlas bajo su ropa, pero cuando se manifiestan, producen en el confundido Samuel la misma sensación que le provocaría la más exuberante de las actrices porno.

Cuando llegan a la verja provisional que rodea la mansión, pueden comprobar que, efectivamente, nadie la vigila de noche. Recorren el perímetro por la derecha y llegan a una pequeña construcción que ha quedado fuera de la valla porque no han considerado necesario protegerlo. La estudian con curiosidad y concluyen que se trata de un horno.

—En viviendas apartadas de la población, solían cocer su propio pan. Y más en mansiones como ésta en la que debían vivir varias familias —explica ella.

—Si nos subimos encima del horno podemos saltar la valla con cierta facilidad. Mira, allí no hay demasiado desnivel —dice Samuel señalando con su luz una plataforma que está casi a la misma altura que el horno.

—No sé si llegaré.

—Yo probaré primero —dice Samuel contento por tener la oportunidad de tomar la iniciativa por primera vez. A continuación se encarama al horno y, aprovechando el corto espacio de su parte superior, da un par de pasos para tomar impulso y salta limpiamente sobre la valla, cayendo en la plataforma de un balcón que ha perdido las barandillas.

—Vamos, Ainhoa. Ahora tú. Salta sin miedo. Yo te recojo.

La joven se encarama al horno y, componiendo un gracioso gesto de determinación, toma impulso y salta. Sus piernas, más cortas, le impiden llegar con la misma facilidad que Samuel y queda en equilibrio precario en el borde de la plataforma. Él se apresura a sujetarla y la atrae hacia su cuerpo. Ella, asustada, se abraza a Samuel y él la recibe entre sus brazos con un escalofrío de placer. El abrazo se prolonga unos segundos más de lo necesario hasta que ella, suavemente, lo deshace.

—Qué susto, pensaba que me caía.

—Bueno, ya estamos dentro —dice Samuel tratando de restar importancia— ¿Por dónde empezamos?

—Vamos en primer lugar a la habitación donde aparecieron las esculturas.

Los dos jóvenes entran por una ventana que da al corredor que comunica las habitaciones. Están comenzando por el final y llevan un sentido inverso al que siguió Samuel en su primera incursión. Lo primero que a él le llama la atención es que no está el tronco del pino que había abierto la brecha en el tejado del edificio. En el suelo del corredor todavía se ven restos del serrín que han producido las motosierras con el que deben haberlo cortado a trozos. Por la brecha en la que antes se había alojado el árbol caído, entra un poco de luz de luna lo cual produce en los dos intrusos sensaciones diferentes. Mientras ella admira lo que le parece una imagen bella, Samuel recuerda con aprensión el incidente que pudo haberle costado la vida.

El antiguo cielorraso ha desaparecido en la habitación donde se encontraron las esculturas. Lo han derribado para comprobar si hay algo más, y también por seguridad, para evitar nuevos desprendimientos. Los restos permanecen amontonados en un rincón de la estancia. Es evidente que los técnicos han inspeccionado el lugar

minuciosamente, por lo tanto no tiene sentido que lo hagan ellos. Nada nuevo van a encontrar.

Siguen su recorrido hacia la parte principal de la mansión. Las habitaciones son ahora más grandes. Algunas tienen más de una ventana. Al final, casi en la fachada principal, dos estancias amplias, que deben ser el comedor y un salón, en los que se debía desarrollar la vida social de la familia propietaria en los periodos en los que ocupasen la casa de campo. Ambas dependencias están presididas por chimeneas idénticas. El deterioro y el abandono que las dominan no impiden que los jóvenes aprecien su belleza.

—En este salón se reunirían los habitantes y frente a la chimenea dejarían pasar las horas en tertulias. ¿Te imaginas compartir ideas con dos de los mejores genios de la época? —Dice Ainhoa mientras cierra los ojos tratando de imaginar la situación—. Daría cualquier cosa por haber podido presenciarlo.

VILLA LOLITA, OCHO DE ENERO DE 1903

La casa de campo de don Eulogio Casterá era un hervidero de actividad. Nunca, desde su construcción, había estado más engalanada, ni más limpia. Un pequeño ejército de empleadas domésticas había llegado, desde la residencia principal del rico alcireño, para mantener la vivienda al nivel que se suponía que debía al ilustre visitante que le hacía el honor de habitarla temporalmente.

Joaquín Sorolla, el mundialmente aclamado pintor valenciano, junto a su esposa, doña Clotilde, se alojaba en la mansión y se dedicaba a pintar cuadros en los que el rico fruto del naranjo, al que don Eulogio debía su considerable fortuna, era el recurrente protagonista.

Fruta de invierno, la naranja alcanzaba el máximo esplendor de su belleza en aquel mes, y Sorolla, subyugado por el contraste de colores de las hojas, el fruto y el cielo, casi siempre hermoso, de la región, gozaba plasmando en sus lienzos la belleza que él, mejor que nadie, sabía ver en la naturaleza de la tierra que tanto amaba.

Podía haber elegido cualquier otro paraje para inspirar su sensibilidad, y el resultado de su trabajo habría resultado igualmente genial, pero había una razón especial para inspirarse en aquel rico valle. La hermana de doña Clotilde, la esposa del pintor, estaba casada con un prestigioso abogado de la ciudad y éste, a su vez, era primo hermano de Dolores Puerto, doña Lolita, la esposa del dueño de la mansión.

Eulogio Casterá, nunca había estimado demasiado aquella casa de campo, y si la había mandado construir, quince años atrás, era para satisfacer la insistente demanda de su esposa que, a imitación del resto de las familias pudientes, deseaba tener una mansión en el campo en la que pasar los veranos. El rico terrateniente, que no veía ninguna ventaja en gozar de la supuestamente idílica vida campestre, había cedido finalmente a los deseos de su esposa y había dejado que ella misma se encargase de los detalles de la construcción de una mansión, en el extremo más alejado de su más lejana finca, con la secreta esperanza de que su esposa no le obligase a ocuparla con demasiada frecuencia.

Doña Lolita había asumido su tarea con gran entusiasmo, y había encargado que una majestuosa escalera exterior diese una impresionante bienvenida a los visitantes y les condujese a un mirador circular, que no tenía otra misión que dar una apariencia aristocrática a la residencia de verano de la familia Casterá que, como no podía ser de otra manera, se llamaría "Villa Lolita".

El entusiasmo y la imaginación de la vocacional diseñadora se terminaron después de haber diseñado la fachada y dos salones de la primera planta, las piezas nobles de la construcción, en las que soñaba que se desarrollase la vida social que anhelaba. Quiso construir a un lado del salón una torre que se elevase sobre el resto del edificio y que terminada en un tejado a cuatro aguas fuese la referencia lejana para todos los que se dirigiesen a visitarles. En la última planta, una habitación luminosa a la que no se le había dado ninguna utilidad. La torre la había visto doña Lolita en otras mansiones semejantes y no quería que la suya fuese de categoría inferior a las demás. El resto de la construcción, condicionado por el entorno físico, y dado que se situaba junto al barranco que transcurría profundo hacia la salida del valle, era, en la primera planta, una sucesión de dormitorios comunicados interiormente por un corredor y, por el lado opuesto, por una terraza que miraba hacia el sur.

La planta baja se destinaba a cocina, almacenes y habitaciones para la servidumbre, los hortelanos y demás empleados de la finca, así como para los sirvientes de la casa de Alzira que acompañaban a los señores cuando estos decidían, cada vez con menos frecuencia, pasar una temporada en la mansión.

Cuando les llegó a través de sus familiares la solicitud de alojar en ella a la familia Sorolla, accedieron con alegría. Don Eulogio pensó que el costoso y caro capricho de su esposa por fin le servía para algo que le diera satisfacción. Ser el anfitrión de uno de los pintores más afamados del momento, incluso internacionalmente, era algo que le iba a dar un prestigio social indiscutible, no sólo a nivel local, sino también a nivel nacional. Sentía que, de alguna manera, iba a formar parte de la biografía que sin duda se escribiría en el futuro sobre el pintor. Su esposa, doña Lolita, estaba todavía más entusiasmada y se esforzaba por atender a doña Clotilde como una perfecta anfitriona, dispuesta a satisfacer todas sus necesidades y a gozar de la conversación, siempre amena, de la esposa del pintor, repleta de anécdotas y de experiencias que el prestigio del célebre artista le había permitido vivir en los más elevados círculos sociales.

Pero quien más disfrutaba la presencia del ilustre invitado en la mansión era sin duda, Patricia, la hija única del matrimonio, que creía estar viviendo un sueño cerca del genio de la pintura. Ella era quien mejor podía percibir lo que se estaba dando en la casa de campo de

sus padres, porque, más allá del prestigio social que la presencia de Sorolla le daba a su familia, era la única que podía entender lo que se estaba dando ante sus ojos asombrados.

Patricia tenía una gran sensibilidad artística y la manifestaba dibujando en sus ratos libres, que eran muchos, ya que, aunque era una joven muy hermosa y rica y no le faltaban pretendientes, no encontraba a nadie que le llegase a interesar, así que, mientras esperaba al príncipe azul al que entregaría su corazón, pasaba las horas dibujando, con bastante acierto, los rostros de sus padres y conocidos, entre los que se encontraban los empleados de la casa. Cuando supo que Sorolla iba a ser el invitado de sus padres, casi se desmayó de la emoción.

Por un mal entendido sentido del pudor, no quiso que el famoso invitado supiese de sus inquietudes artísticas y les hizo jurar a sus padres que no le hablarían de ellas en ninguna circunstancia. Pero Patricia no dejaba de vigilar furtivamente al pintor cuando éste, tranquilamente sentado frente a su caballete, se dedicaba a robar a la Naturaleza su luz y sus colores.

Un día, el pintor descubrió a su inocente espía y le propuso que posase para él. Patricia apenas pudo responder por la emoción. Ser inmortalizada por un genio tan admirado era algo que nunca se habría atrevido a soñar. Al día siguiente, ataviada con un rico traje de labradora, Patricia Casterá se sentaba en uno de los márgenes del campo y hacía como que recogía naranjas en un cesto, mientras miraba al pintor que inmortalizaba la escena.

Las navidades de 1902 fueron las primeras y las únicas que la familia Casterá pasó en Villa Lolita. La presencia de los invitados lo justificaba plenamente, y la familia anfitriona derrochaba dinero y atenciones para hacerla lo más agradable posible. Tan grande fue el éxito de su afán que Joaquín Sorolla se permitió pedirles un favor que don Fulgencio Casterá aceptó encantado: Permitir que un querido amigo del pintor pasase unos días en Villa Lolita. Se trataba, ni más ni menos, que del celebérrimo escultor Mariano Benlliure. La presencia de otro artista de fama mundial en la mansión convertía a Villa Lolita, aunque sólo fuese por unos días, en un palacio de artes plásticas.

La futura visita hizo que doña Lolita dispusiera que se reforzase todavía más la atención y el mantenimiento de la mansión que lucía más que nunca, a pesar de que el escultor venía solo.

—Creía que estaba casado —había comentado la dueña de la mansión a doña Clotilde, con la que había alcanzado un gran nivel de confianza.

—Lo está, con Leopoldina Tuero, una joven perteneciente a una familia de la alta sociedad madrileña. Tienen dos hijos, Marianito y Niní, pero ya hace años que no están juntos.

— ¿Y cómo es eso?

—Se casaron muy jóvenes. Ella es una mujer muy refinada y él siempre ha sido un poco bohemio, como todos los artistas… Cuando se conocieron, él ya era muy famoso, pese a su juventud, y ella quedó deslumbrada por su prestigio. Pero formaban una pareja asimétrica. Viviendo en Roma, ella se hartó por las continuas ausencias de su marido, motivadas por los encargos que tenía que atender. En su soledad fue constantemente asediada por admiradores. Es una mujer muy bella. Cuando su marido estaba en casa, su hogar era el centro de reunión de otros artistas residentes en Roma y ella no soportaba el tono chabacano de las fiestas que allí se celebraban. Se dice que Mariano tuvo incluso una aventura con una invitada. Hará unos diez años ella abandonó el hogar llevándose a sus dos hijos.

— ¿No intentaron reconciliarse?

—No, a pesar de que él la amaba con locura. Eso, por otra parte, no ha impedido que se haya unido sentimentalmente con otra mujer con la que tiene un hijo.

— ¿Quién es?

—Lucrecia Arana, una famosa cantante lírica.

—Vaya con don Mariano. Debe ser un hombre atractivo, una especie de don Juan.

—No crea. La verdad es que no es muy agraciado físicamente, pero tiene una personalidad arrolladora y una simpatía que le hace agradable a cuantos le rodean.

— ¿Y cómo es que viene solo?

—Lucrecia es una cantante muy apreciada y tiene sus compromisos artísticos que atender. Mariano necesita descansar de todo lo que le angustia. A fecha de hoy, diez años después de haber roto con Leopoldina, sus familiares todavía siguen acosándolo. Por esa razón él aceptó el cargo de director de la Academia de España en Roma, para estar alejado del problema. Pero sus compromisos le obligan a venir a España con frecuencia. Acaba de terminar el monumento a Goya. No puede dejar de trabajar ni un momento y por eso quiere dejar el cargo de dirección en Roma. Por otra parte, parece ser que tiene problemas de reuma que le afecta también a las manos y no le conviene el clima insalubre de la Ciudad Eterna. En fin, que entre unas cosas y otras, el pobre anda bastante agobiado y por eso Joaquín les ha pedido permiso para invitarle. A mi marido le encanta el clima de este valle y cree que le ayudará a recuperarse. El pobre Mariano a veces tiene que poner las manos en agua caliente para encontrar alivio. Imagínese lo que puede ser eso para un escultor…

—Bueno, no debe ser agradable, pero con su fama y con todo lo que ha trabajado, debe ser muy rico, así que no tendrá problemas si no puede seguir trabajando.

—No crea, doña Lolita. Mariano siempre ha sido muy generoso con quienes le rodean y derrocha a manos llenas con regalos y fiestas. A su hijo mayor, Marianito, lo ha enviado estudiar a Paris y eso debe costar una fortuna, pero a él no le importa el dinero. Su felicidad es para él su trabajo. Joaquín siente una gran admiración por él. Dice que es el mejor artista español del siglo.

— ¿Mejor que don Joaquín? —pregunta doña Lolita con una sonrisa de picardía

—Eso dice mi marido. Nació en una familia de artistas. Sus hermanos, Blas, Pepe y Juan Antonio, son grandes pintores, pero el genio indiscutible es, sin duda, Mariano. ¿Sabía usted que a los quince años talló un paso procesional, El Descendido, para una cofradía de Zamora?

—Caramba, eso sí que es precocidad. A esa edad la mayoría de los jóvenes están en Babia.

— ¿Y a qué hora le ha dicho don Eulogio que llegará?

—Debe estar aquí a la hora de la comida. Mateo tiene que haber ido a la estación a recogerlo y de paso traerá a un par de criadas más para que estemos todos mejor atendidos.

— ¿Mejor todavía? Pero qué exagerada es usted, doña Lolita. Usted nos tiene mejor atendidos que si estuviésemos en el palacio real.

—Quite usted, doña Clotilde. Ustedes se merecen eso y más. Es un honor para nosotros ser sus anfitriones y que su marido se inspire en nuestros campos para crear obras de arte. Y qué decir de nuestra hija, Patricia. Ella es la que más está disfrutando con su presencia. Siempre ha sido una enamorada del arte. A veces tengo que reprenderla para que no moleste a don Joaquín. Se esconde, como si fuera una niña, para espiarle cuando él está pintando. Dice que le encanta observar cómo nace y se desarrolla una obra de arte que algún día será admirada en un museo. Y ahora que ha sido inmortalizada en uno de sus cuadros está en una nube de felicidad.

— ¿Y no tiene ningún galán que la pretenda? Es muy agraciada, sin duda.

—Le mentiría si le dijera que no. Los ha tenido, y muchos y de muy buena posición, pero ella dice que todavía no ha llegado el hombre adecuado al que entregarle su alma. Es un poquito cursi, ya sabe. Aunque su padre y yo estamos un poco preocupados porque ya va teniendo edad de darnos un nieto. Es lo que más deseamos en este momento. Mire, allí viene.

Patricia surgía del campo llevando un hermoso ramo de flores que ella misma había recogido para agasajar al invitado que iba a llegar aquella misma mañana. El sol de invierno había dejado una mañana espléndida y sus mejillas mostraban el rubor de su esfuerzo.

—Hola, Patricia —llamó doña Clotilde—. Qué flores tan

bonitas.

—Gracias, doña Clotilde. Son para la habitación de don Mariano. Espero que le gusten.

— ¿Por qué no le has dicho a alguien que las coja, en vez de hacerlo tú? —preguntó su madre algo molesta—. Esa no es tarea para una señorita.

—No la regañe, doña Lolita. Seguro que una doncella no habría tenido el gusto exquisito de Patricia para hacer un ramo tan hermoso.

Y el rubor de las mejillas de la joven, se encendía un poco más, aunque las dos señoras no tuvieron la oportunidad de darse cuenta de ello porque, en ese momento, el ladrido de los perros que había en la mansión saludaba el alegre traqueteo de la tartana que traía al nuevo huésped.

Don Eulogio y Sorolla, avisados por la algarabía, salían a recibir al invitado.

La tartana se detuvo frente a la escalinata y de ella salió el escultor que unía su sonrisa de franca alegría a la de sus anfitriones. Conscientes de su papel de actrices secundarias en la escena de cordialidad que allí se daba, las tres mujeres se mantenían en un digno segundo plano conteniendo su entusiasmo tras una amable actitud de bienvenida.

“Chimo” y “Marianet”, que así se llamaban mutuamente los entrañables amigos, se abrazaron efusivamente y acto seguido Sorolla procedió a presentar a los dueños de la mansión.

—Don Eulogio, le presento a mi querido amigo Mariano Benlliure, el artista español más reconocido del momento.

— ¡No seas exagerado, Chimo! Don Eulogio, es un placer conocerle. Deseo expresarle mi gratitud por su amable hospitalidad y por permitirme pasar unos días con quien para mí es uno más de mis hermanos.

—El placer es absolutamente nuestro, don Mariano. Por no hablar del honor que usted nos hace en aceptar nuestra humilde hospitalidad. Espero que, acostumbrado a tratar con los más destacados miembros de la aristocracia, e incluso con la realeza, no encuentre usted deficiencias en la atención que, de todo corazón, deseamos prestarle. Permítame que le presente a mi esposa doña Dolores y a mi querida hija, Patricia.

—Señoras, estoy encantado de conocerlas —dijo el escultor, al tiempo que hacía una cortés reverencia—. Clotilde —añadió dirigiéndose a la esposa de Sorolla—, veo que sigues tan hermosa como siempre.

—No seas zalamero, Mariano. Pero dime: ¿Qué te cuenta Marianito desde París?

—Está encantado. Dice que le cuesta asimilar tanta belleza.

—Visitar París es uno de los sueños de mi vida —intervino Patricia, sorprendiendo a los asistentes con un desparpajo que no le suponían porque nunca lo había mostrado hasta entonces.

—Pues no dude usted en realizarlo, si puede, señorita. Le aseguro que no le decepcionará —dijo Benlliure con una sonrisa pícara que removió en el interior de la joven algo que nunca antes había experimentado—. Sus calles y sus monumentos son algo incomparable. Pero la belleza no sólo está en la mano del hombre. El paraje en el que está situada su mansión, según he podido apreciar mientras nos acercábamos, es también increíblemente bello.

—Don Mariano, estará usted deseando refrescarse un poco y descansar —intervino doña Lolita asumiendo su condición de dueña de la mansión—. Angelita, nuestra ama de llaves, le acompañará a su habitación. No dude en pedirle a ella cualquier cosa que necesite.

Mientras tanto, Mateo, el conductor de la tartana, había descargado las dos enormes maletas que el escultor había traído como equipaje y las había depositado junto a las dos criadas que habían acompañado al escultor desde Alzira, y que aguardaban en silencio órdenes sobre cuál habría de ser su cometido.

Acompañaban los dos hombres al recién llegado hacia la escalinata, seguidos por Angelita, cuando doña Lolita, acompañada por su hija y por doña Clotilde, se dirigió a las sirvientas venidas de la ciudad.

—Hola Concha. ¿Quién es esa joven que te acompaña? ¿Por qué no ha venido Amparito contigo?

—Se llama Inés, doña Lolita. Amparito no ha podido venir porque su madre ha sufrido un cólico miserere y está muy mala, pero no se preocupe, señora. Inés es de toda confianza. Ella es hija de Fernando, el rondallero.

La joven aludida estaba todo el tiempo mirando al suelo mientras sujetaba con las dos manos un pañuelo anudado en el que guardaba un par de mudas.

—Bueno, si tienes la gracia de tu padre, podrás entretenernos en alguna velada —dijo la dueña de la mansión dirigiéndose a la joven.

—Como diga la señora.

—Está bien, Concha, compartiréis la habitación del fondo de la primera planta. Quiero que estéis dedicadas al servicio personal de don Mariano, el invitado que ha venido con vosotras. Coged su equipaje, llevadlo a su habitación y ayudad a Angelita a deshacerlo.

Las dos mujeres obedecieron en silencio y Mateo subió a la tartana para dirigirla a los establos. Doña Lolita y doña Clotilde, cogidas del brazo, se dirigían a la escalera seguidas por Patricia, que continuaba sosteniendo en sus manos el ramo de flores que había

cortado.

— ¿Qué entretenimiento nos puede ofrecer esa joven? — preguntaba la esposa del pintor.

—Su padre es rondallero. Se gana la vida bastante bien en la ciudad y en los pueblos de la comarca contando rondallas valencianas, ya sabe, esas historias cortas, fruto de la sabiduría popular, que se cuentan en reuniones lúdicas y en tertulias. Fernando ha hecho de esta costumbre una profesión y ha alcanzado cierta popularidad. Dicen que tiene un arte especial para contar las rondallas y que hace vivir a quienes las escuchan toda su emoción, a pesar de que la mayoría de ellas son conocidas por su audiencia. Parece ser que también ha "inventado" unas cuantas, algunas de ellas de carácter picante, que sólo cuenta cuando la audiencia no incluye a menores.

—Qué curioso. No me importaría escuchar alguna de esas rondallas. Me refiero a las "decentes", claro está —dijo doña Clotilde con una risita.

Detrás de las dos mujeres, totalmente ajena a su conversación, subía los peldaños de la escalinata Patricia. Su pensamiento lo ocupaba extrañamente la cara sonriente del recién llegado. No era un hombre guapo, en absoluto. Su cara parecía esconderse tras un mostacho enorme que trataba de llamar la atención de quien lo mirase, a fin de que no se fijase en su vulgaridad. Sin embargo, curiosamente, no lograba disimular una agradable sonrisa ni la intensidad de una mirada capaz de taladrar cualquier coraza. El escultor tenía algo en su personalidad, una especie de magnetismo, que tenía a Patricia muy confundida. Algo que sin duda había estado buscando en los jóvenes que la habían cortejado y que, finalmente, había encontrado en un hombre casado que le doblaba la edad.

LA RONDALLA DE LA CURANDERA DE ALBALAT

No muy lejos de aquí, hay un pueblo en la orilla izquierda del rio Júcar. Se llama Albalat de la Ribera. La anchura y la profundidad del rio en ese lugar hacen necesario que sus habitantes utilicen barcas para atravesarlo y poder llegar a las poblaciones y a los campos que hay en la otra orilla.

Hace ya muchos años, el oficio de barquero lo desempeñaba un hombre que se llamaba Senén, en honor a uno de los dos santitos de la piedra, Abdón y Senén, a los que se encomendaban los labradores de la comarca cada vez que nubarrones negros aparecían en el horizonte, amenazando con destruir sus cosechas con el pedrisco. El barquero era un hombre ruin que no dudaba en aprovecharse de sus vecinos cuando los veía en situación de necesidad, y les cobraba cantidades desproporcionadas bajo la amenaza de no llevarles a la otra orilla. A Senén lo odiaba todo el mundo, pero todos los vecinos aceptaban resignados sus exigencias, pues en aquellos tiempos nadie quería desempeñar el oficio de barquero, porque se rumoreaba que en las pozas más profundas del lecho del río habitaba una serpiente gigantesca que podía engullir a una yunta de bueyes. El barquero se burlaba abiertamente del temor de los lugareños y los calificaba de viejas melindrosas, a pesar de que había quien aseguraba haber visto al monstruo del rio con sus propios ojos.

Apartada de la población, en una casita rodeada de cañaverales por estar en la misma orilla, vivía una vieja curandera llamada Leonor. Nadie sabía a ciencia cierta cuántos años tenía, porque los más viejos del lugar ya la recordaban vieja desde que tenían memoria. Tampoco sabían de dónde venía ya que no tenía familiares conocidos en la comarca. Sin embargo la mujer era muy conocida, no sólo en Albalat, sino también en los pueblos de alrededor, y muchas veces recibía visitas de habitantes de Polinya, de Algemesí o de Sueca, pues tenía conocimientos que la hacían muy apreciada. A ella acudían enfermos que los médicos daban por perdidos, mujeres que no conseguían quedar preñadas y hombres que no se resignaban a perder el vigor viril. La mayoría de ellos contaban maravillas de sus remedios y por eso nadie cuestionaba su origen ni sus métodos.

Cuando el enfermo no podía acudir a su casa para recibir sus remedios, era Leonor quien cargando un hatillo con hierbas y pócimas acudía al domicilio del paciente a prestar sus servicios.

Una tarde, procedente de la vecina Polinya, acudió muy azorado un rico terrateniente a la barca de Senén. Su joven esposa estaba embarazada tras varios años de infructuosos intentos y corría peligro de perder a su futuro descendiente pues la esposa estaba sangrando de manera incontrolada. Urgió al barquero para que le pasase cuanto antes a la orilla de Albalat, le pagó el precio abusivo que le pidió el miserable sin discutir y le encareció que le esperase para hacer el viaje de regreso. Poco después apareció de nuevo acompañado de la vieja Leonor y el barquero los llevó de regreso a la orilla derecha, por lo que recibió un nuevo y generoso pago.

Empezaba a anochecer y ya no era probable que nadie solicitase los servicios del barquero, pero Senén sospechaba que la vieja curandera regresaría aquella misma noche y, por lo que había visto y oído, si tenía éxito en sus remedios volvería esa misma noche cargada de monedas de oro.

Estaba la noche ya tan oscura como el alma del barquero cuando distinguió por la vereda el paso vacilante de la curandera. Cuando la tuvo cerca se dio cuenta, por la sonrisa que iluminaba su cara, que sus cuidados habían tenido éxito. Colgada de su cintura se bamboleaba pesadamente una bolsa que debía contener el premio a sus servicios. Por esa razón, se atrevió el miserable a pedir un precio exorbitante por llevar a la curandera a la otra orilla.

— ¿Te has vuelto loco, Senén? Lo que me pides es diez veces el precio habitual.

—Ten en cuenta que ya es de noche y que ya hace horas que debía estar calentando el lecho de mi mujer. Si no me pagas lo que te pido, te dejaré en la orilla. Tal vez te visite el monstruo. Dicen que ha sido visto últimamente por esta zona —añadió tratando de atemorizar a la anciana.

Leonor se quedó mirando al barquero en silencio. Sus ojos viejos escrutaron, a pesar de la oscuridad, el rostro del miserable y finalmente respondió

—Está bien. Te pagaré lo que me pides. Pero cuídate de tu ambición, Senén, porque será la causa de tu perdición.

Empezó el barquero a bogar. La noche sin luna era especialmente oscura y sólo se oía el croar de miles de ranas acompañado del rítmico chapoteo de los remos. Senén pensó que en aquel momento le sería muy fácil matar a la anciana para robarle su dinero. Si lastraba su cuerpo con unas cadenas que usaba para amarrar la barca, su cuerpo se hundiría hasta el fondo y no emergería nunca. Nadie sabría qué había pasado y nadie podría responsabilizarle

por ello.

No lo pensó demasiado. Dejó de remar y asió uno de los remos con las dos manos. La anciana que en ese momento le daba la espalda se volvió a mirarle. A la tenue luz de las estrellas creyó ver que no le miraba con miedo. Ni siquiera con sorpresa. Su boca desdentada dibujaba una mueca de sarcasmo. Senén golpeó a la curandera con fuerza y ésta se desplomó sin sentido. Palpó el escuálido cuerpo en busca de la bolsa y por su peso dedujo que su crimen estaba muy bien recompensado. Enroscó las cadenas al cuerpo y, sin demasiado esfuerzo, lo arrojó por la borda. Le sorprendió que no hiciese ningún ruido al sumergirse en el agua. A continuación, reemprendió la boga en dirección a su destino.

Estaba llegando a la orilla y el barquero, pensando en lo que acababa de hacer, se sorprendía de no tener ningún remordimiento. De pronto, frente a la proa, vio una especie de ola extraña. No son normales las olas en aquel tramo calmo del rio, y sólo algún movimiento brusco de la barca las podía provocar. Pero Senén no estaba en ese momento para analizar anomalías de corrientes fluviales, así que siguió con sus maniobras de atraque. Inmediatamente echó en falta las cadenas para amarrar la barca, pero no se arredró por ello. Con algunos juncos de la orilla, trenzaría una soga para sujetarla, aunque fuese provisionalmente. Saltando por la proa, se hundió hasta la cintura y entonces lo notó rozando sus piernas. Era algo viscoso que provocó en el barquero un escalofrío de miedo. Quiso huir hacia la orilla y de pronto surgió del agua una columna oscura que irguiéndose ante él, se abalanzó sobre su cabeza engulléndola por completo. Antes de que un dolor insoportable la aplastase, Senén pudo darse cuenta de que la serpiente más grande que hubiese podido imaginar lo arrastraba hacia el fondo del río para acabar con su miserable vida.

Encontraron la barca de Senén varada en la arena de la playa de Cullera. La corriente del rio la había llevado hasta el mar. Pero de él nada se supo. Alguien apuntó que tal vez habría sufrido un desmayo y habría caído al agua ahogándose.

Unos días después alguien acudió en busca de la curandera requiriendo sus servicios y no la encontraron. Lamentaron profundamente su ausencia porque nadie mejor que ella curaba a los enfermos del lugar.

Tres semanas después volvió a aparecer para el contento de sus vecinos. Cuando le preguntaban por su ausencia se limitó a decirles que había comido algo emponzoñado y que había tenido que purgarlo en una digestión lenta y pesada.

Años después desapareció para siempre. Los lugareños todavía la recuerdan. Nadie, en cambio, nombra a Senén, el barquero.

ENAMORADO

Una hora y media después de haber iniciado la incursión nocturna a la mansión abandonada, la pareja de investigadores abandona la mansión. Han investigado en cada una de las habitaciones sin encontrar más que mugre y restos de comida puesto que la mansión es utilizada en ocasiones por cazadores que encuentran en ella refugio, si les sorprende alguna tormenta, o simplemente cuando con motivo de descanso en su actividad paran a comer algo.

Han logrado acceder a la torre que forma parte de la fachada y han concluido que la habitación que alberga, con ventanas a todas las caras, sólo tiene una finalidad estética.

—Si te fijas, hay muchas casas de campo en el término municipal que tienen torres semejantes. Debía ser una moda o una manera no demasiado original de dar importancia a las mansiones de los terratenientes ricos. No creo que se habitasen ni se utilizasen para nada —ha dicho la licenciada en historia del arte.

De camino hacia la ciudad, los jóvenes guardan silencio. Ainhoa parece decepcionada por no haber encontrado nada que le ayude en su investigación. Samuel se lamenta por no encontrar ninguna excusa que le permita disfrutar de la compañía de la muchacha que tanto le interesa. Llegando a su casa se le ocurre sacar un tema de conversación

—Oye, estoy pensando en las otras figuras que encontré. Las pequeñas. ¿Qué significado crees que pueden tener?

—No sé. Son piezas que representan distintas situaciones. Me imagino que deben referirse a episodios de la mitología clásica. La serpiente gigante que está tragándose a un hombre, la pastorcilla y los faunos… Quizás fueron un encargo del dueño de la casa o un obsequio del artista por la hospitalidad que le dispensarían. Al igual que el torso de la mujer. Pensamos que es de la mujer que pintó Sorolla recogiendo naranjas. ¿No?

—El parecido es evidente. Lo que no entiendo es por qué las esconderían. Son preciosas y deben tener un valor enorme por ser de quien son.

—Así es. Ese es un buen aliciente para que un buen periodista de investigación lo averigüe. ¿No crees, Samuel? —añade ella con una sonrisa de picardía que hace que al joven se le derritan los huesos.

—Claro, claro. Pero tú me ayudarás. ¿No es así?

—Si tú quieres…

—La primera opción es que se trate de alguien que estuviera en la mansión cuando Sorolla pintó el cuadro. Lo más lógico es que sea quien sospechamos, Patricia Casterá. La mujer sobre la que iba a hacer el trabajo de investigación.

—También podría ser alguien que sólo existiera en la mente del escultor. La figura es muy sensual y no me imagino a la hija de los anfitriones del artista posando semidesnuda.

—Puede que tengas razón. Así que no nos queda más remedio que averiguarlo. Tendremos que conseguir alguna fotografía de doña Patricia. Mañana trataré de buscar en las noticias que se han publicado en Internet sobre el pleito que los dueños de la mansión tienen con la Generalitat. Imagino que ellos tendrán interés en reforzar cualquier prueba que refuerce su pretensión de reclamar la propiedad de las esculturas.

—Muy bien, pues cuando sepas algo me llamas y nos presentamos ante los herederos. Yo me presentaré como experta en Benlliure y tú como periodista. No creo que pongan trabas en darnos la información que queremos.

El coche de Ainhoa lleva detenido frente al portal de casa de Samuel unos minutos. Parece que ninguno de los dos se ha dado cuenta de que ya han llegado a su destino. Finalmente, tras un breve silencio, Samuel se despide de su amiga dándole dos besos. El leve contacto de los rostros produce en Samuel una tentación irresistible de seguir más allá y acariciar con sus labios los de la joven. Vacila durante un instante pero consigue controlarse. Piensa que no debe estropear por su impaciencia lo que ya desea dolorosamente. La emoción le impide darse cuenta de que ella le sonríe con tristeza.

LUCÍA

Dos días después, los dos jóvenes viajan en tren hacia Valencia. Samuel ha propuesto ese medio de transporte porque su destino, la vivienda de la familia Campos, se encuentra en un edificio de la Avenida del Marqués de Sotelo, muy cerca de la estación del Norte.

—Así nos evitamos el estacionamiento —ha dicho, pero en realidad lo que le ha movido a elegir ese medio de transporte es la posibilidad de poder hablar con ella con toda libertad, sin el inconveniente de que uno de los dos tenga que estar pendiente de la conducción, siempre incómoda, por la ciudad de Valencia. Samuel quiere mirarla mientras le habla, que ella lo mire a él. Que el viaje sea lo más parecido a una charla distendida, como la que podrían tener en cualquier cafetería. Quiere absorber con sus ojos cada uno de sus gestos, cada matiz de sus sonrisas. Quiere encontrar en su mirada la invitación a dar el paso que todavía no se atreve a dar porque teme estropear algo que, a su edad, nunca había conocido, y es que Samuel está profundamente enamorado de Ainhoa.

Él se da cuenta ahora de que nunca antes había estado enamorado. Que la atracción que pocas veces había sentido por otras chicas, más allá de lo puramente sexual, era sólo un pálido reflejo de la sensación que se ha instalado permanentemente en la boca de su estómago y que le hace desear estar con ella a todas horas, acariciándola, besándola, formando con ella un solo ser. Lo desea tanto que teme perderlo, aun sin haberlo tenido nunca. Por eso aguarda acechando, como un depredador, el momento oportuno para atrapar a su presa, aunque en este caso el objetivo final no sea devorarla, sino entregarse a ella en cuerpo y alma.

Samuel piensa que las mujeres tienen una sensibilidad especial para percibir las señales del cortejo amoroso y que Ainhoa ya debe haberse dado cuenta de su interés, pero ella no lo manifiesta en absoluto y le trata con una simpatía neutra, propia de un par de jóvenes que apenas se acaban de conocer. Probablemente no es consciente aún de que están hechos el uno para el otro. Ya se encargará él de demostrarle que es así.

— ¿Y dices que son muy ricos? —pregunta Ainhoa sacando a Samuel de sus placenteras cábalas.

—Sí. Según me he podido informar tienen una de las mayores

fortunas de la Comunidad Valenciana. Empresas de distribución, fábricas, bodegas, plantaciones, incluso tienen una constructora que parece que está remontando después de la crisis.

— ¿Cómo puedes saber todo eso?

—En internet se encuentra todo, si lo sabes buscar. Además, a la gente rica le encanta que todo el mundo sea consciente de su poder. Eso les hace ser apreciados y temidos, al mismo tiempo.

—No sé. A mí me daría miedo. Temería que me secuestrasen, o algo así.

—Yo creo que ellos están a un nivel por encima de todo eso. Es posible que tengan incluso su propio servicio de seguridad.

—Por lo que me has contado, a pesar de ser tan importantes, han accedido inmediatamente a entrevistarse con nosotros.

—Así es. Yo pienso que la posibilidad de conseguir las esculturas de Benlliure es algo que sólo con dinero les iba a resultar difícil de obtener, así que están dispuestos a aprovechar cualquier cosa que les sea de ayuda.

— ¿Qué parentesco tenían con doña Patricia?

—No lo sé exactamente. Muy lejano, pero según las noticias en la prensa sobre el pleito con la Generalitat, son los únicos que podrían reclamar la propiedad ya que en su día fueron los únicos herederos de la difunta.

El tren llega a la estación del Norte a media mañana. Por esa razón no está tan abarrotada de estudiantes y trabajadores como suele estarlo a primeras horas. Sin embargo, los que han bajado del tren caminan hacia la salida de la estación con prisa, como si llegasen tarde a alguna cita, y los dos jóvenes investigadores, contagiados por la determinación que les rodea, aprietan el paso, a pesar de que todavía faltan veinte minutos para la hora acordada para la cita. Sin embargo, al llegar al vestíbulo, la licenciada en arte no puede dejar de detenerse y contemplar pausadamente la joya que los valencianos, en aquel lugar de prisas y afanes, apenas se molestan en considerar.

—Esta estación es un ejemplo muy valioso de una variante del Modernismo, la Secesión Vienesa.

—Me temo que no estoy a la altura de poder distinguirla —dice Samuel con timidez.

—La variante vienesa del Modernismo busca la integración total de todas las artes en la misma obra, la arquitectura, la escultura, la pintura…y todo ello con un aire de sobriedad que no se da en el modernismo español, italiano o francés. Le dan mucha importancia al orden, al equilibrio y a la geometrización. Te habrás dado cuenta que el cuadrado y el cubo son elementos predominantes en el edificio. Eso es una característica fundamental de este estilo, así como la importancia que le dan a la tipografía. Fíjate en esas inscripciones

hechas con mosaico —dice Ainhoa señalando unos paneles de madera —. En ellas se desea "Buen viaje" en varios idiomas. Eso parece más bien un pretexto para señalar esa característica.

—Es muy interesante —dice Samuel un poco amedrentado por el nivel cultural de su amada. Tendrá que interesarse más por el arte y la cultura si quiere compartir algo más que besos y caricias con ella. Pero de pronto se enciende una luz en su oscurecida esperanza. Mostrando interés por aprender sobre ese asunto, que tan ajeno le ha sido hasta el momento, tendrá la excusa perfecta para estar con Ainhoa. Pocas relaciones son más gratificantes que la que se establece entre un profesor y un alumno cuando al primero le gusta enseñar y el segundo desea desesperadamente aprender. De esa relación tendrá que surgir el afecto que él anhela con todas sus fuerzas.

A la salida de la estación, Samuel toma unas cuantas fotos del edificio con su teléfono móvil. Finge un interés que todavía no siente, pero que intuye que, como uno más de los rasgos de personalidad que conforman a Ainhoa, le va a resultar muy gratificante en el futuro.

A continuación, cruzan la calle Játiva por el paso de peatones que hay frente a la plaza de toros y se dirigen a su destino. Pocos minutos después, les recibe en el portal del edificio un conserje discretamente uniformado que les atiende con amabilidad. La vivienda de los Campos ocupa las plantas segunda y tercera. A ellos les están aguardando en la tercera planta, según las instrucciones que ha recibido.

El ascensor parece tener más de cien años, pero los visitantes se dan cuenta de inmediato de que sólo tiene esa edad en el artístico habitáculo que ocupa el amplio hueco de la escalera. La suavidad y el silencio con que les lleva rápidamente a su destino les dan a entender claramente que la maquinaria que lo mueve es de última generación.

Cuando llegan a la tercera planta se encuentran con una joven de su edad, que les aguarda con una sonrisa ante la puerta abierta de la vivienda.

— ¿Samuel? —Pregunta sin dejar de sonreír— Encantada. Y ella supongo que es la experta en arte de la que me hablaste. Soy Lucía Campos.

—Ainhoa —se presenta la aludida con un susurro.

—Pasad, por favor.

Los jóvenes siguen a su anfitriona por un pasillo amplio jalonado por distintas puertas que permanecen cerradas. En sus paredes cuelgan cuadros hermosos cuyo estilo le resulta familiar a Ainhoa. De la última habitación sale la luz del día. Cuando llegan a ella Lucía se aparta a un lado y les invita con un gesto a entrar. La sala es un espacioso despacho iluminado por un amplio ventanal que da a una de las calles más importantes de la ciudad.

Sentados alrededor de una mesa de despacho de diseño funcional, pero de gran calidad, la anfitriona toma la palabra.

—Quizás esperabais encontrar a otra persona, pero mi padre me ha encomendado este asunto porque cree que soy la más indicada para hacerlo. Soy licenciada en derecho, y aunque mi especialidad es el derecho internacional, tengo una gran pasión por el arte y saber que las esculturas de Benlliure podrían pasar a ser propiedad de la familia, me motiva extraordinariamente.

—Ya he visto que tienes cuadros muy bellos en el pasillo —dice Ainhoa con una timidez que Samuel no entiende—. No me resultan desconocidos, aunque no me atrevo a identificar a sus autores.

—La mayoría son obras menores de pintores valencianos de principios del siglo XX. Hay uno que es de vuestro paisano, Teodoro Andreu. También hay otro más reciente, de Segrelles. En fin, ya veis que mi interés por el arte viene de familia. Por eso estamos interesados en poseer las esculturas de Benlliure, más que por su valor económico que para nosotros es algo secundario. Bien, Samuel —añade dirigiéndose al joven—, fuiste tú quien encontraste las esculturas. Dime ¿Cómo fue? ¿A qué habías ido a la mansión? ¿Sospechabas que allí podrías encontrar lo que ha aparecido?

Samuel duda antes de contestar. Le está interrogando una abogada. Tal vez tenga que tener mucho cuidado con lo que responde. Finalmente decide contarle la verdad. Le habla de doña Patricia y de su interés por ella para hacer el trabajo de investigación que le han encargado. Lucía le escucha atentamente, pero su actitud no resulta amenazante. Poco después empieza a intervenir Ainhoa y el ambiente se relaja por completo. Le habla de su teoría de que la mujer de la escultura puede ser la misma que Sorolla pintó en su estancia en la mansión que sí que está documentada, a diferencia de la de Benlliure.

—Desde luego, si el busto se corresponde con mi pariente tendríamos una baza muy fuerte para reclamar la propiedad de las obras.

—Nosotros pretendíamos ver fotos de doña Patricia que lo corroborasen. Sería bueno también para nuestras intenciones. A mí me vendría muy bien para la tesis doctoral que estoy terminando —dice Ainhoa.

—Así pues, un trabajo de investigación periodística y una tesis doctoral son los motivos que os mueven a venir a hablar con nuestra familia. ¿Seguro que no hay otras intenciones?

—No entiendo —dice Samuel.

—Me pregunto si no quieres algún tipo de recompensa —dice mirando a Samuel.

—En absoluto —dice Ainhoa un poco molesta—. A nosotros el interés que nos mueve es el que hemos expuesto. Hay otras cosas que

también son importantes, aparte del dinero…

—No era mi intención molestaros. De todas formas, si la cosa acaba bien, no me importaría agradecéroslo con algo que os satisfaga.

— ¿Has encontrado fotos de tu pariente? —pregunta Samuel tratando de reconducir la conversación al tono cordial en que había comenzado.

—La verdad es que no. Se trataba de una pariente lejana. Prima segunda de mi abuelo. Mi padre aún no había nacido cuando ella murió. Mi tío Luis apenas tenía un par de años. Lo cierto es que no tenían ninguna relación con ella.

—Entonces no hay posibilidad de probar nuestra teoría.

—No me has dejado terminar… No tengo fotos aquí, pero sé dónde puedo encontrarlas. Patricia nos dejó, junto con la finca de la Casella, una casa en Alzira. Según he podido ver en la copia del testamento, está en la plaza de los Mártires.

—No me suena esa plaza —dice Ainhoa

—Debe ser un nombre antiguo. Con la llegada de la democracia se cambiaron muchos nombres. Le preguntaré a mi abuelo. Él seguro que lo sabe.

—Podemos visitarla. Pienso que seguramente encontraremos algo en ella que nos pueda ayudar. Si queréis podemos quedar para mañana en Alzira.

—Podías hacerlo sin nosotros. En realidad no nos necesitas… —dice Samuel, lamentando inmediatamente su ingenua sinceridad.

—Sí, pero yo os agradezco vuestro interés, y ya que no buscáis otra recompensa, me comprometo a ayudaros en lo que pueda en vuestros trabajos de investigación.

—Gracias —dicen los dos jóvenes casi al mismo tiempo.

—Muy bien, intercambiemos nuestros números de móvil. Si hay algún problema de última hora nos avisamos. Yo, por mi parte, puedo estar en Alzira a las diez de la mañana. ¿Os va bien esa hora?

—Sí —dice Ainhoa—. Cuando lleguemos a Alzira, averiguaremos dónde está esa plaza y te enviaremos la localización al móvil.

—Muy bien, pues hasta mañana, entonces.

Mientras Lucía acompaña a sus visitantes a la puerta de la vivienda que hace de oficina familiar, habla con Samuel.

— ¿Sabes? Me suena mucho tu cara. Tal vez hayamos coincidido en alguna fiesta de la universidad.

—No sé —dice Samuel—. No te sabría decir, aunque la verdad es que tampoco he asistido a muchas.

—Yo terminé la carrera hace tres años. Pero he seguido yendo bastante por allí. Guardo muy buenos recuerdos.

—Yo tenía que haberla terminado hace dos…

—Bueno, pero seguro que este trabajo de investigación hace que tus estudios tengan un brillante final. A fin de cuentas has sido el descubridor de las esculturas.

Se despiden los jóvenes a la puerta del ascensor y en el paseo que dan en su camino de regreso a la estación, Ainhoa camina en silencio. Apenas responde a los comentarios de Samuel sobre Lucía con monosílabos. Se diría que está enfurruñada. Samuel ata cabos y concluye que la amabilidad de Lucía, que es una mujer muy atractiva, con él, al que prácticamente ha convertido en el único interlocutor, le ha provocado un pequeño ataque de celos y fantasea dichoso sobre lo que aquello puede significar, que no es otra cosa que Ainhoa también siente algo por él.

LA CASA DE LA PLAZA DE LOS MÁRTIRES

—Es la plaza de Santa Catalina. Creo que ahora se llama de la Constitución. Me ha dicho mi abuelo que se llamaba "de los Mártires" en memoria de los fusilados en Alzira por el bando republicano durante la guerra civil. Dice que fueron casi trescientos.

—No me creo que los republicanos también fusilasen a sus adversarios políticos… No es eso lo que nos han enseñado. Yo tengo entendido que los únicos en cometer atropellos a los derechos humanos fueron los vencedores de la guerra.

—Mi abuelo dice que eso es lo que pretendía Zapatero con su Ley de la Memoria Histórica. Que sólo se hablase de los crímenes del franquismo.

—Me parece que tu abuelo es un poco facha…

—Depende de lo que tú entiendas por facha. A lo mejor eres de las que creen que "facha" es todo aquel que no piensa como tú. Mi abuelo es una buena persona. Nunca le ha hecho daño a nadie. A los únicos que no puede ver son a los políticos que roban o que se dedican a engañar a las personas prometiendo lo que saben que no van a poder cumplir, y te aseguro que los encuentra en todos los partidos.

El último comentario de Samuel ha sido pronunciado en un tono levemente airado que ha hecho que él se haya arrepentido inmediatamente de haberlo pronunciado. Lo último que quiere es tener una discusión con Ainhoa. Ella se ha dado cuenta de que ha molestado a Samuel con su insinuación y trata rápidamente de reconducir la situación cambiando de tema.

— ¿A qué hora te ha dicho Lucía que vendrá?

—Parece ser que se va a retrasar un poco. Me ha dicho que le ha surgido un problemilla y que no va a poder llegar a las diez, como había anunciado.

— ¿Le has enviado la localización de la casa?

—Sí. Me ha dicho que me enviará un mensaje cuando llegue a la ciudad.

— ¿Qué hora es?

—Las diez y media. Todavía falta un buen rato para que llegue. Si quieres vamos a dar una vuelta o a tomar algo.

—De acuerdo, pero quiero que me lleves a la casa antes de que venga Lucia, quiero ver cómo es, aunque sólo sea por el exterior. Tú deberías aprovechar para hacerle algunas fotos. Tal vez sean interesantes para ilustrar tu trabajo. A fin de cuentas, es la vivienda de Patricia Casterá. La protagonista de tu investigación.

Después de tomar un refresco en una terraza de la Plaza Mayor, la joven pareja se dirige hacia la casa de doña Patricia. La zona por la que transitan se ha peatonalizado y ello les permite caminar relajados, sin tener que preocuparse por ser atropellados por alguno de los muchos conductores insensibles, que amenazan constantemente a los viandantes con su agresividad inconsciente. Samuel se ha dado cuenta de que Ainhoa se ha arreglado discretamente. Una línea delgada marca el contorno de sus ojos que ahora parecen más hermosos tras los enormes cristales de sus gafas. Sus mejillas muestran un tenue rubor que sólo un observador experto sabría reconocer que no es natural. Su pelo, normalmente compuesto con bastante desdén, está más arreglado. Sus labios tienen un cierto brillo que él nunca antes había detectado y su ropa parece haber sido escogida para resaltar sus atributos de mujer, que si bien son modestos, a Samuel le resultan abrumadoramente irresistibles. Cuando llegan a su destino, el estudiante de periodismo está convencido de que Ainhoa está buscando llamar su atención. Tal vez invitándole a dar el paso que la prudencia no le ha dejado dar todavía. Con esa conjetura feliz ocupando su pensamiento, Samuel se da cuenta de que han llegado a su destino.

La Plaza de la Constitución, frente a la iglesia de Santa Catalina, es en ese momento un remanso de paz. Frente a la casa que van a visitar hay un pequeño parque infantil en el que penden inmóviles los columpios, a la espera de los niños que ahora están en sus colegios. A continuación, un pequeño jardín en el que reinan dos árboles enormes que ofrecen generosos su sombra a los transeúntes. Junto a ellos, un murete bajo coronado por listones de madera parece hecho para sentarse. Ainhoa y Samuel toman asiento frente a la casa y en silencio se dedican a contemplarla.

Es evidente que está abandonada. Sus balcones y cornisas todavía no amenazan con caerse, pero no tardarán en hacerlo. La pintura de la fachada es difícil de reconocer aunque predomina el tono ocre. La puerta de entrada, curiosamente situada al lado derecho, en lugar del centro, está pidiendo a gritos una restauración que haga lucir el esplendor con el que fue concebida. En la planta baja, a la izquierda de la entrada, dos enormes ventanales protegidos por rejas oxidadas, descienden casi hasta la acera. En la primera planta, tres ventanales, todavía más grandes, muestran pequeños balcones con barandillas de hierro y sobre ellos, en la segunda planta, tres ventanas

para otras tantas habitaciones. La casa que hay a la izquierda es mucho más grande y, aunque también parece deshabitada, está en mejor estado de conservación y es mucho más lujosa. La casa de la derecha es de construcción moderna aunque no desentona en absoluto con el entorno. El resto de las viviendas que forman la plaza, parecen de la época de la que van a visitar y aunque muestran distintos niveles de gusto y lujo, parece evidente que aquella era una zona en la que los ricos antiguos habían formado, alrededor de la principal iglesia de la ciudad, su particular zona residencial.

A la hora señalada, los jóvenes ven aparecer por su derecha, procedente de la calle por donde se pierde la fachada de la iglesia, la figura de su nueva compañera de investigación. Camina alegremente, con paso enérgico. Una sonrisa ilumina su cara cuando les reconoce y levanta su mano en señal de saludo. Si Samuel no estuviese ya enamorado de Ainhoa, se daría cuenta de que Lucía es una mujer espectacular, "de bandera", como diría su abuelo. Cuando les alcanza les saluda con dos besos, los primeros para Samuel. Ainhoa recibe los suyos con timidez y a Samuel le parece que está un poco encogida, como si estuviese ante un ser superior, ante una autoridad. Eso es algo que no le cuadra en absoluto, ya que Ainhoa es una joven culta, de mentalidad muy progresista. A no ser que la sensación que él tuvo ayer de que estaba un poco celosa por la atención que Lucía le prestaba preferentemente a él sea cierta. Eso explicaría también la intención de arreglarse, tal como lo ha hecho hoy y confirmaría sus sospechas de que está tratando de llamar su atención. Tal vez haya llegado el momento de actuar y de decirle lo que está empezando a sentir por ella.

Mientras tanto, Lucía ha sacado una llave enorme de su bolso y se dispone a abrir la puerta.

—Vaya, parece que esto no funciona. La cerradura está atascada. Es normal, después de tantos años sin abrirse. ¿Quieres probar tú, Samuel?

El joven, que cree sinceramente en la igualdad, reconoce que en algunas situaciones es necesaria la fuerza bruta de un hombre y se dispone ufano a asumir su papel de macho, pero tras unos frustrantes intentos, que lo dejan bastante humillado, reconoce su fracaso.

—Esto no hay quien lo abra. Tendremos que buscar a un cerrajero.

—Tal vez si echamos un poco de aceite… —sugiere Ainhoa con timidez.

—Es verdad. Cerca de aquí hay una ferretería. Vuelvo enseguida —dice Samuel que se va casi corriendo a buscar la solución. En la puerta de la casa se quedan las dos jóvenes.

Mientras esperan, entre sonrisas y trivialidades, Lucía pregunta

a Ainhoa:

— ¿Sois pareja?

— ¿Cómo?

—Samuel y tú. Si sois pareja o tenéis alguna relación

—No, que va…

— ¿Tiene él alguna relación?

—No sé… Me parece que no. La verdad es que lo conozco desde hace poco. Yo soy una amiga de su hermana y me he reunido con él por el tema de mi tesis.

—Es un tío bastante atractivo, y parece majo ¿No crees…?

—No sé… No sabría decirte —responde Ainhoa un poco extrañada por la superficialidad de su interlocutora. Tal vez, piensa, sea eso normal en la alta sociedad valenciana, de la que es y se siente absolutamente ajena. En cualquier caso, la conversación y su significado le producen una cierta tristeza, que Lucía percibe, aunque no sabe cómo interpretar. Tampoco tiene tiempo de intentarlo porque en ese momento llega Samuel a la carrera. En su mano, dentro de una bolsita de plástico, lleva el spray mágico que espera que actúe como el mágico "Ábrete sésamo" del cuento de Ali Babá.

Tras rociar generosamente el agujero de la cerradura con él milagroso líquido y esperar unos minutos a que se produzca el efecto deseado, Samuel introduce la llave y, tras un leve esfuerzo, el mecanismo que les va a franquear el paso obedece al giro y descorre los pestillos dormidos durante décadas.

Los tres jóvenes, encabezados ahora por Lucía, pasan al interior y a través de la luz que llega de la calle ven el decorado que les va a hacer entrar directamente en el pasado.

VILLA LOLITA, ENERO DE 1903

Patricia ha estado muy confundida, pero ahora ya sabe a ciencia cierta lo que le pasa: Está enamorada, a sus veinticuatro años, como una colegiala. Todas las ensoñaciones, todos los anhelos que había reprimido en su corazón porque ninguno de los hombres que se habían acercado a ella había sido capaz de desatar, cabalgan ahora desbocados por sus venas, haciendo que su madre manifieste cierta preocupación.

—Hija, apenas has probado bocado ¿Te encuentras bien?

—No es nada mamá. Te aseguro que estoy perfectamente —añade con una sonrisa enigmática que confunde a doña Lolita.

A Patricia no le importa que el protagonista de su pasión espiritual sea un hombre mayor, no demasiado agraciado y que tiene esposa e hijos. El amor no entiende de convencionalismos sociales porque está basado en emociones y éstas casi nunca nacen de la razón.

Las emociones que Patricia siente las provoca el escultor Mariano Benlliure. Casi desde el primer momento ha descubierto un brillo de picardía en su mirada y en la sonrisa que adivina tras su enorme bigote que no la han dejado indiferente. Pero ha sido su arrolladora simpatía, su cordialidad y el sincero interés que ha mostrado desde el primer momento por sus opiniones, lo que le han hecho descubrir, tras el individuo vulgar, al genio al que todo el mundo aclama, con razón. Benlliure le ha hablado, sin afectación, de sus trabajos y de sus proyectos, de los que le ha mostrado una abundante representación fotográfica, que siempre lleva consigo, y ha encontrado en Patricia a una persona que ha bebido con avidez todo lo que él quiere expresar con su arte. Ella se muestra muy interesada por todo el proceso de creación, especialmente en su aspecto técnico, y acribilla a preguntas al escultor sobre cómo traslada al frío bloque geométrico de mármol la sensualidad de las formas y la intensidad de las expresiones que sus obras muestran, y el artista, visiblemente complacido, ha accedido a sus deseos con gran minuciosidad.

Se puede decir, y así lo cree la joven anfitriona firmemente, que se ha establecido entre ambos una corriente de simpatía mutua.

Gracias a esa simpatía, que no pasa desapercibida a los restantes habitantes de la mansión, Patricia se está abriendo al artista como no lo ha hecho antes con ninguna persona y le sigue a todas

partes con la complacida aquiescencia de su invitado, que parece casi tan entusiasmado como su anfitriona, con el asedio casi constante al que lo somete. La joven se ha atrevido a hacerle comentarios sobre sus dibujos y se los ha mostrado con cierta timidez, cosa que en otro contexto emocional jamás se habría atrevido a hacer. Los dibujos, que ella guarda celosamente en un cartapacio, son de paisajes de la comarca, de edificios de la ciudad y algunos retratos de sus familiares. El escultor le ha hecho una alabanza sincera, no exenta de matizaciones.

—Francamente, Patricia, tiene usted una mano excelente para el dibujo. Su estilo me recuerda al de mi querido hermano Juan Antonio, pero, si me lo permite, yo trataría de aprovechar mejor esa habilidad estimulando su imaginación. Usted puede dibujar lo que existe, pero no debe ceñirse a reproducir la realidad con exagerada precisión. Usted debe interpretar lo que ve y reproducirlo según esa interpretación. Hágalo así y estoy seguro que su sensibilidad hará que aparezca la artista excelente que se esconde en su interior —le ha dicho el escultor mientras ella asiente nerviosamente, muda por la emoción—. Lo que convierte a un cuadro o a una escultura en una obra de arte, no es la calidad de la reproducción, sino lo que es capaz de expresar y lo que los demás son capaces de percibir en ellos.

—A mí las esculturas que usted me ha mostrado en sus fotografías me transmiten una intensa sensación de calidez, a pesar de que están hechas de bronce o mármol. Algunas, incluso hacen que la fría piedra parezca sensual.

—Veo que usted, efectivamente, tiene el alma sensible de la artista que yo he adivinado por sus dibujos. El mármol, querida Patricia, es la piedra ideal para conseguir el efecto que usted percibe. Pero hay que tratarlo con mucho cuidado, con mucho amor. Si me permite el ejemplo, le diré que el mármol es para el escultor el amante más exigente. Si se le trata con mimo, con cariño, puede ofrecer toda la calidez y la sensualidad que algunas almas sensibles, como la suya, son capaces de percibir. En cambio, si el artista que lo esculpe es descuidado y no pone en su empeño todo el amor que es capaz de ofrecer, la piedra blanca se resquebraja irremediablemente y todo el esfuerzo queda malogrado. Piense que nada hay que se pueda asociar mejor con la frialdad que el mármol, pero si un artista es capaz de esculpir con ese material formas que por su suavidad, su sensualidad o su belleza, hagan olvidar su prosaica naturaleza inerte, nos encontramos ante una obra de arte y no una simple reproducción de la Naturaleza. Yo lo intento con todas mis fuerzas, créame. Siempre trato de mostrar en mis esculturas la suave calidez del mármol. Para mí, como le he dicho, es como un acto de amor.

—De amor eterno —apostilla Patricia absolutamente arrobada

—, como el material con el que usted crea sus obras de arte.

Después de haber mantenido esa interesante conversación con Benlliure, Patricia, dispuesta a agradar a quien considera su maestro, está rompiendo hojas en las que trata de plasmar algo que sólo exista en su mente, en su imaginación. Cree haberlo encontrado, pero no está satisfecha con el resultado que consigue. Lo que intenta es plasmar en una hoja una alegoría de una de las rondallas que les ha contado, en la primera velada que han compartido, Inés, la hija del rondallero. En ella habla de unas pastorcillas que son acosadas por un viejo avaro y salvadas de su lujuria por un macho cabrío. La historia sugiere finalmente que la más joven de ellas, asqueada por la lujuria de los hombres, se va a vivir lejos de la civilización con su macho cabrío con quien acaba engendrando pequeños faunos que habitan las montañas que rodean el cercano valle de la Drova.

Finalmente Patricia, a altas horas de la noche, cree haber logrado su objetivo y, con satisfacción infantil, contempla su dibujo ladeando la cabeza, buscando algún detalle que corregir. Sentada en una roca, junto a una sima, una pastorcilla acaricia la cabeza de su salvador con la mano izquierda mientras sostiene en su brazo derecho a un recién nacido al que amamanta. A su alrededor, cuatro niños con velludas piernas de cabra contemplan la escena familiar con sonrisas.

Muy pronto, cuando encuentre el momento oportuno, se la enseñará al maestro del que espera ya impaciente algo más que su reconocimiento. Esa noche, imaginando la reacción del maestro, apenas podrá dormir.

Algo parecido, y por motivos relacionados con la inquietud que está viviendo Patricia, le sucede a doña Clotilde, la esposa de Sorolla, que tampoco puede conciliar el sueño. Ella, que tiene mucho más mundo que doña Lolita, está especialmente preocupada por la relación que se ha establecido entre el escultor y su ciega admiradora, pero no desea señalar el peligro que la presencia del invitado por su marido está generando. Ella estima profundamente a Mariano, pero conoce sus defectos, que tampoco difieren excesivamente de los de todos los hombres en general, y sabe lo que puede suceder si una joven hermosa le manifiesta su adoración. Ella, afortunadamente, no ha tenido que pasar por eso porque el carácter de Joaquín es muy diferente y porque ella ya se ha encargado de que no se den ocasiones para que ocurra, prestando su cuerpo sin ningún reparo cuando Joaquín ha tenido que pintar un desnudo de mujer. Mariano, en cambio, siempre busca a las modelos más hermosas para reproducir sus curvas en los monumentos que le encargan. Recientemente ha terminado el pedestal del monumento a Goya que van a instalar en la entrada lateral del Museo del Prado, y ha utilizado como modelo para una alegoría de la maja desnuda nada menos que a “la Santita” la famosa actriz, y el hecho ha

sido la comidilla de todo Madrid. Finalmente, doña Clotilde decide que no va a decir nada, pero va a estar especialmente atenta a la relación que intuye que se puede dar entre Patricia y el escultor, dispuesta a desbaratarla, a cualquier precio.

UN VIAJE AL PASADO

—Esta casa es enorme —dice Samuel impresionado por lo que está descubriendo. El solar que ocupa la casa es mucho más largo de lo que habían imaginado, lo que permite que al fondo haya un patio grande en el que la maleza apenas deja distinguir un par de higueras y una palmera cuya copa emerge sobrevolando el tejado, como si quisiera escapar del caos de barro seco y vegetación caótica en el que entierra sus raíces.

—Se nota que aquí no ha entrado nadie en muchos años —dice Ainhoa señalando con la luz de su móvil los muebles sucios de barro que se esparcen en absoluto desorden en todas las dependencias de la planta baja.

—Así es. Ni siquiera vinieron mi padre y mi tío a ver cómo había quedado la casa después de la pantanada de 1982 o de la riada de 1987. Yo obviamente no había nacido entonces —comenta Lucía.

—Mi abuelo me ha hablado mucho sobre la pantanada. Dice que fue lo más parecido a las consecuencias de una guerra. Ninguna vivienda en planta baja estaba habitable, y en las calles apenas se podía pasar por automóviles volcados y por los muebles y enseres que los vecinos arrojaron a la calle, como si quisieran desprenderse de todo aquello que les recordase la mala experiencia que habían vivido.

—Aquí hay muebles antiguos muy valiosos. Tengo un par de amigos que han estudiado restauración que estarían encantados en trabajar en ellos. Lo digo por si te interesa, Lucia.

—Gracias, Ainhoa. Lo tendré en cuenta.

Los jóvenes buscan cuadros en las paredes con fotos que les permitan identificar a su objetivo, pero no encuentran nada que les sirva. Un par de ellos que milagrosamente todavía cuelgan en las paredes, muestran tras un cristal sucio la imagen deslavazada de parejas de ancianos que miraban a la cámara que les fotografiaba con cierto espanto. La marca del agua ha alcanzado lo suficiente como para cubrirles la boca.

—Aquí no vamos a encontrar nada que nos sea útil —dice Lucía que, como dueña de la casa está liderando la exploración de aquel templo de olvido—. En las habitaciones de las plantas superiores, que se salvaron de las aguas, tal vez haya algo.

Apartando una mecedora de rejilla que bloquea la escalera, los

jóvenes se dirigen a la planta superior siguiendo los haces de luz con los que profanan la oscuridad de décadas. En el primer piso llegan a un distribuidor que comunica las habitaciones y un enorme cuarto de baño. Entran en una de ellas, descorren las acartonadas cortinas y abren con cierta dificultad la enorme ventana. La luz, tantos años ausente en el lugar, inunda con regocijo la estancia y los intrusos contemplan en silencio cuanto les rodea. Samuel tiene la sensación de haber entrado en la cámara secreta de alguna pirámide. Ainhoa está sobrecogida por el orden perfecto de la estancia. Sólo el polvo que lo cubre todo le hace darse cuenta de que no está en una habitación lista para ser ocupada. Lucía, menos impresionada, tal vez, se dirige a uno de los armarios y lo abre descubriendo la ropa que pende de las perchas.

—Esta habitación debía ser de los padres. Aquí hay trajes de hombre —dice finalmente. En las paredes no cuelga ninguna fotografía. El único cuadro es una reproducción de la imagen del Sagrado Corazón que domina la cabecera de la cama—. Probemos en la habitación siguiente —añade saliendo en busca de su objetivo. Samuel y Ainhoa le siguen todavía demasiado impresionados como para poder decir algo.

En la habitación contigua, encuentran la recompensa que están buscando. La decoración es más abundante, los muebles menos sobrios. En las paredes cuelgan algunos dibujos enmarcados que representan paisajes hechos a carboncillo. Uno de ellos muestra una imagen de la mansión “Villa Lolita” en todo su esplendor. Pero es sobre la cómoda donde encuentran lo que están buscando. En un marco de nácar, una mujer joven y hermosa sonríe en primer plano a la cámara. En la esquina inferior derecha una dedicatoria escrita con elegante caligrafía. “Para mis papás, con todo mi cariño”, Patricia.

—Lo tenemos —dice Lucía, sosteniendo la fotografía.

—Así es —añade Samuel al tiempo que saca su teléfono móvil para hacer una fotografía de la imagen.

Mientras tanto, Ainhoa busca en el suyo la galería de imágenes archivadas y tras unos ágiles movimientos con su pulgar sobre la pantalla táctil, encuentra las imágenes que busca y arroja un jarro de agua fría sobre sus entusiasmados colegas.

—Esa mujer no es la de la escultura.

— ¿Cómo? —dicen casi al unísono Lucía y Samuel— ¿Estás segura? —añade el joven mientras se acercan a mirar la pantalla del teléfono de Ainhoa.

—Mirad. El óvalo de la cara, las cejas, el nacimiento del pelo… son muy diferentes.

—Bueno, pero una escultura no tiene por qué reproducir fotográficamente un rostro, y en cuanto al cuadro de Sorolla, tú misma

dijiste que al ser impresionista no lo podíamos relacionar exactamente con el busto —dice Samuel que no renuncia a la idea que les ha llevado hasta allí.

—Una de las características de las obras de Benlliure es que era extraordinariamente realista. Sus bustos eran réplicas exactas de sus modelos. Os digo que doña Patricia, no es la mujer que representó en su obra.

—Esta es una foto solamente. Tal vez haya más. Si las encontramos podremos tener más elementos de juicio —afirma Lucía que no se resigna a no encontrar la prueba que le ayude a demostrar la propiedad de las esculturas encontradas en la mansión de la Casella.

—Es cierto. Vamos. Abramos todos los cajones de los muebles. Busquemos en las demás habitaciones.

Y los tres jóvenes empiezan por la segunda parte de la propuesta. La más fácil: buscar fotografías. Las demás habitaciones están igual que las dos anteriores. Sólo la capa de polvo demuestra que no ha sido utilizadas por años, ya que por lo demás están en perfecto orden. Descorriendo las cortinas acartonadas con precipitación se quedan con trozos de tela en las manos, pero no encuentran ninguna otra foto de la mujer que fue, probablemente, su última habitante. Tras recorrer las habitaciones de la segunda planta, que por su composición menos sofisticada demuestran que debían pertenecer a la servidumbre, los jóvenes no pueden disimular su desánimo. Con las manos llenas de polvo regresan a la habitación de la joven Patricia. Su última esperanza es encontrar lo que están buscando en alguno de sus muebles.

Abren con cuidado los cajones de una cómoda. Allí sólo encuentran aquello que se supone que debe estar. Ropa interior, camisas, ropa de cama… Les sorprende ver que están en perfecto estado. Tal vez haber estado encerradas en la oscuridad durante décadas ha hecho que el tiempo no haya pasado para ellas. En uno de los cajones, debajo de unas toallas, encuentran un cartapacio antiguo que Samuel saca con curiosidad. Desata los lazos de seda que hacen de cierre y en su interior aparecen unas láminas de papel grueso en las que hay dibujos hechos al carboncillo. Ainhoa calcula que deben tener un tamaño parecido al DIN A2, aunque por su antigüedad aparente, duda mucho que estén normalizados. Ella, que es la experta en arte, toma las láminas y las va mirando una a una.

—Son buenas. Mucho.

Las láminas representan distintos paisajes, que no saben reconocer de momento, en los que aparecen árboles que no les cuesta identificar como naranjos.

—Mira —dice dirigiéndose a Samuel—. Este dibujo me recuerda a uno de los cuadros de Sorolla.

—Es verdad. Se parece a ese que tu decías que podía representar la parte de la montaña donde está el "Pas del Pobre"

— ¿Qué es eso? —pregunta Lucía que no le gusta estar al margen de la conversación.

—El Paso del Pobre es una senda que recorrían los mendigos que buscaban la caridad de los monjes Jerónimos en el monasterio de Santa María de la Murta que se encuentra justo detrás de esas montañas —explica Ainhoa, que es la única que puede hacerlo.

Continúa pasando las láminas, ahora más deprisa, constatando que todas ellas están firmadas por su autora: Patricia Casterá. De pronto aparece una diferente. En la orilla de un río se ve una barca, Junto a ella, una serpiente monstruosa emerge del agua y atrapa al desventurado barquero por la cabeza con el propósito de engullirlo. En esta ocasión es Lucía la primera en darse cuenta

—Mirad, ese dibujo hecho por mi antepasada representa lo mismo que una de las obras más pequeñas encontradas por Samuel.

—Es cierto. Eso demuestra…

—Que las esculturas de Benlliure corresponden a un encargo, según el boceto de Patricia.

—Veamos las otras —dice Samuel excitado.

La siguiente muestra a una pastorcilla con un chivo, rodeada de pequeños faunos.

—Ésta también —exclama Lucía triunfante—. Está claro que las obras son un encargo. Veamos las demás.

Efectivamente, cada una de las dos láminas representa fielmente lo que Benlliure había plasmado en mármol. La alegría de la joven abogada se desborda hasta el punto de manifestarse en un efusivo abrazo con Samuel al que éste corresponde un poco confundido.

—Tal vez sea al revés —dice Ainhoa con timidez, un poco molesta por haber quedado excluida de la celebración.

— ¿Qué quieres decir? —pregunta Lucía deshaciendo lentamente el abrazo.

—Podría ser que Patricia, simplemente hubiese copiado las esculturas terminadas, como hacía con el paisaje…

—No sé. Puede que tengas razón, pero entonces ¿Por qué estaban las esculturas en la mansión? Lo más lógico es pensar que el escultor haya hecho las obras por encargo, siguiendo el modelo de los dibujos.

—Yo también lo creo así —interviene Samuel inclinando la balanza a favor de Lucía, muy a su pesar, pues lo último que desea es contrariar a Ainhoa.

—Sigamos mirando —ordena Lucía zanjando la cuestión.

—Mirad. Este dibujo también se corresponde con las esculturas.

Es la de una joven que acaricia en sus manos una paloma…

La última lámina no se corresponde con ninguna de las esculturas encontradas. Es un retrato de medio cuerpo que representa a una pareja. La mujer, joven y hermosa, mira con tristeza al artista. Tras ella, sujetando sus hombros con delicadeza, un hombre, algo más mayor, como demuestra una calvicie incipiente, de cuerpo robusto y rostro noble sostiene sus hombros con delicadeza y sonríe con felicidad al artista para el que está posando.

Ainhoa es la primera en darse cuenta.

—Es ella. No hay duda. Esa es la mujer de la escultura, la del cuadro de Sorolla.

La excitación del descubrimiento hace que ninguno de sus acompañantes se dé cuenta de que la joven se ha puesto, de repente, mucho más pálida de lo que normalmente está.

VILLA LOLITA, ENERO DE 1.903

Andrés Ferrús es la mano derecha de Leandro, el capataz de las fincas de don Eulogio Casterá. De hecho es el capataz a efectos prácticos, ya que el viejo titular del cargo ya no tiene la capacidad de imponer su autoridad a los jornaleros que, de manera fija o eventual, trabajan las tierras del señor, haciendo que su riqueza aumente exponencialmente. El cultivo de las naranjas es probablemente el negocio agrícola más provechoso que puede darse en toda España y los terratenientes alcireños, especialmente los grandes, están amasando fortunas que nunca habían soñado. Pero el negocio nunca sería posible sin hombres como Andrés. Hombres que riegan con el sudor de su esfuerzo los árboles mágicos que ofrecen a cambio su fruto valioso. Hombres que limpian las tierras de maleza para que los nutrientes de la tierra alcancen exclusivamente las raíces del naranjo, que tratan las plagas que parecen tener predilección especial por las abundantes hojas verdes por las que respira el maravilloso fabricante de dulzura y riqueza. Pero no sólo se necesitan hombres esforzados, sino también hombres que sepan interpretar qué necesitan las plantaciones, que sepan distinguir entre los matices del verde de las hojas para atender sus problemas para darles el remedio adecuado. Hombres que tengan la autoridad moral y, si es necesario, física para imponer sus criterios a los trabajadores que los han de llevar a cabo.

Andrés, que todavía no ha cumplido treinta años, reúne todas las cualidades necesarias para ser el capataz. Ha aprendido del viejo Leandro todo lo necesario para su oficio y es uno de los hombres más fuertes de la ciudad. Alto, ancho de espaldas, sus brazos son tan fornidos como las piernas de algunos de sus subordinados, las suyas parecen columnas de algún templo dedicado a la adoración de la fuerza bruta. Tal vez por su impresionante aspecto, raramente tiene que esforzarse en hacer que se cumplan sus órdenes. Nadie, salvo algún borracho imprudente, se ha atrevido a enfrentarse a él, y las consecuencias han sido tales que nadie quiere seguir la suerte de los desgraciados. Pero Andrés no es un hombre violento, ni siquiera es desconsiderado con quienes trabajan con él. A pesar de ser el capataz, es el primero en ponerse al tajo y trata, por encima de todo, de dar ejemplo no mandando ninguna tarea que él mismo no esté dispuesto a hacer. Si hay alguien que no le gusta cómo trabaja, simplemente no lo

vuelve a contratar.

Andrés, que no es un hombre mal parecido, a pesar de su incipiente y prematura calvicie, está soltero, cuando la mayoría de los hombres de su edad ya tienen hijos. Las casamenteras del pueblo le han ofrecido ventajosísimos arreglos que él ha declinado cortésmente, incluso el de Juliana, la del ventero, una vistosa viuda que goza de una envidiable posición económica y que ha rechazado, una tras otra, las proposiciones que nunca le han faltado, porque sueña con revolcarse cada noche enroscada al vigoroso cuerpo de Andrés.

Pero Andrés no quiere saber nada de ninguna mujer de las que se le ofrecen porque a él sólo le interesa una, la que sin duda es el amor de su vida, Inés, la hija del rondallero. Él la ha cortejado con sincera humildad, pero Inés no siente lo mismo que él y le ha rechazado en dos ocasiones. Ello no ha desanimado al amante frustrado y pasa las horas de ocio soñando con acariciar su piel tersa, con besar sus labios, imaginando que se desvanece de placer entre sus brazos. Como sabe que está temporalmente en Villa Lolita, pasa la mayor parte del tiempo en la finca inventando tareas que la plantación no necesita, revisando canales de riego que están en perfecto estado o supervisando árboles que no tienen ningún problema. Cualquier excusa le vale para verla, aunque sea de lejos, o para hacerse el encontradizo, preguntándole por su salud o la de sus padres. Ella, que no es la única que sabe lo que está pasando, se limita a saludarle con fría cortesía porque no quiere hacerle perder el tiempo. Inés no siente nada, absolutamente nada, por él, ni lo podrá sentir nunca. Nada hay en Andrés que le desagrade, es una simple cuestión de emociones y ella nunca se entregaría a un hombre que no conmueva su alma. Como sucedía con Juana, la protagonista de su rondalla favorita, la que con más gusto le oía contar a su padre y que, sin que ella lo supiera, había marcado su inconsciente para siempre. La rondalla que se dispone a contar aquella misma noche.

RONDALLA DE LA DONCELLA DE COTES

Hace ya muchos años vivía en la desaparecida aldea de Cotes, cerca de Algemesí, una doncella. Se llamaba Juana y era la mayor de los cinco hijos del matrimonio formado por Lorenzo y Carmen. La aldea apenas tenía un centenar habitantes y estaba rodeada por los terrenos pantanosos que circundan el lago de la Albufera.

Juana era, sin duda, la más hermosa del lugar y por eso era pretendida o deseada por todos los hombres de la comarca, que la halagaban con regalos envueltos en promesas de amor eterno que ella siempre rechazaba porque, desde niña, había entregado su corazón a Simón, un joven de su edad que vivía cerca de su casa.

La familia de Juana era modesta, pero no tanto como la de Simón, que vivía en una humilde choza que apenas protegía a su familia de las inclemencias del tiempo. Por esa razón, Lorenzo no veía con buenos ojos la amistad de su hija con aquel muchacho que, aunque era bueno y trabajador, apenas podía conseguir el sustento de sus padres enfermos y de sus hermanos. Así pues, los padres de Juana le instaban constantemente a que aceptase las pretensiones ventajosas que le llegaban, casi a diario, de ricos labradores de los pueblos de alrededor, incluso de Alzira o de Sueca. Pero Juana no aceptaba a ninguno de los muchos pretendientes que la acosaban y decía, sin ningún pudor, que ella sólo se entregaría al hombre que había amado desde niña, cuando llegase el momento.

Simón, que sabía que para que el padre de Juana le diese su consentimiento para casarse, tenía que mejorar su situación económica, se marchó a Valencia a buscar un trabajo que le permitiese salir de la miseria, aun sabiendo que con ello dejaba a sus padres y a sus hermanos en una situación muy delicada, confiando su suerte a la caridad de los vecinos y a los cuidados de su amada.

La actitud de Juana hizo que su fama de mujer hermosa e inalcanzable, se extendiera, no sólo por la comarca, sino también por lugares lejanos a donde llegaban los viajeros que pasaban por la aldea. Su nombre, idealizado por relatos que contaban los marineros que alguna vez habían atracado en el puerto de Valencia, llegó a un país situado en tierras lejanas cuyo rey dominaba los secretos de la magia. Se llamaba Enoch, y aunque tenía un harén de hermosas mujeres que porfiaban constantemente por satisfacer sus más íntimos deseos, no era feliz con ellas porque sabía que sus afanes estaban motivados por interés o por miedo y que no era realmente amado por ninguna de ellas.

Cuando Enoch oyó hablar de Juana, de su belleza y de su abnegación amorosa, supo que ella era la mujer que necesitaba para completar su vida y se dispuso a hacerla su esposa, incluso sin haberla visto. Enoch era muy rico y poderoso, y era, también, un hombre apuesto, así que supuso que con todas sus cualidades, lograría vencer la resistencia de Juana y sabría hacer que olvidase a su amor de infancia. Así pues, Enoch cargó gran parte de sus riquezas en la nave real y, acompañado por un séquito importante de consejeros y por los mejores hombres de su guardia personal, emprendió la travesía hacia el puerto de Valencia. Varios meses después llego a su destino.

Como Enoch no quería ser amado por sus riquezas, ni ser temido por su poder, decidió aparecer ante Juana como alguien humilde que pudiera ofrecerle algo que nadie hasta entonces le hubiese dado y así se disfrazó de trovador y como tal se presentó ante ella. La joven, atraída por la curiosidad y por los bellos romances que el trovador le cantaba, le prestó una atención que nunca antes había prestado a ningún hombre, pero las romanzas del trovador lo único que conseguían era hacer que se acordase con más tristeza de su amado, así que Enoch entendió que de aquella forma no conseguiría su amor y decidió intentarlo de otra manera.

Al día siguiente se presentó en la aldea ataviado con sus mejores galas, luciendo joyas espléndidas que en la aldea nunca se habían visto. Su aspecto era impresionante. Su apostura hacía suspirar a todas las mujeres que lo veían pasar encabezando la solemne comitiva con la que se paró a las puertas de la casa de Juana. Allí se formó un corro con todos los vecinos que habían asistido boquiabiertos al desfile de la deslumbrante exhibición de riqueza. Enoch descendió de su caballo y le ofreció a Juana un cofre abierto en el que rebosaban las más ricas joyas. Le pidió hincando la rodilla que fuese su esposa y que a cambio le daría a su familia más riquezas de las que pudiesen imaginar. Ella, una vez más, ante las escandalosas protestas de su padre, se negó rotundamente, porque su corazón ya tenía un dueño y que sólo aguardaba a que regresase de Valencia con lo que hubiese podido ganar, para casarse con él y vivir felices para siempre.

Enoch, conmovido, entendió sus razones y triste y abatido inició el regreso hacia su nave con la intención de no regresar jamás. Pero a medida que se alejaba de la aldea de Cotes, su alma se rebelaba porque al conocer a Juana, y ver con sus propios ojos hasta dónde alcanzaban su belleza y su fidelidad, sentía que no iba a encontrar en ningún otro lugar una mujer como ella para que reinase en su corazón, así que al llegar a Valencia decidió recurrir a todo su poder para lograr su anhelo. Desde la nave real, anclada en el puerto, ordenó a sus soldados que buscasen por toda la ciudad a Simón, el amado de

Juana, y que lo trajesen ante su presencia.

Al día siguiente los soldados de Enoch le trajeron a Simón. El joven, acobardado, no podía entender qué le estaba pasando. El rey mago le expuso de forma concisa y directa cuáles eran sus intenciones. Deseaba tener el amor de Juana y llevársela a su reino para hacerla su esposa, pero ella no aceptaba su proposición porque estaba enamorada de él. Así pues, Simón tendría que renunciar a ella y conseguir que Juana lo borrase de su corazón. A cambio de ello, recibiría una enorme fortuna y podría llevar una vida feliz, rodeado de todas las mujeres hermosas que deseara. El joven, una vez repuesto de la sorpresa inicial, se negó con vehemencia a aceptar lo que se le proponía, y aseguró que de nada le podían servir sus riquezas y placeres si no los podía compartir con Juana, y que prefería mil veces la muerte que renunciar a su amor. Enoch le advirtió que esa solución, su muerte, era la más segura para conseguir que Juana acabase por olvidarlo, y que a él le sería muy fácil hacerlo desaparecer para siempre, pero que no quería que el amor que sentía por Juana, y que estaba dispuesto a materializar de una manera u otra, estuviese ligado a un crimen, pero que si era necesario lo haría, y que no vacilaría en hacer que le matasen no sólo a él sino también a todos sus familiares.

Simón entendió entonces que nada podía hacer para oponerse a la voluntad de aquel poderoso rey e hincándose de rodillas ante él le suplicó, con palabras que apenas se distinguían a través de su llanto amargo, que no le privase de la compañía de su amada. Enoch estaba conmovido por aquellas muestras incesantes de amor y abnegación, pero en ningún caso iba a renunciar a Juana, así que tras unos instantes de reflexión encontró una solución con que acallar la voz de su conciencia.

—Si lo aceptas, te convertiré en un palomo y te permitiré que vivas con ella el resto de tu vida. Tendrás de ella el amor que se dedica a las mascotas, que puede ser mucho, pero el único amor de hombre que tendrá y conocerá será el mío.

Simón aceptó el trato y tras presenciar el misterioso sortilegio que Enoch llevo a cabo, se sintió invadido por una sensación de ligereza que nunca antes había experimentado y, sin poderlo evitar, extendió sus alas y echó a volar buscando la salida de la estancia real.

El ansia de reunirse con su amada, a la que por un momento creía que iba a perder para siempre, hizo que no disfrutase de la maravillosa sensación de libertad que las aves sienten cuando contemplan la tierra desde su infinito balcón de aire. Al cabo de un rato, su vista distinguió en el verde del pantano las calles que formaban su aldea, la choza en la que vivía su familia y la casa en la que vivía Juana.

Posado en la cornisa del tejado aguardó a que Juana saliese de

su casa y cuando la vio voló posándose en su hombro. Ella, sorprendida, pero encantada, tomó al palomo en sus manos y lo puso ante su cara para verlo mejor. Dicen que los amantes sinceros, los que de verdad comparten cada latido de sus corazones, no necesitan palabras para hacerse entender porque aspiran a ser un solo ser, viviendo al mismo tiempo la dicha y el sufrimiento del ser amado. Tal vez por esa razón, Juana supo que el ave que temblaba en sus manos era Simón, supo qué le había pasado y que el rey Enoch se dirigía a Cotes para llevársela a su lejano reino.

Juana no quería que ningún otro hombre pudiese ocupar el lugar en su vida que sólo a Simón correspondía y decidió huir hacia el sur llevándose sólo lo imprescindible.

Esa misma tarde llegó a la aldea Enoch dispuesto a llevarse por la fuerza lo que tanto anhelaba. Al llegar a casa de Juana y no encontrarla, preguntó a sus padres, pero ellos no le podían dar razón de ella porque no sabían dónde estaba. Lo mismo sucedió con los padres y demás familiares de Simón. Enoch, ordenó que se registrasen todas las viviendas de la aldea sin encontrar a Juana. Sintiéndose engañado, montó en cólera y ordenó a sus hombres que abatiesen a todas las aves que surcasen el cielo en aquel lugar. Las aguas de la albufera se tiñeron de rojo durante varios días, pero no cobraron su presa, porque ésta volaba hacia el sur guiando a su amada.

Cuando Enoch se convenció de que había sido burlado por un atisbo de compasión que había sentido en su corazón, decidió tomar una terrible venganza y si no podía castigar a los que le habían burlado, lo haría con sus seres queridos. Así pues, con sus poderes mágicos envenenó las aguas de las que bebía la población para causar la más terrible de las pestes. Pocas semanas después, la aldea de Cotes era una población solo habitada por muertos. Los habitantes de los pueblos de alrededor, horrorizados por lo que allí había sucedido, no se atrevieron a acercarse a él durante muchos años. El nauseabundo olor de los cadáveres de hombres y animales en descomposición, les advertía que allí sólo encontrarían la muerte. Las viviendas deshabitadas se fueron desmoronando poco a poco y hoy sólo queda de la población un muro, que es considerado como un faro que advierte a los caminantes que no deben acercarse a aquel lugar.

Enoch, amargado, emprendió el camino de regreso a su país y, en medio del mar, la nave real se vio envuelta en una terrible tormenta que él no quiso disolver con sus poderes mágicos, a pesar de que sus súbditos se lo suplicaron a gritos, hasta que el mar se los tragó para siempre.

Juana llegó hasta una ciudad rodeada por un río y ofreciendo sus servicios como criada, vivió en ella hasta el final de sus días. A pesar de su belleza, no se casó con ninguno de sus pretendientes y

siempre estuvo acompañada por un palomo que sólo comía de su mano. Murió a una edad avanzada y cuando encontraron su cuerpo inerte vieron que sobre su pecho, como si buscara su corazón, yacía el palomo que nunca la abandonaba. Parecían estar dormidos.

—¿Qué le ha parecido la rondalla de esta noche, doña Clotilde?

—Es como las demás. Un poco más larga tal vez. Se nota que son historias sencillas que buscan sólo entretener a públicos no demasiado exigentes, pero tengo que reconocer que esta muchacha, Inés, las cuenta como si las estuviera viviendo y logra despertar interés.

—Hablando de interés, ¿No le parece que don Mariano tiene un interés especial por Inés?

—Los artistas siempre tienen interés por la belleza y hay que reconocer que la rondallera es una chica muy guapa. No tenga usted cuidado, doña Lolita. No creo que Mariano sienta nada más que un capricho pasajero, y si ella es una mujer como Dios manda, sabrá hacerse respetar. Además, más vale que él se interese por ella y o por otros objetivos, digamos, más elevados…

—No la entiendo doña Clotilde.

—Es que me da vergüenza decirlo, doña Lolita, pero es que me da la impresión que Patricia no es ajena a los encantos de Mariano.

— ¿Mi hija? ¿Está usted loca? ¿Cómo va mi hija a fijarse en don Mariano? Pero si podría ser su padre. Además, el escultor no es ningún Adonis, precisamente.

—Lo sé, pero es indudable que tiene algo en su personalidad que lo hace irresistible para algunas mujeres.

—Mi hija no es de esas…

—Lo sé, doña Lolita y créame que no trato de ofenderla. Lo que pasa es que me sentiría responsable si la presencia de Mariano en su casa pudiera ocasionarles algún perjuicio. A fin de cuentas es mi marido quien les ha pedido que lo alojen durante unos días aquí. Quizás lo mejor sería pedirle que se marche.

—Eso significaría reconocer que usted tiene razón y yo creo, sinceramente, que no la tiene. Es más, estoy dispuesta a demostrárselo.

—Como usted quiera. Pero no la pierda de vista. ¿No se ha dado cuenta usted cómo mira Patricia a Mariano?

—Con ojos de admiración, que es lo único que puede sentir por un artista de su categoría.

—Muy bien, ¿Y dice usted que Mariano está interesado en Inés?

—Eso creo. Me da la impresión de que le está pidiendo con demasiada frecuencia que le lleve agua caliente a su habitación.

—Ya sabe que padece de reuma en las manos y eso, para un

escultor, es especialmente grave.

—Pues no debe estar muy mal, porque tengo entendido que ha pedido que le traigan arcilla. Debe estar modelando algo. Me encantaría que lo hiciese. ¿Se imagina? Poder decir que una obra de Benlliure ha sido concebida en mi casa… —dice doña Lolita un poco más relajada.

Ajenos a la tensa conversación que han mantenido las dos mujeres, don Eulogio se desvive por atender a sus invitados ofreciéndoles licores y cigarros que ellos aceptan complacidos. En un segundo plano, Patricia ya está concibiendo el dibujo con el que hará una alegoría de la narración que acaba de escuchar. Inés, tras ser autorizada por el dueño de la casa, se ha retirado en silencio.

LOS ABUELOS DE SAMUEL

—Qué es lo que vamos a buscar exactamente?

—Cualquier documento, un recibo, un contrato de encargo, una carta, algo que haga referencia a las esculturas —dice Lucía—. Eso puede ser la prueba definitiva que demuestre que la propiedad de las obras es de la familia.

—Muy bien, pues manos a la obra.

—Deberíamos empezar por la planta baja. La documentación relacionada con los negocios no es probable que esté en los dormitorios —dice Ainhoa—. Normalmente se guardaría en alguna escribanía. Me ha parecido ver una en la planta baja.

— ¿Qué demonios es eso de "una escribanía"? No he oído esa palabra en mi vida.

—Es un mueble de oficina que se empleaba antiguamente. Tenía un tablero que se podía sacar u ocultar para escribir sobre él y muchos cajones donde se guardaban documentos.

—Vamos, pues a buscarla.

En una de las habitaciones que dan a la calle en la planta baja la encuentran. El resto de los muebles, movidos por las aguas de las inundaciones para formar un absoluto desorden, atestiguan que aquella habitación debía haber sido el despacho desde el que el dueño de la casa gestionase su patrimonio. La escribanía está volcada y medio hundida en el barro, así que los tres jóvenes tienen que emplear todas sus fuerzas en darle la vuelta para poder acceder a los cajones. Agotados por un esfuerzo que no están acostumbrados en absoluto a padecer, dedican unos instantes a contemplar el mueble a la luz del día que se cuela a través de la ventana que previamente han abierto. Se trata de un mueble de calidad en el que se puede distinguir todavía, a pesar de la acción de las aguas y el barro, un artístico trabajo de marquetería.

—Es preciosa —dice Ainhoa, todavía entre jadeos.

—Así es. Voy a tener que considerar tu oferta de presentarme a esos amigos tuyos que se dedican a la restauración de muebles. Me encantaría tenerla en mi despacho —responde Lucía.

—Abrámosla —interviene Samuel, mucho menos interesado en cuestiones estéticas, y dirigiéndose al mueble trata de abrir el cajón central. La madera de calidad con la que está construido el mueble ha

permitido que el cajón y sus guías no hayan sufrido demasiado el efecto de las aguas y sólo ofrezca una ligera resistencia a mostrar su contenido.

Efectivamente, allí se guardan documentos que pueden ser de interés, pero les cuesta reconocerlos pues la mayoría forman un amasijo informe. Con paciencia y un cuidado exquisito consiguen separar algunas hojas y se encuentran con escrituras de propiedad muy antiguas y con documentos de venta de naranjas, algunos en francés. Pero lo que más les llama la atención, lo que despierta su interés es un grueso libro de contabilidad, grotescamente deformado.

—Aquí podría estar lo que buscamos. Si se hizo algún pago por las esculturas, debería estar reflejado aquí. Mirad, las anotaciones se corresponden con todo tipo de gastos. Aquí hay anotaciones de pago de jornales y de consumos de la casa, muebles, sastrería, comida… ¿En qué fecha supones que pudo estar Benlliure en la mansión? —pregunta Lucía a Ainhoa.

—Entre finales de 1902 y principios de 1903.

—Este libro de contabilidad empieza bastante antes de esa fecha y alcanza, por lo que veo, a varios años después. Si hay algún registro del pago, seguro que está aquí. Veamos.

Y Lucía busca, manejando con dificultad y sumo cuidado las páginas del libro, las anotaciones correspondientes a esa fecha. No encuentra nada relacionado con las esculturas. Pero antes de que se sienta decepcionada, Ainhoa, la más experta en arte, interviene:

—Las obras se harían después de la estancia del escultor en la mansión y, por supuesto, tomarían cierto tiempo en realizarse. Tened en cuenta que Benlliure era un artista muy reclamado por personalidades del mundo de la política, de la alta sociedad e incluso de la realeza. Las esculturas que estamos investigando son obras menores y no creo que les diese ninguna prioridad. En algunas obras importantes podía invertir varios años en terminarlas por completo. El monumento al Marqués de Campo que está en la Gran Vía Marqués del Turia, tardó veintitrés años en terminarlo, aunque lógicamente no fue por causas que se le pudieran achacar. Ya sabéis, falta de financiación y cosas así. Lo más probable es que Benlliure hiciera las esculturas en sus ratos libres, que no debían ser demasiados, así que habrá que buscar un posible pago hasta mucho después de la época en que él estuvo allí, si es que estuvo.

— ¿Dudas que Benlliure estuviera en la mansión? —pregunta Samuel extrañado.

—Yo estoy convencida de que sí, pero en realidad no tengo ninguna prueba para demostrarlo. Recuerda que mi interés en esta investigación es poder encontrar esa prueba.

—La verdad es que te veo muy impuesta en todo lo que se

refiere al escultor. Cuando me has hablado del monumento del Marqués de Campo he caído en la cuenta de que he pasado muchísimas veces junto a él y no le he prestado demasiada atención. A veces no valoramos debidamente lo que tenemos cerca —dice Lucía.

—Así es. En Valencia hay varias muestras muy interesantes de su obra y la mayoría de la gente no es consciente de su enorme valor artístico.

—Me encantaría aprender más de Benlliure.

—Si quieres, te puedo hacer una visita guiada —propone Ainhoa con timidez.

— ¿De veras? Sería estupendo. ¿Tú que dices, Samuel? ¿Te apuntas?

—Claro, claro. Por supuesto.

—Bueno, pues cuando aclaremos un poco el asunto que nos ocupa, quedamos. Os voy a invitar a comer a un sitio que vais a flipar. Y hablando de comer, se está haciendo ya la hora —dice Lucía mirando su reloj. Tendréis que ir a casa a comer.

—Pero si apenas hemos empezado a buscar… —protesta Ainhoa.

—Bueno, pues si queréis, id a comer y luego volvéis y continuamos con la búsqueda.

— ¿Y tú? —pregunta Samuel.

—Buscaré algún restaurante.

—Creo que no estás presentable para ir a ningún lugar público —responde Samuel señalando sus manos y su ropa.

—Si quieres, podemos pasar por mi casa y allí te aseas un poco —sugiere Ainhoa—. Espera, ahora que me acuerdo, mi madre no vuelve hasta la noche y no he cogido las llaves.

—Pues vamos a la mía —se ofrece Samuel—. O mejor aún, vamos a casa de mis abuelos que está muy cerca de aquí.

—No sé. No quiero molestar.

—No será ninguna molestia. Así te presentaré a mi abuelo. Él es culpable de que estemos aquí.

A continuación, ante la expresión de extrañeza de Lucía, Samuel le cuenta que el origen del descubrimiento de las esculturas, la investigación que ella ya conoce, se debe a una idea de su abuelo que es quien le habló de Patricia Casterá, la pariente de Lucía.

—Bueno, pues si insistes, vamos. Me encantará saludarle y aprovecharé para darle las gracias por su idea.

Los abuelos de Samuel viven en la Avenida de los Santos Patronos. A cinco minutos de la plaza de la Constitución, donde se encuentran los jóvenes. Samuel llama desde el portal.

—Abuelo, soy yo. Vengo con dos amigas que necesitan ir al cuarto de baño. ¿Podemos subir?

El chasquido del portero automático al abrir la puerta de la calle, es la única respuesta que recibe. En el segundo piso se abre la puerta del ascensor. En el rellano les aguarda el abuelo con la puerta de su vivienda abierta.

—Hola abuelo, ellas son Ainhoa y Lucía. Hemos estado en la casa de doña Patricia buscando documentación y nos hemos ensuciado un poco, como ves. La casa no se había abierto desde antes de la pantanada.

—Pasad, pasad. Me llamo Bernardo. Estáis en vuestra casa.

—Hola—, saluda una voz de mujer que surge del corredor. Es la abuela de Samuel, Teresa, que viene de la cocina como acredita el delantal que viste y el secamanos que sujeta haciéndolo servir para su función.

—Un beso abuela. Mira, ellas son Ainhoa y Lucia. Les he ofrecido venir aquí para que se aseen un poco antes de comer. Espero que no te importe.

—Claro que no, Pasad. Ahora os traigo toallas limpias.

—No se moleste, señora —dice Lucía, sólo queremos lavarnos las manos y componernos un poco ante el espejo. Vamos a comer a un restaurante y no queríamos entrar de cualquier manera.

—Quedaos a comer aquí —dice la abuela.

—Muchas gracias señora, pero no queremos abusar —dice Lucía.

—Insisto en lo que dice mi mujer. No es ninguna molestia. Al contrario. Nos encantará disfrutar de la compañía de gente joven. En esta casa cada vez se ve gente de vuestra edad con menos frecuencia —dice el abuelo mirando con intención a su nieto, que no se da por aludido y dice:

—Quedaos. Es una buena idea. Os aseguro que no os vais a arrepentir. Mi abuela es una gran cocinera.

—No sé. ¿Tú qué dices, Ainhoa?

—Por mí bien.

—Muy bien, no se hable más. Seguidme y os enseño el cuarto de baño.

Tras dejarles un par de toallas limpias, la abuela de Samuel se dispone a preparar una buena comida con la que agasajar a sus inesperadas invitadas. Ciertamente no le va a ocasionar ningún problema. Es una buena cocinera y, como mujer previsora, tiene distintos platos preparados en el congelador por si sus hijos o sus nietos deciden visitarles, cosa que desgraciadamente cada vez sucede con menos frecuencia, así que la visita de su nieto con aquellas dos chicas tan guapas le va a proporcionar la ocasión de lucirse que no suele tener. De paso tratará de averiguar si alguna de ellas es algo más que una amiga. Quien sabe… tal vez esté agasajando sin esperárselo a

su futura nieta. Tendrá que lucirse.

La comida transcurre todo lo bien que cabría esperar. A los comensales no les cuesta ningún esfuerzo superar la ligera incomodidad que les podría haber ocasionado compartir mesa con extraños, y antes del postre ya se comportan como antiguos conocidos.

—Venga, Ainhoa, come un poquito más —Insiste la abuela de Samuel, que con su intuición femenina se ha dado cuenta perfectamente de que ella es el principal objeto de interés de su nieto.

—Lo siento, señora, es que no me cabe nada más —responde ésta que, desmintiendo su escuálida apariencia, ha sido con diferencia la que más ha comido—. Estaba todo buenísimo —añade pasándose la servilleta por la comisura de los labios con timidez.

La abuela Teresa les sorprende con un postre delicioso que ella misma ha preparado con su robot de cocina en un instante y Lucía le corresponde con una alabanza sincera. La abuela le describe con lujo de detalles los componentes del postre y lo sencilla que resulta su elaboración con el robot del que se confiesa una convencida fan.

El abuelo de Samuel, es más de escuchar que de hablar porque piensa que así aprende muchas más cosas que protagonizando las charlas, pero llega un momento en el que interviene en la tertulia de sobremesa que se desarrolla alrededor de unas tazas de café.

— ¿Habéis encontrado en casa de doña Patricia algo que os sea de utilidad?

—Sí. Hemos encontrado una fotografía suya que nos demuestra que no es ella la mujer que está representada en la escultura. Eso habría sido muy importante a la hora de dilucidar la propiedad de las obras encontradas —responde Lucía, que es, en definitiva, la principal interesada—, pero hemos encontrado unos dibujos firmados por mi antepasada que se corresponden con las demás esculturas, las más pequeñas. Esto se puede interpretar como una prueba de que el trabajo fue encargado al artista por mi familia. También hemos encontrado un libro de contabilidad que registra los ingresos y gastos de una época bastante amplia y esperamos encontrar alguna referencia de pago por las obras.

—Vaya, veo que la cosa no ha ido nada mal.

—Ahora volveremos allí para seguir buscando. Nos quedan muchos muebles por abrir.

—Es muy interesante la investigación que lleváis a cabo. El hecho de que la casa no haya sido abierta por décadas la convierte en un auténtico viaje al pasado. Cómo os envidio.

—Si quiere, puede venir con nosotros. Nos sería de gran utilidad su opinión sobre lo que podamos encontrar. A fin de cuentas usted, por su edad, está más cerca que nosotros de lo que andamos buscando.

—Qué manera más elegante de llamarme viejo… —dice el abuelo entre carcajadas que son coreadas por todos los demás.

—No me malinterprete, don Bernardo —dice Lucía un poco cortada— Yo diría que está usted muy bien para su edad

—Ahora sí que lo has acabado de arreglar —nuevas risas— ¿Qué edad crees que tengo?

—Mejor me callo. No quiero seguir metiendo la pata. Lo cierto es que está usted muy bien. Vamos, que su nieto tiene a quién parecerse…

Samuel, aludido por la broma, mira a Ainhoa tratando de ver cómo interpreta el cumplido y se da cuenta de que es la única que no ríe. Quiere encontrar alguna explicación a aquella extraña actitud, pero no es capaz de hacerlo.

Poco después, los cuatro se dirigen a la casa de doña Patricia. Lucía se coge del brazo de don Bernardo y caminan juntos bromeando. Está claro que se han caído muy bien. Detrás de ellos Samuel trata de animar a Ainhoa que camina mirando al suelo, taciturna, como si allí hubiese algo que no le gustase. El joven sigue muy confundido y trata de acoplar aquella actitud a sus deseos. Por eso, finalmente, quiere pensar que si Ainhoa se ha arreglado sutilmente aquella mañana es para llamar su atención ante la deslumbrante belleza de Lucía, que se siente amenazada…, pero finalmente Samuel, que es un poco vago pero nada iluso, deshecha aquel pensamiento. Ainhoa no le ha dado a entender, de ninguna manera, que corresponda a los sentimientos que él todavía no le ha confesado. Así pues, tal vez haya otras razones que él está dispuesto a averiguar. Lo que tiene que hacer es ir despejando incógnitas y va a empezar por la más importante: Declarará su amor a Ainhoa tan pronto como encuentre el momento oportuno para hacerlo. Esa misma noche hablará con su hermana. Ella la conoce y le aconsejará la mejor manera de “entrarle”, no vaya a decir algo por lo que se pueda considerar machista o, lo que para él sería todavía peor: cursi.

CARTAS

—Las plantas superiores están en perfecto estado —dice el abuelo que ha atravesado con cierta aprensión las dependencias de la planta baja.

—Mira Bernardo —dice Lucía tuteándolo, tal como han acordado en el corto trayecto que han recorrido hasta la casa de la plaza de la Constitución—, esta es la foto de mi pariente. ¿La llegaste a conocer?

—No. Dicen que ella apenas pisaba la ciudad. Cuando murió, yo era un chaval y ella una mujer bastante mayor, aunque la hubiese llegado a conocer, no la podría reconocer por esa foto. Veo que era una mujer muy hermosa. O sea, que tú también tienes a quien parecerte… —responde Bernardo, en broma, devolviéndole el cumplido que ella le había hecho en su casa.

La búsqueda continúa y finalmente obtiene una nueva recompensa: en el fondo del último cajón de la cómoda de la habitación de Patricia hay una caja de madera que tiene toda la apariencia de ser un estuche para guardar recuerdos. En su interior, atadas por una cinta de raso, que en algún momento debió ser de color rosa, hay un fajo de sobres de correspondencia. Algunos están abiertos por uno de sus extremos pero la mayoría están intactos. En éstos aparecen inscripciones hechas con distinto tipo de letra, pero con un contenido común:

Rehusada, devuélvase a su procedencia

Cuando miran el destinatario y el remitente no pueden creer la suerte que acaban de tener. Las cartas intactas están dirigidas a Mariano Benlliure y el remitente es Patricia Casterá. Ainhoa no puede evitar dar un grito de satisfacción: acaba de encontrar la prueba que demuestra la relación entre Benlliure y la familia Casterá, que unida a la aparición de las esculturas en la mansión apuntalan, casi definitivamente, su teoría sobre la estancia del escultor en Alzira.

—No me parece una prueba definitiva, a no ser que en las cartas se haga una referencia expresa al asunto —dice Bernardo, el abuelo de Samuel, poniendo una inoportuna gota de escepticismo—. Me temo que habrá que leerlas para averiguar si esa referencia existe.

—Leámoslas pues —dice Lucía, que en su condición de familiar/heredera es la única que tiene derecho a violar la intimidad

de la difunta.

—Lo más apropiado sería ordenarlas por fecha. Así podremos entender mejor lo que se diga en ellas —dice la licenciada en arte.

Lucía asiente en silencio y se dedica a comprobar la fecha de los franqueos.

—Las cartas ya estaban ordenadas. Primero van éstas que tienen la letra diferente y que están abiertas. Van dirigidas a doña Patricia.

— ¿Quién se las envía? —pregunta Samuel

—Vienen de Madrid, pero no hay remitente. Veamos si llevan firma. Mirad, aquí esta.

M. Benlliure

EL DESAMOR EN VILLA LOLITA

Patricia está muy nerviosa, como una adolescente ante su primer amor y, aunque ya no es ninguna niña, tiembla como una hoja, sorprendida por la decisión que acaba de tomar. Esa misma noche, cuando todos se hayan retirado, acudirá a la torre, en cuya última planta trabaja don Mariano hasta altas horas de la madrugada. Es el único momento en que va a poder hablar con él a solas, sin la impertinente presencia de doña Clotilde que parece empeñada en asistir a todas sus conversaciones con el escultor. Llevará el cartapacio que contiene los dibujos que ha estado corrigiendo, una y otra vez, hasta alcanzar un resultado digno para someterlo a la aprobación del artista.

Pero no es el juicio de valor que Benlliure pueda hacer sobre sus dibujos lo que le muerde la boca del estómago hasta producirle una molestia insoportable. De hecho los dibujos son la excusa para presentarse ante él a solas, porque lo que en realidad planea es manifestarle su amor.

No le importan los convencionalismos sociales. Ni siquiera se ha molestado en imaginar qué pensarían sus padres si conocieran sus intenciones. Sólo sabe que es la primera vez que su alma se ha conmovido con la pasión de las heroínas de las novelas románticas que ha leído con desdén. La primera vez en su vida en que cambiaría todo lo que tiene, todo lo que es, por un beso, aunque se trate de un hombre que podría ser su padre. Obviamente no es la belleza física lo que ha conmovido su alma hasta la locura. Ella nunca ha sido admiradora de la belleza efímera que es la que se da en los seres humanos, y que más pronto que tarde es derribada sin piedad por el paso de los años. Ella siempre ha buscado, ahora lo sabe, la belleza que el tiempo no ataca sino que enriquece, la belleza de los sentimientos, de la sensibilidad, de la genialidad que ahora ve en el artista, como si estuviera materializada en el mármol de sus obras para vivir eternamente, y que a ella, curiosamente, en lugar de parecerle fría e inerte, se le antoja cálida y llena de vida, como sus obras.

Recuerda con emoción las palabras del artista que le decía que un escultor debe saber encontrar la calidez en el mármol o sus obras carecerán de vida. Algo parecido ha despertado en su corazón, hasta

entonces frío como la blanca piedra ante todos los hombres que la han pretendido, y que al contacto con el artista se ha convertido en moldeable cera, ansiosa de ser transformada en algo bello por la mano experta.

Patricia lleva ya un buen rato sin escuchar ningún sonido en la mansión. Sus padres y sus invitados se han retirado hace dos horas y los pasos de las empleadas domésticas, en su labor de arreglar el comedor y el salón, han cesado hace casi una hora. Pero ella sabe, porque así lo ha anunciado el escultor, que él iba a subir a la torre en cuya planta superior, que para la familia sólo tiene una función estética, ha instalado un estudio provisional en el que hace pruebas para que sus manos afectadas por el reuma no queden definitivamente anquilosadas.

Conteniendo la respiración, Patricia abre la puerta de su habitación, mira el largo corredor que une todas las habitaciones y comprueba que no hay ninguna luz que delate el insomnio de ninguno de los habitantes. A oscuras, tanteando las paredes, con sumo cuidado de no tropezar con ningún mueble, se acerca a la escalera que conduce al mirador de la torre donde está el hombre sin cuyo afecto no es capaz de concebir su vida. Cada escalón que sube acelera los latidos de su corazón, que resuenan atronadores en sus oídos impidiéndole pensar, impidiéndole concebir la idea de que puede ser rechazada por un hombre que nunca le ha dado muestras de sentir por ella nada que trascienda a una sincera amistad, adornada por la simpatía de compartir la pasión por el Arte. Un hombre que está unido a otra mujer y que tiene varios hijos.

Cuando llega al último rellano casi no puede respirar. Trata de calmarse. No quiere que la decisión más importante de su vida quede patéticamente deformada por jadeos. Aguarda ante la puerta por cuyas rendijas distingue la luz que indica que el artista se encuentra en el interior de la estancia. Cuando consigue regular el ritmo de su respiración, cree escuchar un susurro. El artista está hablando con alguien. Otro susurro responde al anterior. Es una voz de mujer. Una voz conocida. Es la voz de Inés, la hija del rondallero. Debe haber subido a llevarle el agua caliente que el artista solicita con frecuencia.

La presencia de un testigo indeseado, frustra por completo las intenciones de Patricia que, maldiciendo su suerte, se dispone a regresar a su habitación. Ya se ha dado la vuelta para bajar la escalera cuando cree oír una risita finalizada con una frase de la mujer que hay tras la puerta

—Todavía está un poco caliente…

—Aguanta un poco. Déjame que perfile un poco mejor el apunte.

Absolutamente dominada por la curiosidad, Patricia se da la

vuelta y dejando el cartapacio en el suelo, trata de abrir la puerta con sumo cuidado para que no se oiga ningún ruido que la delate. Una rendija de cinco centímetros es suficiente para que sus ojos vean una escena que le romperá el alma. En el centro de la estancia, sentada sobre un taburete, Inés levanta su rostro hacia el techo de la estancia con los ojos cerrados. Sus manos escurren la gruesa cola de su cabello que gotea tras ella. Su torso, semidesnudo muestra unos hermosos senos, apenas cubiertos por una camisa húmeda, que se proyectan sin pudor, todavía humeantes de vapor por el agua caliente que los acaba de mojar.

La primera impresión de Patricia es que está asistiendo al momento mágico en el que la inspiración del genio materializa una obra de arte. Hipnotizada ve cómo Benlliure maneja la masa de arcilla con suma delicadeza. Sus dedos acarician la materia con sensualidad, casi con deseo. Patricia siente un escalofrío al imaginar que aquellas manos expertas acarician su cuerpo, moldean su pasión hasta llevarla a la cima en la que se funden sus huesos de placer. Pero su ensoñación se derrumba aparatosamente ante lo que sucede ante su furtiva mirada. Inés se ha quitado la camisa mojada con sensual languidez y sonríe lasciva al escultor. Benlliure, devolviendo la sonrisa, toma un paño mojado que tiene junto a la masa de arcilla y se limpia las manos lentamente. A continuación avanza hacia su modelo y toma sus pechos con sus manos expertas. Inés deja escapar un suspiro ronco de placer y ofrece su boca al artista. Benlliure toma el regalo que se le ofrece y a continuación se produce un apresurado intercambio de abrazos y caricias que Patricia no es capaz de soportar. Sin importarle que alguien pueda escuchar su huida precipitada, baja las escaleras y corre a su habitación en la que se encierra. Apretando su rostro contra la almohada, hasta el punto de casi no poder respirar, ahoga los sollozos que parecen los estertores de su alma muerta. Ni siquiera se da cuenta de que ha olvidado en la puerta de la torre el cartapacio con sus dibujos, el ataúd en el que acaba de enterrar su corazón.

En Madrid, a 15 de febrero de 1903

Estimada Patricia:

Me tomo la libertad de dirigirme a usted, y espero que no le incomode mi atrevimiento, porque no tuve la oportunidad de despedirme personalmente al abandonar la mansión, en la que fui tan amablemente agasajado por la generosidad de su familia, debido a la inoportuna indisposición que la tuvo a usted recluida en su alcoba en los últimos días de mi feliz estancia, y de la que espero que se encuentre usted completamente restablecida.

Ya les testimonié a sus padres mi gratitud, pero yo quería expresarle la especial simpatía que usted me inspiró por sus continuas atenciones y por compartir conmigo sus inquietudes artísticas.

La noche anterior a su indisposición encontré en la puerta de la habitación de la torre que usaba como estudio, un cartapacio en el que pude admirar lo que sin duda eran sus obras más recientes. Imagino que usted, por su injustificada modestia, o tal vez por no molestarme, las dejó en la puerta para que las encontrase. ¡Cómo me habría gustado haberle expresado personalmente mi reconocimiento! Como no lo pude hacer entonces, me tomo la libertad de hacerlo ahora. Quiero decirle que sus dibujos son magníficos, no sólo por la calidad de su ejecución, cosa que ya daba por sentado, sino porque veo que usted ha tenido a bien seguir mis humildes consejos sobre la auténtica función del artista, que no es otra que interpretar a la naturaleza o a su propia imaginación creativa, como ha hecho usted. No me costó nada reconocer en sus dibujos alegorías de las rondallas que nos contaba Inés para entretener nuestras veladas. Tanto me gustaron que me tome la libertad, y espero que no le moleste, de hacer unas copias. Es mi propósito, tan pronto como mis compromisos me lo permitan, hacer sobre ellos

una pequeña escultura con la que obsequiar a sus padres para expresarles mi gratitud, aunque le agradecería que no les hablase de esto, porque deseo darles una sorpresa que espero que les sea grata, pero que no sé cuándo voy a poder materializarla. Espero que le guste la idea.

Si desea usted ponerse en contacto conmigo para no cortar definitivamente con la amistad y el aprecio que me permito manifestarle, puede usted escribir a la dirección que le indico en el remite. Se corresponde a la vivienda donde tengo el estudio en la capital y que es el único lugar en el que pueden dar razón permanentemente de mí, ya que por los trabajos que tengo entre manos no tengo un domicilio tan estable como quisiera. Los artistas que trabajan para mí sabrán dónde hacerme llegar sus gratas noticias.

Suyo afectísimo.

M. Benlliure

A VECES LOS OJOS VIEJOS VEN MÁS

—Esto es una prueba definitiva —dice Lucía que es quien ha leído en voz alta la carta—. ¿No os parece?

—Efectivamente —responde el abuelo de Samuel—, en la carta se hace referencia a la intención del artista de hacer las esculturas como regalo de agradecimiento. Enhorabuena, Lucía. Me alegro mucho por ti.

—Gracias Bernardo, pero alégrate también por Samuel y por Ainhoa. Yo creo que de esto puede salir un muy buen trabajo de investigación y ella puede demostrar su teoría sobre la estancia de Benlliure en esta ciudad.

—Pero la carta sólo hace referencia a las esculturas que representan alegorías de "rondallas". ¿Tú sabes qué es eso, abuelo?

—Las rondallas, "rondalles" en valenciano, son historietas breves, cuentos, o algo así, que se contaban en veladas y en reuniones. No eran para niños, precisamente, y tenían un carácter moralizante. Enric Valor, fue un escritor valenciano que se dedicó a recogerlas para que no desaparecieran de la memoria colectiva. Lógicamente están escritas en valenciano.

— ¿Y la escultura más grande? La del torso de la mujer. ¿Será también una rondalla?

—Podría ser. Aunque le veo un punto de sensualidad que no cuadra con el tono general de este tipo de relatos.

—Lo que es evidente es que si estaba en la mansión de la Casella es porque algo tenía que ver con los dueños o con alguno de los habitantes —dice Lucía que no quiere que se genere la más mínima duda sobre la propiedad de aquella obra no mencionada en la carta.

—Así es, pero entiendo que sería mucho más clarificador si pudiéramos encontrar alguna referencia a esa obra en concreto en el resto de esas cartas —dice Ainhoa.

—El caso es que me tengo que ir ya. No me gusta conducir de noche —dice Lucía—. Me las llevo y esta noche las leeré con detenimiento. Me llevo también el libro de contabilidad. Tal vez haya en él alguna referencia al pago por la escultura del torso. Si encuentro algo, os informo inmediatamente.

—De todas formas —interviene Bernardo—, no descartes volver a esta casa. Para seguir investigando. Aquí hay mucho que ver todavía y tal vez encuentres aquí lo que necesitas. Por otra parte, el trabajo de Samuel sobre doña Patricia, se vería tremendamente enriquecido teniendo acceso a la que fue su casa. Si tú lo consientes, claro.

—Por supuesto que sí. Es lo menos que puedo hacer por él. ¿Tú que dices, Samuel?

—Pues que te lo agradecería mucho, Lucía. Sería estupendo que Ainhoa y yo pudiéramos seguir investigando en esta casa.

—Pero Ainhoa ya ha encontrado lo que buscaba, que es la prueba de que Benlliure estuvo en Alzira ¿No es así, Ainhoa? Por supuesto que te facilitaré una fotocopia de la carta y de cualquier otra en la que haya referencia a lo que a ti te interesaba.

—Ainhoa había prometido ayudarme en mi trabajo de investigación. Espero que no te hayas arrepentido —añade Samuel mirando a la aludida con cierto temor.

—Como queráis, pues. Esta semana estoy un poco agobiada por unos asuntos legales que llevo entre manos. Hasta el fin de semana no estoy libre. ¿Tenéis planes para el sábado?

—No —responden los dos al mismo tiempo.

—Muy bien, entonces quedamos para ese día. A las diez podríamos vernos aquí mismo.

—Podríais aprovechar para visitar la mansión de la Casella —sugiere Bernardo.

—Allí no creo que encontremos nada —dice Samuel.

— ¿Por qué dices eso? —pregunta su abuelo

—Es que… Ainhoa y yo ya hemos estado allí —responde el joven con timidez.

—La mansión estaba vallada, si no lo tengo mal entendido —dice Lucía—. Aunque ahora ya han retirado la cerca que impedía el acceso.

—Nos colamos por la noche. Los vigilantes no estaban a esas horas. Saltamos la valla y estuvimos recorriendo el edificio. Está completamente vacía.

—Yo creo que no debéis dejar de ir. Siempre puede haber algún detalle que de noche os puede haber pasado desapercibido. Además, Samuel, puedes aprovechar para tomar fotos de la mansión. Siempre te serán útiles para tu trabajo —dice Bernardo insistiendo en su idea —. Por otra parte, a Lucía también le puede resultar interesante conocer el lugar donde han aparecido las esculturas que ahora reclama.

—Efectivamente, tenía pensado ir más pronto que tarde y, francamente, prefiero hacerlo en buena compañía.

—Te aseguro que, aunque no encuentres nada que te pueda ser

útil, no te arrepentirás de ir allí. En esta época de la primavera, el valle es un lugar mágico, embriagador.

—No se hable más. El sábado nos vemos aquí a las diez y cuando creamos conveniente nos vamos a la Casella —dice Lucía—. Y tú estás invitado a venir, Bernardo, si te apetece, claro.

Con besos en las mejillas Lucía se despide del grupo tras salir de la casa y cerrar la puerta. A continuación, Ainhoa localiza a su madre a través de una llamada telefónica y sale en su busca para que le facilite las llaves con las que acceder a su casa. Samuel y su abuelo pasean de regreso a la casa de éste.

—Estoy muy contento, abuelo, de haberte hecho caso y haber iniciado la investigación periodística que me sugeriste. Creo que por primera vez estoy disfrutando de la idea de ser periodista de investigación.

—La verdad es que has tenido mucha suerte. Quién se iba a imaginar que ibas a encontrar unas esculturas desconocidas de Benlliure. ¿Has pensado en centrarte en eso y en olvidar la historia de doña Patricia?

—No, voy a seguir con la idea original. No soy experto en arte y si me centro en eso corro el peligro de que los muchos expertos que hay en la materia me hagan trizas. Creo que voy aprovechar la oportunidad que me da Lucía de acceder a su casa y, por consiguiente, a su pasado, para centrarme en doña Patricia. De hecho ya he visto su rostro e incluso he estado en su alcoba. Era una mujer muy guapa. ¿No te parece, abuelo?

— ¿Y qué me dices de la mujer del busto? Tal vez también haya en ella una historia interesante que contar.

—Puede ser, pero, de momento, voy a centrarme en doña Patricia.

—Las cartas que se ha llevado Lucía te pueden servir de mucho.

—Espero que me permita leerlas.

—Estoy seguro de que lo hará.

—Ojalá, a Ainhoa y a mí nos interesa mucho el tema.

—Hablando de Ainhoa, me parece que tu interés en su ayuda no es totalmente honesto.

—No te entiendo.

—Yo creo que buscas algo más que su ayuda y te estás equivocando.

—Ahora te entiendo menos, abuelo.

—Ainhoa no tiene ningún interés por ti. Sin embargo Lucía…

— ¿Pero qué dices abuelo? A Lucía la acabo de conocer… Además, sí, lo confieso. Ainhoa me interesa. Mucho. Creo que es la primera vez que me he enamorado de verdad.

— ¿Se lo has insinuado? ¿Te ha dado ella a entender que pueda

corresponderte?

—Todavía no, pero no voy a tardar en hacerlo. Sólo espero el momento adecuado. No quiero precipitarme. Me da miedo estropearlo, pero te aseguro que, desde que la conozco, cierro los ojos cada noche pensando en ella y su imagen es lo primero que me viene a la mente cuando me despierto al día siguiente.

—Vaya, sí que te ha dado fuerte. Espero que no te lo tomes demasiado mal si te rechaza. Mira, haz lo que creas mejor, pero yo en tu lugar le manifestaría mi interés cuanto antes. Si te va a rechazar, que sea antes de que te haga demasiado daño.

—Joder, abuelo, qué desagradable estás. ¿Por qué piensas que ella me va a rechazar? ¿Te parezco poco para ella?

—No es eso, Samuel. Es que creo, sinceramente, que ella pasa de ti. En cambio Lucía…

—Y dale con Lucía. Ya te he dicho que la acabo de conocer. Reconozco que es muy agradable y es muy guapa, pero no sé nada de ella. Además, no sé en qué te basas para pensar que ella pueda tener algún interés en mí.

—La edad, nieto, la edad. Una de las cosas que he aprendido a lo largo de mi vida es a interpretar las miradas de las personas. Ella te mira con interés, casi con ilusión, diría yo. Ainhoa, en cambio, te mira como a un compañero de clase, como a un colega. Además, Samuel, ya sé que el amor es ciego, pero es que viéndolas a las dos juntas no hay color. Lucía está buenísima.

—No me creo lo que me estás diciendo, abuelo. No sabía que te habías convertido en un viejo verde —dice Samuel sin poder contener la risa.

—Amiguito, el que sea viejo no significa que no pueda apreciar lo que está a la vista. El deseo no envejece, a pesar de la edad, como dice Battiato en una de sus canciones. Otra cosa es que se pueda aplacar o simplemente se quede por ahí dando vueltas por la cabeza, como el eco de una canción que alguna vez nos ha emocionado.

—Qué cachondo eres…

—Bueno, ya hemos llegado a casa. ¿Subes a despedirte de tu abuela? Ten en cuenta que eres su favorito. Ya sabes… el primer nieto es como el primer amor.

—Otro día, abuelo. Dale un beso de mi parte. Me voy a casa, Tengo algunas ideas sobre el trabajo de investigación que quiero plasmar en un guion. La verdad es que me interesa más de lo que imaginaba.

LA DESPEDIDA

—Sigue igual Patricia?

—Así es, doña Clotilde. Estoy preocupadísima.

—Pues créame que lo lamento muchísimo. A Joaquín y a mí nos habría encantado despedirnos de ella y expresarle nuestra gratitud por su amable trato.

—Mañana mismo la llevo al doctor Just para que la trate convenientemente. Ese inexplicable ataque de melancolía tiene que acabar cuanto antes. Está muy desmejorada. No se lo puede usted imaginar.

— ¿Le había pasado algo semejante anteriormente?

—Nunca. Siempre ha sido una chica extraordinariamente sana y equilibrada. Por eso no sé cómo enfrentarme a esta situación. Desde el día en que enfermó, no ha salido de su habitación para nada. Apenas come, tiene los ojos enrojecidos de tanto llorar. Dice que quiere estar sola y cuando trato de acompañarla se pone peor, así que, de momento, estoy accediendo a sus deseos, pero tengo el corazón en un puño. Lamento que por culpa de todo esto tengan ustedes que marcharse antes de lo que tenían previsto, pero es que para mi marido y para mí la situación se ha vuelto insoportable.

—Faltaría más. Lo último que Joaquín y yo queremos es causarles más molestias de las que les hemos ocasionado. Espero que me tenga usted informada de la evolución del estado de su hija, doña Lolita. Mi hija, María Clotilde, apenas tiene trece años y siempre ha sido muy delicada de salud, así que puedo imaginar la angustia que estará usted pasando. Me inquieta pensar que, de alguna manera, podamos haber sido causantes de la enfermedad de Patricia.

—No sé cómo puede usted llegar a esa conclusión.

—A mí me parece que en el origen de la enfermedad de su hija hay un mal de amores.

—No diga usted eso, por Dios. Veo que sigue usted empeñada en mantener su idea de que Patricia se había interesado por don Mariano. Mire, le voy a confesar algo que me avergüenza que haya sucedido bajo mi techo y le aseguro que, de haberlo sabido antes, le habría puesto remedio. Ayer, justo después de que se marchase don Mariano, Concha, la sirvienta que vino con Inés para atenderle, me dijo que Inés estaba muy triste y que tenía que hacer grandes

esfuerzos por contener el llanto. Ella asegura que la tristeza de la rondallera se debe a la partida del escultor y que sospecha que entre ellos ha pasado algo. Dice que ella llegaba a la habitación que compartían a altas horas de la madrugada. Concha fingía estar dormida pero oía a Inés suspirar y canturrear en voz muy bajita. Algunas noches, dice, venía oliendo a hombre y la habitación se llenaba del particular aroma del pecado. Ya sabe, el olor de la semilla del hombre.

— ¿Entonces usted cree que Mariano y la rondallera…?

—Estoy convencida de ello.

—Esto me incomoda extraordinariamente, doña Lolita. No sé qué decirle. Mariano es un buen hombre y quiere mucho a su compañera, Lucrecia, pero es hombre al fin y al cabo y desde siempre ha estado acostumbrado a llevar una vida bastante bohemia, como la mayoría de los artistas. Ya sabe usted que la fidelidad en los hombres es una cualidad rara y que la distancia todavía la hace más difícil de seguir, pero no imaginaba que fuese a faltar el respeto a esta familia hasta ese punto. Ojalá no le hubiésemos invitado.

—No se apure, doña Clotilde, la culpa no debe ser sólo de don Mariano. Si ha pasado lo que me temo es porque Inés se le habrá ofrecido. Si una mujer no quiere, estas cosas no suceden. Pero le aseguro que la hija del rondallero no volverá a poner los pies en mi casa.

Desde lo alto del mirador circular que domina la escalinata que conduce al patio principal de la mansión, las dos señoras ven cómo maniobra en el patio inferior la tartana que va a llevar a los invitados a la estación del ferrocarril de la ciudad. Junto a ella don Eulogio y el pintor, ajenos a lo que sus esposas están comentando se despiden con un efusivo abrazo.

—No se preocupe, don Eulogio, yo ya había terminado mi trabajo y lo poco que me falta lo puedo terminar en Valencia sin ningún problema. Ahora ustedes sólo tienen que preocuparse por la salud de su hija. Por mi parte, y le aseguro que también por parte de mi esposa, sólo tenemos sentimientos de gratitud que espero poder pagarle algún día.

—El honor que nos han hecho usted y doña Clotilde con su compañía es pago más que suficiente.

Poco después tras repetir abrazos y apretones de manos, los Sorolla, suben a la tartana y emprenden su camino de regreso. No pueden darse cuenta de que desde el mirador de la escalinata sujetando la barandilla metálica con sus pálidas manos. Patricia les observa impávida como una esfinge de carne y hueso.

— ¡Patricia, cariño! ¿Te encuentras mejor? —dice doña Lolita al verla, sin poder contener la emoción.

OTRO DESAMOR

La cena en casa de Samuel se produce en unas circunstancias que no son frecuentes: La familia al completo está sentada alrededor de la mesa. Sus padres y su hermana Alejandra, una vez asimilado el susto que Samuel les había dado por su percance en la mansión de Patricia Casterá, estaban bastante interesados en las actividades de su hijo, dado que sentían una gran curiosidad por el tema de las esculturas. Por esa razón charlan durante la cena sobre el tema y escuchan con interés lo que Samuel les cuenta.

— ¿Cómo es la casa de la plaza de la Constitución? —pregunta la madre

—Es enorme. Mucho más grande de lo que parece. Tiene un patio interior lleno de maleza en el que sobresale una palmera.

— ¿Y cómo están las habitaciones?

—Las de la planta baja están llenas de barro y los muebles forman un caos entre el que es difícil moverse. Algunos, a pesar de ello, están bastante bien conservados. Lo realmente sorprendente es lo que hemos visto en las plantas superiores. Está todo intacto. Sólo una capa de polvo indica que no han sido usadas en muchos años. Es impresionante ver las camas tendidas, los armarios llenos de ropa, las cortinas cerradas. Es como entrar en un túnel del tiempo que nos lleva un siglo hacia atrás.

— ¿Hay muebles de calidad? —pregunta la hermana de Samuel

—Yo creo que lo son todos. Se nota que la familia tenía mucha pasta.

— ¿Por qué los propietarios actuales no han intentado sacar algún provecho de la propiedad? El lugar es magnífico. Seguro que a algún rico de la ciudad le encantaría hacerse una vivienda allí, o al menos arreglar la actual para ocuparla —pregunta el padre.

—Los familiares de Lucía son mucho más ricos de lo que fueron sus antepasados, los Casterá. El patrimonio que tienen en Alzira es una insignificancia para ellos. Lo único que les interesa son las esculturas de Benlliure, porque eso, hoy en día, no siempre se puede conseguir con dinero. Por cierto, hemos encontrado en la casa correspondencia que demuestra que algunas de las esculturas eran un regalo que Benlliure hizo a la familia Casterá en agradecimiento por los días que pasó en la mansión de la Casella.

— ¿Algunas?

—Hay una, la más grande, que fue la primera que encontré, que representa el torso de una mujer semidesnuda que no se nombra en la correspondencia. Al menos en la que hemos podido leer. Lucía se ha llevado el resto para estudiarlas con detalle. También se ha llevado un cartapacio con dibujos de doña Patricia y un libro de contabilidad.

— ¡Qué interesante es todo! —exclama Alejandra. Su madre la mira sorprendida. Le resulta extraño ver a su hija tan interesada en algo—. Me encantaría participar en la investigación —añade.

—No creo que a Lucía le guste. Hoy ha dejado que el abuelo Bernardo nos acompañe, pero es porque el abuelo se la ha ganado enseguida y porque, por su edad, podría aportar algo a lo que andamos buscando. Tienes que entender que no interesa que haya demasiados espectadores en la búsqueda. Lucía podría hacerla sola, pero nos consiente a Ainhoa y a mí que la ayudemos, por amabilidad —responde Samuel a su hermana que le mira con un mohín de decepción.

Termina la cena y los padres pasan al sofá. Van a ver la serie de moda que tienen grabada en su dispositivo. Todas las ven en diferido porque no soportan la publicidad. Los hijos, Samuel y Alejandra, como suele ser habitual, se retiran a sus respectivas habitaciones a satisfacer su ocio de una manera mucho más moderna. Antes de dormir pasan un buen rato, tal vez mayor que el que debieran, asomados a la ventana electrónica de su ordenador desde la que pueden contemplar todo lo bueno y lo malo que hay en el mundo.

Samuel, que quiere hablar con Alejandra a solas, llama suavemente a la puerta de su habitación

— ¿Qué quieres? —pregunta esta con el tono desabrido que suele darse entre hermanos que no implica necesariamente una mala relación entre ellos.

—Quería hablar contigo. Necesito preguntarte algo.

—Pasa —concede Alejandra de mala gana— ¿Qué quieres?

—Es sobre Ainhoa

Alejandra le responde con un gesto de interrogación

—Verás. No sé cómo decirlo. Lo cierto es que me interesa. Mucho. Quería que tú, que la conoces mucho mejor que yo, me dieses algún consejo sobre la mejor manera de acercarme a ella. No quiero hacer el ridículo poniéndome en plan cursi, o meter la pata haciéndome el atrevido.

Las palabras de Samuel, expresadas con timidez, sin mirar la cara de su hermana, reciben como respuesta una sonora carcajada que, no por inesperada, resulta menos hiriente. Cuando, pacientemente, tras pagar el tributo de las burlas de su hermana, espera un consejo, una ayuda, una idea que le ayude a alcanzar su

objetivo, escucha lo que menos espera:

—Pero chaval. ¿Estás ciego o eres gilipollas? ¿No te has dado cuenta de que Ainhoa es lesbiana? Mira, te voy a dar un consejo: hazte una operación de cambio de sexo. A lo mejor así tienes suerte con ella. Si no es así, al menos te servirá para extirpar de tu cerebro la asquerosa falocracia que tenéis todos los tíos, aunque lo neguéis haciéndoos los "progres" —le escupe su hermana, demostrando que la crueldad no discrimina entre los sexos, y es capaz de anidar con la misma intensidad en el corazón de los hombres que en el de las mujeres, aunque algunas feministas sean incapaces de reconocerlo.

Samuel, noqueado por el mazazo verbal que le acaba de dar su hermana, sale de su habitación humillando la frente. No quiere darle a su hermana la satisfacción de ver las lágrimas que siente ya en sus mejillas.

En Madrid a 15 de marzo de 1903

Estimada Patricia.

Le escribo estas letras todavía conmocionado por la triste noticia del fallecimiento de sus padres. Me gustaría que mis humildes palabras pudieran servir para aliviar, aunque sea mínimamente, el dolor que albergará su corazón.

Cuesta creer que la vida, ese don que nos es entregado sin que lo pidamos, nos pueda ser tan fácilmente arrebatado por un estúpido accidente doméstico. Por lo que se me ha informado, sus padres fallecieron a causa de un brasero que habían dejado encendido y que no había sido avivado para que sus brasas no produjesen el gas mortal que se ha llevado sus vidas.

Ante lo irremediable, sólo se me ocurre buscar elementos en la tragedia que nos ayuden a encontrar conformidad ante los designios del Altísimo. Pienso que sus padres, que tanto se amaban, han emprendido juntos el viaje eterno hacia la Paz, que su muerte ha sido dulce, indolora. Y, sobre todo, que esa desgracia no le ha alcanzado a usted. Sería una tragedia mucho mayor que usted hubiese dejado este mundo y le hubiese privado de su talento y, permítame decirlo, de su belleza.

La tragedia, que todavía debe estar enturbiando su razón, no debe impedir que usted, que merece toda la felicidad del mundo, deje de vivir una vida plena de dicha con la familia que a buen seguro formará. Esperando que esto suceda, más pronto que tarde, puede usted contar con mi apoyo incondicional para lo que usted pueda necesitar. Créame que, a pesar de estar lejos, debe usted sentirme cerca pues la tengo constantemente en mi pensamiento y en mis oraciones.

Suyo afectísimo

M. Benlliure

EL SANTO AL CIELO

—Esta es la primera carta, después de la que leímos en la casa. Pero esperad un poco, porque hay mucho más. Os vais a quedar a cuadros. Especialmente tú, Samuel. Aquí hay material, no sólo para un trabajo de investigación, sino para una novela romántica.

Lucía les habla a sus colegas en la terraza de una cafetería cercana a la casa de Patricia Casterá. Es sábado y se han reunido, tal como habían quedado para continuar con su investigación.

— ¿Entonces Patricia perdió a sus padres poco después de la estancia de Benlliure en la mansión de la Casella? —pregunta Ainhoa.

—Eso parece. Se podría corroborar en los archivos del registro civil, pero eso no es demasiado relevante. Lo importante es lo que vivió Patricia después y que podemos imaginar a través de las cartas que escribía. Esa mujer estaba perdidamente enamorada de Benlliure.

— ¿Y él le correspondía?

—Para nada. De hecho, las cartas que hemos encontrado sin abrir eran las que ella le escribía y que él rehusaba porque no quería alimentar una ilusión que no podía satisfacer.

—Joder, parece un culebrón —dice Ainhoa.

—Ni te lo imaginas. Esperad que os lea el resto de las cartas. ¿No dices nada, Samuel? ¿No sientes curiosidad?

El aludido apenas ha hablado durante el encuentro. No sabe qué decir ni cómo comportarse porque teme que cualquier palabra o cualquier gesto pueda delatar lo que su corazón, estúpido y ciego, ha estado sintiendo hasta hace unos días, y le horroriza pensar en el ridículo que ha estado a punto de verse. ¿Cómo ha podido ser tan necio? ¿Cómo ha podido pensar que Ainhoa sentía algo por él? La timidez que presentaba ante Lucía, no era la que se podía mostrar ante una rival aparentemente superior. La manera sutil de arreglarse no eran intentos de llamar la atención de Samuel, sino de su nueva amiga. El caso es que su abuelo, de alguna manera había intuido lo que pasaba y había tratado de hacérselo ver en una conversación que ahora recuerda:

—No pareces muy sorprendido, abuelo, de lo que te acabo de contar. De que Ainhoa es lesbiana.

—Bueno, tampoco era tan evidente. No todos los gays o lesbianas van exhibiendo su condición, ni tienen por qué hacerlo. Yo creo que cada

uno debe vivir su sexualidad de la manera que considere más conveniente, siempre que no haga daño a los demás. Afortunadamente ya van quedando lejos los tiempos en los que la homosexualidad era considerada un delito o un pecado.

—Desde luego, abuelo, eres muy progresista, para tu edad. Imagino que no todos los de tu generación piensan como tú.

—No creas. Mi generación es probablemente la que a más cambios sociales ha asistido en la historia, y la mayoría de la gente que conozco ha asumido sin problemas un cambio de valores radical, y lo ha hecho porque ese cambio ha sido para mejorar. No sé si tu generación va a estar tan abierta a esos cambios. Pero dime: ¿Cómo te sientes?

—Pues tengo una confusión de sensaciones. Te mentiría si te dijera que no estoy bastante chafado. Me había ilusionado mucho con Ainhoa, aunque tengo que reconocer que ella nunca me ha dado pie a que pensase así. Lo que pasa es que, por primera vez, he sentido por una chica algo más que ganas de echar un polvo con ella. Por otra parte estoy aliviado de no haberle declarado mi amor. El ridículo que habría sentido, unido al desengaño amoroso habrían formado una mezcla insoportable.

—Te entiendo. Pero no te preocupes. Pronto te sentirás mejor. Ahora ya sabes que Ainhoa no puede ser para ti. Lo mejor que puedes hacer es buscar una ilusión nueva. Ahí tienes a Lucía, sin ir más lejos.

—Mira, abuelo. Me acabo de llevar un buen chasco, así que ahora lo que menos me apetece es intentar aventuras semejantes.

—Pues yo creo que con ella no te iba a ir nada mal. Hazme caso. Ya has visto que tengo buen ojo para estas cosas.

—Pero es que Lucía, aún en el caso de que tengas razón, no significa nada para mí. Sí, es muy guapa y está muy buena y sí, es muy agradable, pero no me dice nada.

—Eso es porque todavía estas un poco enamorado de Ainhoa. Dentro de un tiempo no pensaras igual. Confío que no te haya pasado la oportunidad.

Pensando en su abuelo, Samuel dibuja una sonrisa en sus labios.

— ¿No me has oído, Samuel? —reclama Lucía su atención. Y Samuel, saliendo de su ensimismamiento, mira el rostro hermoso de su interlocutora y su sonrisa se vuelve triste. ¿Cómo puede su abuelo pensar que Lucía está interesada en él? Ella, a pesar de que sólo tendrá un par de años más que él, es ya una mujer “hecha y derecha”, como dice su abuelo. Con una posición económica extraordinaria, con una carrera y con un mundo al que Samuel no puede aspirar. Seguro que tiene algún novio o está prometida con alguien de su club de hípica, o algo parecido. Pero su abuelo se equivoca pocas veces. Quién sabe. El amor es ciego y estúpido, como él mismo acaba de experimentar. Quizás pueda concederse una oportunidad. Mirando la

pícara sonrisa de Lucía, siente en su estómago una chispa de ilusión, que todavía es un pálido reflejo de lo que ha llegado a sentir por Ainhoa.

—Estas pasmado, tío. ¿Qué te pasa? ¿En qué estás pensando?

—Disculpa, Lucía. Se me había ido el santo al cielo. ¿Qué me decías?

— ¿El santo al cielo? Esa expresión la usaba mi abuelita, que en paz descanse —dice Lucía y su risa suena en la terraza del bar como una ola de alegría—. Menudo vejestorio estás hecho, chaval. Te decía que en las cartas que he leído hay una historia de amor muy jugosa, que seguro que te va a venir de maravilla para tu trabajo de investigación.

—Habrá que leerlas, pues.

—Oye, Lucía ¿Has encontrado algo sobre la otra escultura, la del torso? —pregunta Ainhoa.

—No. En las cartas no se dice nada sobre ella, ni sobre las demás esculturas tampoco.

—Bueno, pero está claro que las esculturas menores son un regalo de Benlliure a la familia —dice Samuel, ya incorporado a la materia que están tratando.

—A la familia no. A Patricia. Ten en cuenta que los padres mueren poco después de que Benlliure abandonase la mansión y él lo sabe, y para entonces es imposible que las tuviera terminadas —dice Ainhoa.

—Es verdad. Las esculturas pequeñas se las enviaría a Patricia. Aunque para el caso es lo mismo. Pertenecen a mi familia. El problema puede darse con la otra.

— ¿Has revisado el libro de contabilidad para ver si hay algún pago por ella? —pregunta Ainhoa.

—No he tenido tiempo. Esperaba que me ayudarais vosotros.

—Por supuesto —responden los aludidos al unísono.

—Pero hoy no. Quiero volver a entrar en la casa, tal como habíamos planeado, y por la tarde, si hay tiempo, quiero visitar la mansión de la Casella. Hemos ordenado que despejen el camino de entrada y ahora ya se puede llegar en coche hasta la misma puerta de la mansión.

—Tú mandas —dice Samuel

Poco después están entrando de nuevo en el túnel del tiempo, como le llamó Samuel en una conversación con sus padres. Su intención es revisar cada rincón de la casa, cada mueble, y buscar fotos o cualquier documento o indicio que les sirva para sus fines. Lucía pretende encontrar alguna prueba que acredite la propiedad del torso a la familia Casterá. Samuel, recopilar toda la información sobre Patricia Casterá. Lo que está averiguando está haciendo que su trabajo

de investigación le resulte irresistiblemente atractivo. Lo que nadie puede imaginar todavía es lo que en realidad está buscando Ainhoa.

LA HERIDA SE INFECTA

—¿Qué quieres Angelita?

—Hay alguien que quiere verte.

—Estoy cansada de recibir visitas que vienen a presentar sus condolencias. Pretenden, además de quedar bien, aliviar mi dolor y lo único que consiguen es hacer que reviva, una y otra vez, la desgracia de mis padres.

—Ella no creo que venga a darte el pésame.

— ¿Quién es?

—Es Inés. La hija del rondallero.

Patricia palidece durante unos instantes ante las imágenes que su cerebro revive ahora. La brutal impresión que la muerte de sus padres le había ocasionado, había erigido un muro tras el cual permanecía oculto su desengaño amoroso, pero la mención a la mujer que había gozado de la pasión que ella anhelaba, derribaba aquel muro virtual y exponía con total desnudez las heridas de su corazón. Con la mirada perdida en un rincón de la sala en la que se encuentra, permanece en silencio hasta que la voz de Angelita, el ama de llaves, la única que puede permitirse la libertad de tutear a Patricia, la saca de su dolorosa ensoñación.

— ¿Le digo que se vaya?

—No. Que pase. La recibiré.

Patricia ha decidido que quiere hablar con ella. Quiere mirarla de cerca. Quiere buscar en ella aquello que hizo que su amado le entregase su pasión. Quiere, tal vez, preguntarle qué sintió al recibir sus besos…

Angelita precede a la visitante. Le hace un gesto para que pase al salón y pregunta a Patricia si necesita algo. Es su manera de saber si quiere que esté presente o si prefiere atender sola a la visita.

—Puedes retirarte, Angelita. Ya te llamaré si te necesito.

Angelita se marcha con gesto de contrariedad.

—Buenos días, Inés. Siéntate.

La aludida toma asiento en la mecedora que la dueña de la casa le ha señalado. Todavía no se ha atrevido a mirarla a los ojos, pero ello no impide que Patricia se dé cuenta de que está muy desmejorada. Parece enferma.

—Dime, Inés. ¿Qué quieres de mí?

La rondallera se frota las manos nerviosamente. Parece estar buscando las palabras adecuadas y, finalmente, tras superar un leve tartamudeo, dice

—Ante todo quería expresarle mi sentimiento por la trágica muerte de sus padres. Toda la ciudad está impresionada por la pérdida que usted ha sufrido y la acompaña en el sentimiento.

Inés mira a la cara a Patricia por primera vez y la dueña de la casa ve un rostro macilento en el que destacan unas marcas violáceas bajo los ojos, que ahora no parecen hermosos.

—Te lo agradezco, Inés, pero imagino que no habrás venido sólo a darme el pésame.

La hija del rondallero duda. Sus manos aumentan el ritmo y la intensidad con la que se frotan. Súbitamente se detienen e Inés habla con un susurro que Patricia apenas puede oír.

—Verá, es que quería pedirle un favor…

—Trabajo no te puedo dar. El servicio está completo y ahora que mis padres no están, tal vez tenga que prescindir de alguna criada.

—No es eso, señorita. No busco trabajo.

— ¿Qué quieres pues?

—Necesito saber cómo puedo localizar a don Mariano.

— ¿Por qué?

—Tengo que decirle algo muy importante.

— ¿Qué puedes tú decirle a un escultor famoso mundialmente que le importe? —dije Patricia con un tono de desprecio que sólo se justifica con él súbito ataque de celos que le provoca la idea de que aquella mujer ha gozado lo que ella ha anhelado con toda su alma.

—Es que es algo muy personal…

— ¿Personal? No me hagas reír. Si quieres que te dé su dirección, tendrás que ser más explícita. Como tu comprenderás no voy a permitir que molestes a don Mariano con tonterías.

Inés vuelve a agachar la cabeza y de pronto sus hombros empiezan a moverse espasmódicamente, precediendo a un llanto que confunde a Patricia. Transcurre un buen rato antes de que la hija del rondallero pueda hablar. Cuando lo hace es para acabar de romper el corazón de Patricia.

—Usted sabe que en Villa Lolita yo era la encargada de atender a don Mariano. Una de las cosas que más me pedía era que le llevase agua caliente para poner sus manos en ella. Decía que le calmaba el dolor que tenía por culpa del reuma. A mi abuelo le pasaba lo mismo, lo recuerdo bien, y él me pedía que le masajease las manos de una manera determinada. Yo se lo comenté a don Mariano porque él estaba muy preocupado. Temía que no iba a poder atender los encargos que tenía entre manos. Él me pidió que le hiciese esos masajes y le aliviaron tanto que quiso volver a usar sus manos

moldeando arcilla. Mientras tanto yo seguía llevándole agua caliente y haciéndole los masajes cuando me lo pedía, que cada vez era con más frecuencia. Un día me dijo que yo era una mujer muy hermosa y que tenía una figura digna de inmortalizarse en mármol. Aquello despertó en mí algo que no había imaginado. Don Mariano es un hombre mayor y no es demasiado agraciado, pero había algo en su trato, en su sonrisa, en su mirada, que hizo que le considerase como a un amante. Yo sé que a usted le parecerá absurdo, inconcebible, pero acabé enamorándome de él. Le bastó una caricia en mi rostro para que le entregase mi alma y mi cuerpo. Le mentiría si le dijese que me arrepiento. Creo que aquellos días viví una felicidad tan breve como intensa que me compensa por el trance en el que ahora me veo. Tan intensa que no quiero resignarme a no volver a sentirla. En condiciones normales trataría de olvidarlo, pero ahora no puedo. No voy a poder nunca porque tengo algo suyo que me lo va a recordar el resto de mis días.

— ¿Te regaló algo?

—Me regaló a alguien a quien llevo en mis entrañas. Quiero que él lo sepa. Quiero que gracias a él no pierda el contacto conmigo. Necesito tener la ilusión de que voy a volver a verlo y que voy a sentir de nuevo sus besos y sus caricias. Si usted me diera su dirección, yo le contaría lo que me pasa y estoy segura de que él no me dejaría desamparada. Y no me refiero por dinero, sino por el afecto que necesito como el aire para respirar.

Cuando Patricia pudo componer su ánimo lo suficiente como para dar una respuesta dijo

—No tengo su dirección —mintió—. Buscaré entre los papeles de mi padre. Si encuentro algo te lo diré. Ven mañana a ésta misma hora.

El resto del día lo pasó Patricia encerrada en su habitación. Su espacio íntimo inmediato era el único que podía soportar, Si hubiera podido se habría encerrado en un cubículo mucho más pequeño, en algo parecido al vientre materno. Un lugar en el que no hubiese sentimientos ni conciencia. Ni amor ni desengaño.

Aquella revelación suponía para Patricia mucho más de lo que podía soportar. Ahora sabía que lo que ella había visto en la torre de villa Lolita no era un beso furtivo, fruto de un impulso, sino un episodio más de una relación que se estaba dando bajo su mismo techo. Que mientras ella soñaba con el escultor emborronando hojas de papel, rompiendo carboncillos, tratando de ofrecerle lo mejor de su alma para ganar un lugar modesto en su corazón, él se revolcaba con una criada.

Hurgando en el dolor pasó la noche tratando de imaginar los besos que no le habían dado, las caricias que no había recibido, el

placer que habría sentido calmando su pasión tan pura, tan intensa, tan ingenua…

Finalmente llegó a la conclusión de que ella tampoco podía renunciar a sentir aquello que había trastornado a Inés hasta el punto de no concebir la vida sin ello.

La vida era para ella, después de haber sido traumatizada por la muerte de sus padres, un bien efímero y relativo y no pensaba dejarla sin haber conseguido lo que más había anhelado, cualquiera que fuese el precio que tuviese que pagar para lograrlo.

Vio la luz del día nuevo a través de los pliegues de las cortinas de su habitación al mismo tiempo que tomaba la decisión que iba a comunicarle a Inés. No iba a darle la dirección de Benlliure. No lo haría porque pensaba retomar aquel anhelo, porque pensaba lograr el amor del escultor. Pero tendría que convencer a la hija del rondallero de que tenía que renunciar a Mariano Benlliure. Si no lo hacía, corría el riesgo de que ella averiguase la dirección por otros medios y se comunicase con él. Su reacción al saber que iba a tener un hijo con ella probablemente dificultaría el que Patricia pudiese alcanzar sus sueños.

Así pues, mientras aguardaba a que llegase Inés, esbozó un plan para lograr su objetivo.

EL VERDADERO INTERÉS DE AINHOA

Ainhoa cierra con cuidado el libro de contabilidad de la familia Casterá. Mientras se dirige al lavabo de su casa para lavarse las manos que se le antojan de esparto, por los restos de barro y polvo de décadas que ha estado acumulando, piensa con excitación en que lo que acaba de encontrar es una confirmación de lo que estaba buscando, de algo que no podía probar y que ahora empieza conformarse como algo indiscutible.

Ese mismo día había estado acompañando a Lucía y a Samuel en el registro minucioso de la vivienda de la familia Casterá. No habían encontrado nada que sirviera para los fines de ninguno de los tres. A mediodía habían ido a comer otra vez a casa de los abuelos de Samuel. Lo había pedido Lucía sin ningún reparo. Al parecer, Lucía tenía interés especial en saludar al abuelo. Dice que es un tipo genial, pero Ainhoa sabe que lo que en realidad pretende es hacerse querer para que le faciliten la relación que parece buscar con Samuel. Él parece que no se da cuenta, o al menos finge que no se entera. Es curioso, piensa, Lucía está interesada en Samuel, pero él no hace más que mirarla a ella, a Ainhoa, que no puede corresponderle porque a ella no le gustan los hombres. Quien ocupa su deseo es curiosamente Lucía que permanece impasible a sus múltiples mensajes lanzados en forma de miradas, de sonrisas, de gestos que ella parece no percibir. De hecho esa misma tarde, mientras visitaban la mansión de la Casella a plena luz del día, cuando Samuel estaba ocupado tomando fotografías del interior y del exterior, así como del entorno de la mansión, ella se ha acercado a Lucía y ha tomado su mano con delicadeza y ella la ha soltado como si hubiese recibido una descarga eléctrica. Luego la ha mirado con extrañeza y Ainhoa ha murmurado una excusa pueril que duda que Lucía haya llegado a entender. Parece ser que Lucía no considera la posibilidad de una relación homosexual con ella. Le pasa, tal vez, lo que a muchas mujeres, que no saben lo placentero que puede ser verse atendidas en su deseo sexual por alguien que puede conocerlas infinitamente mejor que un hombre. Tal vez Lucía no ha tenido la posibilidad de explorar ese camino y de convencerse de que no se puede comparar con lo que un hombre

puede ofrecerle, especialmente si va acompañado de un amor sincero como el que ella está dispuesta a darle. Muchas mujeres son lesbianas sin saberlo, y Ainhoa no descarta ser quien le abra los ojos y le muestre el camino de la felicidad.

Pero eso tendrá que esperar. De momento, su interés lo ocupa su hallazgo. En las páginas de contabilidad referidas a finales del mes de enero de 1903 aparece un pago a Inés Ballester de dos pesetas y cincuenta céntimos por servicios prestados en Villa Lolita. La referida Inés fue la madre de su bisabuela que desapareció cuando ésta apenas tenía dos años de edad. Su marido, Andrés Ferrús no se volvió a casar y su hijita creció con la incertidumbre acerca de su madre ausente. Tanto le afectó su ausencia que transmitió su trauma a su descendencia, y en la familia se recordaba a la "abuela Inés" con la aureola del misterio por la suerte que habría podido padecer. Algunos sostenían que se había fugado con un amante, otros que se había ahogado en el río y que su cadáver habría sido arrastrado hasta el mar. Pero lo cierto es que nada se sabía de ella y que el padre de su bisabuela, Andrés, nunca hablada de ella y se enfurruñaba cuando se la nombraban. Esta actitud confirmaba para muchos la idea de la traición y del despecho.

Así pues, Inés Ballester, la hija del rondallero era el misterio sagrado de la familia de Ainhoa que había ido languideciendo a través de generaciones hasta que había llegado a las manos de la licenciada en Historia del Arte, materializada en una fotografía de boda en la que se veía a una mujer hermosísima, cuyo rostro no podía ocultar una aureola de tristeza, y que ella conservaba celosamente.

Cuando saltó la noticia del hallazgo de las esculturas en la mansión de la Casella, Ainhoa creyó reconocer en la escultura del torso de mujer el rostro de su antepasada. Reforzaba la idea el hecho de que su marido, Andrés, había sido el capataz de la familia Casterá durante muchos años, lo cual hacía bastante probable que ella hubiese también servido a la familia como criada, pero este dato, irrelevante hasta aquel momento, se había diluido en la memoria familiar, por lo que su suposición no pasaba de ser una conjetura más o menos fantástica.

Buscó la compañía de Samuel, porque quería conseguir toda la información que fuese posible sobre el hallazgo y sus circunstancias, y aprovechó el interés de éste en conseguir datos para su trabajo universitario, para acercarse lo más posible a la fuente de información más próxima a las esculturas. Para ello se sirvió de Alejandra, su hermana, con la que había tenido algún escarceo sexual, en la época en que ésta buscaba su auténtica orientación. Finalmente, la hermana de Samuel había concluido que, a pesar de su feminismo militante y ultra, prefería tener a un hombre en la cama. Ello no había impedido

que conservasen una buena amistad, gracias a la cual le había sido muy fácil llegar hasta Samuel. Gracias a su presencia junto a él y a Lucía, acababa de descubrir que su antepasada podía ser, efectivamente la misteriosa mujer cuyo torso sensual había esculpido el genio valenciano.

Cuando habían dejado la mansión de la Casella, después de haberla recorrido de cabo a rabo, sin haber encontrado nada de interés, Lucía se lamentaba de no disponer de tiempo para seguir investigando, debido a problemas legales con unas exportaciones que requerían toda su atención en beneficio de los intereses económicos de su familia. Entonces Ainhoa se había ofrecido a ayudarla, revisando el libro de contabilidad. Lucía había accedido sin pensarlo demasiado.

—Me parece muy bien. Te lo agradeceré. Y tú Samuel, si quieres, puedes leer la correspondencia de Patricia. Pensaba que tendríamos tiempo para hacerlo hoy, pero no ha sido posible. Te aseguro que te va a ser muy útil para tu trabajo de investigación. Precisamente he traído fotocopias de todas las cartas y te las puedo dejar. Yo las he leído, pero sólo de una manera superficial. Léelas tú con calma, Samuel. No sé si te gustarán los culebrones, pero te aseguro que vas a enfrentarte a uno muy bueno. Espero que me ayudes a encontrar matices que a mí se me pueden haber pasado por alto. Dentro de diez días espero estar libre y poder reunirme con vosotros. Os invitaré a comer y haremos una puesta en común de lo que hayamos averiguado para entonces. ¿De acuerdo?

—Muy bien —respondió Ainhoa— ¿Entonces no nos veremos hasta dentro de diez días?

—Más o menos. En cualquier caso ya os avisaré. Toma Samuel, aquí tienes las fotocopias de las cartas. El libro de contabilidad lo tengo en el maletero del coche. Si me acompañas te lo doy, Ainhoa.

La despedida fue bastante significativa. A Samuel le dio dos besos con una efusividad que a Ainhoa se le antojó excesiva, en cambio a ella apenas la rozó, como si temiera que saltase alguna chispa en su contacto físico.

Ahora, Ainhoa que está repasando los hechos del día lo recuerda todo como una anécdota, porque su interés está centrado en lo que acaba de averiguar. Sabe con bastante certeza que la mujer del torso es su antepasada. Ahora tendrá que ver si en el resto de las hojas del libro de contabilidad, muchas de cuyas páginas todavía no ha podido despegar, aparece alguna referencia al pago de la escultura. Si no la encuentra, tal vez surja alguna posibilidad de reclamar su propiedad, o al menos de pedir algún tipo de compensación económica por su renuncia y su silencio, aunque en realidad lo que realmente le interesa es saber qué fue de Inés, la madre de su bisabuela, la hija del rondallero. La mujer que, misteriosamente,

aparecía retratada con la mirada triste junto a su marido en uno de los dibujos que habían encontrado en el cartapacio de doña Patricia y que ella había reconocido inmediatamente.

UNA PROPUESTA INTERESANTE

—Pasa, Inés. Siéntate

Patricia recibe a la hija del rondallero que acude a la cita concertada con la esperanza de que le dé la dirección de Mariano Benlliure para hacerle saber que espera un hijo suyo.

— ¿Tiene la dirección de don Mariano?

—Sí, pero no te la voy a dar

— ¿Cómo? Yo pensaba que…

—Mira Inés, he estado pensando en tu situación y no te conviene en absoluto llevar a cabo tus planes. Don Mariano es un hombre casado, o al menos tiene una mujer a la que presenta como su esposa, Lucrecia Arana, con la que tiene un hijo, por no hablar de los otros dos que tiene de su primera esposa. Él es un hombre muy conocido que se codea con la alta sociedad y tu presencia en Madrid sólo va a causarle problemas. Él no puede dejar a su esposa ni renunciar a su posición por ti. No te ofendas, pero, a fin de cuentas, sólo has sido una aventura para él. Eres muy bonita, lo reconozco, pero don Mariano no va a poder ocuparse de ti. No le conviene, e incluso es posible que ni siquiera te crea…

—Pero yo… —balbucea Inés tratando de negar aquella negra realidad, pero es inmediatamente acallada por un gesto autoritario de la dueña de la casa.

—No tienes nada que hacer en Madrid. Si vas allí sólo vas a conseguir hacer pública tu vergüenza. Acabarás tirada en la calle, mendigando para comer, o incluso vendiendo tu cuerpo para sacar adelante a tu hijo. En cambio aquí las cosas te pueden ir mucho mejor, si eres inteligente…

—No la entiendo. Además, yo amo a don Mariano.

—Yo creo que estás deslumbrada por su fama, pero si te paras a pensar es un hombre, que aparte de ser un buen artista, tiene muy poco que ofrecer a una mujer. Ni siquiera es guapo.

—A mí me resulta muy atractivo y en cuanto a lo que puede ofrecer a una mujer —añade bajando en tono de voz y mirando al suelo con vergüenza—, le aseguro que es mucho más de lo que muchas mujeres tienen de sus maridos en toda una vida.

Patricia hace un esfuerzo por controlar el temblor que hace que sus manos se agiten en pequeños espasmos. Imaginar que aquella

mujer que se sienta frente a ella ha gozado de lo que ella no ha logrado, hace que sienta un odio que por momentos nubla su vista, pero tras unos minutos de incómodo silencio, logra calmar su ira lo suficiente como para ir desarrollando su plan.

—En cualquier caso, puedes estar segura que no vas a encontrar en él una solución a tus problemas. Piensa en el escándalo que vas a dar en la ciudad si te vas a Madrid a buscar a un escultor. Tus padres se morirán de vergüenza.

— ¿Y qué puedo hacer? ¿Qué haría usted en mi lugar?

—Hay alguien que está locamente enamorado de ti y que estoy seguro de que sería muy buen padre para tu hijo. Se trata de Andrés. Es un buen hombre, muy trabajador y si te casas con él, nunca pasarás estrecheces. Él es un capataz muy estimado por mi familia y yo me encargaré de que siga al frente de mis tierras.

—Sé que él siempre ha tenido interés por mí, pero nunca me ha gustado, a pesar de que también lo considero un buen hombre. Yo siempre he soñado en casarme por amor. Siempre he sabido que sólo me entregaría al hombre que fuese capaz de ganarme el corazón.

—Pues ya ves a dónde te han llevado tus ideas románticas. Te enfrentas a un problema muy grave que no sólo va a tener consecuencias para ti, sino también para tu familia, y no digamos para la pobre criatura que va a nacer. Será siempre un bastardo, señalado por todos, que nunca podrá aspirar a nada. En cambio, si te casas con Andrés, serás una madre feliz, casada con un hombre por el que suspiran muchas mujeres de la ciudad.

Inés mira al suelo en silencio. Se diría que busca en los dibujos que muestran las baldosas la respuesta a sus problemas. Finalmente mira a Patricia y le dice:

—Yo no puedo hacer lo que me dice. Si le confieso a Andrés lo que me pasa, me rechazará y, tal vez, sea él mismo el encargado de arrastrar mi honra por el suelo.

—No tienes que confesarle nada. Simplemente acepta su propuesta de matrimonio y en paz.

—Pero entonces él sospechará que le estoy engañando. Siempre lo he rechazado y de repente me caso con él y a los siete meses nace mi hijo. Andrés no es tonto.

—Lo que tienes que hacer es acostarte con él primero. Lo que pueda venir después él lo atribuirá a ese hecho que tanto desea.

— ¿Cómo voy a ofrecerme a él? ¿Dónde?

—En el mismo lugar que te entregaste a don Mariano. En Villa Lolita. Irás allí con el pretexto de que yo te he encargado que recojas cosas mías. Haré que él te lleve. Estaréis los dos solos. Lo demás es cosa tuya. Sabrás cómo hacerlo. A fin de cuentas no será la primera vez —añade Patricia sin poder evitar que sus palabras reflejen el

desprecio que siente por la hija del rondallero.

En Madrid a 3 de abril de 1.903

Querida Patricia:

Quisiera encontrar las palabras adecuadas para expresar lo que quiero decirle sin que usted se sienta incómoda. Nada más lejos de mi intención molestar o, mucho menos, herir a una persona como usted que goza de todas mis simpatías y afecto. El recuerdo de su trato amable y el reconocimiento a su sensibilidad artística son algo que siempre conservaré con sumo agrado. Lamento que mi comportamiento con usted, del que no me arrepiento en absoluto, haya dado pie a que usted, que sin duda merece lo mejor, haya construido una ilusión que debe entender que es profundamente equivocada. Sin duda, la terrible desgracia que se ha cebado con sus padres ha trastornado sus emociones y por ello usted confunde ahora la simpatía que veo que también he despertado en usted con amor. Usted no puede amarme, Patricia. Ni soy digno de su amor ni podría corresponderle, aunque usted, por sus indudables cualidades, merecería el amor del más exigente amante. Soy un hombre feo y tan mayor que podría ser su padre, pero aún en el caso de que estos inconvenientes quedasen ocultos ante su inocente ilusión, tengo que decirle que mi viejo corazón tiene ya una dueña que, como usted conoce, es mi compañera Lucrecia Arana con la que tengo un hijo. No se engañe usted, Patricia, usted no me ama. Quizás su sensibilidad de artista le ha hecho imaginar, ahora que su corazón está desolado por la muerte de sus padres, que tras los éxitos y la relativa fama que mis modestos trabajos de escultor me han proporcionado, hay alguien digno de su amor, pero no es así, créame. No soy quién usted ha creado en su herida imaginación. No soy quien usted merece. El tiempo calmará la tormenta de sentimientos confusos que sin duda está usted viviendo es

estos días y la calma, que llegará más pronto que tarde, le permitirá ver que sus sentimientos de hoy no son más que una ilusión nacida de una simpatía que me enorgullece haber generado es usted.

Mientras esto llega, permítame reiterarle mi sincero afecto y ofrecerle mi ayuda incondicional en aquello en lo que pueda serle útil.

M. Benlliure

NUEVAS REVELACIONES

—Así que doña Patricia estaba enamorada del escultor…

—Hasta la locura, abuelo. Esta es la primera referencia a ese afecto y la deducimos por las palabras que Benlliure le dirige en respuesta a una declaración previa por parte de doña Patricia, pero no te puedes imaginar lo que viene después. Por lo visto la mujer no aceptó la negativa del artista y siguió insistiendo hasta que Benlliure le contesta con cierta acritud, rechazando sus requerimientos y pidiéndole que pusiera fin a esa locura. A partir de ahí vienen las cartas que ella le envía y que él le devuelve sin ni siquiera abrirlas. Te aseguro que dan pie a que se pueda escribir una novela de amores frustrados sobre ellas. No sabes lo contento que estoy de que me hayas aconsejado empezar esta investigación. Creo que me has ayudado a descubrir una vocación dormida que no imaginaba que pudiera llegar a ser tan apasionante.

—Vaya, no sabes cómo me alegra oírte decir eso. A veces hace falta algo que nos sirva para concentrar nuestro interés, algo que nos ilusione, que nos llene casi tanto como el amor. Por cierto, hablando de amor, ¿cómo llevas el desengaño que acabas de sufrir?

—Mal, pero no tanto como esperaba. Tengo que reconocer que todo ha sido una fantasía que yo me había montado solito. Ainhoa no me había dado ningún motivo para que yo pudiese pensar que podía aspirar a algo con ella, pero yo me había puesto a imaginarla de una manera que sólo existía en mi cabeza y que, como se ha demostrado, nada tenía que ver con la realidad. Por eso, porque no tengo palabras ni recuerdos de besos o caricias que no sean los que yo mismo había soñado, me está resultando menos doloroso de lo que imaginaba que iba a ser olvidarme de ella. Además, siempre me queda el consuelo de pensar que no he llegado a hacer el ridículo declarándole mi amor.

—No habrías hecho el ridículo, Samuel. Declarar un sentimiento tan noble como el amor nunca pone en evidencia a quien lo hace, aunque reconozco que te habrías sentido más frustrado si ella misma, en ese momento, te hubiera quitado la venda de los ojos. Pero, en fin, veo que tampoco estamos viviendo un drama romántico, así que me alegro por ti.

—Gracias, abuelo. Pero para drama, el de la pobre doña Patricia. Te tengo que leer las demás cartas. Vas a ver. Como te he

dicho, hay material para escribir un culebrón. Desde luego ha sido una suerte que se te ocurriera la idea de investigar al personaje, porque tras él hay una vida muy interesante que espero poder sacar a la luz. ¿Cómo es que pensaste en ella? Su muerte sucedió cuando tú todavía eras un chaval. Lo normal sería que te hubieses olvidado de ella.

—Es que yo intuía que en la vida de esa mujer había un misterio que tenía que ser desvelado porque estoy seguro de que su muerte no fue accidental.

— ¿Piensas que la mataron? No me jodas, abuelo. No me habías dicho nada de eso. ¿Por qué lo crees?

—Todo empieza en una anécdota vieja que viví en mi juventud y que a pesar de los años que han transcurrido nunca he olvidado.

—Cuéntamela, abuelo

—Fue en el verano de mil novecientos cincuenta y ocho. Yo tenía dieciséis años. Todavía no conocía a tu abuela. Pertenecía al Frente de Juventudes y me iba, con mis compañeros de escuadra, a hacer vivac en el "ouet".

— ¿Frente de Juventudes? ¿Escuadra? Todo eso me suena a "facherío", abuelo.

—Llámalo como quieras. Efectivamente, se trataba de una organización que dependía de la Falange Española, pero, al menos en mis tiempos, se dedicaba principalmente a practicar deportes, especialmente los relacionados con la montaña, marchas, alpinismo, campamentos y cosas así.

—Bueno, pero os comerían el tarro con los principios del Movimiento y todo el rollo franquista.

— ¿Qué sabes tú de todo eso?

—En periodismo hemos dado algo sobre el adoctrinamiento político. Tenemos un profesor que es muy crítico con los medios de comunicación que dice que cada vez son más tendenciosos.

—Bueno, pues tienes razón con lo de hablarnos de la Falange, de Franco y de todo lo demás, pero te aseguro que no se esforzaban demasiado. Yo creo que tampoco les importaba mucho, ni a ellos ni a sus "adoctrinados". La prueba evidente es que cuando murió Franco se pasó, sin grandes traumas, a un régimen democrático que, a pesar de lo que digan algunos políticos de ahora, fue admirado y envidiado por todos los países. De hecho, algunos de mis mandos "políticos" militaron después en el PSOE ocupando cargos públicos de responsabilidad. Pero bueno, a lo que vamos, yo iba con mis compañeros a pasar la noche a la intemperie en la Casella. Allí, en una de las cimas de sus montañas, hay un refugio para el guarda forestal que los alzireños conocen como el "ouet" por su forma redondeada. En realidad parece un iglú y desde allí hay unas vistas espectaculares. Queríamos ver como amanecía en el mar. Pues bien, tomamos el

camino hacia la Casella cargados con nuestras mochilas de lona, llenas de víveres, con nuestras cantimploras y un par de mantas, a pesar de estar en verano, y emprendimos el camino a pie hacia nuestro destino. Llegábamos a la última finca de naranjos cuando me dio un apretón. Pero no te puedes imaginar lo fuerte que era…

—Caramba, abuelo. Esto parece un chiste escatológico.

—Lo cierto es que me aparté del grupo y me metí entre los naranjos para aliviarme. Cuando terminé, me sorprendieron unas voces que gritaban en tono airado. Al principio pensé que se dirigían a mí, criticándome por haber cagado allí, pero no era el caso. La voz era de mujer, vieja, muy airada. Decía algo así como: "¿A qué has venido? ¿A reírte de mí? ¿No te bastó con quitarme lo que más quería?" y otras cosas así que no entendía bien. A estos gritos les respondía un murmullo que no lograba oír con nitidez, ni siquiera podía saber si el interlocutor de la vieja era un hombre o una mujer. Lo que sí que entendí era que tenía que marcharme de allí de la manera más rápida y discreta que me fuera posible, y eso hice. Al llegar al camino, donde me esperaban mis compañeros, me encontré con una sorpresa que no me esperaba. A Enrique, uno de los miembros de la escuadra, le había mordido una serpiente y los demás estaban discutiendo sobre la mejor manera de atenderle. Unos decían que había que abrirle la herida con una navaja y chuparle la sangre, pero no parecía muy dispuesto a hacerlo. Otro decía que no había que hacer nada porque lo que le había mordido era una víbora, sus efectos eran lentos y que cortando la mordedura sólo iba a aumentar el daño y la infección. El pobre Enrique que cada vez estaba más pálido y asustado fue quien decidió lo más obvio: volver a Alzira y buscar a un médico. Y así lo hicimos. Las quejas del afectado y la impaciencia por desandar un camino que se nos hacía eterno, me hicieron olvidar el incidente de la discusión a gritos que ni siquiera se me ocurrió comentar a mis compañeros. De hecho lo olvidé por completo hasta que, un mes después, llegó a la ciudad la noticia de que habían encontrado el cadáver de doña Patricia. Durante algunos días no se habló de otra cosa en la ciudad y se contaron historias de lo más pintorescas sobre ella, a la que algunos llamaban "la loca de la Casella". Lo único cierto que pude averiguar era que, desde hacía muchos años, vivía sola en una mansión que se iba deteriorando al mismo tiempo que lo hacía ella, atendiendo y gestionando personalmente las necesidades de la finca. Ella regaba, abonaba, podaba y arrancaba las malas hierbas. No consentía que entrase nadie en la finca, salvo los imprescindibles jornaleros que se necesitaban para recoger cada invierno la cosecha de naranjas. También supe que aquella era la finca en la que me había aliviado de los retortijones y donde había escuchado los gritos de una agria disputa. Nunca más me quité de la cabeza aquellos gritos

destemplados y siempre sospeché que de aquella discusión pudo venir su muerte, aunque lógicamente, no tenía manera de demostrarlo. Se lo comenté a mi padre y él me prohibió hablar del asunto con nadie. Probablemente hizo lo que debía. Yo apenas era un muchacho y en realidad nada había visto. Ni siquiera podía afirmar que la vieja de la disputa fuese doña Patricia, así que presentarme ante las autoridades a decir vaguedades no me podía suponer nada bueno. Pero nunca pude olvidar aquello y durante muchos años tuve la sospecha de que aquella mujer fue asesinada y que yo estuve a pocos metros del crimen.

—Y por eso me sugeriste la idea de investigar sobre la vida de aquella mujer que hoy ya nadie recuerda.

—Así es. Por supuesto, no pienso que tú puedas desvelar el misterio, ni siquiera puedas averiguar qué le pasó, pero no me negarás que el asunto era, como mínimo, prometedor.

—Te entiendo, pero lo que me has contado es algo que no significa mucho. Como acabas de decir, ni siquiera sabes si doña Patricia era la mujer que participaba en aquella discusión. Creo que has hecho un ejercicio de imaginación un poco forzado, aunque no te lo reprocho. A fin de cuentas me has puesto en una situación envidiable para hacer el trabajo de investigación que necesitaba, pero de ahí a suponer que podamos investigar un asesinato que ni siquiera sabemos si se cometió hay un buen trecho.

—Es que todavía no te lo he contado todo…

— ¿Hay más?

—Sí. Verás, hace unos meses murió un amigo muy querido, Agustín Palomares.

—No sé quién es

—No lo conoces, pero tu abuela y yo lo apreciábamos bastante. Él fue quien nos casó.

— ¿Era, pues, un sacerdote?

—Lo fue durante diez años, más o menos. Luego vivió una crisis de Fe y colgó la sotana. Trabajó durante bastantes años como profesor de Filosofía en un instituto de Algemesí.

— ¿Y qué tiene él que ver con esta historia?

—Los últimos años de su vida los pasó en una residencia para ancianos. No tenía familia y sus facultades mentales estaban trastornadas. Demencia senil, dicen que tenía. Lo cierto es que a mí me daba mucha pena y por esa razón le visitaba con cierta frecuencia. Algunos días ni siquiera sabía quién era yo, pero en otras ocasiones sí que me recordaba y éramos capaces de mantener algo parecido a una conversación más o menos coherente. Las empleadas de la residencia decían que mis visitas le hacían mucho bien y eso me animaba a continuarlas, a pesar de que a medida que pasaba el tiempo era más

difícil seguir el hilo de sus elucubraciones. Un día, sin venir a cuento, empezó a hablar de los pecados de sus feligreses. Era evidente que estaba desvariando porque se dirigía a mí sin verme y unas veces me consideraba un hombre y otras veces me hablaba como si yo fuese una mujer. Me acusaba de lascivo, de ladrón, de asesino… Me dio mucha pena. La locura había alcanzado el reducto más íntimo de su conciencia y sus contenidos se escapaban sin control de su boca.

—No te entiendo bien, abuelo.

—El secreto de confesión es uno de los principios que más marcan a un sacerdote. Sin él no habría confesión de los pecados y por lo tanto su perdón. Es una de las normas más importantes de la religión católica y ningún sacerdote, en su sano juicio, se atrevería a violarlo. Agustín se dirigía a mí como si yo fuese una especie de "pecador universal" protagonista de todas las faltas a la religión que te puedas imaginar. Te aseguro que me acusó de pecados que yo ni siquiera sabía que se podían cometer. Era evidente que estaba recordando los pecados más sórdidos que había escuchado en la oscuridad de un confesionario y me amonestaba duramente por haberlos cometido.

—Pobre hombre. Imagino que no te daría ningún nombre. No puedo imaginar lo que podrían sufrir las personas que confesaron sus pecados a tu amigo si salieran a la luz, aunque imagino que se trataría de pecados viejos cuyos autores quizás ya estén muertos.

—Efectivamente, no me dio ningún nombre, pero me dijo algo que nunca podré olvidar y eso es lo que me hace pensar que mis sospechas son ciertas.

— ¿Y qué es, abuelo? Porque sigo sin entender que tiene que ver todo esto con la muerte de doña Patricia.

—Agustín me acusó de ser su asesino.

Tras un instante de perplejidad, Samuel cae en la cuenta

—Entonces eso significa…

—Que a doña Patricia la mataron y que su asesino confesó su crimen a Agustín.

— ¿Estás seguro de que se refería a ella?

—Completamente. Hablada de ella como la "loca de la Casella" que es como se referían e ella en sus últimos años y, especialmente, a raíz de su muerte.

— ¿Y no te dijo nada más, algún nombre, algún dato o algo que nos pueda servir?

—No, y en las conversaciones siguientes ya no pude ni siquiera hablarle porque ya había tomado la recta final de su vida. Pocas semanas después moría.

— ¿Por qué no me contaste todo esto desde un principio?

—Tener sospechas sobre algo no significa estar seguro.

Tampoco quería que orientases tu trabajo hacia un hecho que probablemente nunca se pueda demostrar y que perdieras tu tiempo en especulaciones. A fin de cuentas se trataba de hacer un trabajo de investigación para tus estudios de periodismo. Pero no me negarás que al final ha resultado muy interesante.

—Ya lo creo, abuelo, Y ahora, con lo que me has contado, todavía lo es más, y eso sin contar lo que sé de las cartas… Habrá que releerlas con cuidado. Tal vez haya en ellas alguna pista que apunte hacia tus sospechas. Te voy a leer otra. Verás…

En Madrid a uno de mayo de 1.903

Estimada Patricia:

Me dirijo a usted de nuevo con la esperanza de que mis palabras le hagan reflexionar sobre la actitud errónea que veo que usted se empeña en mantener.

Usted no puede amarme, Patricia. No me conoce lo suficiente como para entregarme a ciegas su corazón. Usted, que tiene la exquisita sensibilidad de un artista, ha dibujado en su mente una idea equivocada sobre mí y se está obsesionando con ella. Es cierto, como usted dice, que los artistas somos capaces de crear belleza a partir de elementos inertes, como el papel, los pigmentos o las piedras, pero esas obras son reales, auténticas, y existen para que cualquiera pueda verlas y apreciarlas objetivamente. Pero el Mariano Benlliure que usted ha imaginado no existe, se lo aseguro. Soy un hombre vulgar, lleno de defectos y limitaciones, al que Dios sólo ha concedido una pequeña cualidad, la de ser escultor, que tal vez esté siendo sobrevalorada por aquellos que se interesan por mi trabajo, que me permite gozar de cierta fama y de un nivel de bienestar económico que tal vez no merezca. Usted, en cambio, es una mujer hermosa, joven, sensible. Alguien que colmaría las más elevadas aspiraciones de los muchos pretendientes que usted podría tener, si quisiera.

Olvídeme, Patricia. O, mejor dicho, olvide esa quimera que usted ha creado y que no existe en absoluto. Espero que dentro de algún tiempo, cuando la zozobra que agita su alma se haya calmado, me recuerde con una sonrisa y con el agrado con el que yo siempre la recordaré.

En otro orden de cosas, quiero decirle que estoy terminando las esculturas que me inspiraron sus dibujos sobre las rondallas que nos contaba Inés. Espero poder

hacérselas llegar pronto. Ojalá le gusten tanto como a mí me está gustando llevarlas a cabo. Me traen recuerdos muy gratos.

Mientras tanto, reciba mis mejores deseos.

M. Benlliure

RENACE LA ILUSIÓN

—¿Samuel?

— ¿Qué pasa Lucía? ¿Cómo van esos asuntos que llevabas entre manos?

—Ya los he resuelto. Precisamente te llamaba para decirte que estoy libre y que puedo pasar por Alzira mañana mismo, si te viene bien. ¿Has tenido ocasión de leer las cartas de mi antepasada? ¿No te parecen una pasada?

La voz de Lucia a través del auricular del teléfono de Samuel llega como un torrente de alegría que, sin saber por qué, empieza a contagiar al joven.

—Sí que lo son. Pero hay algo más, aparte de las cartas, que te va a dejar a cuadros.

—No me digas. ¿Habéis encontrado algo en el libro de contabilidad?

—No lo sé. La verdad es que no he hablado con Ainhoa desde que estuvimos los tres juntos.

—Entonces ¿De qué se trata?

—Prefiero contártelo en persona. Ya verás. Merecerá la pena esperar.

—Dime al menos de qué va. ¿Es algo bueno?

—Es algo muy interesante. Sólo te diré que se trata de una idea de mi abuelo.

—Vaya con Bernardo. Si viene de él, seguro que será interesante. Tu abuelo me parece un tipo genial.

—Lo es. No lo dudes.

— ¿Entonces no me anticipas nada?

—No.

—Bueno, pues entonces tendré un motivo más para regresar a Alzira. ¿Nos vemos mañana en la cafetería de la última vez?

—Sí. A la hora que tú digas.

—Yo creo que sobre las diez y media puedo estar allí. Avisa a Ainhoa y veremos si ha averiguado algo en el libro de contabilidad.

—Así lo haré. Hasta mañana

—Hasta mañana.

Samuel cierra la comunicación y se queda mirando pensativo la pantalla de su teléfono móvil. Le ha parecido escuchar un tono

insinuante cuando Lucía le ha dicho que tenía “un motivo más” para regresar a Alzira. ¿Tendría razón su abuelo? Por primera vez la idea de tener algo con Lucía le empieza a ilusionar, aunque se propone firmemente ser cauto. No podría soportar llevarse otro chasco, como el que se ha llevado con Ainhoa.

Pensando en Ainhoa, cae en la cuenta de que debe avisarla de la cita concertada.

— ¿Ainhoa? Me acaba de llamar Lucía. He quedado en que nos veamos mañana a las diez y media donde la otra vez. ¿Te va bien?

—Sí, claro.

— ¿Has averiguado algo sobre las esculturas?

Ainhoa guarda silencio. No sabe todavía qué contestar. Ella siente que ha llegado a una conclusión fiable, pero entiende que sus razonamientos están basados en circunstancias que podrían ser fácilmente rebatidas, así que finalmente decide no decir lo que piensa, al menos por el momento.

—No, en el libro no hay ninguna referencia al pago de ninguna escultura.

—Bueno, no importa. Mañana lo hablamos. Yo sí que tengo algo que contaros que os va a alucinar. Se trata de una teoría de mi abuelo. Ya verás qué interesante se está poniendo esto.

—Hasta mañana, pues.

—Hasta mañana.

Después de colgar, Samuel se dedica a reflexionar sobre lo que ha sentido al hablar con Ainhoa y se sorprende descubriendo que no ha sentido nada, absolutamente nada. Lo mismo que habría sentido si hubiese hablado con un compañero de estudios. Cierra los ojos por un momento y da gracias a que esto sea así. La ilusión que su mente había forjado, carente de experiencias en las que sustentarse, se ha disuelto como el humo. Mejor así.

Por la noche, en su cama, Samuel se dispone a seguir leyendo las cartas de doña Patricia que Lucía le ha fotocopiado. Un inesperado sentimiento de impaciencia se apodera de él. Desea que la noche pase deprisa. Desea ver de nuevo la sonrisa de Lucía.

En Madrid a quince de mayo de 1.903

Muy señora mía:

Veo con pesar que mis comentarios, a pesar de haber intentado abordar su problema con delicadeza, no han causado el menor efecto en usted. Por lo que me comenta en sus cartas, compruebo que su obsesión por mí, lejos de menguar, está aumentando a niveles que me resultan francamente molestos. Es por eso que le ruego que deje de importunarme con sus requerimientos. Entre usted y yo no puede haber nada. No me escriba más. No haga usted que el grato recuerdo que conservaba de mi estancia en la mansión de su familia se convierta en el principio de una pesadilla.

Lamento profundamente formar parte de la zozobra que perturba su ánimo, y le pido perdón si algo en mi comportamiento con usted pueda haber dado pie a que concibiese ideas imposibles. Ojalá pronto salga usted de su confusión y pueda llevar la vida que sin duda merece, y que yo sinceramente le deseo.

No obstante lo anterior, le repito, NO ME ESCRIBA MÁS, déjeme tranquilo, no ponga en riesgo mi paz familiar. Por si acaso usted no tiene en consideración mi súplica, he dejado instrucciones a mis empleados de que en lo sucesivo rehúsen cualquier comunicación que venga de Alcira.

Atentamente.

M. Benlliure

En Alcira a veinticinco de mayo de 1.903

Amado mío:

He leído con pesar tu última carta en la que en un tono frío y casi despiadado me pides que no te escriba más, que te deje en paz.

No puedo tomar en consideración tus deseos. No puedes pedirme que viva sin respirar, porque tú eres para mí el aire que me permite seguir viviendo, especialmente en estos tiempos trágicos en los que el destino se ensaña en mí.

Te amo. Te amo con todas mis fuerzas, con todo mi ser. No puedo concebir la vida sin ti. No consentiré que ningún convencionalismo social me impida realizar el sueño de amor que me arrulla cada noche y que me hace olvidar la desgracia que trata de ensombrecer mi vida. No me impidas soñar. Deja que piense que algún día seré tuya y que sólo yo reinaré en tu corazón, que viviré contigo asistiendo desde un lugar privilegiado al prodigio cotidiano que tus manos realizan sobre la arcilla para convertirse luego en belleza permanente, sustentada en mármol o en bronce. Déjame soñar que tus manos moldean mi cuerpo haciéndome sentir esa belleza que todas tus obras transmiten.

Dices que no me amas. Te creo. Pero si me dieras una oportunidad para que nos pudiéramos tratar, yo sabría ganarme tu corazón, pues nada hay que el amor no pueda, nada que el amor no perdone y no puede haber amor más grande que el que yo siento por ti. Por ese amor, aunque tú no lo sepas, estoy haciendo cosas que te van a proteger de escándalos que no quiero que te ocasionen incomodidad. Por ese amor estoy dispuesta a renunciar a todo, incluso a mi dignidad. Sería capaz de ser la amante oculta, el segundo plato en la mesa de tu pasión, aguardando pacientemente a ser la única reina de

tu corazón. No me rechaces. No desprecies todo lo que yo te puedo dar. Si lo quieres ver de otra manera, apiádate de mí. Dame tu amor aunque sea una limosna.

Estoy dispuesta a viajar a Madrid cuando tú me lo pidas para que hablemos en persona, para que no te queden dudas de la sinceridad de mis palabras. Podríamos vernos en algún lugar discreto que podría ser el escenario donde se representase el nacimiento de ese amor que estoy segura que sabré despertar en ti.

Dime algo pronto. Escríbeme. Deja que piense que, de alguna manera, ocupo todavía una parte de tu atención.

Tuya amantísima

Patricia Casterá

ATANDO CABOS

—Eso que acabas de contarnos es alucinante —dice Lucía.

—Lo mismo pienso yo —responde Samuel mientras Ainhoa permanece en silencio.

—Tu trabajo de investigación, si aclarase el asunto, merecería ganar un premio de investigación periodística, si es que hay alguno en España. ¿Conoces alguno, Samuel? —sigue Lucía entusiasmada.

—Creo que hay uno, el Ortega y Gasset, pero creo que te estás embalando, Lucía. A fin de cuentas sólo estamos ante una conjetura interesante que probablemente no se va a poder demostrar nunca.

Samuel, Lucía y Ainhoa están sentados alrededor de una mesa en la terraza de una de las cafeterías que han surgido como setas en la Plaza Mayor de Alzira. La hora de la mañana hace que el sol todavía no resulte molesto. El joven les ha contado con detalle a sus amigas la teoría de su abuelo sobre la causa de la muerte de doña Patricia, y las dos se han quedado francamente impresionadas, "flipadas", según sus propias palabras. Pero lo que ha sido un chute de euforia y especulaciones en Lucía, ha resultado totalmente diferente en Ainhoa, que apenas ha dicho palabra desde que Samuel ha concluido la exposición de su sorprendente teoría.

— ¿Y quién podría haber matado a doña Patricia? ¿Por qué lo haría?

—Lo más lógico sería pensar que fue algún ladrón que pretendería robar en la mansión y que fue sorprendido por la dueña. Pero no me imagino a un malhechor confesando sus pecados —dice Samuel.

—Es verdad. La confesión sugiere algo más personal. Si Patricia hubiese sido una mujer joven podríamos estar ante un crimen pasional, pero a su edad no parece razonable verla en semejantes trances.

— ¿Y una venganza? —sugiere Ainhoa, interviniendo en la conversación.

—Eso parece más probable —dice Lucía—, aunque según Bernardo, ella vivía alejada de todo contacto humano.

—Ya, pero aunque fuese poco, algún contacto tendría. No sé, compradores de naranja, comerciantes… —dice Samuel.

—Me cuesta creer que alguien pudiese matarla por algún trato

comercial incumplido. No, Samuel, yo quiero ver en un asesinato algo más personal, más visceral…

—Entonces, no se me ocurre pensar en una causa razonable.

—Tal vez un agravio antiguo… —vuelve a intervenir Ainhoa.

—Si fuese algo así, tal vez la correspondencia con Benlliure o el libro de contabilidad podrían aportar algo, pero no sé. Me parece que lo único que vamos a conseguir es dar palos de ciego, aunque, ahora que recuerdo, hay algo en una de las cartas de doña Patricia que, considerado desde el punto de vista de Ainhoa, podría tener algo que ver. Es una de las últimas. Dejadme buscar… A ver, creo que es esta. Escuchad.

En Alcira a 20 de febrero de 1.907

Amado mío:

Después de muchos meses de sufrir tu indiferencia, me atrevo a escribirte de nuevo con la esperanza de que mi lamento no reciba el rechazo que todas mis cartas anteriores han recibido por tu parte. Me anunciaste que rehusarías todo lo que te llegase de Alcira y he visto, con dolor, cómo has cumplido tu palabra. A veces pienso que tu corazón es tan duro como el mármol en el que inmortalizas la belleza que tus manos crean.

Guardo todas las cartas que me has devuelto en una cajita como un tesoro, porque no pierdo la esperanza de que algún día te apiades de mí y accedas a mis súplicas. Entonces las leeremos juntos y sabrás cuanto he sufrido por tu desprecio, cuánto he anhelado tu amor… Eso servirá para que veas la firmeza de mis intenciones. Firmeza que me ha llevado a hacer algo que si no lo hubiera hecho por ti estaría corroyendo mi conciencia.

Sí, amor mío, he hecho algo muy grave que no me atrevo a dejar por escrito, pero lo he hecho para protegerte, para impedir que la fama y los éxitos que tan merecidamente te acompañan, se vean ensombrecidos por un escándalo. Algún día, cuando estemos juntos, te lo contaré y entonces te convencerás de la altura de mi amor.

Como ves, a pesar de todo, te sigo queriendo. Te sigo soñando…

Respóndeme, por favor. Necesito sentir que en tu pensamiento sigo ocupando un lugar, aunque sea pequeño.

Tuya por siempre

Patricia Casterá

—Bueno, parece que doña Patricia hizo algo grave, pero por la fecha de la carta, esto ocurrió más de cincuenta años antes de que la matasen. Mucho tiempo me parece a mí para llevar a cabo una venganza —dice Lucía que sólo había hecho una lectura superficial de los originales de las cartas.

—Tampoco podemos estar seguros de que fuese así —reconoce Samuel—. A fin de cuentas, por lo que se deduce de la correspondencia, doña Patricia estaba bastante trastornada.

—Así es —dice Lucía—. La pobre, deslumbrada por conocer en persona a un genio del arte, concibe en su mente una pasión romántica y al poco tiempo pierde trágicamente a sus padres. Para huir del dolor, se refugia en el amor y se ve rechazada, al principio con delicadeza y luego con bastante acritud. Sus humillantes súplicas sólo reciben desprecio e indiferencia. No es extraño que, ante tanto dolor, su mente se trastornase y acabase viviendo sola en la finca de la Casella, tal como te ha contado tu abuelo.

—Está claro, pero en cualquier caso siento curiosidad por saber a qué se refería doña Patricia en esta carta y por qué pensaba que le había hecho una especie de favor a Benlliure. ¿Qué opinas tú, Ainhoa? Llevas muy callada toda la mañana.

—Yo creo, por lo que acabas de leer en esa carta, que doña Patricia cometió un asesinato.

Sus compañeros de tertulia la miran con gesto de sorpresa.

—Caramba, Ainhoa, no te andas con chiquitas. Eso es muy fuerte. ¿En qué te basas para pensar así?

—Creo que ha llegado el momento de ser sinceros. Voy a contaros algo que no sabéis y por lo que de antemano os pido perdón. Especialmente a ti, Samuel.

— ¿Perdón? ¿Por qué? No entiendo nada —dice Samuel.

—Será mejor que te expliques —pide Lucía

—Empezaré desde el principio…

LAS FIGURAS DE MÁRMOL

—Inés, la rondallera, quiere verte.

— ¿Ha dicho qué quiere?

—No, pero parece muy preocupada. Sólo dice que es muy importante.

— ¿Le habrá pasado algo a su marido o a su hija?

—No creo. A Andrés lo vi ayer y estaba bien, parecía contento. De la niña no sé nada…

—Bueno pues la recibiré y saldremos de dudas. Pero no la hagas pasar inmediatamente. Deja que pasen cinco minutos.

Patricia Casterá está sentada en una mecedora junto a la ventana de la habitación de la planta baja que hacía la función de despacho de su padre. Una gruesa manta le cubre las piernas para combatir el frío de aquel mes de febrero. En la vivienda de los Casterá no están permitidos los braseros desde el trágico fin que tuvieron sus dueños, los padres de Patricia. En su regazo, un libro de poesías con el que alimenta la necesidad de amor que la vida se empeña en negarle. Junto a ella, en una mesita auxiliar hay un espejo de mano. Lo toma y se mira en él. Todavía se ve hermosa, atractiva. Se cuida porque sabe que la belleza es algo que necesita mantener para gustarle a quien ha hecho de la belleza la razón de su existencia. Mientras coloca en su lugar un pequeño mechón que ha escapado del rígido peinado que corona su hermosa cabeza, recuerda la última vez que vio a la hija del rondallero. Fue en el día de su boda con Andrés. Como patrona del marido fue una de las invitadas preferentes de la boda y asistió complacida porque sabía que con ella evitaba un problema al hombre que se había convertido en la razón de su existencia. Su regalo fue el mobiliario de la habitación del matrimonio que sería, con diferencia, lo mejor de la modesta casa en la que la nueva pareja iba a vivir. Pero también quiso más adelante hacerles un regalo más personal y dibujó al carboncillo un retrato de la pareja posando como lo harían ante un fotógrafo. Nunca llego a darles el dibujo porque la llegada de unas cajas procedentes de Madrid le hizo enloquecer de rabia y celos. Eran cuatro cajas, tres pequeñas y una más grande hechas con maderas de calidad. Intuía que había en las pequeñas. Mariano le había hablado, en alguna de sus cartas, de su intención de hacer unas reproducciones de los dibujos que ella había dejado precipitadamente en la puerta de

la habitación de la torre, que hacía de estudio improvisado del escultor. Se trataba de una interpretación que ella había hecho con ilusión casi infantil para agradarle. Pero Patricia no tenía idea de qué podía haber en la mayor, así que ayudada por Angelita, el ama de llaves, había abierto en primer lugar la caja mayor. Al levantar la tapa, descubrió con el corazón desbocado una cabeza de mujer. Soñando que era ella la protagonista de la escultura inesperada, logró controlar el temblor de sus manos lo suficiente como para sacar con cierto esfuerzo la escultura de su interior. Mientras lo hacía, pensaba que aquel regalo inesperado era un intento de desagravio, una posibilidad de que ella viera materializado su sueño de amor.

Fue Angelita quien la sacó de su error, la que le hizo ver lo que su corazón herido no quería aceptar.

—Virgen Santísima. Es Inés, la rondallera.

Efectivamente. Una figura, que desprendía una sensualidad que amenazaba con derretir el mármol finísimo que la contenía, representaba a una mujer joven que escurría la cola de su pelo sujetándola con las dos manos. Su boca entreabierta y sus ojos cerrados expresaban el placer que su cuerpo sentía ante la caricia del agua. Su busto ingrávido asomaba parcialmente tras la prenda mojada que se adhería a él como una segunda piel mostrando su belleza. El rostro, no había ninguna duda, era el de la mujer a la que Patricia había odiado desde el momento en que la vio recibiendo de su amado el beso y las caricias que ella había ido a buscar subrepticiamente. La mujer que, por lo que había sabido después, había concebido en su vientre el fruto de la pasión que todavía soñaba alcanzar. La perfecta fidelidad con la que el escultor había reproducido su rostro confirmaba una de las características más destacables de Benlliure: su realismo, pero, al mismo tiempo, casi con la misma meticulosidad con que había sido reproducido, había destrozado su corazón.

Tras unos minutos de silencio, ordenó a Angelita que le trajese un martillo. El ama de llaves no pareció entender. Tuvo que apremiarle con aspereza y al instante regresó la aludida con un pequeño mazo. Iba Patricia a destrozar la obra que tanto daño le hacía, pero ni siquiera llegó a levantar el martillo. Era demasiado bella. Si lo hacía estaría, de alguna manera, destruyendo una parte de su amado, una de sus obras. Así pues, dejando caer el martillo en el suelo, incapaz de mantenerse en pie, buscó un asiento y se derrumbó en él. Su comportamiento, acentuado por un llanto de niña desamparada dejo a Angelita tan confundida como conmovida. Finalmente, compartiendo el llanto con Patricia, se abrazó a ella sin saber por qué lloraban.

Cuando Patricia recuperó cierta entereza, ordenó a Angelita que volviese a guardar la escultura en su caja. La tarea era demasiado

dura para una mujer mayor, así que Patricia tuvo que ayudarla. Fue entonces cuando vio el sobre en el fondo de la caja. Lo abrió precipitadamente. Las lágrimas que todavía no habían abandonado del todo sus ojos no le impidieron distinguir la caligrafía característica del protagonista de sus sueños. En una breve nota, escrita de manera impersonal, le pedía que le hiciese llegar la escultura del torso a Inés, en agradecimiento a los servicios que le había prestado durante su estancia en villa Lolita. Patricia rompió la hoja en mil pedazos. Por supuesto no iba a entregar la escultura a Inés. Ni siquiera iba a abrir el resto de las cajas. A continuación ordenó a Angelita que buscase ayuda para llevarse las cajas y que las guardase en el desván. No quería volver a verlas nunca más.

Los recuerdos dolorosos que la visita de Inés ha traído a la mente de Patricia se interrumpen cuando Angelita, tras golpear en la puerta con suavidad, pide permiso para que entre la visita que aguarda junto a la puerta de entrada.

—Que pase —autoriza Patricia con frialdad.

Inés entra en el despacho con timidez. Se diría que no se atreve a mirar a la dueña de la casa a los ojos. En el centro de la habitación, con la mirada fija en el mosaico del suelo aguarda a que la mujer que allí reina le dé permiso para hablar. Patricia la mira con desprecio. No puede dejar de pensar que ella, una humilde criada, ha gozado aquello por lo que ella daría gustosa la vida. Que tal vez sea el motivo por lo que su amado escultor se niega a concederle la oportunidad que de una manera tan humillante le ha suplicado una y otra vez.

Tras unos instantes de incómodo silencio, autoriza a la visitante a hablar.

—Señora, disculpe que venga a molestarla. Le aseguro que si pudiera no la incomodaría, pero estoy desesperada y necesito su ayuda.

— ¿Qué te pasa? —pregunta Patricia con aspereza

—Es que no sé cómo empezar…

— ¿Está bien tu hija? Antonia se llama, ¿no? —pregunta Patricia, tratando de abreviar la entrevista que nada le apetece mantener.

—Sí, señora. Gracias a Dios, está muy bien.

— ¿Tienes problemas con Andrés, tu marido? Me extrañaría, porque me consta que es un buen hombre, trabajador, honrado y que siempre te ha querido con locura…

—No señora, Andrés no me trata mal. Al contrario… El problema lo tengo yo, exclusivamente.

—Pues explícate de una vez, que no tengo toda la mañana para perderla contigo.

—Verá, señora. El problema que tengo es que yo no amo a

Andrés.

—Acabáramos. ¿Es eso un problema? Entonces más de la mitad de las mujeres de esta ciudad tienen el mismo problema que tú y no lo saben. Tú no tienes que amar a tu marido. Te tienes que dar por satisfecha con que no se emborrache y no te maltrate. Que sea un hombre cabal, y me consta que Andrés lo es, y mucho. Cuántas mujeres se sentirían dichosas si estuvieran en tu situación y pudieran compartir casa y cama con él, y tú, en cambio, dices que tienes un problema. Francamente, no te entiendo.

—Señora, usted debería entenderme porque es la única que conoce mi secreto…

—Efectivamente y creo que en su momento te di un buen consejo que tú tuviste el buen criterio de seguir, y pensaba que no te había ido mal.

—Así es. Siguiendo su consejo, me entregué a Andrés en villa Lolita. Él, que siempre había estado enamorado de mí, pensado que me había deshonrado, me pidió inmediatamente que fuese su esposa. Yo acepté y lo demás usted ya lo sabe. Nos casamos, y siete meses después nació Antonia. Mi suegra hizo algún comentario sobre lo desarrollada que estaba la criatura para ser sietemesina y lo poco que se parecía a nadie de la familia de Andrés. Pero mi marido la hizo callar de malos modos y mi suegra no volvió a hacer ningún comentario. Andrés es muy feliz y quiere a la niña con locura. Yo, en cambio, he tratado por todos los medios de amarle, pero no lo he conseguido.

Él me toma cada noche con una fuerza que no sabía que podía existir, pero yo tengo que imaginar que son otros brazos los que me estrujan, otros besos los que comen mi boca para tratar de sentir la pasión que sólo he sentido con quien usted sabe…

Un incómodo silencio se adueña de la habitación donde la hija del rondallero desnuda su alma ante la mujer en la que cree poder confiar. Ella teme haber sido demasiado explicita ante una señora refinada que, a buen seguro, poco hablará de semejantes temas. La señora calla tratando de controlar la mezcla de rabia y celos que casi no la deja respirar. Finalmente, la hija del rondallero continúa con su problema:

—Es caso es, señora, que ya no puedo más. No puedo seguir con esta vida. Necesito hablar con don Mariano, tengo que decirle que le amo, todavía más que cuando fui suya, que no se vivir sin sus besos, sin sus caricias, sin su cariño… Necesito que me ayude. Tiene que darme su dirección para que yo vaya a buscarlo en Madrid.

— ¿Te has vuelto loca? ¿Tú sabes lo que estás diciendo? ¿Pretendes irte a buscar una quimera arrastrando a tu hija a una aventura que nunca terminará bien? Tu marido te denunciará y será

cuestión de tiempo que la guardia civil te traiga esposada de regreso. ¿Te imaginas el escándalo y la vergüenza para toda tu familia, especialmente para tu hija?

—No pienso llevarme a mi hija. Nunca le haría eso a Andrés. Él piensa que la niña es suya y la quiere con toda su alma. La niña se quedará con él.

— ¿Estás dispuesta a renunciar a tu hija por ese amor disparatado que no tiene ningún futuro?

—Cómo se nota que usted nunca ha sentido lo que es el verdadero amor, señora. Si lo hubiera conocido entendería mi desesperación. No me importa nada de lo que me pueda pasar. Ni siquiera soy capaz de imaginarlo. Sólo quiero volver a verlo, estar con él, sentirlo de nuevo dentro de mí, aunque sólo sea por una vez. Estoy segura de que si consigo verlo, él no me dejará marchar porque sé, que aunque fue por un breve periodo de tiempo, yo también dejé en él una marca imborrable.

Inés pronuncia estas últimas palabras con orgullo, casi con tono de desafío. Se nota que cree en lo que está diciendo, pero aquella muestra de carácter no va a ayudarle a conseguir su propósito. Al contrario, sin saberlo acaba de firmar su sentencia de muerte.

LAS RAZONES DEL AMOR

Los compañeros de tertulia de Ainhoa la miran expectantes. Ella se mira las manos en silencio, deja que pasen unos segundos que aprovecha para ordenar en su cabeza los argumentos en los que va a basar su exposición. Finalmente, tras un carraspeo nervioso, dice:

—No he sido sincera con vosotros. Especialmente contigo, Samuel. Para empezar, no estoy preparando ninguna tesis doctoral sobre la estancia de Sorolla o Benlliure en nuestra ciudad.

— ¿Por qué me buscaste entonces? ¿Por qué me mentiste?— pregunta Samuel desconcertado.

—Quería tener una coartada para investigar, en primera fila, algo que es muy importante para mí.

— ¿Pues no acabas de decir que no estabas preparando ninguna tesis? —interviene Lucía molesta, aunque todavía no tiene claro por qué está así.

—Se trata de una vieja historia. Una especie de enigma que ha vivido en mi familia desde muy antiguo y que ha ido transmitiéndose de generación en generación hasta llegar a mí. La madre de mi bisabuela, Inés Ballester, desapareció misteriosamente en la época en que se esculpieron las figuras que tú encontraste. Se dice que abandonó a su marido, mi tatarabuelo, Andrés Ferrús, y a su hija, Antonia, mi bisabuela, que por entonces aún no había cumplido cuatro años. Aquella desaparición tuvo cierto protagonismo en los comentarios de la sociedad alzireña porque ella era relativamente conocida por ser hija del "rondallero". Si no recuerdo mal, en las Crónicas del siglo XX que publicó la falla Pintor Andreu, recopiladas por Aureliano Lairón, hay una referencia al tema.

— ¿Qué es un rondallero? —pregunta Samuel

—Era una persona que se ganaba la vida contando rondallas. Tu abuelo nos habló de ellas, ¿recuerdas? Seguramente habréis leído alguna en clase de valenciano. Se han usado bastante como textos de trabajo en esa asignatura.

—Es verdad —interviene Lucía—, recuerdo haber leído una titulada "El llenyater de Favara".

—Lo cierto es que el hombre era bastante conocido, no sólo en Alzira, sino también en los pueblos de alrededor, y por ello la desaparición de su hija estuvo en boca de todos los habitantes de la

comarca. Se hicieron muchas conjeturas. Algunos decían que se había fugado con un amante, otros que se habría ahogado en el río y que la corriente habría arrastrado su cuerpo al mar. En aquel entonces el caudal del Júcar era mucho más poderoso de lo que vemos ahora. Incluso alguien, viendo la entereza con la que su marido afrontó la desaparición de Inés, llegó a sospechar de él, aunque todos sabían que Andrés Ferrús amaba con locura a su esposa. Pasaron los años y la esposa nunca regresó. La gente fue olvidando el suceso en beneficio de nuevos afanes y nuevas tragedias que siempre han formado parte de la historia de nuestra ciudad. Andrés nunca se volvió a casar. Parecía que esperaba que en algún momento regresase su esposa junto a él y a su hija. Antonia, mi bisabuela, creció sin madre y nunca asimiló el trauma o la vergüenza de su desaparición. Ese hecho ha formado parte de la tradición familiar a través de generaciones, aunque, lógicamente, ha ido atenuándose por el paso del tiempo hasta ser una simple anécdota familiar que ya nadie cuenta. A mí, en cambio, siempre me ha subyugado. Siempre lo he considerado un misterio que lamentablemente nunca se iba a resolver. Tengo una fotografía, la única que se conserva de ella, tomada el día de su boda. También tengo su anillo de boda que ha ido pasando de una generación a otra sin que ninguna de las mujeres se haya atrevido a usarlo, como si contuviese una maldición, o algo así. Inés era una mujer muy hermosa y su marido un hombre fuerte de mirada noble que, seguramente, no merecía lo que le pasó.

— ¿Qué tiene que ver todo esto con las esculturas y con Benlliure? —pregunta Samuel con cierto tono de impaciencia.

—Cuando encontraste las esculturas por accidente se publicaron muchas imágenes del hallazgo. La más reproducida era la del torso de la mujer. Tardé un poco, pero finalmente me di cuenta que mostraba un parecido asombroso con la imagen de mi antepasada.

— ¿No pensarás que era ella? —dice Lucía con escepticismo.

—No lo pienso. Estoy segura de que era ella. El torso de la mujer que apareció en villa Lolita era de mi tatarabuela, Inés Ballester, la hija del rondallero.

— ¿Cómo puedes estar segura? —insiste Lucía, ahora con cierta inquietud, pues todavía no puede demostrar de manera indiscutible la propiedad de la mejor pieza de las encontradas—. Un simple parecido, por exacto que sea no es prueba de nada.

—En el cartapacio de doña Patricia había un dibujo de una pareja. ¿Lo recordáis? Estuvimos de acuerdo en el parecido de la mujer con la de la escultura, ¿no? Pues bien, os demostraré que el hombre dibujado es mi tatarabuelo cuando veáis la foto de la que os hablo. Pero eso no es todo. Andrés Ferrús fue el capataz de las tierras de los Casterá hasta su muerte. Inés también tuvo relación con la

familia. De hecho, he encontrado en el libro de contabilidad un pago a su nombre por servicios prestados poco después de la estancia de Benlliure en la mansión. En esa época todavía no estaba casada con Andrés, pero es indiscutible que coincidió con el artista en la mansión. No es difícil pensar que si era una mujer hermosa sirviese como modelo al escultor.

—Bien, admitamos que la mujer de la escultura era tu tatarabuela —dice Samuel— ¿Qué tiene que ver ella con la idea que has manifestado de que doña Patricia cometió un asesinato? No pensarás que la víctima fue tu antepasada.

—Así es. Eso es exactamente lo que pienso.

—Me parece que estás haciendo un ejercicio de imaginación alucinante —interviene ahora Lucía— ¿Cómo llegas a esa disparatada conclusión?

—Hay dos hechos fundamentales. En primer lugar están las cartas de doña Patricia. En ellas se nos muestra a una persona desequilibrada que vive el amor hacia Benlliure como una obsesión absolutamente perturbadora. Es evidente que, aunque sea por amor, ella estaba loca y así la conocían en la ciudad: la loca de la Casella. ¿No es así? Pues bien, una persona demente bien puede cometer un crimen impulsada por los celos. ¿A qué podría referirse cuando en la carta que acabamos de leer dice que ha hecho por Benlliure algo horrible? Por otra parte, no me parece una casualidad que la carta de la que hablamos esté fechada poco después de la desaparición de la hija del rondallero.

— ¿Y por qué piensas que iba a tener celos de tu tatarabuela? —Pregunta Lucía —Reconozco que la mujer representada en la escultura, suponiendo que sea tu antepasada, era una mujer hermosa, pero, no te ofendas, dudo que estuviera al nivel intelectual que pudiera ser de interés a un escultor que se encontraba en la cresta de la ola de su fama y prestigio, dentro y fuera de España. Doña Patricia también era muy hermosa y, por lo que vemos en las cartas, se mostraba totalmente ofrecida al artista. Benlliure, probablemente a esas alturas de la vida lo que menos desearía era tener líos de faldas, por eso rechazaba a Patricia. ¿Por qué habría de liarse con una sirvienta hasta el punto de despertar los celos de ésta?

—El amor no es siempre racional. De hecho casi nunca lo es. Por eso a veces nos enamoramos de quien no debemos… ¿Acaso no te has enamorado alguna vez de alguien que quizás no estuviese a tu altura?

Samuel escucha esas palabras y piensa que está dirigidas a él, y por unos instantes agacha la cabeza, avergonzado, pero inmediatamente recuerda que sus más íntimos pensamientos sólo han visto la luz ante su hermana y ante su abuelo. Así pues, tratando de

rehacerse dice:

—Yo pienso lo mismo que Lucía. Me parece demasiado novelero lo que estás contando.

—Entonces ¿Por qué tenían las esculturas escondidas? ¿Por qué no disfrutar de su belleza? ¿Por qué no mostrarlas con justificado orgullo? o en un momento dado ¿Por qué no intenta sacar provecho vendiéndolas? Las obras de Benlliure estaban en aquel momento muy cotizadas.

—Tengo que reconocer que es absurdo. No puedo dar una explicación coherente —responde Lucía—. Aunque, bien pensado, quizás el afán por esconderlas sea una prueba más de lo que tú sospechas. Un intento desesperado de que no relacionasen las esculturas con la mujer desaparecida y sugiriesen algún tipo de relación de Inés con Benlliure. ¿Tú qué piensas, Samuel?

—No sé qué decir. Yo os he expuesto la teoría de mi abuelo sobre la posibilidad de que a doña Patricia la asesinasen y ahora Ainhoa nos plantea otra teoría sobre otro asesinato, presuntamente cometido por ella. Esto me parece demasiado. Sigo pensando que toda esta argumentación es muy interesante, pero es muy débil. Incluso lo sería para una novela negra de época. Estamos hablando de conjeturas, pero no hay ninguna prueba seria que las demuestre. Lo cierto es que, después del tiempo transcurrido, lo único que se va a poder escribir sobre la muerte de doña Patricia y la desaparición de la antepasada de Ainhoa es una obra de ficción y no un ensayo periodístico serio. Así pues, me voy a tener que conformar con hablar de la presencia de Benlliure en la ciudad y de la pasión desesperada que fue capaz de despertar en una mujer que murió loca de amor.

—Veo que te gusta leer ¿No es así, Samuel? —Pregunta Lucía con una sonrisa que empieza a resultarle perturbadora— ¿Qué tipo de novelas prefieres?

—No se… No soy precisamente un gran lector. Últimamente le leído un par de novelas de un escritor que es amigo de mi abuelo. Son novelas bastante entretenidas y tienen la particularidad de que su acción se desarrolla principalmente en Alzira.

—Vaya, es curioso. Habrá que leer alguna. ¿Me las puedes prestar? A mí me encanta leer.

—Son de mi abuelo, pero no creo que tenga ningún inconveniente en prestártelas.

— ¿Por qué no vamos luego a ver a Bernardo y se las pido? Siempre es agradable hablar con tu abuelo.

—Vale.

Ainhoa, observa con decepción que Lucía aprovecha cualquier pretexto para coquetear con Samuel. Ni siquiera la interesante confesión que acaba de hacer, acompañada por su teoría sobre un

asesinato, logra distraerla de su propósito de conquistar su amor. La tristeza le embarga súbitamente porque ella no renuncia a conseguir el amor de Lucía, a la que ama en silencio, prácticamente desde que la vio por primera vez. El amor que siente por Lucía es el más grande que ha experimentado hasta ese momento de su vida y está empezando a convertirse en una obsesión, aunque todavía no se dé cuenta de ello.

Más tarde, después de haberse despedido con bastante frialdad de la sonriente pareja, en la intimidad de su habitación, mientras soba entre sus dedos el anillo de oro de su antepasada y mira sin ver lo que hay en un rincón, piensa en su teoría sobre su muerte. Ainhoa está convencida de que Patricia mató a Inés por celos y se pregunta si ella sería capaz de matar por amor, si sería capaz de eliminar cualquier obstáculo que le impidiese alcanzarlo. No le escandaliza llegar a la conclusión de que si ello sirviera para estremecerse de ternura y placer entre los brazos de Lucía, lo haría sin pensarlo dos veces.

LA DELACIÓN

Una sombra de la conciencia que regía su vida, cuando todavía se podía considerar una buena persona, hace que Patricia titubee antes de llevar a cabo su propósito.

Frente a ella, estrujando la gorra con sus poderosas manos, Andrés Ferrús, el capataz que vela por las cosechas de sus campos, la mira en silencio con expresión interrogativa. Es evidente que está nervioso.

Efectivamente, Andrés está preocupado. El tono serio con el que su patrona le ha mandado llamar le hace pensar que hay algo en su trabajo que no satisface a la dueña, pero Andrés no consigue imaginar qué puede ser. Él dedica a las tierras de los Casterá todos los cuidados que necesitan y sus cosechas hacen palidecer de envidia a los demás terratenientes de la ciudad, pero el aire sombrío con que ella lo mira, le hace temer lo peor. Algo debe justificar que le hayan mandado llamar con urgencia y que la patrona ni siquiera le haya invitado a sentarse.

Patricia, vence finalmente los débiles escrúpulos que se oponían a su voluntad y le dice en un tono frío como el hielo.

—Te estás preguntando por qué te he hecho venir ¿No es así?

—Sí, señora. ¿Hay algún problema en las fincas que yo no haya visto?

—No, Andrés. Por lo que sé, mis fincas son las mejor cuidadas de todo el término municipal. Te he mandado llamar por otro motivo.

—Pues usted dirá, señora. Aquí estoy para lo que usted mande.

—Mira, Andrés, mi padre te apreciaba mucho. Decía que eras el mejor labrador de toda la comarca y así lo has demostrado siempre. Yo confío ciegamente en tu trabajo y espero que sigas ocupándote de mis tierras mientras puedas hacerlo. Así pues, no tengo nada más que hablar sobre ese asunto. Si te he mandado llamar es por un tema personal.

— ¿Personal? No entiendo señora.

—Se trata de tu mujer.

— ¿Inés? ¿Qué ha pasado? ¿Ha hablado con usted? ¿Le ha faltado el respeto?

—No exactamente. Pero hay algo sobre ella que debes saber.

—Me está usted preocupando, señora. Dígame qué sucede.

—Tu mujer te va a dejar. No te quiere, Andrés. No te ha querido nunca. Ella está enamorada de otro y os va a abandonar a ti a tu hija para irse tras él.

Andrés mira a su patrona con extrañeza, pero la sorpresa da paso inmediatamente a la cólera y, haciendo un esfuerzo sobrehumano para contenerse, dice al fin:

—Doña Patricia, no le voy a consentir que le falte el respeto a mi mujer…

—Te entiendo —le interrumpe Patricia—. Siempre la has amado con locura y veo que la sigues amando. Por eso te mereces saber la verdad de lo que está pasando.

— ¿Y qué es lo que está pasando? —escupe Andrés con el rostro congestionado por la ira.

—Te lo acabo de decir. Ella quiere a otro y te va a dejar.

—Eso es mentira. Usted se ha vuelto loca. ¿Cómo podría saber algo así, en el caso de que fuese verdad?

—Porque me lo ha dicho ella.

—No la creo. Usted está mintiendo y no entiendo por qué lo hace. Y si no es así, dígame: ¿De quién está enamorada mi mujer?

—De Mariano Benlliure, el escultor que estuvo en Villa Lolita hace unos años. Seguro que lo recuerdas. Merodeabas por la finca mucho más de lo necesario, precisamente porque sabías que estaba allí sirviendo en aquellos días.

— ¿Qué tonterías está diciendo? ¿Cómo iba a enamorarse de aquel hombre? Era un tipo mayor y no era guapo, precisamente…

—Veo que nada sabes del amor. Por lo visto haber amado sólo a Inés te ha hecho un ser incompleto en ese aspecto.

—Tal vez la que no sepa nada sobre el Amor sea usted, que nunca ha tenido interés por nadie.

Aquella afirmación, tan alejada de la realidad, proferida como un insulto, hace que la ira latente de Patricia se desborde y le arroje sus palabras como piedras.

—Tu mujer ama a ese hombre porque se entregó a él en aquellos días y porque fruto de aquel pecado concibió a la hija que crees que es tuya, Antonia.

—Señora, me voy a ir ahora mismo. Me temo que si continúo con esta conversación voy a perder la cabeza y voy a hacer algo de lo que me voy a arrepentir. Agradezca a la memoria de su padre, que en paz descanse, y al hecho de que es usted una mujer, que no le arranque la cabeza aquí mismo.

—Entiendo tu ira, Andrés. No me gusta ser quien te destroce el corazón, pero pienso que tenías derecho a saberlo. Una noche, fui a buscar al escultor para mostrarle unos dibujos y les vi besándose.

Tras unos instantes de estupor, el capataz recompone su ánimo

y dice:

—Eso podría creerlo. Inés era y es una mujer hermosísima y no es de extrañar que un artista depravado quisiera aprovecharse de ella. No sería el primer caso en el que los amos se aprovechan de las criadas, pero de ahí a afirmar que no me quiere y que Antonia no es mi hija, hay mucha diferencia. La niña es hija mía. Lo sé por que Inés y yo nos acostamos antes de casarnos y ella quedó embarazada.

—Lo sé, Andrés. Sucedió en Villa Lolita. Precisamente fue idea mía enviaros a los dos solos a la finca para que eso sucediese. Inés había venido a pedirme la dirección de don Mariano para decirle que iba a tener un hijo suyo. Yo la convencí para que abandonase esa intención que no la iba a llevar a nada bueno, ni para ella ni para la criatura que llevaba ya en el vientre. La convencí para que se casase contigo, pero tenía que ser de manera urgente para que tú no sospechases nada. Todos sabíamos que bebías los vientos por ella y que ella no te hacía ningún caso. ¿No te extrañó que se entregase a ti en la primera oportunidad en que estuvisteis solos?

Andrés mira al suelo tratando de contener su ira. El recuerdo gozoso de la primera vez en que hicieron el amor se acaba de revelar como un burdo engaño. Las lágrimas de felicidad que no pudo contener cuando por fin pudo abrazar el cuerpo sublime de Inés se mezclaron con las suyas. Él llegó a pensar que la joven se sentía avergonzada por haberse entregado a él en un momento de debilidad y que lloraba de arrepentimiento. Recuerda cómo secó aquellas lágrimas con sus labios mientras de su boca salían, torpes y balbuceantes, promesas de amor y fidelidad. Aquellos recuerdos, los más hermosos de su vida, no pueden ser un cruel engaño. Así pues, abrazándose a esos recuerdos, levanta la cabeza y mirando a su patrona a la cara le escupe:

—Es usted una embustera. No la creo ni tampoco soy capaz de entender por qué me miente, por qué quiere usted hacernos daño.

Patricia se levanta de su asiento y se dirige a un rincón de la sala. Encima de una mesita hay un objeto cubierto con un lienzo. Lo retira lentamente y descubre el torso de Inés. Andrés no es capaz de interpretar aquel gesto ni de entender que tiene que ver aquella escultura con lo que están hablando.

—Acércate Andrés. Dime si la reconoces.

El capataz da unos pasos hacia la escultura y de pronto su corazón se vuelve de la misma piedra de la que está hecha la figura que contempla. Inés, su amada Inés, escurre la cola de sus cabellos con una sensualidad y un placer que él no ha sido capaz de despertar en ella después de varios años de matrimonio. Se acerca un poco más embelesado por el realismo de la imagen y trata de acariciar con sus

dedos encallecidos la boca entreabierta de la sugerente figura. Cuando su piel entra en contacto con el frío mármol, siente un escalofrío que le hace comprenderlo todo. La calidez y la sensualidad que la figura sugiere resulta al final sólo una apariencia, porque la escultura está hecha sobre materia muerta. Ahora comprende por qué cuando, loco de pasión, busca cada noche el cuerpo de su querida Inés, sólo recibe la fría respuesta de un cuerpo inerte, frío como el mármol que acaba de acariciar.

Sin decir palabra, da media vuelta y abandona la sala. En la calle observa que ya ha anochecido y que empieza a llover. Los pocos transeúntes que caminan por ella aceleran el paso en busca del refugio de sus casas y nadie repara en su presencia, por lo que nadie puede darse cuenta de que Andrés Ferrús está llorando.

Cuando abre la puerta de su casa la sensación que le embarga es muy distinta de la que lo hace habitualmente. Él siempre llega ilusionado, ansioso por besar y abrazar a su pequeña Antonia y por amar a su querida Inés, soñando que por fin va a ser capaz de despertar en ella la pasión que anhela y que todavía no ha sido capaz de provocar. Ahora abre la puerta con miedo. Andrés tiene miedo de enfrentarse a una realidad que no se siente capaz de asumir. Ha aceptado con resignación la frialdad conyugal de Inés, confiando en que el tiempo y la convivencia le ayudarán a alcanzar la intimidad que desea. De hecho esa frialdad no es extraña en muchos matrimonios que conoce, pero lo que no puede soportar es enfrentarse al engaño que ha supuesto su matrimonio con Inés, y mucho menos a la idea de que Antonia no es sangre de su sangre.

La pequeña Antonia no sale a recibirle con su alegría y su gracioso parloteo. Debe estar ya acostada. En la cocina se oye ruido de cacerolas y platos, pero el olor que le llega desde ella, que habitualmente estimula sus ganas de comer, le resulta repugnante por primera vez. Andrés no sabía a qué huele la traición.

Le recibe Inés con gesto serio. Se diría que ha llorado. Como él. Se miran en silencio hasta que finalmente Inés habla.

—Vienes tarde. La niña ya está durmiendo.

Andrés no responde. Se limita a escrutar su rostro con la esperanza de encontrar un rasgo, una señal que le demuestre que todo lo que acaba de oír de boca de doña Patricia es mentira. No lo encuentra.

— ¿Te pasa algo? —pregunta Inés como si realmente le importase.

Silencio

— ¿Por qué me miras así? ¿Qué sucede?

—Dime Inés. ¿Antonia es hija mía?

EL AMOR DE LUCÍA

En la autovía por la que Lucía regresa a Valencia un camión ha volcado y ha cortado la circulación en su sentido. Los conductores de los coches inmovilizados a su alrededor han perdido la paciencia y están empezando a hacer sonar sus bocinas con nerviosismo. Agentes de la guardia civil de tráfico, movilizados por el siniestro, circulan entre las filas de coches precedidos por el flash azul de sus luces y el crispante sonido de sus sirenas. Van a tratar de habilitar un carril en el sentido contrario o a desviar el tráfico para tratar de que el atasco no crezca hasta dimensiones inasumibles. Pero ella en el interior de su automóvil está aislada de cuanto le rodea, porque su mente aprovecha la situación de forzosa inactividad para analizar lo que le está pasando desde hace unos días.

En el asiento del copiloto descansa la novela “El llanto del comisario” que el abuelo de Samuel le ha prestado, recomendándoselo encarecidamente. Lo va tener que leer, a pesar de que no le apetece demasiado arriesgarse con un autor desconocido. Ella prefiere leer a apuestas seguras, como a clásicos o a autores de reconocido prestigio, algunos best sellers y cosas así, pero ha tenido que mostrar interés por aquella novela para tener la oportunidad de relacionarse con Samuel, ya que la investigación que les une momentáneamente va a terminar más pronto que tarde, y ella quiere tener motivos para seguir viendo a Samuel porque, aunque se resista a aceptarlo, sabe que se ha enamorado de él.

Hace apenas unas horas en una conversación en la terraza de una cafetería de la plaza Mayor, Ainhoa ha dicho algo referido a que el amor es irracional y que a veces nos enamoramos de quien no debemos. Lucía no piensa que no deba haberse enamorado de Samuel, lo que sí que está segura es de que se trata de un enamoramiento absolutamente irracional.

Apenas lo conoce. No sabe ni siquiera si es una buena persona, pero se enamoró de él casi desde el primer momento en que lo conoció. Ella es todavía joven, muy joven, pero no es una adolescente soñadora de las que pueden perder la cabeza por cualquier niñato guapito. De hecho Lucía siempre se ha considerado mucho más madura de lo que a la edad le correspondía en cualquier momento de su vida. Si lo piensa, apenas tiene recuerdos sobre sentimientos de

adolescencia, lo que le hace asumir, a veces con cierta tristeza, que se ha saltado esa etapa de su vida, o como dice su admirado Joaquín Sabina en una de sus canciones que "alguien le ha robado el mes de abril". Como consecuencia de ello, siempre ha sido una persona racional, poco emotiva y ha triunfado en todo aquello que se ha propuesto. Es una excelente abogada que podría brillar en cualquier bufete de prestigio, si no fuera porque los importantes asuntos de las empresas que hacen de su patrimonio familiar uno de los más importantes de la Comunidad Valenciana, la requieren constantemente, para satisfacción y tranquilidad de sus padres y sus tíos.

Ella sabe que es hermosa y así se lo recalcan, tratando de halagarla, los innumerables pretendientes que ha tenido desde que se convirtió en mujer, pero ninguno ha encajado en el hueco que tiene reservado para completar su alma, pues éste es como la pieza del puzle imposible de encontrar. Algunos de sus pretendientes lo eran también de su fortuna, lo cual les ha hecho inmediatamente indignos de su amor. Otros, de su nivel económico, le han resultado insoportablemente superficiales o, directamente, gilipollas. Sólo unos cuantos, los menos, le han parecido lo suficientemente atractivos para mantener un escarceo sexual, que nunca ha ido más allá de unos pocos encuentros y que siempre han terminado por su propia iniciativa, para desconsuelo de los afortunados invitados a su cama.

Sin embargo, cuando vio a Samuel por primera vez, después de haber concertado una cita telefónica en su despacho para hablar sobre las esculturas, sintió una atracción irracional que a día de hoy todavía no es capaz de explicarse. Samuel es unos años más joven que ella, lo cual no tiene por qué ser un inconveniente, pero tampoco es lo más habitual, especialmente para una persona tan madura como ella. Su nivel económico y social es bastante inferior al suyo, pero eso para ella no supone ningún impedimento pues Lucía, que es riquísima de nacimiento, no tiene interés en fortunas ajenas, ni lo tendría aunque fuese pobre. El nivel cultural de Samuel tampoco es deslumbrante, a pesar de estar terminando una carrera universitaria. Es guapo, eso sí, pero no más de lo que han sido algunos de sus amantes. Así pues, Lucía se siente atraída por él por "razones irracionales" y eso es algo que a una mujer que no ha conocido la adolescencia le asusta un poco. Tal vez, piensa, ha llegado a un momento de su vida en la que, a falta de alguien que la llene como anhela, ha tenido que inventarse a un candidato y ese ideal se ha materializado alrededor del muchacho de Alzira de mirada triste.

Finalmente, cuando el tráfico colapsado empieza a dar los primeros signos de movimiento, Lucía cree haber encontrado la razón por la que piensa que está enamorada de Samuel. Tiene la absoluta

seguridad de que él tiene una capacidad infinita de amar, de entregarse en cuerpo y alma a la mujer que lo acepte como es, y eso es lo que ella buscaba sin saberlo. La entrega incondicional, la que ella también está dispuesta a llevar a cabo con la persona que merezca la pena y que cree, por fin, haber encontrado.

Por una extraña asociación de ideas, Lucía piensa ahora en Ainhoa, la amiga de Samuel. La joven paliducha que le lanza lánguidos mensajes de amor, en forma de miradas y gestos, y que ella ha conseguido aparentar que ignoraba para que no se sintiese mal. Es evidente que la joven es una dulce lesbiana que hará las delicias de aquellas más masculinas que quieran darle placer, pero esa no va a ser ella, ni mucho menos. Lucía es muy liberal y tiene amigos y amigas que buscan relaciones y sentimientos más allá del género en el que han nacido, y le parece muy bien, pero ella, para estos asuntos, es más que convencional y cree firmemente que la relación perfecta necesita del equilibrio que le dan los contrarios. Pero no es esta cuestión la que le hace pensar en Ainhoa, sino su revelación sobre su auténtico interés en la investigación, que ha dejado mosqueado al pobre Samuel, y sobre la interesante teoría sobre la desaparición de su antepasada. Es curioso, piensa, si efectivamente las cosas sucedieron tal como ella imagina, su antepasada, Patricia Casterá, asesinó a la antepasada de Ainhoa, Inés Ballester, la hija del rondallero. Las cartas que ella había leído hablaban de la estancia de Benlliure en Villa Lolita, del amor desesperado que se había despertado en el corazón de Patricia, del desdén del escultor que, sin reconocer haber tenido romance alguno con Inés, esculpe, asignándole su rostro y, muy probablemente, su cuerpo, una figura de una sensualidad que el frío mármol no podía enmascarar. Luego, según Ainhoa, Inés desaparece misteriosamente y las obras de Benlliure, en lugar de exhibirse con orgullo, se ocultan. La verdad es que, a falta de otras pruebas, una acusación resultaría inconsistente, especialmente hoy, con leyes democráticas que están sometidas al principio de presunción de inocencia, pero, en cualquier caso, la situación daría pie a una interesante investigación policial. También podría ser el argumento de una dramática historia de amor. Lástima que todo sea una historia del pasado y que nunca se vaya a poder descubrir la verdad.

Lucía mete la primera velocidad para iniciar la marcha. Al hacerlo mira de nuevo la portada de la novela que le han prestado. Le ha dicho Bernardo, el abuelo de Samuel que también es una novela de amores trágicos. De pronto siente ganas de leerla. La empezará esa misma noche. Tal vez aprenda de ella la manera de que el suyo nunca llegue a serlo.

LA ABUELA JULIETA

Ainhoa camina hacia la casa de su abuela Julieta. Hace ya algún tiempo que no la visita. Obsesionada por la investigación personal que ha estado llevando a cabo con Samuel y con Lucía, casi no se ha acordado de ella, cuando debería haberlo hecho, precisamente por esa investigación. Su abuela es su mejor amiga. Es curioso, piensa, que en muchos casos se dé una mejor relación entre abuelos y nietos que entre padres e hijos. Le pasa a ella con su abuela materna y a Samuel con su abuelo Bernardo. Alguien dice que es porque los abuelos se relacionan con sus nietos sin la responsabilidad del educador que corresponde, de manera lógica y natural, a los padres. Que los abuelos, después de haber sido los educadores de sus propios hijos, se entregan sin reservas a una relación de juegos y de confianza con sus nietos que disfrutan con fruición. En su abuela Julieta, que había sido maestra nacional, como se decía entonces, el afán estaba doblemente justificado, pues se había pasado la vida entera educando a niños y niñas ajenas. Lo cierto es que ella, desde que tiene memoria, sólo conserva de su abuela Julieta recuerdos de felicidad, materializados en mimos, caricias y risas. Su abuela fue la primera persona a la que se atrevió a manifestar su homosexualidad. Lo hizo con temor porque no estaba segura de cómo ella, una mujer de una generación muy distinta a la actual, podía tomar aquella revelación. Pero Ainhoa no quería ni podía seguir fingiendo lo que no era. Necesitaba desprenderse de aquella coraza de ocultación y vivir su condición con libertad, con orgullo. Los padres de Ainhoa eran bastante conservadores en esa materia y en alguna ocasión les había oído hablar con desprecio de maricones y tortilleras, así que ella mantuvo oculta su orientación hasta que al cumplir dieciséis años, en una conversación privada con su abuela, le confesó la verdad.

—Me alegro por ti —le dijo cuando escuchó la confesión, dejando a Ainhoa absolutamente confundida—. Me alegro por que vivas en una época en la que tus deseos se contemplan con casi absoluta normalidad. Y digo casi, porque todavía quedan trogloditas, de ambos sexos, que consideran tu orientación como una tara o como un vicio. En mi juventud habrías sido estigmatizada, marcada para toda la vida. Eso si no te metían en la cárcel. Porque en mi época, también había lesbianas y no eran pocas las mujeres que, en un

ambiente propicio, exploraban con morbo una variante de la sexualidad que no podía dejarlas embarazadas. Yo estoy segura de que, con la mentalidad de hoy en día, muchas habrían "salido del armario", como se dice ahora.

— ¿Tú también lo probaste, abuela?

—No, cariño. Yo siempre me sentí atraída por los hombres, y cuando tuve la oportunidad de "probarlos" se me quitó de la cabeza cualquier idea de tener sexo de otra forma —dijo la abuela con una sonrisa pícara que provocó una sonora carcajada en su nieta.

La abuela Julieta tiene ochenta y cinco años y siempre ha gozado de una salud de hierro, pero últimamente anda un poco pachucha y casi no sale de casa, así que Ainhoa, que sabe que es su nieta favorita, se siente un poco culpable por haberla dejado de lado durante tantos días. Cuando la vea, se mostrará especialmente cariñosa con ella, bien pensado, pasará antes por el Delicatessen de Salva Llopis y le comprará una bandeja de pasteles. Su abuela es una golosa impenitente y suele merendar allí, sola o acompañada de alguna amiga. Dice que nadie hace los pasteles como los hacen allí.

Sale de la pastelería de la plaza Mayor un poco aturdida por la exuberante verborrea de la simpática vendedora, que le ha preguntado por la salud de Julieta y le ha encomendado encarecidamente que le dé un beso y un abrazo de su parte.

Es media tarde cuando Ainhoa llega al piso de su abuela. Abre con su propia llave. Es la única nieta que tiene llave y lo sabe, lo cual le hace sentir que su relación con ella es algo especial.

Avanza por el corredor hacia el salón anunciando su presencia a voces. Su abuela le responde con apagada alegría. Cuando Ainhoa entra en el salón y la ve sentada frente al televisor que emite un concurso, se le cae el alma a los pies. Le parece increíble lo que se ha desmejorado desde la última vez que la vio. La abuela Julieta interpreta correctamente la expresión del rostro de su nieta y hace un esfuerzo por trivializar la situación.

—Vaya, pensaba que te habías olvidado de mí. ¿Qué es eso que traes? ¿Pasteles? Vale, te perdono —dice con una sonrisa que ilumina toda la habitación por un momento—. Voy hacer un café de los que a ti te gustan y daremos buena cuenta de ellos.

Ainhoa ve con tristeza el gesto de dolor que su abuela no puede disimular al incorporarse del sillón y se ofrece inmediatamente a prepararlo ella.

—Siéntate, abuela. Yo lo preparo. ¿Las cápsulas están donde de costumbre?

—Sí, y ten cuidado no te vayas a quemar como la última vez.

Poco después Ainhoa regresa con dos tazas humeantes y un azucarero en una bandeja. La abuela Julieta no ha podido esperar y ya

ha quitado el envoltorio que cubre los pasteles. Con medio de ellos en la boca y el otro medio en la mano dice:

—Están de muerte, hija. Qué ganas tenía de comerme un par de estos. Anda, deja la bandeja en la mesita y siéntate aquí. Cuéntame: ¿En qué has estado tan ocupada como para olvidarte de esta pobre anciana?

—Pues, la verdad es que he estado bastante ocupada, abuela, aunque no sé si te gustará el motivo.

—No te entiendo…

—He estado investigando sobre la desaparición de la abuela Inés…

— ¿Por qué te interesas por una historia tan antigua? ¿Qué sentido tiene para ti remover asuntos que están muertos y enterrados desde hace tanto tiempo?

—A mí siempre me ha intrigado el tema. ¿Por qué desapareció? ¿Qué pudo sucederle? Tengo la foto de su boda. Me la diste tú ¿Recuerdas?

—Es que te ponías tan pesada de niña…

—También tengo el anillo de boda. Ese me lo dio mi madre. Dice que nadie ha querido llevarlo nunca puesto porque podía traer mala suerte. Cuando mi madre se enteró de que yo era lesbiana, pensó que nunca me iba a casar y por eso, para compensarme un poco por la desagradable reacción de mi padre, me lo dio. Sabía que a mí me iba a gustar tenerlo.

—Tu padre siempre me ha parecido un gilipollas, Ainhoa. Desde el primer momento le aconsejé a tu madre que no se casase con él y, como ves, el tiempo me ha dado la razón. Al final la ha dejado por la pájara que les daba bailes de salón. Ha podido más un culo bonito que una vida entera compartida. Lo único bueno de él ha sido que me ha dejado una nieta como tú. Y si no fuera porque tu madre siempre ha sido una mosquita muerta, dudaría de que él sea tu padre.

—No te pases abuela —dice Ainhoa un poco molesta—, a fin de cuentas, con todos sus defectos, no deja de ser mi padre…

Se instala en la habitación un incómodo silencio que finalmente rompe Ainhoa con una ocurrencia.

—Además, no me negarás que se trataba de un culo esplendido…

La abuela Julieta estalla en una carcajada que es secundada de inmediato por su nieta.

—Eso lo sabrás tú, que entiendes de eso, pedazo de cabrona.

Restablecida la armonía, abuela y nieta retoman el tema original de la conversación.

—Bueno, y dime: ¿Por qué te ha entretenido tanto el tema de la abuela Inés estos días, que no has tenido tiempo de visitar a tu abuela

favorita?

Y a continuación, Ainhoa le habla a su abuela de todo lo sucedido con la aparición de las esculturas de Benlliure, del extraordinario parecido de la más importante de ellas con la abuela Inés, la visita a Villa Lolita, el descubrimiento de los dibujos de doña Patricia, de sus cartas, de su pasión enfermiza por Benlliure y, sobre todo de sus sospechas de que doña Patricia mató a Inés por celos o por despecho.

La abuela Julieta escucha en silencio. No interrumpe, no pregunta. No participa en absoluto del entusiasmo creciente de su nieta, que aumenta al ritmo de su relato. Por el contrario, parece que lo que su nieta le cuenta le va apagando las luces de su vitalidad hasta que su consternación es tan evidente que llama la atención de Ainhoa.

— ¿Qué te pasa abuela? ¿Te encuentras mal?

TRAGEDIA

Angelita camina dando tumbos contra los muebles de la casa que está oscura como la boca del lobo. No ha querido encender ninguna de las escuálidas bombillas que se alimentan de la recién instalada electricidad porque considera que aquella iluminación antinatural es cosa del diablo y le tiene miedo. Algo parecido a lo que siente ahora, mientras su cabeza lucha por desembarazarse de los vestigios del sueño del que la han arrancado los golpes destemplados que resuenan en la puerta de la casa, intercalados con los pavorosos truenos de la tormenta que azota las calles.

— ¿Quién llama a estas horas? —pregunta a gritos a la puerta fuertemente cerrada.

—Soy yo, Andrés.

El tono sombrío de la respuesta, proferida en un escenario propio de una noche de difuntos, hace que un escalofrío recorra su espinazo, haciendo inútil la manta con la que se ha envuelto para bajar desde su habitación. Sin responder a la llamada, reemprende el camino hacia la habitación de su ama y al llegar a la primera planta se sorprende al verla, completamente vestida, recortándose en la puerta de su habitación que sí que tiene las luces encendidas.

—Abre la puerta y vuelve a tu habitación. No quiero que nos molestes bajo ningún concepto. Y no se te ocurra escuchar detrás de la puerta si no quieres verte en la calle mañana mismo.

Angelita escucha incrédula las palabras de su querida Patricia, la niña a la que considera como una hija porque Dios no le dio un marido con el que engendrar los suyos propios. Jamás le ha hablado así. Ella siempre ha sido cariñosa y amable hasta que se volvió fría y huraña cuando contrajo aquella extraña enfermedad en Villa Lolita, poco antes de que terminase la estancia de los artistas de Valencia. Después, la trágica muerte de don Eulogio y de doña Dolores acabó por deteriorar su carácter, hasta el punto de convertirla en algo parecido a una solterona amargada, a pesar de que era una de las mujeres más ricas y hermosas de la ciudad.

Angelita asiente en silencio y obedece. Abre la puerta y franquea el paso a Andrés que tirita empapado de fría lluvia. Cierra la puerta tras él y se retira a su habitación al tiempo que Patricia hace pasar al capataz al despacho en el que suele recibirle. Se sienta tras la

mesa que preside la habitación y levanta la cabeza en un gesto de interrogación, aunque ya sabe qué ha pasado porque así lo esperaba. Andrés parece haber encogido su estatura y haber menguado su fuerza. Tal vez por eso habla con voz queda, como la que se emplea en los confesionarios.

—La he matado. No he podido contenerme y la he matado con mis propias manos. ¿Qué va a ser de mí ahora? ¿Qué va a ser de mi hijita Antonia, sin madre ni padre?

Patricia no se inmuta por la noticia. Sólo sus labios se estiran en una mueca que no acaba de ser una sonrisa. Finalmente, sin indicar a su capataz que tome asiento, ordena:

—Cuéntame qué ha pasado. No te dejes ningún detalle.

Patricia quiere recrear en su imaginación aquello que esperaba que ocurriese tras su acusación, y pretende regodearse con la desgracia de la mujer que había invadido el paraíso privado que ella había concebido en su mente enferma de amor.

Andrés comienza un relato atropellado que es reconducido de vez en cuando por Patricia con preguntas y matizaciones que le van dando coherencia. Andrés, poco a poco, como si al descargar su conciencia realmente estuviese recibiendo el sacramento de la confesión, va recuperando la calma y al final logra exponer lo sucedido con suficiente claridad.

Había llegado a casa enajenado por la ira que le había provocado Patricia con su acusación. Había corrido bajo la lluvia con una mezcla de rabia, por haber sido tan cruelmente engañado, y de débil esperanza de que la acusación fuese falsa. Al enfrentarse a Inés y ver la expresión de su rostro, se derrumbó el débil refugio que su mente había proyectado para guarecerse de la infamia. Le preguntó directamente si Antonia era hija suya e Inés le había confesado la verdad. Él la había golpeado con furia, pero ella no parecía sentir sus golpes. Era como si Andrés hubiese perdido sus fuerzas o como si éstas fuesen incapaces de alcanzar la intensidad de su cólera. Inés ni siquiera trató de pedir perdón. Decía que en el corazón nadie mandaba y que ella hacía años que se lo había entregado al escultor.

Perdida la batalla del amor, Andrés quiso ganar la del odio, así que cogiendo con sus rudas manos el delicado cuello de su amada lo apretó hasta que la dejó sin vida. Ella no dejó de mirarle a los ojos en ningún momento. Andrés recordaría el resto de su vida que murió con una sonrisa en su rostro congestionado. Era como si la belleza, que había hecho de la hija del rondallero su morada permanente, se negase a abandonar a Inés en el momento de su muerte.

Terminado el relato, Andrés pregunta qué debe hacer con su hija, que todavía duerme en casa ajena al drama familiar que la va a marcar el resto de su existencia.

—No pienso ir a la cárcel. Antes me cuelgo de un árbol. Pero, pase lo que pase, mi hija Antonia se va a quedar sola. Inés y yo no tenemos hermanos. Mis padres murieron cuando el cólera y el padre de Inés, además de viudo, está muy mayor y necesita que lo cuiden. Yo había pensado que quizás usted…

Patricia guarda silencio. No había pensado en la niña. Por un momento asume la idea de adoptarla. Tal vez sea una manera de acercarse a su amado. Teniendo a la niña bajo su custodia podría muy bien beneficiarse del vínculo de sangre para relacionarse con él y tratar de conquistar su amor, pero, finalmente, se impone su orgullo y éste le hace ver que si cría a la hija de Inés, tendrá siempre un recordatorio vivo de su frustración, así que, después de analizar las posibilidades, concluye:

—No tienes por qué ir a la cárcel ni mucho menos que ahorcarte. Harás desaparecer el cuerpo y dirás que tu mujer te ha abandonado. Que al despertar por la mañana no estaba en la casa y que no sabes qué le puede haber sucedido.

— ¿Cómo puedo hacer desaparecer el cuerpo?

—Vete a casa ahora mismo. Engancha el carro, carga a Inés en él y vete a Villa Lolita. Deja allí el cuerpo oculto con sacos y capazos. Mañana, cuando amanezca, dedícate a buscar a tu esposa, ve a casa del rondallero. Di que pensabas que había ido a cuidarlo. Pregunta a los vecinos y, finalmente ve al cuartel de la guardia civil y denuncia su desaparición. Es posible que te interroguen, que sospechen de ti, pero mientras no encuentren el cuerpo, no se podrá hablar de delito y poco a poco las aguas volverán a su cauce. Al final todos pensarán que te ha abandonado. Es posible que hagan bromas sobre ti y tus cuernos, aunque dudo que tengan el valor de decirte nada a la cara.

— ¿Y el cuerpo de Inés?

—Yo me encargaré de él. Ahora vete. Tienes que llegar a Villa Lolita y regresar antes de que amanezca. No te queda mucho tiempo. Hay otra cosa que tienes que hacer y es muy importante. Dentro de unos días llevarás unas cajas de madera a la Casella. Quiero que las guardes en algún lugar que sólo tú conozcas. Ni siquiera yo quiero saber dónde estarán. Pero no se te ocurra enterrarlas. No quiero que su contenido se estropee por ningún concepto, a pesar de que no pienso volver a ver lo que hay en ellas nunca más.

Al día siguiente, sin haber dormido, Patricia ordena a Mateo, el conductor habitual de su tartana, que la lleve a Villa Lolita. Mateo no entiende por qué la dueña le ordena que regrese a la ciudad y la deje sola allí durante dos días, cuando tiene que volver a recogerla. Pero no se atreve a cuestionar sus órdenes, la patrona tiene desde hace algún tiempo un carácter endemoniado. Él, que es un hombre bastante simple, piensa que lo que le pasa es lo mismo que a “Chavala”, la jaca

que tira de la tartana, que cuando está en celo se vuelve arisca e indomable y que lo que necesita es un macho que la cubra, así que Mateo, que ha empieza a sentir en su organismo la fatiga del amor, sueña a veces en sus momentos de intimidad que es él quien sacia las necesidades de su patrona, que es, sin duda, la mujer más bella de Alcira.

Patricia, cuando está segura de estar sola, se dirige a la habitación de la planta baja, que está justo debajo del salón principal. Una habitación que, a falta de un uso concreto, se destina principalmente a almacén. En un rincón, debajo de unos capazos de los que se emplean para recolectar las naranjas, espera encontrar el símbolo de su victoria, una victoria estéril porque sabe que para nada va a servirle.

Aparta los capazos uno a uno, con cuidado, casi con miedo por tener que enfrentarse a algo de lo que es totalmente responsable y que, de pronto, en un chispazo de lucidez, le parece horrible. El cuerpo de Inés yace como lo habría hecho en un ataúd. Al parecer, su marido, en un patético homenaje al amor que había sentido por ella, había arreglado su vestido, compuesto su cabello, cerrado sus ojos y cruzado sus manos sobre su pecho. Su rostro relajado, pese a la muerte violenta que lo ha apagado para siempre, sigue siendo hermoso.

Repuesta de la impresión inicial, Patricia, saca un guardapolvo que ha traído en una maletita y se lo pone sin dejar de mirar el cadáver. A continuación busca uno de los serruchos que sus jornaleros emplean en la poda de los naranjos y se dispone a descuartizar el cuerpo de Inés. Mientras hace su tarea, le pasa por la cabeza la idea que ningún artista, ni siquiera su amado Mariano Benlliure, es capaz de crear la belleza que la naturaleza nos ofrece. En todo caso puede imitarla, tratar de atraparla o reproducirla en materiales fríos o inertes, pero nunca, de ninguna manera es capaz de crearla. Sin embargo, cualquiera, hasta el ser más ignorante, es capaz de destruir lo más bello, como ella se dispone a hacer en ese momento.

AINHOA RESUELVE SUS DUDAS

Ainhoa no dormiría aquella noche. El relato que había oído de boca de su abuela Julieta daba vueltas sin parar en su cabeza, formando imágenes que se podían comparar a un "tráiler" de una película de miedo. El enigma que había marcado la vida de varias generaciones de su familia, había resultado no ser más que un secreto que se había ocultado por miedo y por vergüenza. Un secreto terrible, eso sí, al que la abuela Julieta había puesto coto con la esperanza de que no se transmitiese a sus descendientes como una maldición, pero que, finalmente, se había visto obligada a revelar a su nieta porque ella parecía dispuesta a remover el pasado.

Después de haber puesto a su abuela al corriente del resultado de sus pesquisas y de las conclusiones a las que había sido capaz de llegar, Ainhoa observaba extrañada que éstas, en lugar de despertar el interés o la curiosidad de la anciana, parecían haberla sumido en un estado de consternación evidente. Así pues, tras interrogar repetidamente a la anciana sobre la razón de su cambio de humor, ésta se había visto obligada a contarle la verdad, o al menos, una parte de ésta.

—Lo que te voy a contar es algo que esperaba llevarme conmigo a la tumba. Era una herencia que no os deseaba transmitir porque no quería que os hiciese ningún daño. Tal vez mis temores sean totalmente infundados. A fin de cuentas, los hechos ocurrieron hace ya muchos años y vosotros no tenéis por qué sentiros concernidos. Ni siquiera yo misma debería sentirme así, pero nunca he podido evitar que aquello me afectase, y mucho —había dicho al fin la abuela Julieta con voz desmayada.

Ainhoa apenas podía contener los gritos de excitación e impaciencia que se generaban en su agitado pecho, pero entendía que iba a recibir una revelación importante y no quería interrumpir a su abuela para que ésta no cambiase de opinión.

—La abuela Inés —siguió la anciana—, no se fugó con ningún amante, no se ahogó en el río. Fue asesinada.

—Entonces es cierta mi teoría.

—No exactamente. No fue doña Patricia quien le dio muerte, sino su marido, Andrés Ferrús.

— ¿Cómo lo sabes? ¿Existe alguna prueba?

—Me lo confesó mi madre poco antes de morir. Al parecer en nuestra familia no siempre hemos sido ateos irredentos como lo eres tú, cariño —dice la anciana con una sonrisa triste—. Los parientes que nos han precedido han tenido la necesidad, antes de enfrentarse a la muerte, de descargar su conciencia para llegar al Más Allá limpios de pecados. Parece ser que su padre, Andrés, cuando iba a morir le contó lo que había hecho.

— ¿Por qué la mató?

—Por celos, por rabia, por desamor… Él había amado a su esposa con toda su alma. La adoraba. Era el hombre más feliz de la tierra, pero ella no le amaba a él. Al parecer había entregado su corazón a otro hombre, que por lo que tú has averiguado, bien podría ser el famoso escultor Benlliure. Lo cierto es que Andrés fue víctima de un engaño cruel, ya que Inés no solo le había entregado su corazón al artista, sino también su cuerpo y que fruto de esa entrega había concebido en su vientre a una criatura, mi madre Antonia, pero ella se las ingenió para hacer creer a mi abuelo que la hija era suya.

— ¿Cómo se enteró del engaño?

—Se lo contó su patrona, doña Patricia. Nunca supimos por qué lo hizo, pero por lo que me dices de las cartas que habéis descubierto, es evidente que lo hizo por celos. También sabemos, porque así lo confesó mi abuelo en su lecho de muerte, que ella le ayudó a encubrir su crimen y a hacer desaparecer el cadáver que quemó ella misma en el horno de pan que hay en la finca.

Ainhoa recordó entonces el horno en cuestión. Era la construcción a la que ella y Samuel habían subido de noche para acceder a la primera planta del edificio y en el que estuvo a punto de perder el equilibrio.

—Doña Patricia descuartizó el cadáver de Inés y, trozo a trozo, lo fue metiendo en el horno hasta convertirlo en cenizas, pero, según tu abuelo, dejó de quemar uno de los brazos, el que tenía en el dedo anular el anillo de boda. Al parecer se lo había llevado alguna alimaña mientras se dedicaba a quemar los otros restos. El miedo a que lo encontrase alguien y pudiera relacionar la desaparición de Inés con la finca fue al principio una preocupación para doña Patricia que, con el paso del tiempo, acabó por convertirse en una obsesión que la llevó a la locura. Por esa razón, no consentía que nadie, excepto tu abuelo y los cogedores de naranja entrasen en la finca, y acabó ella misma ocupándose de atender a los naranjos con la esperanza de encontrar el anillo algún día.

— ¿Anillo de boda? No será el que yo tengo…

—El mismo, y ahora ya sabes por qué nadie lo ha querido usar.

— ¿Y cómo es que apareció?

—Lo encontró tu abuelo por casualidad, años después, en lo

que había sido una madriguera de zorros. Lo reconoció de inmediato y lo guardó sin decirle a la dueña que lo había encontrado.

— ¿Por qué lo hizo?

—Doña Patricia, para entonces estaba ya muy trastornada y mi abuelo temía que si le decía que había encontrado el anillo, ella podría regresar a la ciudad y, en su locura, acabase por confesar la auténtica causa de la desaparición de mi abuela. A mi abuelo le convenía que continuase llevando la vida de aislamiento en la que se había embarcado hasta que acabase sus días.

— ¿Y todo eso lo confesó tu abuelo a tu madre antes de morir?

—Así es, Ainhoa y mi madre hizo lo mismo conmigo. No te puedes imaginar lo desagradable que me resultó aquella revelación.

— ¿Por qué no lo has contado nunca?

— ¿Para qué? Cuando yo me enteré de lo sucedido ya todos estaban muertos. Mi abuelo, doña Patricia… y nada se iba a resolver desvelando un misterio que ya a nadie importaba, más allá de nuestro entorno familiar. Mi propósito, como te he dicho, era que el secreto muriera conmigo, pero tu interés y tu investigación han arruinado mi intención y prefiero que sepas la verdad a que llegues a conclusiones equivocadas.

—Te entiendo, abuela, pero te olvidas de un detalle muy importante y es que, según lo que ahora sabemos, tú y yo somos descendientes del mejor escultor español de todos los tiempos…

UNA INVITACIÓN

Lucía cuelga el teléfono con delicadeza. Es como si no quisiera hacerle daño, como si no quisiera estropear la magnífica noticia que acaba de recibir a través de su auricular. Las negociaciones que ha llevado a cabo ante la Consellería de Patrimonio de la Generalitat Valenciana han llegado a buen término, y con ello se va a ahorrar un sinfín de horas y de pleitos para determinar la propiedad de las esculturas de Benlliure encontradas en la mansión de la Casella, propiedad de su familia. Los representantes de la Generalitat han entrado en razón y aceptan que las obras pertenecen a los propietarios de la vivienda donde aparecieron, pero a cambio de evitarles gastos en interminables pleitos, solicitan la cesión temporal de cinco años de las obras para que puedan ser exhibidas en museos valencianos. Naturalmente Lucía ha aceptado. La propiedad de las esculturas no tenía para la familia un afán económico, pues de ninguna manera pensaban en venderlas, sino un afán puramente cultural, porque con su propiedad se enriquecía considerablemente el patrimonio artístico de la familia que, a lo largo de los años, había alcanzado a reunir una colección interesante.

La joven abogada piensa, con razón, que aquello constituye una buena noticia que merece ser celebrada. Seguramente lo hará con su familia, cuando las obligaciones de sus miembros permitan encontrar un momento adecuado, pero la celebración que a ella realmente le interesa es la que quiere llevar a cabo con Samuel. Así pues, busca en el bolso el teléfono móvil y abre la guía por la letra S. La primera entrada por orden alfabético le corresponde: Samuel. Toca con el pulgar el número expuesto y aguarda a que se establezca la llamada. Dos pitidos después, escucha la voz del joven.

—Hola Lucía, ¿Cómo estás? —dice Samuel con una alegría que le contagia.

—Muy bien. Precisamente ahora que me acaban de dar una buena noticia.

— ¿Ah sí? ¿De qué se trata?

—La Generalitat ha renunciado a pleitear por la propiedad de las esculturas. Son nuestras, definitivamente.

—Eso es estupendo. Te doy la enhorabuena.

—Gracias, Samuel. El caso es que me apetece mucho celebrarlo,

contigo…

— ¿Conmigo…? —pregunta Samuel con toda la torpeza de la que es capaz

—Claro. A fin de cuentas fuiste tú quien las encontraste. De no haber ido a la mansión tal vez habrían permanecido escondidas para siempre, o tal vez hubieran sido robadas.

—Bueno, pues si así lo quieres, perfecto. Pon tu la fecha y la hora.

— ¿Qué te parece si invitamos también a Ainhoa?

— ¿Por qué me lo preguntas?

—No sé, te vi bastante molesto con ella en la última ocasión en que estuvimos los tres juntos.

—La verdad es que me sentó muy mal que me hubiera mentido. Venía de parte de mi hermana. No le habría costado nada ser sincera sobre sus intenciones. Yo la habría ayudado igualmente.

— ¿Entonces la dejamos fuera?

—No sé. En el fondo me sabe mal. A fin de cuentas también ha aportado bastante a la investigación. Lo que lamento es no poder utilizar su teoría del asesinato por falta de pruebas.

—Invítala, pues. No quiero que esta celebración sirva para que te sientas mal, sino todo lo contrario. A propósito de la investigación: ¿Cómo llevas el trabajo?

—Bastante adelantado. Creo que me está quedando bastante bien. Por supuesto me he olvidado de mencionar lo referente a los posibles crímenes, tanto el que, según Ainhoa cometió doña Patricia como el que, según mi abuelo, se llevó su vida. Precisamente quería pedirte permiso para utilizar las cartas como pruebas documentales del trabajo.

—Por supuesto que lo tienes. Va a ser muy interesante leerlo.

—Eso creo yo. Lo único que temo es caer un poco en la cursilería al hablar de la parte romántica del tema. No estoy muy habituado a moverme en esos asuntos. Tal vez necesite ayuda. No sé si tú…

—Estaré encantada —dice Lucía sin apenas esforzarse en contener su entusiasmo—. Cuando quieras nos reunimos. Tú y yo, solos…

—Perfecto, pues entonces hablaré con Ainhoa y acordaremos una fecha.

—No tardes mucho, por favor.

RENDIDO

Samuel se siente muy feliz. Gran parte de la felicidad que le embarga se la debe al par de copas de más que lleva en el cuerpo, pero no es el alcohol lo que le produce la mayor euforia, sino las miradas de envidia que no ha dejado de percibir desde que ha entrado en el pub en el que se disponen a terminar la velada. Miradas que se deben a las dos bellezas que le acompañan, flanqueándole como si fuese alguien famoso.

Tratando de estar a la altura del entusiasmo con el que Lucía le propuso la invitación, se ha acicalado casi como si fuese a una boda. Y ha hecho muy bien, según piensa ahora, porque las chicas que lo acompañan están sencillamente espectaculares. Lucía lleva un vestido corto ajustado de color oscuro que quita la respiración, pero Ainhoa no se queda atrás y hace que sus delicadas curvas, generalmente disimuladas por ropas holgadas, proclamen que pertenecen a un cuerpo muy deseable. En el rostro es donde más se diferencian las dos jóvenes. Mientras Ainhoa, fiel a su estilo y personalidad, ha elegido toques sutiles de maquillaje con los que acentuar los graciosos rasgos de su cara de niña, Lucía se ha maquillado con agresivas pinturas de guerra que, sin perder el buen gusto, la presentan como una cazadora de amor dispuesta a conseguir una presa. Samuel, que intuye que es la pieza a cobrar, se relame complacido tratando de imaginar cómo va a ser la culminación de la noche.

Invitados por Lucía, han cenado en el restaurante más caro de la ciudad y en él, guiados por la anfitriona, han aprendido a apreciar lo que es de verdad un buen vino. El fruto de la vid y del trabajo del hombre, como recuerda Samuel que decían en misa, les ha alegrado el corazón y prácticamente no han dejado de reír en toda la noche. Pero no ha sido hasta que han llegado al pub y han tomado asiento en un lugar algo apartado de la pista, donde algunas parejas bailan al compás de la música, que no ha empezado la cacería auténtica, especialmente después de la primera copa. Miradas insinuantes, susurros al oído, acompañados de toqueteos innecesarios han dado la señal de salida a un juego de cortejo al que Samuel se ha entregado inmediatamente.

Ainhoa ha tratado de participar en el ritual de la caza, pero su objetivo no era el afortunado joven sino la espectacular hembra a la

que nadie en el pub parecía quitar la vista de encima.

A partir de la segunda copa el trio ha salido a la pista, donde la admiración hacia Lucía ha crecido hasta límites inigualables, impulsada por los movimientos de su cuerpo al ritmo de la música. No han sido los varones del pub los únicos en sentir esa atracción hipnótica, Ainhoa ha visto que su deseo por Lucía ha sido capaz de igualar el amor que siente por ella, que está empezando a alcanzar niveles de obsesión. Samuel ha vencido su torpeza habitual y baila con ella sin hacer el ridículo, aunque nadie, absolutamente nadie, se fija en el afortunado acompañante de la diosa de la pista.

Lucía pide una tercera copa y Samuel y Ainhoa la rechazan. El joven nota el efecto que el alcohol está haciendo en su organismo, y no quiere que éste asista al acto final que espera para la velada y que interfiera en el feliz desenlace que anhela. A Ainhoa le sucede algo parecido. Viendo la euforia desatada en su amada Lucía, se da cuenta de que no va a poder conducir de regreso a su casa y que ello significa que quizás tenga la oportunidad de tenerla esa noche en la suya, a solas, ya que su madre pasa el fin de semana en Benidorm con un grupo de amigas divorciadas que no se resignan a no vivir aventuras excitantes.

Así pues, cuando la velada está a punto de terminar, Samuel observa que Lucía está un poco “pasada” de alcohol y renuncia a recoger el fruto que su deseo le ha estado reclamando toda la noche. Él quiere tener una relación con Lucía y no quiere que ésta empiece con la perturbadora presencia del alcohol. Quiere tener todos sus sentidos en estado óptimo para disfrutar de aquello que tanto desea y para descubrir si, además del placer que obtendrá, hay algo más por lo que valga la pena entregar su alma.

Lucía empieza a notar como decrece la curva de la euforia a la que le había llevado la bebida y reconoce, sin reservas, que no está en condiciones de conducir, así que Ainhoa pone en marcha, sin traba alguna, el plan que acaba de trazar.

—Mi madre está fuera. Puedes pasar la noche en mi casa, si quieres.

—No sé. Me sabe mal ocasionarte molestias. Aquí hay un hotel. ¿No es así? Pasaré la noche allí.

—Insisto. No me parece bien que pases la noche sola en una fría habitación de hotel. Te vienes a mi casa. Tengo camas de sobra.

—Creo que será lo más razonable. Mañana, cuando te levantes, igual estás un poco resacosa. Es mejor que te acompañe Ainhoa —interviene Samuel.

—Está bien, Pasaré la noche en casa de Ainhoa, pero mañana, sin falta, vienes a buscarme. Tú y yo tenemos algo pendiente —dice Lucía con torpe dicción.

—Así es —responde Samuel con intención—. Tenemos que resolver algo muy importante.

Ainhoa finge que no se da cuenta de las descaradas insinuaciones y acompaña a Lucía hasta su coche. Ella conducirá hasta su casa. Samuel se despide de ellas. A Ainhoa le da un par de besos en las mejillas. A Lucía no puede evitar darle un beso en la boca. Ella le responde con un beso de alcohol pero que tiene la intención de derretir sus huesos y que Samuel interrumpe a regañadientes.

Cuando el coche de Lucía se aleja en dirección a casa de Ainhoa, Samuel se queda mirando unos instantes y ya no se pregunta por qué ha sido elegido por una diosa para ser amado. Lo único que sabe es que va corresponder a ese amor con todas sus fuerzas y que nada ni nadie se lo va a impedir.

EL ASEDIO

Cuando Lucía bajó del coche, frente al domicilio de Ainhoa, sintió todo el efecto negativo del alcohol en su organismo y se maldijo por haberse dejado llevar por la euforia y no haber sabido controlarse. Su intención era, sin duda, maniobrar para conseguir pasar la noche con Samuel. De hecho, ya había previsto reservar una habitación en el hotel de la ciudad para compartirla con él, pero finalmente no lo había hecho porque no podría soportar la idea de pasar por el patético trance de ser rechazada.

Apoyándose en Ainhoa para no perder el equilibrio, caminaron las dos jóvenes, haciendo equilibrismo sobre tacones inverosímiles, hacia el ascensor que las llevaría a la tercera planta. Lucía se sentía mal, pensaba que iba a vomitar de un momento a otro, pero el malestar no le impedía recordar con alegría el beso que Samuel le había dado. Sin embargo, no se daba cuenta de que las manos de Ainhoa se posaban en partes de su cuerpo donde no era necesaria ninguna ayuda.

Cuando llegó a la habitación de la madre de su anfitriona, el deseo de vomitar se hizo irresistible y así se lo manifestó a Ainhoa que se apresuró a conducirla al cuarto de baño. Allí Lucía liberó su estómago de todo lo que no había podido digerir, haciendo que se sintiese algo mejor.

La desagradable imagen de un rostro con el maquillaje corrido, el pelo descompuesto y con restos de vómito en las comisuras de los labios, lejos de repeler a Ainhoa, le provocó una oleada de ternura y tuvo que hacer un esfuerzo sobrehumano por no abrazarla y besarla. Le ayudó a limpiarse y a componerse un poco, y luego la acompañó a la habitación en la que iba a pasar el resto de la noche. Ainhoa había elegido para su invitada aquella habitación porque tenía la cama más grande lo cual podía facilitar el final que había concebido para aquella noche. Mientras Lucía se desnudaba, ella cambiaba las sábanas y miraba furtivamente la irresistible figura. El deseo que siempre había sentido hacia Lucía estaba alcanzando un nivel insoportable, espoleado por la posibilidad de materializarlo en aquel momento.

—Todavía no te he agradecido tu hospitalidad —dijo Lucía que en ese momento llevaba sólo la imprescindible ropa interior que ella había elegido para ser exhibida ante Samuel. El sutil encaje negro

adornaba unas caderas y un busto sin más objetivo que ensalzar lo evidente, y Ainhoa, que también tenía el entendimiento algo turbado por la bebida, al verlo sintió que se derribaban los últimos vestigios que quedaban de timidez y decidió tomar lo que tanto deseaba, hasta el punto de haberse convertido en una obsesión. Tenía que tomar aquel cuerpo, acariciar toda su piel, lamer cada uno de los puntos neurálgicos en los que esperaba que emergiese un deseo tan salvaje como el suyo, y entregar a continuación su propia intimidad para que Lucía, descubriendo un mundo nuevo de ternura y delicadeza, entendiese lo gratificante y completo que puede llegar a ser compartir la pasión del sexo con otra mujer, especialmente si es alguien que puede llegar a amar hasta la desesperación, hasta la locura…

—No tienes nada que agradecerme —dijo Ainhoa con la voz ronca por el deseo—, al contrario, soy yo la que tiene que agradecer tu compañía.

Y tomándola de las manos la llevó a la cama donde se sentaron. A continuación, ante la mirada de extrañeza de Lucía, se quitó el vestido y se manifestó ante ella con ropa interior, no tan sofisticada como la suya, pero no menos sugerente. Luego, con una sonrisa insinuante, acercó su cara a la de su amada y le dio un beso largo y húmedo, mientras su mano acariciaba el pecho de Lucía sobre el innecesario sujetador.

Aturdida por la sorpresa y por los restos de alcohol que todavía circulaba por sus venas anestesiando sus reflejos, Lucía se dejó hacer por unos instantes, lo cual enardeció aún más a Ainhoa que, por un momento, imaginó que su sueño iba a convertirse en realidad. Pero, superada la sorpresa, Lucía se puso de pie como impulsada por un resorte y apartó a Ainhoa con cierta violencia.

— ¿Qué coño estás haciendo? —le espetó con acritud.

—Lucía, yo te amo…

— ¿Estás loca? ¿Cómo se te ocurre…?

Ainhoa estaba a punto de romper a llorar, como una niña a la que han destrozado todas sus ilusiones, pues así es como se sentía exactamente, pero cuando vio que Lucía tomaba sus ropas manchadas de vómito con intención de vestirse, ella decidió luchar desesperadamente por su sueño

—No te vayas, Lucía, por favor. Perdóname. Yo tampoco estoy bien después de lo que hemos bebido.

Lucia no parecía escuchar las disculpas y se vistió con torpeza y precipitación hasta que de nuevo sintió las manos de Ainhoa en sus brazos y los retiró con violencia.

—Deja que al menos te dé una explicación —suplicó Ainhoa que para sorpresa de Lucía se había puesto de rodillas.

Así pues, la joven, todavía confundida, decidió escuchar las

excusas de su anfitriona y se sentó en la cama con las manos cruzadas sobre su regazo en inconsciente actitud defensiva.

—Te escucho.

Ainhoa, respiró hondo y se incorporó. Sabía que tenía una última oportunidad de expresar su amor y de alcanzar su objetivo, así que tras ordenar mínimamente sus ideas dijo:

—Lucía, te pido perdón de nuevo. No debía haberte besado ni acariciado aunque estaba, y estoy, muriéndome de ganas por hacerlo. Pero no tenía ningún derecho a forzar tu voluntad. Pero es que te quiero como no te puedes imaginar. Casi desde el primer día, cuando te conocí en tu despacho de Valencia, sentí que había encontrado a la persona que podía dar sentido a mi vida. Ese amor, que es sincero, lo vivo mezclado con un deseo que me atormenta y hoy he visto el entorno apropiado para hacer que se cumpla y he perdido el control. Si tú me dieras la oportunidad de enmendar mi grave error, te darías cuenta de la grandeza de mi amor y, si llegado el momento, me dejases, te juro que te llevaría por caminos de placer que ni te puedes imaginar.

Lucía no pudo evitar sentirse conmovida por la sinceridad de Ainhoa. Pero no estaba dispuesta a que siguiera albergando esperanzas que no se iban a cumplir, así que escogiendo cuidadosamente el tono y las palabras dijo:

—Ainhoa, respeto muchísimo tu orientación sexual y nunca juzgaría a nadie por ella. De alguna manera me siento halagada por haber sido capaz de haber despertado en ti ese amor y esa pasión que me has manifestado y quiero que sepas que también siento por ti un cierto afecto, pero nada más. Considero que el amor homosexual puede ser tan sincero y tan limpio como el que no lo es, pero yo no lo comparto. Con la misma libertad que tú has decidido experimentar sexo con otras mujeres y has conseguido altas cotas de placer, yo elijo el amor de un hombre. Quiero sentirme completa de esa manera, amando la mente y el cuerpo que, siendo diferente al mío, se une a él para formar uno solo.

—Tal vez si te dieras la oportunidad, averiguarías que la comunión de tu cuerpo con otro semejante puede ser mucho más profunda e intensa. Ningún hombre te complacerá como puede hacerlo otra mujer, porque ellos no son capaces de llegar a los secretos más íntimos de nuestra sexualidad como sólo nosotras podemos hacerlo. Olvida tus prejuicios y déjame que te lo demuestre. Te lo suplico.

—Te reconozco que he sido educada en la más tradicional heterosexualidad, pero no son mis prejuicios, que los tengo, los que me impiden concederte ese deseo. Yo quiero a Samuel, con la misma pasión que dices que me quieres tú. Me muero por estar con él y

espero conseguirlo, ahora que parece que se ha dado cuenta. Lo siento Ainhoa, pero no puedo acceder a lo que me pides. No te amo. No te puedo amar ni voy a acostarme contigo. Nunca. Espero que esta pasión se te pase pronto y encuentres a alguien como tú que la merezca. Estoy convencida de que la harás muy feliz. Ahora me tengo que ir —dice Lucía poniéndose de pie.

—Espera. No te vayas. No estás en condiciones de conducir. Quédate a pasar la noche aquí. Te prometo que no te voy a importunar más.

Lucía vaciló durante unos instantes, pero finalmente decidió quedarse. Efectivamente, no estaba en condiciones de conducir, a pesar de que acababa de expresarse extraordinariamente bien. Así pues, pensando que si se iba pondría en evidencia a Ainhoa mucho más de lo que ella misma se había puesto, decidió quedarse como un acto de caridad. Ainhoa se retiró cabizbaja y cerró la puerta de la habitación. Lucía se volvió a desnudar y se metió en la cama. La excitación de lo vivido parecía que no la iba a dejar dormir, pero, antes de lo que pensaba, su cerebro se rindió a los ecos del alcohol que lo habían dominado recientemente y cayó en el agradable regazo del sueño. A la mañana siguiente, el despertador de su teléfono móvil, programado como todos los días a las siete de la mañana y que no había desactivado la noche anterior, la despertó, y ella agradeció el olvido, pues le iba a permitir salir de la casa furtivamente sin tener que vivir embarazosas despedidas. En la calle, mientras abría la puerta de su coche, le vino a la mente el eco de sollozos escuchados desde su cama. Dudando sobre si serían reales, finalmente decidió, en un intento egoísta de acallar su conciencia, que debió haberlos soñado.

DECLARACIÓN

Samuel no hace más que mirar el reloj. Le parece que el tiempo avanza desesperantemente lento y él se muere de impaciencia por hablar con Lucía. Pero no quiere hacerlo demasiado pronto para no incomodarla. Anoche se fue a casa de Ainhoa bastante "estropeada" y, seguramente, no se despertará hasta el mediodía. Sin embargo él apenas ha conseguido dormir porque la espectacular imagen de Lucía, sonriéndole, insinuando promesas de amor, se adueñado por completo de su mente. En algún momento ha considerado la posibilidad de presentarse en casa de Ainhoa, pero no quiere pillarla resacosa o somnolienta y hacer que se sienta incómoda. Así pues ha decidido esperar a que sea una hora prudencial para hablar con ella y retomar la conversación donde quedó anoche, cuando se despedían a la puerta del pub.

Cuando su reloj por fin le anuncia de mala gana que son las doce, Samuel prepara un mensaje para enviárselo a Lucía. Le pregunta cómo ha pasado la noche y si la puede llamar para hablar. Termina el mensaje con un par de emoticonos cursis.

Poco después recibe la llamada de la joven.

—Hola Lucía. ¿Cómo estás? ¿Puedo pasar a verte?

—Estoy en mi casa, en Valencia…

— ¿Cómo? ¿No has pasado la noche en casa de Ainhoa?

—Sí, pero me he levantado temprano y he vuelto a casa.

—Yo esperaba poder hablar contigo —dice Samuel con decepción.

—Yo también quiero hacerlo. ¿Puedes venir a mi casa?

— ¿Ha pasado algo?

—Sí, pero prefiero contártelo en persona.

—Está bien. Puedo coger el primer tren que salga.

—Tampoco será necesario. Con que estés aquí a media tarde será suficiente.

—De acuerdo. Miraré los horarios y tomaré el primero que haya después de comer. Cuando vaya a salir el tren hacia Valencia, te enviaré un mensaje.

—Muy bien.

—Lucia…

— ¿Sí?

—Tengo muchas ganas de verte otra vez…

—Yo también.

Unos instantes de silencio enmarcan el momento mágico en el que ambos saben que algo especial va a suceder y ninguno de los dos se atreve a romper. Finalmente Samuel concluye con un vulgar "Hasta luego" y corta la comunicación. A continuación, siente que la alegría va a hacer estallar su corazón si no comparte lo que siente con alguien y, naturalmente, ese alguien va a ser su abuelo Bernardo. Así pues, llama por teléfono a su casa. Es su abuela Teresa quien le responde.

— ¿Abuela? Soy Samuel ¿Qué vas a hacer para comer? — pregunta como si le importase, como si no le gustase absolutamente todo lo que ella hace.

—Tu abuelo dice que hace tiempo que no come arroz al horno…

—Pues echa un poco más, abuela, que quiero comer con vosotros.

—Claro que sí, cariño. A las dos y media, la comida estará en la mesa.

— ¿Está el abuelo en casa?

—Ha salido hace un rato a arreglar unos asuntos en el banco. No creo que tarde en volver.

—Vale, pues dentro de un rato voy ahí.

—Muy bien. Nos alegraremos de verte.

A continuación Samuel se toma un rato para ducharse y vestirse de manera adecuada para su encuentro con Lucía. No cree conveniente engalanarse tanto como la noche anterior. Mira entre su ropa y no sabe qué elegir. Pronto se da cuenta de que tampoco tiene tanto para elegir. En algún momento piensa en pedir consejo a su hermana, principalmente para hacerle saber que tiene superado lo de Ainhoa y que va a encontrarse con un pibón de los que quitan el sentido, pero finalmente concluye que lo que siente por Lucía es demasiado importante como para usarlo como pretexto para presumir ante Alejandra y olvida la idea. Después de dudar bastante, escoge una camisa y un pantalón que casi no ha usado, a medio camino entre lo informal y lo serio. Se mira en el espejo y se gusta. ¿Cómo no va a gustarse si sabe que es el elegido por una diosa?

Avisa a su madre de que comerá con sus abuelos y sale de casa sobre la una y media. A las dos menos cuarto llega a su destino. Le abre la puerta su abuelo.

—Vaya, hombre. Cuánto me alegra verte otra vez. Pasa, pasa. Dime ¿Ya has terminado el trabajo?

—Casi, abuelo. Estoy muy contento de cómo va quedando. Serás el primero en leerlo. Te lo prometo.

— ¿Cómo lo has enfocado?

—Como tú me sugeriste. A partir de la aparición de las esculturas de Benlliure y de lo que significa, centro la investigación en la última moradora de la mansión donde estaban escondidas. Cuento también la investigación que Ainhoa pretende seguir, enfocada tal como ella la había presentado, y no como era en realidad, y hablo de mi encuentro con Lucia, la visita a la casa de la plaza de la Constitución y el descubrimiento de las cartas de doña Patricia. A partir de ellas hablo de su historia de amor y de su locura. Si no fuera porque es todo verdad, pensaría que estoy escribiendo una novela.

— ¿No hablas de su asesinato?

—No puedo hacerlo, abuelo. No tengo pruebas. Efectivamente, si se tratase de una novela podría fantasear, pero en un trabajo de investigación hay que ser absolutamente riguroso.

—Lo entiendo. Si no te importa, le comentaré el asunto a mi amigo el escritor. Tal vez él pueda sacar de esto alguna historia que valga la pena.

—Por supuesto, abuelo. Pero yo, en realidad, quería hablarte de otro asunto.

— ¿Ah sí? Dime, pues

—Se trata de Lucía. Abuelo, me enamorado de ella como un colegial y, lo más importante, creo que ella me corresponde.

—O sea, que yo tenía razón.

—Así es abuelo. Anoche estuvimos juntos celebrando que la Generalitat les ha reconocido la propiedad de las esculturas de Benlliure. Salimos a cenar los tres…

— ¿Qué tres? No me digas que Ainhoa también estaba con vosotros. No conviene que haya una presencia perturbadora en lo que pretendes empezar con Lucía.

—Lo de Ainhoa, está superado. Ahora me doy cuenta de que todo había sido un espejismo que yo mismo había proyectado. Además, como tú dices, es que viéndolas juntas, no hay color. Anoche Lucía estaba espectacular.

—Esa muchacha me parece noble. Si se ha fijado en ti no creo que te decepciones. Además, esta buenísima.

— ¿Quién está buenísima? —pregunta la abuela Teresa que ha aparecido de pronto con la humeante cazuela de arroz al horno.

—La novia de Samuel.

—Tampoco es eso, abuelo. No nos precipitemos.

— ¿Tienes novia, Samuel? Me alegro mucho por ti. Ya era hora.

—Verás, abuela, se trata de Lucía. La chica que ha estado aquí un par de veces.

—Pues tiene razón tu abuelo. Es una chica muy guapa. Y parece de buena familia, además de ser muy culta.

—Lo cierto es que he quedado con ella esta tarde. Voy a su casa

en Valencia. Tenemos que hablar de lo nuestro.

—No te olvides de los condones —dice el abuelo.

—Qué bruto eres, Bernardo. Parece mentira. Desde que has cumplido los ochenta, parece que no pienses en otra cosa.

—No te pongas así, mujer. Deja que al menos sueñe con lo que ya no puede ser. Además, no creo que sea un mal consejo. En estos temas, hablando, hablando, se suele pasar de las palabras a los hechos.

Samuel guarda silencio, pero mentalmente le da gracias a su abuelo por haberle recordado lo obvio. Él no ha pensado en preservativos y no los lleva, así que tendrá que pasar por una farmacia antes de dirigirse a la estación.

Restablecida la paz, los tres comen en buena armonía. La deliciosa mano de la abuela Teresa para la comida es una de las causas de la calma y el buen humor que ahora preside la mesa. Samuel habla con entusiasmo de su ilusión por Lucía y los abuelos pugnan por darle consejos para que todo se desarrolle como él espera. Después del café, Samuel se despide con un beso de sus abuelos y les pide que le deseen suerte. Ya en la calle, se dirige a la farmacia más próxima en busca de preservativos. Lo que le sugiere su compra hace que se le acelere el pulso.

MÁS REVELACIONES

Ese mismo día Ainhoa también ha comido con su abuela Julieta. Al despertarse por la mañana, después de una noche de zozobra en la que el sueño no fue capaz de derrotar a su angustia hasta altas horas de la madrugada, se dio cuenta de que Lucía se había marchado sin despedirse, lo cual, unido a su patético comportamiento de la noche anterior, hizo que se sintiera muy mal y buscase cierto consuelo en el único lugar donde podía encontrarlo.

La abuela Julieta la ha recibido con alegría, aunque ésta se ha disipado tan pronto como ha visto la tristeza reflejada en el rostro de su nieta. Ainhoa, casi inmediatamente se ha echado en sus brazos y se ha puesto a llorar.

La abuela la ha dejado que se desahogase hasta que, llegado el momento de cierta calma, entre hipidos y suspiros, ha ido sacando del herido corazón de su nieta la causa de su tristeza.

—Cariño mío, siento que te hayan rechazado, pero tienes que aceptarlo. Las personas no nos enamoramos deliberadamente. En el corazón nadie manda. Además, ella no comparte tampoco tu orientación sexual.

—Estoy segura que si me dejase amarla, cambiaría de opinión sobre eso.

—Puede ser —concede la abuela tratando de consolar a su nieta —, pero ella te ha confesado que ama a ese chico, el tal Samuel.

—Yo creo que ese es el principal problema. El maldito Samuel. Ojalá no existiera. Entonces todo sería mucho más fácil.

—No hables así, Ainhoa. Entiendo que estés dolida, pero se te pasará, no lo dudes. No eres la primera persona, mujer u hombre, que pasa por esto, Yo misma sin ir más lejos también tuve un fracaso que me dolió mucho, pero luego conocí a tu abuelo y he sido muy feliz. Por cierto, no te lo vas a creer, pero creo que el protagonista de mi historia tiene que ver con Samuel.

— ¿Cómo?

—Pues sí. Si no me equivoco, se trata de su abuelo. ¿Se llama Bernardo Mascarell?

—Creo que sí —dice Ainhoa incrédula—. Así se apellidan Samuel y su hermana Alejandra y el abuelo que conozco es abuelo paterno…

— ¿Vive en la Avenida, cerca de la farmacia?

—Así es.

—Pues entonces no hay duda. El abuelo de Samuel me rompió el corazón cuando teníamos dieciocho años. Pertenecíamos a la misma cuadrilla de amigos. Así se llamaba entonces a los grupos que solían reunirse para pasar la tarde del domingo, pasear, bailar y cosas así. En las vacaciones de Pascua era costumbre pasar el día en algún huerto o en la montaña. Aquella celebración servía para relajar un poco la severa vigilancia de los padres a sus hijas porque, al estar en un entorno distinto era muy difícil tener controlados a los jóvenes. Nosotros nos aprovechábamos de ello y los días de Pascua eran una época en la que muchas jóvenes tenían su iniciación sexual. Generalmente solía hacer buen tiempo y los naranjos estaban en plena floración. Te aseguro que el olor de la flor de azahar es un poderoso afrodisíaco y eso era lo único que nos faltaba a los jóvenes adolescentes atiborrados de hormonas. No pocas parejas tuvieron que casarse por culpa de embarazos no deseados. Piensa que entonces prácticamente no existían los métodos anticonceptivos. Pues bien, yo le había echado el ojo a Bernardo. Era un mozo muy apuesto y muy simpático. Nos buscábamos en las reuniones de nuestro grupo y solíamos caminar siempre juntos en nuestros paseos. Yo entonces era una chica bastante atractiva y no me faltaban admiradores, pero a mí sólo me gustaba él. Bernardo también se interesaba por mí y me llenaba de atenciones. Decía que se sentía muy a gusto conmigo, que le parecía la chica más interesante del grupo.

Un día de Pascua estábamos en el chalet de la familia de una de las chicas de la pandilla, en la urbanización que se estaba empezando a formar en uno de los montes cercanos a la ciudad. Después de comer nos separamos del grupo y nos metimos en una pinada cercana. Lo recuerdo como si lo estuviese viviendo ahora. Cuando nos vimos solos nos buscamos, sin decir palabra, y le besé. No podía aguantar ni un segundo más sin hacerlo. El me correspondió inmediatamente, nuestras manos empezaron a buscar nuestros cuerpos y casi sin darnos cuenta nos vimos haciendo el amor. Dicen que la primera vez no suele ser muy gratificante, especialmente para las mujeres, pero yo te aseguro que pocas veces he vuelto a disfrutar tanto del sexo. Como ya estaba enamorada, aquella experiencia me reafirmó todavía más en mis sentimientos. Él, con el rostro todavía ruborizado por el placer, confundió la maravillosa experiencia que acabábamos de vivir y me declaró su amor. Salimos del bosque de regreso al chalet unidos por promesas de amor eterno.

A partir de ese momento, buscamos la oportunidad de vernos a solas y de repetir nuestra maravillosa experiencia y así lo hicimos varias veces. Yo sabía que corría el peligro de quedarme embarazada,

pero no me importaba. Casi lo deseaba porque eso significaría que me casaría con él y podríamos entregarnos a nuestra pasión todos los días.

Todavía no sé qué pasó después. Lo cierto es que Bernardo fue enfriando su relación conmigo y poco a poco vi cómo se iba distanciando de mí. Al final, ni siquiera me pedía que buscásemos la oportunidad de hacer el amor. Parecía que sólo era yo quien lo deseaba. Un día vino a verme muy serio. Me dijo que teníamos que hablar. Recuerdo aún el miedo que sentí porque sabía que aquel anuncio iba a significar el final de nuestra relación, el final de mi sueño de amor. Me habló con delicadeza, pero con firmeza me anunció que nuestra relación tenía que acabar. No quería hacerme perder el tiempo. Yo merecía a alguien mucho mejor que él. Te juro que en aquel momento pensé que iba a morir. Le pregunté, casi sin fuerzas, si yo había hecho algo mal. Le supliqué humillándome hasta un punto que aún hoy me avergüenza recordar. Bernardo no consintió que siguiera por aquel camino y cortó mis ruegos anunciándome que se había enamorado de otra chica. Debió haberse enamorado de verdad porque aquella chica es la que hoy todavía es su esposa.

Pasé una época muy difícil. Pensé que nunca volvería a ser la misma, pero el tiempo y la vida me enseñaron que nunca hay que subordinar la felicidad de uno a la voluntad de otras personas. Conocí a tu abuelo y me volví a enamorar. Él me demostró lo que era ser un hombre de verdad y me dio una vida muy feliz hasta el día de su muerte. Doy gracias a Dios por haberlo puesto en mi camino. Estoy segura de que si Bernardo no me hubiese dejado, no habría sido ni la mitad de feliz de lo que fui con tu abuelo.

—Discúlpame, abuela, pero no sé si creerte. Me parece una historia inventada para ayudarme a que no me sienta tan mal. Además, creo que te has pasado inventándote una personalidad tan atrevida. No me parece propio de la época, por lo que sé de ella, y menos de ti, que siempre has sido bastante religiosa.

—Así es, Ainhoa, he sido y lo sigo siendo, pero el deseo sexual es algo innato al ser humano, por muy religioso que sea. Y en mi época, precisamente por la educación represiva que nos daban, todavía era más intenso. Además, en aquella época sin la cantidad de ordenadores, tablets, artilugios y aplicaciones con las que perdéis media vida los jóvenes de hoy, el sexo era lo más interesante en lo que se podía pensar, especialmente si eras una mujer fogosa como yo.

—Veo que tratas de escandalizarme para que no piense en mi problema. Te lo agradezco, pero sigo sin creerte. Además, podrías haberte inventado otro amante, joder ¿Es que no se te ha ocurrido otro que el abuelo de Samuel?

— ¿Por qué te extraña? Somos de la misma edad aproximadamente. Teníamos un nivel social muy parecido y en

aquella época Alzira tendría la mitad de habitantes que tiene hoy. Todavía no había dado comienzo la emigración de las familias que venían de la Mancha o de Andalucía y todos los que teníamos edades parecidas nos conocíamos. Reconozco que en esto se ha dado una extraña casualidad y que te lo estoy contando, efectivamente, para que te sientas menos mal. Tienes que pensar que lo que te ha pasado con Lucía no es algo que el resto de los seres humanos no hayamos conocido o sentido en alguna ocasión. Pero te juro que todo, absolutamente todo, es la pura verdad y que me duele mucho que no me creas, Ainhoa.

—Perdóname abuela. Tienes razón. Nunca antes había dudado de ti porque sé que nunca me has engañado. Lo que pasa es que me siento muy mal y que todo lo considero desde una perspectiva de dolor que no sabía que se podía sentir. Creo que estoy obsesionada y lo peor de todo es que no me quiero librar de esa obsesión. Quiero a Lucía. La quiero más que a mi vida. Necesito estar con ella y no voy a renunciar a seguir intentando conseguir su amor. Haré lo que tenga que hacer. Yo no voy a darme por vencida, abuela, como hiciste tú con el abuelo de Samuel.

— ¿Y qué puedes hacer, si ella ya te ha dicho que no te ama, que ama a Samuel? ¿Cómo vas a cambiar eso?

—No lo sé todavía, pero estoy dispuesta a todo por lograr el amor de Lucía. Ella me amará. Yo sabré hacer que me ame sólo a mí y las dos seremos muy felices.

—Veo que lo tuyo es efectivamente una obsesión, Ainhoa. Me preocupas. Tal vez necesites ayuda profesional.

— ¿Quieres decir un loquero? Ni lo sueñes. No estoy loca, sé muy bien lo que quiero y lo que me conviene. No me estoy enfrentando a molinos de viento. Estoy luchando por mi amor, como tal vez debiste hacer tú cuando Bernardo te dejó.

La abuela Julieta acusa el golpe bajo y se encoge instintivamente, como si en realidad hubiese sido un golpe físico. Tal vez le habría dolido menos, piensa. Pero lo que más le duele es darse cuenta de que su nieta está a punto de perder la razón, así que en un desesperado intento de evitar que haga algo de lo que tenga que arrepentirse, decide contarle algo que se había propuesto firmemente que moriría con ella.

—Piensa bien lo que vas a hacer, Ainhoa. No cometas los errores de nuestros antepasados. No hagas algo de lo que te puedas arrepentir por el resto de tu vida. Déjame que te cuente una historia que no conoces…

PUNTA OSCURA

El tren viajaba hacia Valencia a una velocidad extraordinariamente lenta, o al menos así se lo parecía a Samuel que, en su ansia por encontrarse cuanto antes con Lucía, había perdido por completo la medida del tiempo y del espacio. Cuando finalmente llegó a la estación, se dedicó a adelantar apresuradamente a los demás viajeros en su camino hacia la salida de la calle Játiva, impacientándose cuando no podía hacerlo. En el hall de la estación recordó la ocasión en que estuvo allí con Ainhoa, los adornos y el bello estilo del edificio le trajeron una sensación de ternura por los sentimientos que en aquella ocasión le embargaban. Él había construido una ilusión hermosa y como tal solo había existido en su mente. Sin embargo ahora, al cruzar la calle Játiva iba a encontrarse con algo mucho más bello, más intenso y absolutamente real.

Poco antes de llegar al edificio donde ella lo esperaba. Le hizo una llamada para anunciarse.

—Estoy llegando.

—Vale, Te espero en la entrada.

— ¿Cómo? —pregunta Samuel sorprendido

—Nos vamos a Cullera. Ahora te lo explico.

Casi al mismo tiempo que Samuel llegaba a la puerta del edificio en la que fumaba aburrido el portero, se abría la puerta del ascensor y aparecía una reina de la belleza. En su mano llevaba un pequeño maletín con ruedas. La sonrisa de Lucía iluminó el amplio hall y Samuel tuvo que hacer un esfuerzo sobrehumano para no abrazarla y besarla allí mismo.

—He pensado en que podríamos pasar la tarde en Cullera. Mis padres tienen allí un chalet que casi nunca usan. A estas alturas de la primavera ver amanecer en el mar es muy bonito. Vamos, tengo el coche en el parking. En poco más de media hora estaremos allí.

Samuel se limitó a asentir sonriendo. La verdad es que estaba un poco confundido por lo que estaba sucediendo. Lo que había previsto, un abrazo envolviendo a un apasionado beso y una ardiente declaración de amor, no se estaba dando, pero como él intuía que la cosa iba a ser mucho mejor de lo que había imaginado, se limitaba a dejarse llevar sin poner objeción alguna.

El viaje hacia Cullera transcurrió tal como estaba previsto. El

habitáculo del coche de Lucía parecía la capital del reino de la sonrisa y aunque los dos jóvenes tenían muchísimo que decirse, no consideraban que el tráfico que atestaba la autovía por la que viajaban fuese el escenario ideal para hacerlo, así que intercambiaban trivialidades con la misma confianza y placer que si ya se hubiesen declarado como rendidos enamorados.

Al llegar a las proximidades de Cullera, Lucía tomó la carretera que conducía al Faro, ante la extrañeza de Samuel.

—Por aquí llegamos antes —explicó Lucía.

Poco después llegaban a una mansión que se alzaba en una punta del monte de Cullera, junto al mar, que obligaba a la carretera a describir una cerrada curva para bordearla. En el vial de acceso Samuel pudo leer el nombre de la mansión: "Punta Oscura". El edificio parecía de sólida construcción y debía tener más de cincuenta años de antigüedad, pero estaba en perfecto estado de conservación. Lucía pulsó el botón de un mando a distancia y una puerta se abrió dando acceso al garaje. Desde allí, a través de una escalera interior, accedieron a una especie de hall que les comunicaba con un amplio salón que estaba a oscuras. Lucía encendió la luz y ante los ojos de Samuel se desplegó una demostración de riqueza y buen gusto que lo dejo bastante impresionado. Mientras él miraba a su alrededor, Lucía se dedicaba a descorrer las cortinas y a pulsar los botones que abrían las persianas eléctricas. Poco después Samuel podía ver a través de ellas una impresionante vista de toda la costa iluminada por la cálida luz del atardecer.

— ¿Te gustan las vistas?

Samuel en ese momento estaba bastante cohibido por tanto lujo, hasta el punto de temer que estaba viviendo otra ilusión, como la que había forjado en su corazón a propósito de Ainhoa, pero la inconfundible mirada de amor que ella le dirigía, disolvió todas sus dudas. Sin decir palabra se acercó a ella y le dijo:

—Me encantan, sobre todo la que tengo ahora ante mí.

Los jóvenes se acercaron mirándose a los ojos. Primero se tomaron de las manos con delicadeza. A continuación, cerrando los ojos se dieron un beso en los labios, tierno y cálido, que encendió su deseo. Sus manos buscaron sus cuerpos y se acariciaron sin dejar de besarse. Samuel sintió que su cuerpo se desintegraba para reconstruirse en la figura, firme y tierna a la vez, que se estremecía entre sus brazos. Poco después, sin saber cómo habían llegado hasta allí, se entregaban el uno al otro en una enorme cama de una de las habitaciones de la planta superior.

Una hora después, cogidos de la mano, contemplaban en silencio el techo de la habitación. La sensación que todavía abrumaba sus sentidos, recuerdo del intenso placer que acababan de compartir,

no les dejaba hablar y se limitaban a dejarse llevar en aquella nube de felicidad en la que se había convertido la cama en la que habían hecho el amor. La experiencia había sido algo que ninguno de los dos había conocido antes, porque, ahora estaban convencidos de ello, era la primera vez que habían hecho el amor con alguien de quien estaban profundamente enamorados.

Samuel fue quien primero se atrevió a emerger de aquella burbuja de felicidad. Apoyándose en un codo se incorporó para mirar a Lucía a los ojos y por primera vez le dijo a Lucía:

—Te quiero.

Los felices amantes cenaron en un buen restaurante que había en uno de los extremos del paseo marítimo. Lucía le contó lo que le había pasado con Ainhoa y Samuel se maldijo por no haberle evitado el mal trago que le había hecho pasar.

—Bueno, tú sabías que Ainhoa era lesbiana, pero no tenías por qué saber que estaba interesada en mí.

—Cualquiera al que le gusten las mujeres estaría interesado en ti —dice Samuel con la sincera intención de halagar a Lucía—. Hasta mi abuelo Bernardo dice que estás buenísima.

La joven ríe con la ocurrencia.

—Qué cachondo es tu abuelo. La verdad es que me cae genial. Tu abuela también, pero tu abuelo más.

Samuel guarda silencio. No piensa decirle que ha sido él quien le ha abierto los ojos con respecto a Lucía y quien, en definitiva, le ha animado a dar el paso más importante y gozoso de su vida.

Al salir del restaurante, los jóvenes deciden pasear para digerir bien la cena y asaltar en mejores condiciones el paraíso terrenal que les aguarda en Punta Oscura. El paseo marítimo de Cullera está poco transitado en ese momento y los dos jóvenes andan cogidos de la mano. Samuel, que no acaba de asimilar que tanta felicidad pueda ser cierta, se atreve a expresar un temor a su amada.

—Lucía, no sé si voy a estar a la altura de lo que tú te mereces.

— ¿Por qué dices eso? —Pregunta ella sorprendida— ¿Piensas que me he equivocado al elegirte?

—Tal vez. Eres una mujer bellísima, inteligente, culta…

—A mí también me lo pareces tú. Bueno, bellísimo no, interesante, diría yo —añade con una sonrisa seductora.

—Pero eso no es todo. Tú perteneces a una clase social muy diferente de la mía. Es más que evidente que tienes un nivel económico que yo nunca te podría dar.

—Vaya hombre, ya ha salido el machito que todos los hombres lleváis dentro. Me preguntaba cuando se iba a asomar —dice ella un poco mosqueada—. O sea, que tú eres de los que todavía piensan que el hombre tiene que ser el principal sostén económico de la familia.

—No es eso, Lucia…

—Seguro que te parece mal que una mujer mayor tenga un romance con un hombre mucho más joven, pero te parece normal que sea al revés. ¿No? Pues mira chaval, soy rica. Mucho más de lo que te imaginas. Espero que eso no represente para ti ningún

inconveniente… Además, por si no te has dado cuenta, también soy algo mayor que tú. ¿También es eso un problema para ti?

Samuel deja de andar y se vuelve hacia ella. La mira a los ojos que parecen dibujar un gesto de incomodidad. La atrae hacia él y le da un prolongado beso que ella devuelve con amor. Una pareja de ancianos pasa junto a ellos mirándolos con simpatía. Poco después se deshace el abrazo y los dos enamorados se miran sonrientes. Lucía dice:

— ¿Esto ha sido nuestra primera pelea?

—No lo sé —dice él— pero si lo ha sido, te prometo que será la última.

Lucía le sonríe todavía más y a continuación le dice:

—Parece que está refrescando. Necesito entrar en calor. ¿Volvemos al chalet?

—Nada deseo más en este momento.

UNA OBSESIÓN ENFERMIZA

Ainhoa no puede creer lo que le está pasando. A veces piensa que está viviendo una pesadilla interminable y concibe la ilusión de que va a poder despertar en cualquier momento. Pero no despierta. Al contrario, como si su sueño fuese un tumor maligno va extendiéndose por su mente ocupando y anulando los principios en los que se ha basado su acusada personalidad.

Ella siempre se ha considerado una persona equilibrada, inteligente, sin falsa modestia, con una personalidad bien definida que le ha permitido afrontar sin complejos ni dudas su orientación sexual, prácticamente desde que el deseo despertó en su corazón de niña. Por eso no entiende lo que le está pasando.

Se arrepiente profundamente por haber tratado de desvelar el enigma familiar que era la desaparición de su antepasada, Inés Ballester, la hija del rondallero. Por culpa de su infantil obsesión, desbordada por el descubrimiento de la escultura de Benlliure que la reproducía fielmente, Ainhoa ha dado a su vida una dirección que la ha llevado finalmente a un destino que la aterra.

Está aterrada porque siente que está perdiendo la razón y a ello contribuye una pasión enfermiza que no se siente capaz de controlar, y que sabe que la puede llevar a cometer actos irreparables que, en otras circunstancias, ni siquiera se atrevería a concebir. Pero no es solamente el desesperado amor que siente por Lucía lo que causa su desequilibrio emocional. Como consecuencia de las investigaciones que ha llevado a cabo con Samuel y con Lucía ha llegado a desentrañar el misterio que la tenía muchas noches en vela imaginando posibles soluciones, y que finalmente ha resultado ser un secreto familiar horrible que su abuela Julieta conocía y que había pretendido llevarse con ella a la tumba, para que no pesase sobre la conciencia de sus descendientes. Finalmente, con la esperanza de aliviar la angustia de su nieta, la abuela Julieta le había revelado todos los misterios que ella, Lucía y Samuel habían tratado de desentrañar en las semanas precedentes. Saber toda la verdad, lejos de calmar su ánimo o, al menos, de servir de modelo de conducta a evitar, ha sembrado todavía más confusión en su mente y en su anteriormente firme escala de valores. Lo que antes era bueno ahora ya no le parece tanto y lo que le parecía horrible, ahora, a la luz de lo

que estaba sintiendo, lo encuentra comprensible.

Perdida en un laberinto de dolor y confusión, ha estado tratando desesperadamente de buscar caminos que la lleven a ser la persona que siempre ha sido, pero en lugar de ello, se sorprende maquinando planes que su mente desecha horrorizada, para inmediatamente después retomarlos, con el fin de perfeccionarlos y hacerlos viables.

Finalmente, derrotada por su enfermiza obsesión, incapaz de seguir soportándola, decide poner en práctica un plan descabellado que tiene pocas posibilidades de terminar con éxito pero que, al menos, enciende una débil velita de esperanza en la oscuridad de su atribulado ánimo. Para ello necesita de una sustancia ilegal que sabe dónde puede conseguir. Toma el bolso, se asegura de que tiene suficiente dinero y sale a la calle buscarla.

UN PLAN SINIESTRO

—¿Samuel?

—Dime Ainhoa.

—Necesito hablar contigo. Es muy importante.

—Ainhoa, antes que nada quiero que sepas que Lucía y yo estamos juntos…

—Lo imaginaba. Me alegro por vosotros. Hace unos días viví un episodio con ella del que me siento muy avergonzada. Espero tener la oportunidad de pedirle disculpas personalmente y que tú me ayudes a conseguirlo. Pero no es de ella de quien te quería hablar.

— ¿De qué se trata, pues?

—Es sobre el trabajo que estás haciendo. Tengo información contrastada que va a darle un valor añadido muy grande y me gustaría facilitártela para que la incluyas, si lo crees conveniente. Te aseguro que vas a flipar.

—Vaya, sí que parece interesante. Si quieres podemos quedar en algún sitio y hablamos. ¿Me puedes adelantar algo?

—Sí. Sé qué le pasó a mi antepasada, Inés Ballester.

— ¿Sigues con tu teoría de que fue asesinada por doña Patricia?

—No. He averiguado la verdad.

—Pero eso puede no tener relación con mi trabajo de investigación.

—Sí que la tiene. Y mucha, pero se trata de una historia larga que no es cuestión de contarte por teléfono.

—Bueno, pues dime cuándo quieres que quedemos.

— ¿Tienes algo que hacer esta tarde?

—La verdad es que sí. Había quedado con Lucía para ir a Cullera…—dice Samuel con cierto remordimiento, por ser él quien está disfrutando de lo que Ainhoa había tratado de conseguir—. Pero mañana tengo todo el día libre. Lucía se va a Barcelona a gestionar el cambio de domicilio fiscal de una de sus empresas familiares. Ya sabes… “el prusés”.

—Vale, pues si quieres nos podemos ver en una cafetería y allí te cuento.

— ¿Quedamos a las cinco, donde nos reunimos la última vez?

—Por mí bien.

—Hasta mañana, entonces.

—Hasta mañana.

Samuel es el primero en llegar a la cita y busca una mesa en la terraza de la cafetería a la sombra. El final de la primavera está siendo especialmente caluroso, pero en aquel lugar, gracias a una agradable brisa, se está bastante bien. Cinco minutos después ve llegar el coche de Ainhoa que encuentra un estacionamiento cerca de la terraza. En aquel lugar no suele ser extraño encontrarlo. La joven sale del coche y lo cierra. Busca con la mirada y pronto localiza a Samuel que le hace gestos de atención con el brazo en alto. Ella se acerca. Su semblante es muy serio y parece desmejorada. Samuel lo atribuye al fracaso amoroso que acaba de experimentar con Lucía y, de alguna manera, se siente un poco culpable. Lo lamenta por ella. A fin de cuentas, él la ha amado, o al menos eso creía, y sabe lo que es sufrir por un desengaño. Se alegra de haber sido sincero con ella al advertirle, al principio de su conversación telefónica del día anterior, que él y Lucía han formado una pareja. No quiere que haya lugar a más equívocos ni que nadie más pueda sufrir por ellos.

Ainhoa saluda brevemente y se sienta junto a él. Samuel duda sobre si debe hacer algún comentario más sobre su nueva e ilusionante relación con Lucía, pero finalmente decide que sólo hablará del tema si es Ainhoa quien lo saca a colación.

— ¿Qué te apetece? —pregunta Samuel que no había pedido nada a la espera de su amiga.

—Un café.

—Muy bien, pues que sean dos.

En aquella terraza no hay servicio de camareros y los clientes tienen que acudir a la barra para ordenar y pagar en el acto las consumiciones. Samuel se levanta y se dispone a pedir los cafés. Poco después regresa con una taza en cada mano y las deposita con cuidado sobre la mesa. Apenas toma asiento, Ainhoa, que parece buscar algo en el bolso, hace un movimiento brusco y derriba su taza extendiendo el líquido sobre la mesa. Murmura una disculpa y se apresura a secar el líquido derramado con las servilletas de papel que hay para el servicio de los clientes. Samuel recoge el servicio y se dirige a la barra para pedir otro café. En ese momento, Ainhoa saca un sobrecito y vierte en el café de Samuel un polvo blanco que es el resultado de moler dos comprimidos de Rohypnol, el poderoso sedante que es conocido vulgarmente como la droga de los violadores.

Cuando Samuel regresa con el nuevo café, Ainhoa vuelve a disculparse:

—Lo siento, Samuel. Estoy un poco torpe últimamente

Samuel cree adivinar la causa de su torpeza pero finge no darle importancia. Ya sacará ella el tema si le parece oportuno. Mientras tanto él conduce la conversación al objeto de la reunión.

— ¿Qué es lo que tienes que contarme sobre la muerte de doña Patricia?

Y Ainhoa inicia un relato pormenorizado de lo que su abuela le ha confesado. La hija del rondallero fue asesinada por su marido, Andrés Ferrús, en un ataque de celos, porque ella quería abandonarlo para ir a buscar a Benlliure de quien estaba perdidamente enamorada. Doña Patricia, que como ellos saben por las cartas, estaba también enamorada del escultor, colaboró en la desaparición del cuerpo incinerándolo en la mansión. La pérdida del anillo de boda de Inés la tuvo obsesionada hasta el punto de quedarse a vivir en la mansión hasta el día de su muerte.

—Como ves, Samuel, todo cuadra. Ahora sí que puedes completar tu trabajo con algo que merecería el guion de una serie para la televisión.

Samuel no responde. Tiene la mirada ausente. Se diría que no ha acabado de entender todo lo que Ainhoa le acaba de contar. Ella se da cuenta de que la droga está empezando a hacer su efecto y decide que es el momento de poner en marcha la segunda parte de su plan.

— ¿Qué te pasa, Samuel? ¿Te encuentras mal?

—No sé. La verdad es que me siento bastante raro. De repente me ha entrado un sueño terrible.

— ¿Quieres que te lleve a casa?

—Creo que será lo mejor. Si no te importa…

—Por supuesto que no. Vamos, apóyate en mí. Tengo el coche muy cerca.

LA ANGUSTIA DE LUCÍA

Lucía está preocupada. Es la cuarta llamada que hace a Samuel y sólo recibe la respuesta impersonal de un robot con voz de mujer que le dice que el teléfono que está marcando no está disponible. A las cinco y media de la tarde ha llamado a Samuel para anunciarle que ha terminado sus gestiones en Barcelona mucho antes de lo previsto y que no puede esperar al día siguiente para sentir el calor de su cuerpo. Su primer intento ha agotado los tonos de llamada hasta que se ha cortado la conexión. Se ha sentido un poco decepcionada porque piensa que Samuel debería estar más pendiente de recibir sus llamadas, ansioso como está ella por hablar con él. Esta sensación la ha hecho pensar en su sorprendente enamoramiento. Ella sabe, sin presunción ni falsa modestia, que tiene objetivamente las cualidades para aspirar a cualquier hombre. De hecho ha tenido a muchos "pretendientes" a los que ha ido descartando con más o menos delicadeza, algunos de ellos, hombres realmente interesantes. Pero nadie hasta entonces ha alcanzado el íntimo rincón en el que vivían sus ideales de niña enamorada. Ha sido él, Samuel, quien ha conquistado, sin tan siquiera proponérselo, el reducto inexpugnable de su voluntad. Lucía se maravilla de cómo el corazón funciona independientemente de la razón, aunque ésta pertenezca a un cerebro tan bien organizado como el suyo. Por lo menos soy consciente de lo que me pasa, piensa, de lo contrario se consideraría víctima de un hechizo de amor.

Cuando ha hecho la segunda llamada, utilizando el "manos libres" de su automóvil, y ha sido contestada por el mensaje de la operadora de teléfono, ha sentido cierta inquietud, pero no le ha sido difícil imaginar varios motivos por los que Samuel se podría encontrar fuera de cobertura. Sin embargo le ha venido al pensamiento la enfermiza pasión de su lejana antepasada por Benlliure y de alguna manera se ha sentido identificada con ella. Ella ama tanto a Samuel que sería capaz de hacer cualquier cosa para conservarlo. Aunque, a diferencia de doña Patricia, ella se siente igualmente amada y eso hace que su amor crezca todavía más.

La tercera llamada la ha hecho a la altura de Peñíscola. El nuevo fracaso en su intento de oír la voz amada, le ha hecho sentir ganas de llorar, como si fuese una niña a la que niegan una ilusión. Su

sentido común le ha hecho reponerse de la ridícula sensación de desamparo, pero no ha conseguido hacer que desaparezca por completo un cierto sabor de inquietud que teme que no va a desaparecer hasta que consiga hablar con Samuel.

Entre Castellón y Sagunto ha parado en un área de servicio de la autovía para cargar combustible, visitar el lavabo y tomar un café. Desde allí ha hecho la cuarta llamada. Al no conseguir contactar con Samuel, la inquietud le ha hecho tomar la decisión que quería evitar, al menos de momento. Busca en la guía de su teléfono el nombre de Ainhoa y pulsa sobre él. En unos instantes se inicia la llamada. Cuatro tonos después, oye la voz de la joven.

—Hola amor mío. Me alegra tanto que me llames…

Lucía finge no darse cuenta de lo que le acaba de decir Ainhoa y le pregunta:

— ¿Has visto a Samuel? Estoy un poco preocupada le estoy llamando toda la tarde y no me contesta.

—Sí. Está aquí, conmigo.

—Uff, gracias a Dios. Pensaba que le había pasado algo. Pásamelo, por favor.

—Me temo que no puede hablar.

No sabe si es el tono de la voz, o lo que con ella le dice, lo que produce un escalofrío nunca antes sentido que hace que por un momento sienta que su columna vertebral se ha convertido en esparto.

— ¿Le ha pasado algo? —se atreve al fin a preguntar

—No, todavía. Está durmiendo un sueño profundo y no va a despertar. Nunca más se interpondrá entre nosotras y entonces te darás cuenta de que me amas, como yo te amo a ti. Seremos felices para siempre.

—No te entiendo, Ainhoa. No te quiero entender. No tengo ni idea de lo que está pasando, pero si estás pensando en hacerle algo malo a Samuel, te ruego que no lo hagas.

—Está claro que no lo entiendes, amor mío. Necesitarás un poco de tiempo para hacerlo. Tú estás confundida y crees que amas a Samuel, pero en realidad no es así. Tú sólo puedes amar a una mujer como yo, que te quiera más que a su vida, que esté dispuesta a cualquier cosa para conseguir tu amor, que te entienda, como yo te entiendo, y que sea capaz de llegar hasta lo más profundo de tu alma de mujer, como solamente yo seré capaz de hacer. Cuando Samuel desaparezca de nuestras vidas, no habrá ningún obstáculo que impida nuestro amor.

— ¿Desaparezca? ¿Estás pensando en matarlo?

—Exactamente. Eso es lo que iba a hacer cuando me llamaste.

Lucía está en estado de shock. No puede creer lo que acaba de escuchar, porque no es capaz de imaginar en qué situación se

encuentran Samuel y Ainhoa. Lo único que es capaz de concebir su mente aterrorizada es que tiene que impedir que Ainhoa le haga un daño irreversible a Samuel, así que tras un breve silencio dice:

—No lo hagas. Te lo suplico. Haré lo que quieras. Te daré la oportunidad que me pediste de demostrarme tu amor. Fui una tonta en no aceptarla. Tal vez sentí miedo, no sé… pero no le hagas ningún daño a Samuel. Si lo matas, el fantasma de su recuerdo se interpondrá para siempre entre nosotras.

—Ya he llegado demasiado lejos, No puedo volverme atrás.

—Sí que puedes, si todavía no le has hecho ningún daño.

—De momento sólo está inconsciente, drogado. Iba a asfixiarlo con una almohada. No pensaba causarle ningún sufrimiento. A fin de cuentas, tampoco le culpo por haberse enamorado de ti.

—No hagas nada, Ainhoa. Deja que nos reunamos. Hablemos sobre lo nuestro y analicemos juntas cual es la mejor manera de solucionar esta situación. A fin de cuentas, Samuel no sabe tus intenciones. Cuando despierte, sólo sabrá que ha perdido el conocimiento. Le diremos que ha sufrido un desmayo y él lo creerá. Mira, estoy volviendo de Barcelona. Dime dónde estáis y en menos de dos horas estoy ahí, junto a ti —añade esforzándose en aparentar un tono insinuante.

— ¿Me prometes que me vas a dar una oportunidad?

—Te lo juro. Dime dónde estás.

—Estoy en Villa Lolita, en la mansión de tus antepasados. He querido venir aquí porque en este lugar, de alguna manera, empezó todo. Ven pronto. No puedo esperar para besarte y abrazarte.

—Hasta pronto.

—Hasta pronto, amor mío.

Después de colgar, Lucía pone a su mente a pensar frenéticamente. Es obvio que la pobre Ainhoa ha perdido la razón y en cualquier momento podría hacer algo irremediable. Tiene que encontrar la manera de pararla ya, porque no puede confiar en la palabra de una demente, de esperar a su llegada, ni mucho menos esperar que actúe con coherencia. Lo primero que se le ocurre es llamar a la policía, pero piensa que le va a resultar muy difícil hacer que la crean. Por otra parte, si la policía llega anunciando su presencia por medio de sirenas, es posible que Ainhoa actúe impulsada por la desesperación y le dé muerte a Samuel antes de que los agentes puedan impedirlo. Finalmente cree haber encontrado la solución: ella tiene el teléfono de Bernardo, el abuelo de Samuel. Le llamará para ponerle al corriente sobre lo que sucede y entre los dos tratarán de salvar la vida del joven.

Bernardo responde con euforia gozosa la llamada de Lucía al reconocer al titular de la llamada entrante.

—Hola “nieta” —le saluda con sorna, pues ya conoce la relación de Lucía con Samuel.

—Bernardo —le corta ella sin entrar en el juego de bromas que el agradable anciano está dispuesto a comenzar—, Samuel está en grave peligro. Tenemos que hacer algo para salvarlo.

A continuación Lucía lo pone al corriente con precipitación de lo que acaba de averiguar. Bernardo la tiene que interrumpir varias veces antes de hacerse una idea más o menos clara de lo que está pasando.

— ¿Y te ha dicho que está en la mansión de la Casella?

—Sí, y me ha prometido que no va a hacer nada hasta que yo llegue, pero yo no me fío. Creo que Ainhoa está muy mal y que puede asesinar a Samuel en cualquier momento. Tienes que ir allí e impedírselo.

—Avisaré a la policía.

—Pero entonces tendréis que llegar a la finca con la máxima discreción. No podéis alarmar a Ainhoa.

—Tienes razón. Hablaré con mi amigo, el policía retirado. Él sabrá cómo ayudarme. Me consta que en la comisaría de Alzira es muy apreciado. Si él lo pide, se harán las cosas de esa manera. Ahora mismo le llamo.

—Hazlo, por favor, Bernardo. No podemos perder ni un solo minuto.

CUANDO SE APAGAN LAS LUCES

Ainhoa está bastante fatigada. Ha hecho un esfuerzo que supera con mucho sus capacidades físicas. Cuando ha llegado a villa Lolita, Samuel estaba completamente inconsciente. Por un momento ha llegado a pensar que la dosis de Rohypnol que le ha dado a Samuel tal vez le evite el trance de tener que darle muerte con sus propias manos, pero no. Samuel está vivo. Su pulso y su respiración son normales, así que, tras abrir la puerta del coche, ha sacado el cuerpo inerte del hombre que se interpone a sus deseos y lo ha arrastrado con grandes dificultades a la estancia que hay debajo de la planta principal del primer piso. Allí había pensado en asfixiarle, presionando sobre su rostro el cojín sobre el que descansa su cabeza. Ya estaba disponiéndose a hacerlo cuando ha recibido la llamada de Lucía, del amor de su vida. La emoción que ha sentido al hablar de nuevo con ella, después del patético intento de seducción, ha hecho que durante un buen rato haya suspendido sus intenciones. Pensar que puede hacer que su obsesión de amar a Lucía con el cuerpo y con el alma sea una realidad, le ha sumido en un estado de felicidad que su mente perturbada ha querido aceptar con los ojos cerrados. Así pues, ha decidido en un primer momento esperar a su llegada y no hacer nada con Samuel. Ha pasado media hora junto al cuerpo inconsciente del joven que yace sobre el cemento en el centro de la sala. El paso del tiempo ha ido calmando la euforia de los primeros minutos posteriores a la llamada de Lucía y su mente, libre de sus estímulos, está analizando su situación con la relativa frialdad que permite el grave trastorno mental que padece. Ahora piensa que las promesas de Lucía son solo una añagaza que le sirva para ganar tiempo e impedir que Ainhoa cumpla su propósito de hacer desaparecer a Samuel de sus vidas. Así pues ella piensa ahora que debería ejecutar su plan, tal como lo había concebido, y presentar a Lucía la muerte de Samuel como un hecho consumado. Es obvio que en el mundo ideal que su mente ha construido, para albergar en él la esperanza de unirse a Lucía, no existen leyes ni tribunales de justicia que las hagan cumplir o que castiguen a los delincuentes. En su mundo sólo están Lucía y ella y una pasión incontrolable que tiene que arrasar todos los obstáculos que se interpongan a su realización. Así pues, se dirige hacia el cuerpo yacente del joven y retira con cuidado la almohada en

la que apoya su cabeza. La sujeta con las dos manos y se dispone a asfixiar con ella a Samuel. Es curioso, piensa, cómo al cubrir con el cojín el rostro del muchacho y ocultarlo a su mirada, es como si lo eliminara de una lista de amigos de Facebook o de un chat de WhatsApp, como si lo estuviera borrando de la memoria colectiva.

La sensación de asfixia produce en su víctima una reacción, tal vez un espasmo, que provoca, por lo imprevisto, que Lucía caiga apartada a un lado de Samuel. Cuando se incorpora puede ver que el joven tiene los ojos abiertos y mira a su alrededor con una mueca de confusión, tratando de entender lo que le está pasando. Ainhoa sabe que no puede perder más tiempo. Mira a su alrededor y ve en una esquina de la sala una azada olvidada. Se abalanza sobre ella. El mango está resquebrajado y la hoja completamente invadida por el óxido de décadas, pero en sus manos siente que tiene el peso necesario para el fin que piensa darle. Se dirige con ella hacia Samuel y levantándola sobre su cabeza la descarga con todas sus fuerzas. La noche empieza a caer sobre el valle pero por las desguarnecidas puertas de la sala todavía entra luz suficiente como para que Samuel adivine la amenaza que se cierne sobre él y aparte la cabeza lo justo como para que la hoja oxidada no le alcance de pleno, pero sin poder impedir que le haga un corte importante en el costado, junto a la sien, por el que empieza a sangrar abundantemente.

Fuera de la mansión, a la que han llegado sigilosamente, tres coches policiales han estacionado, y sus ocupantes, entre los que se encuentran el abuelo Bernardo y su amigo, el ex policía, han bajado y están tomando posiciones con la máxima prudencia para no alertar a los posibles ocupantes del edificio.

Todavía están pensado por dónde deben empezar la inspección de la vivienda cuando el sonido del metal golpeando el cemento les indica en lugar al que deben dirigirse. Cuando entran en la sala ven a Samuel, que trata infructuosamente de incorporarse, y a Ainhoa que se dispone a asestarle el golpe definitivo.

La voz de alto, proferida con el volumen y el tono de autoridad adecuado a la situación, suspende durante un instante el movimiento de los brazos de la joven que se vuelve a mirar hacia el origen de la imperiosa orden que acaba de recibir. Ahora es su rostro quien muestra incredulidad y confusión. La presencia de agentes armados cuyas pistolas apuntan directamente hacia ella no tenía cabida en el delirio que había estado viviendo. La orden se repite con más intensidad pero ella se empeña en ignorar lo que contraviene su voluntad, así que se dispone a asestar el golpe definitivo cuando un único estampido, seco y ensordecedor, acalla todos los demás sonidos y apaga todas sus luces.

DOS DÍAS DESPUÉS

La sala de espera del hospital está sorprendentemente tranquila, comparada con las ocasiones anteriores en las que Bernardo la ha tenido que visitar, por una u otra razón. Hoy ha ido a recoger a Samuel al que van a dar el alta. Está esperando a Lucía que ha quedado con reunirse con él allí para acompañarlo. Al parecer, la joven tiene programada para su novio una temporada de reposo en el chalet de su familia en Cullera. Bernardo sospecha que Samuel, de reposo, va a tener poco, a juzgar por las tiernas promesas de amor que Lucía no ha dejado de decirle en voz baja, pero no lo suficiente como para que todos los demás habitantes de la habitación donde Samuel se recuperaba pudiesen escucharlas.

Finalmente, las heridas de Samuel han sido leves y sólo la prudencia médica, espoleada por el eco mediático que ha tenido el intento de asesinato, ha hecho que el joven haya tenido que estar cuarenta y ocho horas en observación. La primera noche en el hospital hubo que hacer un esfuerzo de generosidad para determinar quiénes acompañarían a Samuel en su habitación. Finalmente habían ganado la batalla la madre de Samuel y Lucía, que además de su tozuda insistencia, contaba con el firme apoyo del convaleciente para acompañarla en aquellos momentos.

Al día siguiente, descartado totalmente el peligro para la salud de Samuel, habían sido el abuelo Bernardo, su hermana Alejandra y algún que otro colega quienes se habían ido turnando en hacerle compañía. La noche la pasó solo, por orden del médico ya que lo único que necesitaba era una buena noche de sueño, antes de recibir el alta hospitalaria.

Bernardo mira su reloj. Ya falta poco para que sea la hora acordada con Lucía para encontrarse allí. Mira hacia la puerta que se está abriendo en ese momento. Una figura encorvada entra en la sala. Obviamente no es Lucía, pero se trata de una mujer que lo mira fijamente. Debe tratarse de alguna persona conocida. La mujer no deja de mirarle. Con paso vacilante se acerca hacia él. Bernardo no la reconoce hasta que le oye pronunciar su nombre.

—Bernardo…

— ¿Julieta? ¿Eres tú? No te había reconocido. Estás tan…

— ¿Vieja? Pues tú no pareces ningún chaval, precisamente,

aunque tengo que reconocer que la vida no te ha tratado tan mal como a mí.

—Disculpa. No me malinterpretes. Iba a decir que te encuentro muy cambiada. ¿Qué haces aquí? ¿Estás enferma o tienes a alguien ingresado en el hospital?

—Las dos cosas. Lo primero me temo que no tiene solución, pero no me preocupa demasiado. Lo que me ha traído hoy aquí es la suerte de mi nieta.

— ¿Tienes una nieta enferma? Vaya, lo siento. Espero que no sea nada grave.

—Pudo haberlo sido. De hecho ha estado al borde de la muerte, pero los médicos dicen ahora que se salvará —dice Julieta tomando asiento junto a Bernardo.

— ¿Qué le ha pasado? ¿Un accidente, tal vez?

—Un tiro. A mi nieta le han pegado un tiro, Bernardo. Mi nieta es Ainhoa, la muchacha que trató de matar a Samuel, tu nieto. ¿No lo sabías? Ya ves, Bernardo, parece que entre tu estirpe y la mía continúan dándose los desencuentros amorosos, aunque en el caso de mi nieta el asunto sea distinto.

—Julieta, no me parecen cosas comparables. Tú y yo vivimos un romance de juventud que fue bonito mientras duró, pero el destino nos tenía reservados otros caminos y todo terminó sin traumas ni sufrimiento. Tu nieta, en cambio, ha intentado asesinar a Samuel.

—Yo sufrí mucho Bernardo. Yo te quería con toda mi alma. Habías sido el primer hombre en mi vida y yo me había entregado entera a ti sin reservas, sin importarme nada lo que los demás pudieran decir. Pero yo no te llenaba como tú me llenabas a mí y me dejaste por Teresa. No te puedes imaginar cuanto sufrí ni cuanto lloré. Te juro que en algún momento desee la muerte a tu esposa porque la consideraba culpable de nuestra separación. Pero Dios se apiadó de mí y puso a un hombre bueno en mi camino. Con él aprendí a amar de verdad, libremente, sin condiciones, sin obligaciones, y él me dio mucho más de lo que habría recibido contigo y, mientras vivió, fui tan feliz como se puede ser en este mundo.

—Siento haberte causado daño, Julieta, pero como dicen las canciones, en el corazón nadie manda y el mío decidió escoger a Teresa y lo hizo muy bien porque ella era y es la mujer de mi vida.

En ese momento se acerca Lucía, una hermosa sonrisa con cuerpo de mujer.

—Qué difícil es encontrar estacionamiento en este hospital —anuncia a modo de saludo.

—Hola Lucía.

— ¿Tú eres Lucía? Ahora entiendo un poco mejor la pasión de mi nieta. Eres una mujer muy hermosa.

—Ella es Julieta, la abuela de Ainhoa —dice Bernardo.

—Espero que Ainhoa se recupere pronto —dice Lucía tras unos instantes de embarazoso silencio.

—Gracias. La parte física parece estar bien encaminada. Lo que más me preocupa es su salud mental que los médicos van a tener que evaluar y tratar de recomponer.

—Yo en estos momentos no puedo desearle ningún bien a su nieta, señora. Perdone que sea tan franca. Espero y deseo que se reponga para que la Justicia le dé su merecido.

—Has estado a punto de perder al hombre que amas y es normal que estés dolida. Sólo espero que el tiempo, o la vida, o lo que sea, cure la herida que te hace pensar así. El odio y el deseo de venganza son reacciones naturales. A fin de cuentas estamos hechos de carne y hueso y no de mármol, como las malditas esculturas que han dado lugar a esta situación. Pero créeme, serás mucho más feliz perdonando y olvidando lo que ha pasado. Lo sé por experiencias muy cercanas. Tal vez merezcas conocerlas tú también. Se las conté a Ainhoa con la esperanza de encauzar su atribulado ánimo, pero me temo que conocer esas experiencias sólo sirvió para confundirla más. Tú pareces una buena persona, Lucía. Estoy segura de que, a pesar del odio que hoy sientes, tienes una mente serena.

— ¿Estás hablando de la muerte de tu abuela, Inés, la hija del rondallero? Samuel nos lo ha contado todo. Se lo dijo Ainhoa poco antes de drogarlo —dice Bernardo.

— ¿Sólo os ha hablado de la muerte de Inés?

—Sí, ¿es que hay algo más?

— ¿Recuerdas tu teoría sobre la muerte de doña Patricia? Ainhoa me ha hablado de ella.

—Sí, pero no hay manera de demostrar que fue asesinada.

—Pues ahora, si tienes tiempo, vas a conocer la verdad.

EL ÚLTIMO SECRETO

Valle de la Casella, julio de 1.958

Antonia Ferrús camina deprisa por el camino de tierra que conduce por el valle de la Casella hacia la finca de Villa Lolita. El día parece que va a ser bastante caluroso y, a pesar de lo temprano de la hora, está sudando abundantemente. La brisa de poniente le trae absurdamente retazos de una canción que un coro de voces jóvenes le habla de montañas nevadas y de banderas al viento, pero ella parece no darse cuenta y se limita a secarse el sudor que cae de su rostro y se escurre entre sus opulentos pechos con un pañuelo que estruja en su mano derecha. Su mente es un torbellino de imágenes y emociones que la están empujando sin que su voluntad o su razón puedan imponerse a ellas. En su estómago, un hierro candente parece haberse instalado de forma permanente y siente, más que piensa, que sólo en Villa Lolita será capaz de arrancárselo.

Todo lo que ha condicionado su vida y su carácter desde que tiene uso de razón le ha sido revelado de la forma más cruel, y ahora está convencida de que alguien tiene que pagar la deuda que la vida tiene contraída con ella.

Ayer enterró a su padre, Andrés Ferrús. Tras unos días de dolorosa agonía, el hombre cuya fuerza consideraba ilimitada, cuando era una niña, había experimentado una inexplicable mejoría (la mejoría de la muerte, según le habían explicado las viejas que se las daban de sabias) y le había hecho una confesión que la había dejado perpleja, hasta el punto de que había sido incapaz, tras su muerte, casi inmediata, de ni siquiera cerrarle los ojos o de derramar ni una sola lágrima por él.

Antonia y su padre siempre habían estado muy unidos porque el hombre rudo y trabajador incansable que era para todos los demás, se convertía, en el trato con su hija, en una persona que sabía asumir el papel de la madre ausente y tratar a su pequeña con la dulzura y el afecto que a nadie más dispensaba. Cuando Antonia empezó a tener uso de razón se cuestionó por qué ella no tenía una madre como las demás niñas. Su padre le dijo simplemente que ella se había marchado y la niña Antonia no tuvo la necesidad de saber más. Cuando se hizo mujer, siendo todavía una mocita que empezaba a soñar con amores,

concibió la idea de que su madre se había marchado porque tal vez se había enamorado de otro hombre y que su pasión había sido tan intensa que no le había importado abandonar a su marido y a su propia hija.

Nunca habló de ello con su padre. Lo consideraba demasiado doloroso, demasiado humillante para él y fingió que nada le importaba, aunque no había ninguna noche en la que, antes de entregarse al sueño, no pensase en el abandono de su madre y desarrollase hacia ella un resentimiento que condicionaría su carácter hasta el fin de sus días. Ello, sin embargo, no le había impedido conocer a un buen hombre y a formar con él una familia de la que habían nacido tres hijos, dos varones y la más deseada, la pequeña Julieta, que hoy es una de las muchachas más listas y más bonitas de la ciudad y que, a diferencia de sus hermanos mayores, que nunca se han interesado en los estudios, dice que quiere ser maestra.

Pero Antonia no piensa hoy en ella, ni en su marido, que está trabajando en otra ciudad, por encargo de su empresa, ni en sus hijos, el mayor de los cuales está a punto de hacerle abuela. Antonia sólo piensa en que necesita saber, confirmar que la revelación inesperada de su padre es algo más que el delirio de un moribundo, que todas sus carencias, todas las dudas que han condicionado irremisiblemente su vida, no se resuelven en la confesión que no le ha dejado derramar ni una lágrima por su muerte, y acelera el paso en busca de su objetivo.

Cuando llega a Villa Lolita comprueba que el inexorable paso del tiempo también afecta a los edificios, especialmente si no se les presta el cuidado que requieren. Ella sólo ha estado allí en una ocasión, cuando era niña, en la que acompañaba a su padre que era el capataz de la dueña de aquella finca. El edificio, comparado con su casa, bastante humilde, le había parecido un palacio. Recuerda vagamente el rostro huraño del ama que, sin embargo, le pareció hermoso, y fantaseó, en algún momento, que tal vez aquella señora antipática que la miraba de forma extraña, podría ser su madre y se imaginaba que ella podría muy bien ser la princesa que heredase el reino de la Casella.

La mansión se encuentra en un estado de aparente abandono y las malas hierbas parecen haberse adueñado de las dependencias que no se usan, tales como las cuadras o el almacén. La pintura de la fachada está desconchada en algunos lugares y la escalera que conduce al mirador, que todavía parece estar a salvo del deterioro, tiene algunos ladrillos sueltos.

Antonia busca a la habitante de aquel templo del abandono y no la encuentra. La llama a voces, cada vez más sonoras y apremiantes, y se adentra en el campo dejándose guiar por su instinto. No tarda mucho en encontrarla. Le cuesta reconocer en aquel fantoche

decrépito a la mujer hermosa que la intimidó allí mismo cuando era una niña. Tenía pensado preguntarle si es verdad lo que su padre le ha contado poco antes de morir. Si es verdad que su padre mató a su madre porque ella iba a abandonarles y que ella, doña Patricia, le había ayudado a ocultar su crimen y, sobre todo, por qué lo había hecho. Necesita saber por qué su vida ha se había desarrollado a la sombra de una mentira. No puede expresar su duda. La decrepitud de la mujer no sólo afecta a su cuerpo, sino también a su mente y la vieja la increpa llamándola Inés, como se llamaba su madre y una a una, escupiendo cada palabra, confirma cada una de las ideas que su padre le había revelado en su lecho de muerte. No lo hace con coherencia, pero Antonia puede encontrar en cada uno de los reproches que doña Patricia le espeta, pensando que le habla a su madre, las respuestas que había ido a buscar. Así descubre cómo y por qué su padre, Andrés, la había asesinado y quién había sido, con su delación, la instigadora de tal crimen. Toda la vergüenza, toda la frustración y el complejo de haber crecido sin madre, se revuelven en su mente y, ciega de ira, se enzarza en una pelea contra la vieja vociferante a la que agarra por el cuello. Antonia había heredado de su padre una buena parte de su fuerza y no le cuesta mucho acabar con la vida de doña Patricia. Cuando el cuerpo escuálido deja de estremecerse entre sus manos comprende la gravedad de lo que ha hecho y huye atravesando los campos. Cuando finalmente se atreve a salir al camino, oye voces angustiadas. Se asoma con precaución y desde su escondite ve a unos muchachos que visten el uniforme del Frente de Juventudes. Entre varios llevan a uno de ellos que no deja de lamentarse porque le ha picado una serpiente y piensa que se va a morir. Deja que se alejen los muchachos y esforzándose en serenar su ánimo regresa a su casa. Le espera su hija Julieta que ha regresado del instituto y aguarda ansiosa para comunicarle el resultado del examen de reválida de bachillerato en el que ha obtenido un sobresaliente. Antonia se abraza a ella llorando y cierra para siempre la ventana que se asomaba a la parte más oscura de su alma.

—¿Entonces fue tu madre quien mató a doña Patricia? Tenía yo razón, pues, al decir que fue asesinada.

—Así es. Cuando Ainhoa me contó tu teoría, se removieron los peores recuerdos de mi vida. Fue entonces cuando supe que tú eras uno de los jóvenes que mi madre vio cuando huía. Mi madre, antes de morir, tal como había hecho su padre con ella, quiso descargar su conciencia por aquel crimen y me sorprendió con algo que nunca hubiese imaginado. Ella no era una mujer violenta o rencorosa, sino todo lo contrario, pero saber la verdad sobre su madre la descompuso. Yo creo que nunca volvió a ser la misma. Así pues, me propuse que aquel secreto familiar muriese conmigo, pero la terquedad de mi nieta, despertada por el descubrimiento de la escultura que representa a mi abuela, así como por la obsesión enfermiza que había contraído hacia Lucía, hicieron que me viese obligada a contarle toda la verdad, para que no cayese en los errores de mis antepasados, pero desgraciadamente no ha sido así. Más bien parece que sólo ha servido para trastornarla todavía más. Es increíble. Ella siempre ha sido una muchacha dulce y sensata. Está visto que las mujeres de mi familia somos portadoras de algún gen que nos hace perder la razón cuando nos enamoramos… A mí me pasó algo parecido cuando me dejaste, Bernardo. Afortunadamente, conocí a mi marido y todo cambió para mí.

La confesión de Julieta había dejado sin habla a Lucía. Ahora es Bernardo quien no sabe qué decir. Interrumpe el momento la madre de Ainhoa que acude en busca de Julieta. Les permiten pasar algún tiempo con su hija convaleciente, sometida a custodia policial en su habitación como acusada de intento de homicidio, y se relevan en su compañía.

—Madre —dice dirigiéndose a Julieta—, ¿Cómo es que se ha retrasado tanto? Pensaba que le había pasado algo.

—Disculpa hija. Es que me he entretenido más de lo que esperaba. Mira, ellos son Bernardo, el abuelo de Samuel, y Lucía…

— ¿Es ella la Lucía…? —pregunta a su madre sin mirar a los aludidos.

—Sí.

La madre de Ainhoa la mira ahora con cierto rencor. Por lo visto la culpa de ser tan atractiva como para hacerle perder la cabeza a su hija hasta el punto de destrozarle la vida. No tiene en cuenta que la única culpable de lo que ha pasado es la propia Ainhoa. Los padres

siempre justifican, en mayor o menor medida, los actos reprobables de sus hijos, diluyendo su responsabilidad en su entorno, las malas compañías… porque no siempre son capaces de asumir que han criado a un monstruo. Lucía le sostiene la mirada, desafiante. Ella tiene la conciencia muy tranquila y no debe nada a nadie. Al contrario. Tendrá que pasar tiempo para que pueda perdonar a Ainhoa por haber intentado matar a Samuel. Finalmente es Julieta quien rompe la tensión con una pregunta.

— ¿La ha visitado ya el médico? ¿Ha dicho algo del TAC que le hicieron?

—Parece ser que hay algo. Van a repetirlo mañana. Pero vamos a su habitación. Ella te está esperando. No hace más que preguntar por ti.

—Hasta luego, Bernardo. Adiós, Lucía —se despide la anciana.

Bernardo y Lucía toman asiento uno junto al otro en la sala de espera. No hablan. Ambos están procesando la información que acaban de recibir. Poco después ven aparecer a Samuel buscándoles con la mirada. Le acompaña su madre. Los jóvenes se funden en un abrazo y, a continuación, sin despedirse de nadie, pues se han metido en su burbuja de felicidad en la que no cabe nadie más, se dirigen al parking donde les aguarda el automóvil de Lucía. Su destino, Cullera. Su objetivo, amarse con el cuerpo y con el alma.

Bernardo les ve alejarse con cierta envidia vestida de nostalgia. Él también ha vivido la dulce urgencia del amor y el sexo aunque ahora sólo sea para él un recuerdo, pero no se queja. La vida ha sido muy generosa con él en ese aspecto y ahora celebra que su nieto favorito sepa lo que es el verdadero amor.

— ¿Tú crees, Bernardo, que esa parejita cuajará? —le pregunta su nuera, sacándole de sus pensamientos.

—Me apuesto la vida a que sí.

PUNTA OSCURA, CULLERA

Una semana después

—Esto está muy bien, cariño. Me gusta mucho.

— ¿De verdad? ¿No lo dices por quedar bien?

—En absoluto. Este trabajo de investigación está muy bien desarrollado y se lee con el mismo interés que una novela. Me gusta mucho tu estilo. Es muy fácil de leer y, sin embargo, no renuncia a expresiones elegantes o a imágenes literarias propias de un autor con mucha experiencia. Yo creo que a tu profesor le va a gustar mucho, así que prepárate para una buena nota. Como no sea así, ya se puede ir preparando para una demanda que se va a acordar —añade Lucía con una graciosa carcajada.

La joven acaba de leer el trabajo de investigación que Samuel ha terminado por fin y que va a poner punto final a sus estudios de periodismo. Lo cierto es que el joven ha sabido narrar las historias de amor y muerte que se han desarrollado alrededor de la figura de un escultor genial y las dramáticas consecuencias que de ella se han derivado con rigor y profesionalidad y, al mismo tiempo, transmitir los tormentosos sentimientos de las personas que las han protagonizado. Él piensa que el sentimiento de amor, que ahora mueve cada uno de sus actos cotidianos, le ha hecho capaz de profundizar en emociones que no sabía que podían existir, y se maravilla por haber sido capaz de plasmarlas en la pálida blancura de su programa de procesamiento de textos. El resultado final le ha dejado completamente satisfecho, especialmente ahora, que acaba de recibir la aprobación de la persona que más le importa y que conoce muy bien todo lo relatado por haberlo descubierto con él paso a paso, en primera fila.

—Independientemente de que te dediques al periodismo, creo que deberías considerar la posibilidad de escribir novelas. Te aseguro que no te iría mal.

—No sé qué decirte —responde Samuel tratando de disimular la satisfacción que le provoca el comentario—. Hay mucha gente que se dedica a escribir y no venden una escoba.

—Para eso, para cualquier aspecto de la vida, hace falta tener contactos. Mi familia te los puede proporcionar, si tú quieres.

Samuel va a responderle que prefiere hacer las cosas por sí mismo, que es consciente de que la abismal diferencia social que los separa y que si recurre a esa ayuda, la diferencia será un obstáculo que se interpondrá siempre entre ellos y la relación que quiere construir con ella, pero no se lo permite el tono de llamada de su teléfono móvil. Lo coge y ve en la pantalla que quien le llama es su abuelo.

— ¿Qué pasa, abuelo? —pregunta jovial.

— ¿Cómo van las cosas por Cullera? Me han dicho que esta semana ha subido la temperatura muchos grados, especialmente en un chalet que hay cerca del faro —bromea Bernardo.

—Pues sí, ha hecho bastante calor por aquí, pero te aseguro que lo hemos disfrutado bastante —responde Samuel, siguiendo la broma.

—Hola Bernardo —grita Lucía para hacerse oír por Bernardo.

—Qué suerte tienes, macho —dice Bernardo a su nieto —Menos mal que te diste cuenta de lo que yo te decía. Pero en fin, yo te llamaba por Ainhoa.

— ¿Ainhoa? ¿Qué pasa con ella?

Al oír el nombre de la otra mujer, Lucía se acerca a Samuel interrogándole con la mirada.

—Me ha llamado Julieta. Me ha dicho que la han operado de un tumor que tenía en la cabeza y que ha salido muy bien de la operación.

— ¿Un tumor?

—Sí. Parece ser que le hicieron un TAC completo cuando la ingresaron por la herida de bala para descartar daños colaterales. La herida había sido limpia y se ha recuperado muy bien de ella, pero descubrieron algo en su cerebro que no les gustó. Después de algunas pruebas resolvieron que podía ser peligroso y decidieron operarla para extirparlo. El tumor era benigno, pero tenía el tamaño suficiente para trastornar su comportamiento. Seguramente hizo lo que hizo bajo su influencia. Julieta está bastante contenta porque, según el abogado de la familia, la existencia probada del tumor y de los informes médicos que han recabado en el hospital, van a actuar como un eximente muy importante que, seguramente, la dejará en libertad. El abogado quiere pedir que se evite el juicio y que en base a lo demostrado, teniendo en cuenta que no se han producido daños irreparables, se la ponga inmediatamente en libertad. Pero para eso hace falta que tú retires la denuncia.

—Yo no he interpuesto ninguna denuncia. La fiscalía actuó de oficio.

—Es una manera de hablar. Lo que se necesita es más bien una renuncia por tu parte a presentarla más adelante.

—No sé qué decirte abuelo. Nunca me he visto en esta

situación.

—Piénsalo. Yo te aconsejaría y te pediría, al mismo tiempo, que lo hicieras. Estás viviendo una etapa muy bonita de tu vida que siempre recordarás con agrado. No dejes que el recuerdo de Ainhoa se mezcle con él.

—Es que no sé si voy a poder, abuelo. Estuvo a punto de matarme.

—Te sentirás mejor si lo haces. Te lo aseguro y, al mismo tiempo, me harás un favor.

—No te entiendo.

—Julieta me lo ha pedido con lágrimas en los ojos. Y yo le he prometido que voy a intentar convencerte. Creo que se lo debo. Me ha dicho que le quedan pocas semanas de vida y que quiere morir viendo a su nieta en libertad. Piénsalo. Considéralo como un favor que yo te pido. Nunca te arrepentirás.

—Está bien, abuelo. Lo pensaré.

Después de cortar la comunicación, Samuel, en su teórica condición de escritor, hace a Lucía un resumen conciso y exacto de lo que acaba de hablar con su abuelo. Después de hacerlo, los dos jóvenes permanecen en silencio pensativos. Sentados en el sofá miran al mar infinito. Finalmente Lucía coge la mano de Samuel y le dice:

—Perdónala. Yo lo acabo de hacer. Tiene razón tu abuelo. No debemos dejar que su recuerdo se mezcle con nuestra felicidad. Piensa que no era dueña de sus actos por culpa del tumor y que, en definitiva, lo que hizo fue por amor. Que en sus mismas circunstancias, tal vez cualquiera de nosotros haría una barbaridad semejante.

—Tienes razón, amor mío. Siempre tienes razón.

A continuación los dos amantes se abrazan y funden sus bocas en un largo beso. Por las ventanas del salón se cuela una brisa fresca que atempera el calor de la pasión que a continuación allí enciende el aire.

JUZGADO DE LO PENAL DE ALZIRA

Veinte días después

En la sala de espera, el aire acondicionado no funciona demasiado bien y sus ocupantes reniegan a media voz por los famosos recortes, que se han convertido en el villano universal al que atribuir cualquier inconveniente de la función pública. Algunos salen a buscar el fresco imposible del mes de julio y regresan frustrados a la sala y vuelven a lamentarse. Samuel y Lucía, que hoy es también su abogada, están en la sala ajenos al calor y los reniegos porque viven desde hace semanas en una burbuja de felicidad que les hace inmunes a todo lo que no sea su amor.

Samuel ha sido citado para renunciar por escrito a acciones judiciales derivadas del intento de asesinato al que fue sometido por parte de Ainhoa. Seguramente se celebrará una especie de acto de conciliación que terminará, según Lucía, en una orden de puesta en libertad y anulación de cargos. Así que esperan encontrarse con ella allí mismo.

Diez minutos después de la hora anunciada llega un coche de la Guardia Civil y estaciona a la puerta del juzgado.

—Debe ser ella —anuncia Lucía, y los dos jóvenes se ponen de pie y se dirigen hacia la puerta de entrada. Una agente joven que ha bajado del coche abre la puerta trasera y ayuda a alguien a bajar. Se pone a su lado y ofrece su brazo para que el pasajero que acaba de bajar se apoye en él. Y entonces la ven. Está irreconocible. La cabeza de la que nacía la melena de color castaño está ahora cubierta por un vendaje claro que recuerda a un casco de motorista. El cuerpo delicado por el que Samuel creía beber los vientos es ahora una escuálida figura que apenas se sostiene y que camina con dificultad, apoyada de un lado por la joven guardia y del otro por su madre que ha bajado del mismo coche. Sólo las gafas que tan graciosas le parecían a Samuel identifican a aquella joven como Ainhoa. Un hombre que prefería esperar a la intemperie para poder fumar un cigarrillo tras otro se acerca a la comitiva. Es su abogado.

El grupo avanza lentamente hacia la entrada y Samuel y Lucía acuden a su encuentro. El cambio de luz hace que Ainhoa parpadee confundida hasta que, acostumbrada a la iluminación artificial

reconoce a la pareja. De pronto sus ojos se llenan de lágrimas y con dificultad expresa palabras inconexas con las que quiere pedir perdón. Samuel, conmovido, trata de contener sus emociones, pero Lucía se acerca a Ainhoa y le da un abrazo que expresa mucho más que mil palabras.

Los habitantes de la sala, funcionarios incluidos, asisten perplejos a la escena. Algunos incluso se emocionan sin saber qué está pasando.

Poco después están en el despacho de la juez. Una mujer joven de aspecto profesional recita una jerga de artículos y considerandos que sólo los abogados presentes entienden y a los que asienten en silencio. Finalmente señala a Samuel un lugar donde tiene que firmar y el joven lo hace bajo la mirada de satisfacción de Lucía. A continuación, dirigiéndose a Ainhoa le dice:

—Puede irse a casa. Es usted libre.

Ainhoa y su madre vuelven a llorar de emoción y dándole las gracias a la juez, a su abogado y a Samuel, se ponen de pie y se disponen a abandonar la sala. Lo hacen con lentitud. No pueden hacerlo de otra forma, así que Lucía y Samuel, que quieren terminar cuanto antes la última página de esa triste experiencia, se despiden y se adelantan hacia la salida. Desde allí, Ainhoa puede verlos alejándose en busca del coche de Lucía, que no debe estar estacionado lejos. La verdad es que hacen una buena pareja. Además, se les ve tan felices. Parece que nada existe a su alrededor y que solo piensan en mirarse, en tocarse. Como haría ella sin duda, si tuviera la suerte de gozar del amor de Lucía, a la que a pesar de todo sigue amando.

Después, en el coche de la Guardia Civil, que amablemente se ha ofrecido a llevarlas a su domicilio, Ainhoa viaja en silencio. Apoyada la cabeza en el respaldo de su asiento tiene los ojos cerrados. Su madre la observa con preocupación. Va a preguntarle si se siente bien cuando la ve sonreír. Es la primera vez que lo hace desde que casi la matan en la Casella, así que suponiendo que está viviendo la felicidad de saberse libre, decide dejar que disfrute de esa sensación.

Pero Ainhoa no está disfrutando de la sensación de ser libre, su mente es la que en la libertad que nunca ha perdido está disfrutando de una ensoñación en la que se ve con Lucía, ocupando el lugar de Samuel, recibiendo su amor y sus besos, provocándole el placer infinito que sólo ella sabrá darle. De pronto decide que la vida, su vida, no va a tener sentido si no ocupa el lugar que tanto anhela, pero no piensa en perderla suicidándose. Ella ha decidido que tiene que vivir su amor al precio que sea y se esforzará en eliminar cualquier obstáculo que se interponga en su camino. La vida le ha dado una lección que no va a desaprovechar. Sabrá hacer las cosas para que nadie pueda sospechar de ella. Esta vez no se dejará llevar por la

pasión. Actuará con toda la frialdad necesaria y considerará todos y cada uno de los detalles con la minuciosidad con la que su antepasado, Benlliure, esculpía sus obras en mármol. La diferencia será que el resultado de su obra, lejos de ser fría e inerte, lo formará el monumento de amor y carne que ella piensa esculpir con Lucía en el que ambas vivirán para siempre.

Fin